NO TE OLVIDES DE SARAJEVO



Carlos Díaz Domínguez

No te olvides de Sarajevo

Título original: No te olvides de Sarajevo
Autor: Carlos Díaz Domínguez
Diseño de cubierta: Mari Carmen López Pérez
1ª Edición: Septiembre 2023
ISBN: 979-83-928288-2-1

No te olvides de Sarajevo

Carlos Díaz Domínguez



Esta novela está dedicada a todos aquellos sarajevitas que,
durante casi cuatro años,
se vieron obligados a cruzar las calles corriendo.

Nota del autor

Para escribir *No te olvides de Sarajevo* he contado con la colaboración de varias personas que me han regalado su tiempo y su interés. En España han sido Juan Manuel Fernández Ochoa, Ángel Joaniquet, Jorge Pérez Villanueva, Marta Cierco, Margarita Águila, José Ángel López Jorrín, Jana, José María Ruiz-Morote, Soco Mateos, Leticia Rodríguez y Leopoldo Herrero. Durante los cuatro días que pasé en Sarajevo, en el mes de junio de 2022, tuve la oportunidad de charlar con Elhidada, Merima y Damiz. A todos ellos: gracias, gracias de verdad. Sin vuestras aportaciones, *No te olvides de Sarajevo* nunca habría llegado a su destino.

Como en todos los trabajos anteriores, quiero agradecer a mis lectores cero: Magdalena Cenjor, Esperanza Redondo, Rosario Sánchez, José Antonio Arenal, Javier Díaz y Eugenio González todas sus inteligentes aportaciones, las cuales mejoran con claridad el libro que usted, amable lector, está a punto de empezar a leer.



Mapa político de Yugoslavia en 1984

Para situarnos…

En 1984 la República Socialista Federativa de Yugoslavia estaba compuesta por seis repúblicas. Eran, ordenadas de mayor a menor superficie: Serbia (con una extensión similar a Andalucía), Croacia, Bosnia y Herzegovina, Eslovenia, Macedonia y Montenegro (algo mayor que la región de Murcia). En total, el entonces país soberano tenía una superficie equivalente a la mitad de España.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial había sido gobernada por el mariscal Josip Broz, más conocido por Tito, fallecido en 1980. Yugoslavia nunca llegó a pertenecer al Pacto de Varsovia y fue uno de los estados fundadores del movimiento de Países No Alineados, junto a la India, el Líbano o Egipto, entre otros.

Aunque en cada una de las repúblicas se mezclaban numerosas etnias y religiones, la población ortodoxa era mayoritaria en Serbia y católica en Croacia, mientras que la musulmana lo era en Bosnia y Herzegovina. Constaba de un total de 22 millones de habitantes (en ese momento, España contaba con un censo de 38 millones de personas).

La orografía de los Balcanes es muy accidentada. El país se encontraba jalonado por múltiples cadenas montañosas que, unido a las deficientes infraestructuras, provocaban que las comunicaciones fueran dificultosas hasta llegar a convertir Yugoslavia en una sucesión de valles casi aislados entre sí.

La economía de la nación se basaba en actividades propias del sector primario: agricultura, ganadería, explotaciones madereras y minería. Su principal mercado lo encontraban en los países de la órbita comunista, con los que compartían la mayor parte de las fronteras terrestres. Las industrias manufactureras eran escasas y las de servicios se encontraban por desarrollar, dada la poca relevancia del turismo, a pesar de contar con varios enclaves reconocidos por la UNESCO, como Dubrovnik, Split o Kotor, y de poseer dos mil kilómetros de playas y trescientos lagos de montaña.

Preludio

La niebla se aliaba con ella. Sabía que el tiempo que gravitara sobre el poroso pavimento y los agujereados edificios supondría un efímero atisbo de quietud. En esa situación, los *snajperisti*[1] carecían de visión precisa y se tomarían una tregua que utilizarían para dormitar, comer o emborracharse con *rakija* o cualquier otra bebida que contuviera el suficiente alcohol como para envalentonarse y justificar su criminal actitud de autoridad moral, espiritual y étnica; esa sobre todo. A pesar del breve paréntesis, las granadas y las balas indiscriminadas seguirían martirizando a la población que se movía por las calles como seres sedientos, hambrientos y desesperados que buscan algo para llevar a los suyos: un bidón de agua de alguna fuente

seca, un kilo de patatas comprado sin dinero en un mercado inexistente o un tronco de leña de un árbol que alguien ya hubiera talado.

Alcanzó su destino con la respiración entrecortada y jadeante. A pesar del oportuno camuflaje atmosférico que la mañana había regalado a los sarajevitas, se había visto obligada a correr un corto esprint antes de encontrarse a salvo, por lo menos a recaudo psicológico: «aquí no hay nadie seguro —pensó de nuevo—. Nadie. Todos acabaremos enterrados en el cementerio del León, si queda algo de sitio, en un campo de deportes o en el jardín de alguna casa; y sin ataúd, porque la madera en Sarajevo es un bien que se transformó en instantes de calor para pasar después a volar convertido en humo hacia el firmamento. Solo es cuestión de tiempo. No nos engañemos. Es cuestión de tiempo y, además, de poco tiempo», sentenció para sí.

Mientras tanto, a más de dos mil kilómetros de allí…

Florida Park

Si la nostalgia se suele presentar como un ser despiadado, déspota y tirano, con apariencia de arrepticio dragón de olor nauseabundo y aspecto alucinador, en aquella ocasión se había disfrazado de cálida voz, al igual que un suave y vaporoso tul que envuelve la presencia y los pensamientos con una delicada fragancia: el entrañable y anhelado aroma de los bellos momentos perdidos.

Nunca antes Antonio Escartín pudo imaginar que la escucha de una canción podía conducirle a tomar una decisión, quizá la más importante de su vida: «Sí, me voy. Seguro», determinó, en una afirmación solo oída por él.

Las armoniosas notas de la cantante se filtraban por los oídos del público, que no quería alterar con su respiración la magia del momento: *amor de horas ocultas, bendito amor secreto*… susurraba la intérprete, mientras sujetaba el micrófono como si meciera la cuna de un hijo único. El cuerpo de Antonio permanecía sentado pero su alma volaba a la velocidad de una paloma que busca la libertad: *Beso a beso, dulcemente, abrázame que quiero, sentirme diferente…* Sus ojos se

mantenían sobre la estampa de la San Basilio; pero no la veía a ella. Su sentimiento se posaba en otro lugar, bastante más distante… *el tiempo se impacienta*… La artista madrileña parecía que había robado sus pensamientos y apoderado de su corazón cuando entonaba la letra de una de sus canciones más famosas: …*me espera mi destino, me espera soledad*… y otra vez el estribillo, la dolorosa repetición de unas palabras que eran ciertas.

Los aplausos comedidos volvieron a resonar en Florida Park. La gala tocaba a su fin y era el momento de interpretar un último tema, movido, alegre, con ritmo, para dejar en el auditorio un animado recuerdo. La cantante desapareció unos instantes entre bastidores en tanto hicieron su aparición los mismos cuatro bailarines que la habían acompañado en piezas anteriores. En instantes, una melodía conocida por toda la concurrencia comenzó a sonar con fuerza. Las inquietas piernas de los espectadores cobraron vida propia sin que hubiera manera de detener el compás que marcaban, los dedos tamborileaban sobre las mesas y las cabezas acompañaban las notas: *Te quiero mucho, aunque te suene a lo de siempre*… Conrado miraba a Álvarez del Manzano, que no había perdido la sonrisa ni un instante a lo largo de la cena, mientras que Joaquín Leguina y el Ministro seguían atentos a las evoluciones de la solista que, como todo el mundo sabía, era también una magnífica bailarina. Antonio se incorporó de su relajada postura y bebió un sorbo de champán. Sabía que cuando finalizara la canción llegaría su momento.

Al término de la actuación comenzó la lluvia de flores hacia el escenario. Las mesas se despoblaron de su ornamento y este acabó a los pies de la cantante y del cuerpo de baile, que agradecían las muestras de cariño y afecto de su público. Hubo personas en pie, hubo *bravos* hasta que el presentador irrumpió en la escena. Comenzó su intervención con unas palabras de elogio hacia la artista.

—Gracias, Paloma San Basilio, gracias por regalarnos tu arte, tu presencia y tu profesionalidad —Joaquín Prat vestía su inseparable esmoquin con pajarita al mismo tiempo que mostraba su faz más risueña. El levantino dominaba las tablas como ningún otro animador —. Queremos que te lleves este gran aplauso como agradecimiento

por tu música y por esa capacidad única que tienes para emocionarnos. Gracias, Paloma, gracias.

El público volvió a aclamar a la estrella musical a la vez que Antonio sabía quién sería el objetivo de los focos una vez que la cantante y los bailarines hicieran mutis.

—Pero esta noche tiene un auténtico protagonista. Nadie puede dudar de que el homenajeado es ya, a pesar de su juventud, uno de los mejores arquitectos que ha dado nuestro país, una persona que ha fraguado su éxito…

Antonio escuchaba con nervios crecientes. Él hubiera preferido que todo aquello no sucediera. Abominaba los actos sociales y huía de ellos, pero en aquella ocasión no declinó su presencia. Su suegro había movido sus influencias para conseguir que el Ministerio le otorgara un galardón al que no podía renunciar, un premio que le cambiaría la vida, por lo menos la profesional.

—Damas y caballeros, con todos nosotros, don Antonio Escartín.

Antes de que se levantara, Azucena se acercó a su marido y le ofreció su boca, esos labios finos y brillantes que sonreían victoriosos. La besó y después, a paso tranquilo, con la cabeza algo inclinada hacia el suelo y los ojos huidizos, comenzó a caminar hacia el escenario. Al llegar junto a Prat, el presentador pidió al Ministro que subiera para entregar el galardón.

Borrell ensalzó las virtudes profesionales y personales del oscense, por las cuales se había hecho acreedor al Premio Nacional de Arquitectura, en un discurso memorizado sobre alguien a quien nunca antes había visto y de quien no conocía más que el guion apuntado por sus asesores.

Antonio correspondió con unas breves palabras de agradecimiento. Conrado seguía con interés el discurso de su yerno y, cuando finalizó, cruzó con su hija una mirada cómplice, de satisfacción, de tranquilidad. Era el momento de respirar relajados. Todo había salido bien. Es más, todo había salido a la perfección. Como era costumbre. Marca de la casa.

Quince minutos después, una orquesta amenizaba la barra libre que siguió a la cena, al espectáculo y a la entrega del galardón. Antonio Escartín seguía siendo el centro de la velada y la mayoría de los asistentes querían felicitarlo e intercambiar unas palabras con él pues, además de su faceta profesional, el arquitecto era alguien famoso por las revistas rosas. Su matrimonio con Azucena alimentaba las páginas de los semanarios. Sus vacaciones estivales a bordo del yate de su suegro, los días de nieve en Chamonix o Crans Montana, o incluso las decoraciones navideñas de su mansión daban cuerpo a horas de espera en peluquerías o consultas médicas. Nadie habría discernido si el que fuera esquiador olímpico y actual flamante arquitecto era conocido por su trayectoria, pasada o presente, o por su matrimonio con la envidiada Azucena García, hija del constructor Conrado García, uno de los tres más poderosos del país. Era unánime la conclusión general de que formaban una de las parejas más afortunadas de la sociedad: siempre sonrientes, agarrados de la mano en todo momento, en actitudes cariñosas rayanas en el empalago.

Azucena llevaba un largo vestido rojo de Armani, con amplio escote y frunces por los brazos a juego con el ancho cinturón. Tomó riesgos ya que supuso que la calefacción del Florida Park se situaría al rango de su fama. Fuera, la rigurosa noche madrileña mostraba su lado más hostil y recordaba que el mes de febrero era el más helado del calendario. Pero eso a Azucena no le importaba, ni la inquietaban sus escasas medidas o su ausencia de responsabilidades laborales concretas. Ella debía mostrarse resplandeciente ante el mundo. No era la protagonista directa pero sí la esposa del homenajeado, y su representante había cerrado un reportaje con la revista *Lecturas* que engrosaría su cuenta corriente y su ego, quizá a partes iguales.

—Me vais a tener que perdonar, pero os lo voy a quitar.

Antonio se encontraba de charla con el orondo Enrique San Román, su esposa y el resto de compañeros del Estudio, con quienes departía de forma distendida, sin prisas, cómodo. Con su gente era cuando mostraba su sonrisa más franca y natural. Ellos eran todo para él: los que plasmaban sus ideas en los planos, quienes manejaban los cálculos de longitudes, ángulos y resistencias, los que pedían autorizaciones,

vigilaban el cumplimiento de normativas… Él gestionaba una parte, la más creativa, la única que se reflejaba al exterior, la composición geométrica y la fisonomía de los edificios, pero su labor se asimilaba a los cimientos de un armazón: sin ellos, la estructura no se sostendría.

—¿Por qué han venido esos? —preguntó Azucena, en bajo, próxima a su oído y sin perder la sonrisa por si alguien los miraba.

—Porque son mis amigos.

—No son tus amigos, son tus empleados. Y un empleado no es un amigo, todavía no se te ha metido en la cabeza —la esposa marcó una sonrisa de compromiso ante el saludo lejano de uno de los muchos conocidos.

—No me digas cómo tengo que considerar a las personas que trabajan conmigo y menos cómo tengo que tratar a Quique San Román, que no es mi empleado, sino mi socio y mi amigo. Además, tú no eres quién para darme lecciones sobre cómo gestionar grupos de trabajo. Lo primero que hay que haber hecho para ello es trabajar.

Azucena era experta en manejar situaciones en público, incluso las adversas e inesperadas. En otro momento aquel hiriente comentario de su marido habría sido el inicio de una discusión, pero aquel no era el lugar adecuado, ni la ocasión. Sonrió y continuó su camino hacia otro corro donde sería alabada por cualquier otra mujer que ensalzaría el acertado diseño del vestido, la atinada combinación del collar con los pendientes o la correcta altura de los tacones de los zapatos de piel de algún animal exótico.

La soledad de Antonio fue aprovechada por alguien que, como un avispado felino que aguarda sigiloso en la penumbra, esperaba su momento para saltar sobre él.

Gerardo

—Hola, sobrino. Enhorabuena.

Al volverse hacia la voz que lo felicitaba, Antonio se encontró con Gerardo, que degustaba un trago de la enésima copa que había pescado al primer camarero que había pasado por su lado.

—Estarás muy orgulloso. Hasta donde me alcanza la memoria, nunca te había entregado un premio un ministro. Subes de categoría. En España, ya solo te falta Felipe González y Su Majestad.
Antonio lo miró en profundidad. El hermano de su padre lo conocía desde que nació como para poder engañarlo, ni siquiera, con la expresión de los ojos. Menos todavía con la palabra. Cuando decidió cursar arquitectura, el tío Gerardo no tardó en ofrecerle hospedaje en su piso de Argüelles, «mientras viva yo en Madrid no vas a estar de prestado en un colegio mayor. Mi casa es tu casa. No voy a consentir que vegetes en el Alejandro de la Sota o en cualquier otro», sentenció en aquella ocasión. Antonio aceptó.

Gerardo era dos años mayor que su padre y, desde bien pequeño, demostró un talento excepcional para los números. Sin excesivo esfuerzo aprobó las oposiciones y se convirtió en el profesor de matemáticas más joven del Instituto Ramiro de Maeztu. Ahora, a sus sesenta años, Gerardo sentía que la vida le pesaba como si llevara adosado a su cuerpo un chaleco cargado de piedras: demasiadas vivencias, demasiados libros de filosofía leídos, demasiados alumnos enseñados, demasiados exámenes corregidos, demasiadas tutorías con padres cada vez más impertinentes le llevaban a almacenar un bagaje vital que le resultaba abrumador. Ya no aguantaba a nadie, ni a estudiantes, ni a compañeros ni a vecinos. A nadie, a veces ni a sí mismo. Y también le pesaba el excesivo alcohol ingerido y el recuerdo de numerosas mujeres que no supo o no quiso retener. El oscense poseía un acogedor piso de ciento cincuenta metros cerca de Moncloa, en la calle Donoso Cortés, pero no había sido capaz de armar un hogar, y encontró en su sobrino el hijo que no tuvo, que la naturaleza no le dio o que él no buscó. También, pensaba en ocasiones, podía ser que Antonio fuera el vástago que ninguna mujer quiso tener con él, que le consideraban alguien encantador para mantener largas conversaciones o para escaparse algún fin de semana a un hotel apañado, pero nada más, sin proyectos estables con aquel hombre de aspecto huraño y desarreglado, de mirada profunda e inquietante, amigo de los silencios prolongados y después pródigo en soliloquios lúcidos, portador de teorías extravagantes sobre la vida y las gentes,

alguien que se repetía en exceso y que albergaba sobre la condición humana una visión, más que pesimista, apocalíptica.
—¿Has preparado tú el discurso o te lo ha preparado alguien de los de tu suegro? Por cierto, cada vez lo veo más gordo. En persona parece que tiene más kilos de los que aparenta en las fotos de los periódicos.
—¿Qué ocurre, Gerardo, no me ves capaz de escribir unas pocas palabras de agradecimiento?
—Sí, pensándolo mejor, has debido de ser tú. Eran pocas, es cierto. Quizá por eso no debía haber dudado.
Antonio lo miró con gesto de desaprobación.
—Tú y yo somos personas de Ciencias, no de Letras. Reconócelo —se justificó el matemático—. No se puede ser perfecto, por mucho que busques la perfección en todo lo que hagas.

Su sobrino era alguien excepcional, y él lo sabía. Lo sabía, sobre todo, porque en su labor diaria trataba con el suficiente número de alumnos como para asegurar que ninguno poseía la fuerza de voluntad y la inteligencia demostrada por el hijo de su hermano. Antonio jamás había perdido el tiempo. Sabía que cada hora contaba con sesenta minutos y cada uno de ellos era una oportunidad para aprender, para retener, para explorar la profesión y, cuando descansaba de los estudios, para practicar deporte. Guiado por su padre, Antonio Escartín aprendió a andar y a esquiar de forma simultánea. Con tres años ya sabía marcar la cuña, girar y, lo que era más difícil, levantarse después de una caída. Las escarpadas montañas del Pirineo oscense fueron testigos de los rápidos avances del varón de la descendencia, ya que sus hermanas detestaron el esquí desde niñas. Pero no fue el caso de Antonio. Con ocho años ya competía y destacaba. Tenía una facilidad tal para realizar giros que parecía que la técnica la había adquirido en el útero de su madre. Su primer entrenador supo que aquella criatura había nacido para la alta competición pues demostraba, además de una excelente coordinación de brazos y piernas, una elasticidad y una idea del ritmo en los movimientos que, unido a una madura concentración, le llevaba a convertirse en un

deportista único, un diamante del que había muy poco que tallar. Solo verlo crecer y cuidar ese desarrollo. Nada más.

La primera copa que llevó a la estantería de su habitación emocionó a toda la familia, incluso a él, que nunca había sentido atracción por el esquí. A lo largo de sus días, Gerardo solo se colocó unas tablas dos veces y pensó que habían sido demasiadas ocasiones, que había sobrado la primera y también la última. Pero Antonio destacaba en todo: en el colegio y en las cumbres. Era capaz de memorizar el trazado de una pista tan solo con observarla con atención desde el telesilla durante el ascenso, por lo que sus descensos contaban con una ventaja comparativa respecto a sus rivales, que le comenzaron a odiar. Tanto en Biescas como en las estaciones invernales, Antonio, de buena planta, afable y con una sonrisa encantadora, era la diana a la que las chicas disparaban. Pero él no tenía tiempo para bobadas, como decía. Cada día tenía que avanzar en su vida deportiva, en sus estudios y en el fomento de su propia existencia. Madrugaba y, de noche todavía, acudía al parque del Oeste a subir y bajar los largos repechos y las empinadas cuestas de su trazado de jardín inglés. Luego, Escuela, ejercicios, preparación de exámenes, dibujos, lineal y artístico… Sierra Nevada, La Molina, Baqueira… Si no dueño, el *eslalon* y el *gigante* sí tenían favorito, y rara vez decepcionaba a sus padres, sus primeros seguidores.

Llegó un día en que a Antonio Escartín su país se le quedó corto, y con dieciséis años recién cumplidos fue elegido para acudir al circuito FIS[2]: Courchevel, Davos, Sestriere... Sus buenos resultados lo condujeron al momento sublime: ser seleccionado para representar a España en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1980 en Lake Placid. En aquel momento, su sobrino contaba con veinte años. Era la apuesta española para el *especial* pero, una desafortunada caída en Garmisch unas semanas antes le produjo la rotura del ligamento lateral de la rodilla derecha. Todos lloraron aquel contratiempo, hasta el acerado tío Gerardo. Acudir a una cita así es el sueño de cualquier esquiador desde que se pone un dorsal sobre el pecho por primera vez, y perder ese tren, sin saber si va a volver a realizar parada en tu estación, supone un dolor que solo comprende el propio esquiador y su círculo

más cercano.
Pero Antonio no había dicho su última palabra en cuanto a Olimpiadas se refería. Solo su tesón y capacidad de sacrificio, unido a los tratamientos seguidos en la clínica del doctor Figueras, en Barcelona, lo llevaron al punto más alto de su carrera deportiva.

—¿Te lo estás pasando bien, tío?
El profesor de matemáticas mostró una expresión fría e indiferente.
—Las camareras son jóvenes para mí. Me sonríen en exceso, y esa es la señal inequívoca de que no me ven peligroso. Quizá será que mi imagen refleja la realidad, que ya soy un viejo apartado del circuito de los escarceos.
Ambos, con una copa en la mano, se hablaban con la mirada. Cada uno sabía lo que el otro pensaba.
—¿Por qué no me preguntas si sé algo?
—Porque si lo supieras, me lo habrías dicho, supongo —imaginó el homenajeado.
—Sé que el asunto es demasiado importante para ti, y más desde hace ya casi dos años —Gerardo dedicó una mirada acusadora a su sobrina política, que departía con un grupo de tres caballeros que serían politiquillos o proveedores de las constructoras de su padre, gentuza en definitiva a ojos del matemático—. Sabes que, si tuviera noticias, te lo diría. Pero no, ni ha habido carta ni ha habido llamada.
Antonio miró al suelo sin saber qué responder, qué hablar o cómo callar. Era lo esperado. Era lo temido. Asintió.
—Gracias, tío.
—A mí no tienes por qué darme las gracias. Lo que quiero es que tomes decisiones, o decisión, mejor dicho, en singular. Hay veces que el hombre tiene que saber enfrentarse a su propio destino, quitarse la careta cuando está delante del espejo y mostrarse como es en realidad, como somos, sin tapujos.
—Gerardo, no te pongas filosófico. Tus charlas con el padre Mindán te han hecho mella.

—Esto no es cuestión ni de matemáticas ni de filosofía, sino de anatomía.
—¿Anatomía?
—Sí, anatomía. Es algo del corazón —se cambió la copa de mano y hundió el dedo índice de la mano derecha en el pecho de su sobrino, a la altura del músculo más importante del cuerpo humano—. Del corazón. Eso que se supone tienes ahí.
—Tenemos que hablar. Creo que esta noche he tomado una decisión.
—¿Creo? —el tío lo miró con esa expresión que le atravesaba el alma sin que Antonio pudiera remediarlo.
—Sí, la he tomado. Me paso mañana o pasado por tu casa y te lo cuento.
—Perfecto, cuando quieras. Así me cambias una de las bombillas del pasillo, que se ha fundido —comprobó que se había quedado sin bebida—. Ahora voy a dejarte. Voy a ver si alguna camarera de estas me da la última.
—¿No llevas demasiadas?
—Nunca son suficientes. Luego regresaré a pie, así me da el aire.
—¡Por favor, que estamos en febrero!
—Mejor, a más frío mayores recuerdos tendré de nuestra tierra.
—Por lo menos te deberías comprar un teléfono móvil. Así, si te pasa algo, podrías avisar a alguien, o avisarme a mí.
—Eso es muy caro, sobrino. Te recuerdo que yo soy un maestro de escuela.
Se volvió y caminó sin rumbo buscando algún lugar donde depositar la copa vacía y apoderarse de una llena.
Solo de nuevo, Antonio paseó la vista por la gran sala de fiestas. El número de asistentes había descendido y ya quedaban pocos círculos de conversación activos. Su mujer comentaba algo con dos desconocidas y su suegro se había sentado junto a su hijo y a un hombre de unos cuarenta años, a quien escuchaban con atención.
—Hola, Antonio. Enhorabuena.
El arquitecto se volvió y se encontró con una voz cálida y una sonrisa sosegada que se asimilaba a la de un sacerdote que invita a confesar pecados veniales a un párvulo feligrés.

Tico Medina

—Hola, Tico. Muchas gracias.
Tico Medina conocía a Antonio Escartín de dos entrevistas realizadas en los últimos años. Al periodista le interesaba la faceta humana de un hombre nacido y criado en un ámbito rural, y que había sido capaz de convertirse en un ejemplo a seguir por la juventud española que sabía apreciar el valor del esfuerzo, la superación, los retos y la excelencia. Medina admiraba a Escartín, algo que no podía ni quería ocultar.
—Me alegré mucho cuando me enteré del premio que te habían concedido y no he querido perderme este momento para darte la enhorabuena en persona. Lo que pasa es que te veo muy solicitado, lógico. Se nota que con ese señor —el periodista señaló con la mirada al tío Gerardo, que caminaba errante por entre medias de las mesas— tenías de qué hablar.
—Es un tío mío, bueno, mi tío. Mi única familia presente en el acto.
—No es la única. He visto a tu señora, resplandeciente, por cierto, y también a tus suegros y a tu cuñado.
Antonio se sintió atravesado por el dardo, deliberado o involuntario, lanzado por Medina.
—Quiero decir familia de sangre. Por supuesto que tengo la suerte de estar acompañado de mi esposa, sus padres y Miguel —apuntó el arquitecto, con cierta soltura.
—Recibir el Premio Nacional de Arquitectura a tu edad debe de ser algo que te tiene que llenar de orgullo.
—Solo quiero hacer bien mi trabajo. De verdad que no busco otro objetivo —intentó restar importancia a las adulaciones del periodista.
—Pues tengo que confesar, Antonio, que me acordé de ti la semana pasada, y no por este acto. Fue cuando leí la noticia. Sabes a qué me refiero, ¿no?
Le preguntaba si sabía a lo que se refería. Esa era justo la razón que le colmaba de zozobra desde hacía unos días, desde que en la televisión vio a Samaranch con casco y chaleco antibalas: «*Stop fighting. Stop the*

massacre. Lay down your arms. I implore you», eran unas palabras que se habían quedado grabadas en su mente y en su recuerdo inmediato.
—Me parece que el gesto de Juan Antonio Samaranch, como presidente del Comité Olímpico Internacional, denota la humanidad de nuestro compatriota —opinó Medina—. Seguro que no corrió ningún peligro y que estuvo protegido en todo momento, pero el detalle de volar desde un lugar tan tranquilo y seguro como es Lillehammer a Sarajevo, tal y como está hoy la capital de Bosnia, es algo que el olimpismo no olvidará.
—Dice que lo ha hecho para llevar el calor de la familia olímpica al lugar donde más se necesita y para pedir un alto el fuego durante la cita deportiva. Quiere que esa tregua se convierta en permanente. Ojalá Dios le oiga —pidió Antonio—. Además, no solo ha llevado buenas palabras y plegarias. He leído que ha llevado también tonelada y media de comida para sus habitantes.
Tras una pausa de unos segundos, el periodista intuyó cuál sería el tema de conversación que más apetecería a su interlocutor.
—Fue hace diez años, ¿no?
—Sí, en 1984, también en febrero.
—Veo que es una fecha que no se te olvida.
—No, Tico, no. No se me olvida ni se me olvidará.
—Participar en unos Juegos Olímpicos representando a tu país debe de ser lo máximo para un deportista. Caminar por el estadio olímpico detrás del abanderado…
—Fue abanderada. Fue nuestra querida Blanca quien portaba la bandera.
—¡Es verdad! Blanca Fernández Ochoa. Tuve la oportunidad de entrevistarla hace dos años, cuando nos trajo la medalla desde Albertville.
Antonio se marchó del Florida Park por unos instantes. Desde un tiempo atrás, en especial desde abril de hacía casi dos años, no había momento del día en que no volara a la ciudad olímpica, ahora asediada por las tropas de Mladić con vileza y ensañamiento.
—Dime, Antonio, ¿qué sientes cuando ves por televisión lo que está sucediendo en Sarajevo? Las imágenes son escalofriantes. He tenido la

oportunidad de hablar en alguna ocasión con algún colega que ha estado por allí y me ha contado auténticas atrocidades.
El exesquiador asintió. Aquellas palabras le restaban fuerzas y le robaban el ánimo. Prefirió no responder.
—Gracias, Tico, gracias por tu felicitación, pero es momento de marcharnos. Mañana tengo una reunión con mi equipo a primera hora. La vida sigue, a pesar del galardón. O quizá por esa razón ha venido el galardón.
—Claro, claro, solo quería felicitarte. Me habría gustado ser el primero —el periodista mostró su sonrisa más afable—, pero eso es imposible.

Después del nuevo apretón de manos, Medina se volvió pero fue llamado de nuevo. Durante la cena y el espectáculo la boca de Antonio hablaba futilidades con los compañeros de mesa, pero su cabeza no paraba de pensar en el gesto de Samaranch. Sarajevo significaba demasiado para él como para permanecer indiferente ante unas imágenes llenas de fuerza. Y luego vino la San Basilio, con sus canciones tan bien interpretadas, llenas de calor, de pasión, unas estrofas que no le dejaban indiferente, que le punzaban el corazón y las más hondas entretelas: *…me espera mi destino, me espera soledad…*
—Tico, te quería pedir un favor.
—Claro, claro, dime lo que sea —el periodista se sorprendió. Pensaba que ya habían finalizado la conversación.
—Me gustaría hablar contigo de un asunto.
—Por supuesto, lo que quieras. Si deseas una entrevista, sabes que tienes al ABC para lo que necesites. No te lo he propuesto porque no quiero abusar. Ya nos has concedido dos, y no se debe molestar en exceso a la gente importante —volvió a sonreír.
—No, no es para una entrevista. Es por otro tema, pero no quiero hablarlo por teléfono, y este no es el momento.
El periodista le pidió que llamara a su secretaria, que ella le buscaría al instante un hueco en su agenda.

Antonio se quedó con la tarjeta de visita en la mano.
Gerardo, que había conseguido una nueva copa, preguntó a su sobrino

la razón por la que mantenía un rostro tan serio a pesar de ser su noche, la gran velada de homenaje y reconocimiento.
—No me pasa nada. Nada nuevo que tú no conozcas.
—¿Qué has hablado con el periodista? Me encanta ese hombre. Yo no soy del ABC pero a veces lo compro solo para leer lo que escribe y, sobre todo, cómo lo escribe.
—Hemos hablado de Samaranch.
—De la visita, ¿no?
Antonio se limitó a asentir.
—Él sí tenía claro lo que debía hacer, cuál era su obligación. Tú parece que no tanto.
El sobrino miró a su tío en profundidad. No le gustaba oír lo que le decía, quizá porque a veces no gusta escuchar la incómoda voz de la conciencia, esa misteriosa autoridad interior que en ocasiones le daba instrucciones sobre su conducta.
—Ya te he dicho que voy a ir a tu casa, y no solo a cambiarte la bombilla esa. Tengo novedades. Te llamo.

Se volvió y buscó a su mujer. Cuando estuvo a su lado, comentó, a la vez que mutaba la expresión de la cara desde la preocupación a la falsa sonrisa de compromiso:
—Azucena, debemos marcharnos ya.
Sin acertar a saber cuál sería la razón de su presentimiento, auguraba que se le presentaba por delante una noche de vela y evocaciones.

Vuelta a casa

El silencio imperaba en el interior del Audi. El chofer recibió la orden de no conectar la radio y cada viajero se hallaba imbuido en sus pensamientos. Tras ellos, la escolta los seguía a escasos metros de distancia.
Fue Azucena quien rompió el agradable, por lo menos para Antonio, tiempo de quietud.
—Supongo que ya estarás contento.
El arquitecto siguió con la vista puesta en el exterior, mientras el

pequeño convoy circulaba por la Gran Vía, de regreso a casa.
—¿No me has oído? Te estoy hablando —la voz de la mujer sonaba áspera, autoritaria. Intimidatoria, incluso. Antonio ignoraba la pregunta de su esposa como si alguien le hubiera robado la capacidad auditiva.
Volvieron a permanecer callados hasta que alcanzaron la Plaza de España. El semáforo en rojo los obligó a detenerse.
—Quien buscaba este galardón no era yo, querida Azucena. Era tu padre. Y sabes muy bien por qué lo ha hecho —aseguró, sin apartar los ojos de la visión de la Torre de Madrid, con escasa iluminación a esa hora de la noche.
—No me llames *querida,* Antonio. Cuando estamos a solas no tienes por qué fingir. Lo haces, lo hacemos como dos expertos, y sabes cuál es la razón de esa imagen que transmitimos en público. Pero ahora, aquí, podemos expresarnos con libertad.
—Yo no quiero expresarme con libertad ante nadie, y menos contigo. Me gusta el silencio. Lo sabes de sobra.
No hubo más palabras hasta que llegaron a la mansión que ocupaban en la calle Guecho de la selecta urbanización de La Florida, ubicada a escasos kilómetros de Madrid por la carretera de La Coruña. Del vehículo de la Policía Nacional que custodiaba la entrada al recinto se apeó un miembro que, con una luz en la mano, enfocó al interior del habitáculo. Después de confirmar la identidad de los ocupantes, levantó la mano, momento en el que la gruesa puerta de hierro comenzó a deslizarse por sus raíles.
El chofer rodeó la plazoleta de la entrada y estacionó el vehículo junto a una pequeña escalinata. Alguien acudió a abrir la puerta del blindado. Antonio se acercó al chofer:
—¿Sabes algo nuevo de tu mujer?
El hombre, raudo, salió no sin antes colocarse la gorra reglamentaria que la señora solo le permitía quitarse cuando conducía.
—No, señor Escartín, no tenemos novedades. Sigue ingresada y mi hija me ha dicho que ha hablado con los médicos y que, de momento, permanece estacionaria.
Antonio asintió y le deseó una pronta recuperación, como hacía todos

los días que lo veía.
Antes de entrar en la vivienda, Azucena le volvió a reprender:
—No sé cuántas veces tengo que decirte que con el servicio no se tiene que hablar tanto. Ellos tienen su mundo y nosotros estamos en el nuestro.
—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es nuestro mundo?
La mujer se volvió y entró en el interior sin responder. En el vestíbulo una criada recibió el grueso abrigo de piel de visón que cubría el cuerpo de la señora. Ella emprendió el ascenso al primer piso por las escaleras de mármol blanco. Él se quedó en la planta baja e inició el camino hacia las habitaciones de invitados.
Desde hacía varios años, el envidiado matrimonio Escartín-García no era más que una acertada fachada creada ante el exterior por interés mutuo, o eso le habían contado a Antonio. El experto en marketing que dirigía las campañas de comunicación del grupo *Infraestructuras, Viales y Construcciones*, conocido, tanto en el sector como en la Bolsa de Comercio, por el acrónimo INVICOSA, había aconsejado que, ante la opinión pública, bancos, clientes y proveedores, sería beneficioso exteriorizar que el matrimonio entre la hija del renombrado empresario y el naciente arquitecto formaba una pareja estable, tradicional, feliz, con apariciones públicas de alto valor añadido que favorecieran la imagen de éxito que Conrado deseaba ofrecer a la sociedad. Sus caras se mostraban sonrientes, tanto cuando se hacían retratar en el yate *Rigel* de generosa eslora por las aguas del Mediterráneo, ella siempre con sus amplias pamelas y sus voluminosas gafas de sol, y él con sus polos de marca, sus bañadores de colores pastel y sus náuticos azules; como en cualquier acto benéfico, de los que eran asiduos patrocinadores.

Y, por supuesto, a la pareja también le publicaban reportajes en alguna estación de esquí, aunque Azucena odiara la nieve y todo lo que representaba, como las inevitables inclemencias climatológicas, los frecuentes vientos secos y helados, las desagradables y peligrosas caídas, las latosas colas en los remontes… Pero Antonio Escartín era una de las máximas figuras que había dado el esquí patrio a lo largo de toda su historia y estuvo llamado a suceder en el trono al gran

Paquito Fernández Ochoa, aunque el arquitecto no llegó a alcanzar metal alguno en las Olimpiadas de Sarajevo, las únicas en las que participó y las únicas en las que le dejaron participar ya que Azucena le impuso que, con veinticuatro años, había que centrarse en su inminente matrimonio y en su carrera como arquitecto. La sutil pérdida de elasticidad de las articulaciones favoreció aquella dolorosa decisión de abandonar los circuitos profesionales. Pretender ganar un *gigante* o un *especial* con veintiocho años se antojaba como una quimera de improbable ejecución.

La habitación ocupada por Antonio en la mansión era la más grande de todas las preparadas para alojar a los eventuales invitados que los visitaran. Constaba de una gran cama de matrimonio, un cuarto de baño completo con jacuzzi y un vestidor donde había colocado sus prendas. Hacía varios años que no entraba a la que fue su alcoba.

Se puso un pijama de seda y un batín que se había comprado por Reyes, unas semanas antes.

Se dirigió a la cocina y preparó una infusión. Regresó con ella al salón y ojeó los tres periódicos a los que estaban suscritos: El País, El Mundo y el ABC. En los primeros años de matrimonio solo recibían uno de ellos, el primero, pero desde principios de 1992, Antonio deseaba, ansiaba, acceder a más fuentes de información y, ante la dificultad de ver u oír la televisión o la radio por la rigidez de sus horarios, formalizó la suscripción a otros dos diarios. Solía emplear una media hora en leer la prensa. De ese tiempo, dedicaba treinta minutos a leer las noticias internacionales, las únicas que le interesaban.

Al terminar con la manzanilla recapacitó en las palabras de su tío, «tienes que enfrentarte a tu propio destino». Cerró los ojos y llenó sus pulmones con aire renovado mediante una inspiración profunda. Pensó en la conversación mantenida con Tico Medina, que parecía que alguien, quizá una Divina Providencia en la que no creía, había puesto en su camino como una suerte de puente que le podía conducir al lugar donde las zozobras desaparecen y las certezas se cristalizan, por lo menos lo segundo.

Se acostó pero tuvo mala suerte. El viaje de Samaranch a Sarajevo suponía una punzada en su estómago, un relámpago en su cerebro, una sequedad en la boca provocada por la angustia de una imagen que no se le había ido de la cabeza ni un instante desde que la vio.
Intentó dormirse pero no pudo. A la media hora se encaminaba, como un autómata, a prepararse una nueva infusión. Antonio Escartín deseaba viajar, y sabía que lo podía hacer, hacia el mundo feliz que se vive cuando solo se quieren recordar los más bellos momentos vividos. Se recostó en el sofá y se embarcó de nuevo en un avión rumbo al aeropuerto de Grenoble, el que acostumbraba a utilizar para llegar a la francesa estación invernal de Tignes.

Tignes

Por más veces que lo habían hablado en tiempos posteriores, Antonio no recordaba en qué momento conoció a Emina, quizá porque su imagen formaba parte de su vida incluso antes de que sus ojos chocaran en una aparatosa colisión que dejó a ambos con la señal indeleble que solo se consigue con la atracción entre dos seres, más allá de sus palabras o de sus silencios, más allá de sus fisonomías. Pasó igual que le sucede a cualquier persona con la imagen de su madre, de su padre o de sus hermanos mayores, que están ahí desde el principio de los tiempos por lo que no podemos hablar de un instante de inicio de la relación. Emina formaba parte de su existencia como la visión de sus manos o de sus pies.
—¿Has visto a esa? —le preguntó Jorge Pérez Villanueva.
Jorge era de Huesca, de Sállent, por lo tanto paisano de Antonio, ambos naturales del valle bañado por el mismo río: el Gállego. Esa circunstancia generó entre los dos un hermanamiento que los llevó a ser inseparables durante gran parte de su vida, por lo menos hasta aquellos Juegos de Sarajevo. Guardaban un histórico de complicidades en campeonatos desde los primeros años y, aunque cada uno luchaba contra el reloj con el mayor denuedo, eso no era óbice para que se animaran ante cualquier prueba. El triunfo del otro no lo tomaban

como suyo, no llegaban a tanto, pero sí que entre los dos corredores fluía una corriente limpia de respeto, admiración y camaradería.
Se encontraban en el restaurante del hotel *Le Nevada*, uno de los establecimientos más populares entre los esquiadores españoles que se desplazaban a los Alpes franceses para entrenarse durante los meses otoñales.
Ante la llamada de su amigo, Antonio levantó la vista y fue cuando se fijó en ella, aunque su subconsciente le susurraba al oído que con aquella mujer que tenía ante sus ojos, portando una bandeja con una pieza de fruta, un gran vaso de leche y unos cereales, compartía un pasado tan impreciso como real.
—Me suena —fue lo único que se le ocurrió decir.
Era una mañana de finales de septiembre y afrontaban los últimos días en Tignes, la población francesa que se llenaba de esquiadores profesionales que aprovechaban las ventajas que La Grande-Motte brindaba a aquellos que querían seguir con los entrenos antes del inicio de las pruebas oficiales. El glacial de nieves perpetuas ofrecía unas pistas ideales para complementar el mes que solía pasar el equipo español de esquí en las montañas de San Carlos de Bariloche, en la Patagonia argentina; o en la estación chilena de Portillo, en Valparaíso.
Desde aquel día, Antonio no perdió de vista a la nueva cara que había entrado en su vida, esta vez con una identidad precisa. Como si fuera una venus que tuviera que dibujar para las clases de Javier Seguí, en la Escuela de Arquitectura, se fijó en los rasgos de aquel enigmático rostro. Así, y mientras la veía desayunar en soledad, reparó en la larga melena rubia que llevaba recogida con un coletero sujeto muy alto. La cara mostraba unos suaves rasgos redondeados en donde destacaban dos ojos azules de mirada serena y una boca amplia de labios carnosos y dientes níveos. También calculó la estatura que tendría aquel cuerpo esbelto y delgado, y supuso que se situaría entre el metro setenta y cinco y el metro ochenta. Vestía unos pantalones de nieve blancos con peto, un jersey rojo y calzaba unas gruesas botas de paseo azul oscuro.
La desconocida cruzó un par de miradas con los dos esquiadores, quizá distraída, quizá consciente.

—Debe de haber llegado hace pocos días, porque te aseguro que si la hubiera visto antes no se me habría olvidado —comentó su amigo—. Supongo que es yugoslava, porque estaba con dos de ese país que conozco de alguna prueba.

Antonio apuraba el café mientras escuchaba algo de lo que le contaba su compañero, no todo. Admirar a la desconocida y escuchar a Jorge eran labores incompatibles.

Para su sorpresa, cuando finalizó el desayuno se levantó con la bandeja para dejarla en el mostrador de servicios usados y se dirigió hacia donde se encontraban los oscenses, decidida. En su boca se esbozaba una breve sonrisa:

—Vosotros sois españoles, ¿no? —quiso saber, en un francés bastante bien construido aunque con un acento algo duro.

Después del asentimiento, la mujer continuó:

—Es que tanto me mirabais que prefiero que nos conozcamos. Mi nombre es Emina Hasanović y soy de Jablanica, aunque me he criado en Sarajevo, ciudad en la que vivo. Supongo que os veré el año próximo en mi tierra, ¿no?

—Esperemos que sí. En principio los dos tenemos esperanzas de representar a nuestro país en los Juegos Olímpicos, en alpino —informó Jorge, dado que Antonio permanecía callado.

—Yo soy una de las tres fisioterapeutas que acompaña al equipo. No sé si nos veremos mucho en Tignes. ¿Cuándo os vais?

—El martes —respondió Antonio, en su primera intervención.

—Nosotros acabamos de llegar, llevamos tres días y estaremos por aquí dos semanas más. Tenemos previsto regresar a Tignes otra vez a finales de octubre, antes del inicio de las pruebas. Somos los anfitriones. No podemos fallar —aseveró—. Me alegra conoceros.

Se dieron la mano y la pareja se volvió a sentar mientras la vieron marchar en busca de sus compatriotas.

Antonio Escartín no volvió a saber de ella en lo que restaba del año 1983.

Se pasaba las manos por la cabeza. No quiso mirar la hora porque no

quería entrar en otro dilema sobre si debía o no intentar dormirse de nuevo. Aunque la vivienda poseía una magnífica calefacción que el servicio no apagaba durante las noches más frías del año, calibró la posibilidad de encender la chimenea del gran salón. Su debate interno duró tan solo unos segundos. Buscó leña y un par de pastillas de encendido. Sí, se encontraba cómodo al recordar los momentos más lindos de su vida y deseaba seguir con ese inesperado y gratificante repaso vital. Así, pegó un pequeño salto en el tiempo para continuar en Sarajevo. Era febrero de 1984.

Llegada a Sarajevo

El equipo español de esquí alpino realizó el viaje a Yugoslavia desde Ginebra, dado que los días previos se habían disputado unas pruebas en las pistas de Gstaad. El que Antonio iba a realizar a los Balcanes no era un viaje más. Al final del trayecto no esperaba una de las muchas carreras de los circuitos en los que esquiaba o una prueba del FIS, sino que eran unas Olimpiadas, sus primeras Olimpiadas y también las últimas, aunque nadie lo supiera, excepto Azucena, a quien se lo había prometido. El resultado que obtuviera sobre las nieves yugoslavas no iba a condicionar una decisión ya tomada de antemano.

A pesar de que el aeropuerto de Sarajevo se sitúa en el extremo suroeste de la ciudad, Antonio distinguió su destino con claridad antes de tomar tierra. Cruzada por el Miljacka, la capital de la república de Bosnia y Herzegovina, una de las seis que componían Yugoslavia, se hallaba en un valle flanqueado por los montes Zuc y Trebević, ambos cubiertos de nieve. La Villa Olímpica se ubicaba en el barrio de Mojmilo, próximo al aeródromo, y constaba de varias torres de apartamentos, de nueva construcción, de dos habitaciones cada uno, con baño, salón y cocina, la cual no usarían pues el complejo poseía un restaurante internacional de tipo bufé abierto de forma permanente, incluso de noche, dados los diversos horarios de entreno de las delegaciones.

En la marquesina de acceso a cada edificio ondeaban las banderas de las delegaciones que los ocupaban y, en todos, la del país anfitrión flameaba con orgullo, pues esas Olimpiadas suponían un hito: era la primera vez que se celebraban unos Juegos de invierno en un país, unos decían que socialista y otros que comunista, ahí no había consenso general.

Conforme llegaban los viajeros se sucedieron los besos, los abrazos, los apretones de manos… la ilusión de la expedición se fundía a pesar de la baja temperatura con que los recibió la ciudad. Al día siguiente sería la ceremonia de apertura de los Juegos y el consiguiente desfile. Algunos tenían experiencia por haber asistido a otras Olimpiadas, pero para Antonio ese mágico ambiente era novedoso. Allí estaban, entre otros, el madrileño Carlos Salvadores, su íntimo amigo Jorge Pérez Villanueva, los catalanes Giró y Prat, seleccionados para las pruebas de esquí de fondo, Manolo García y Cecilio Fernández, los representantes de biatlón, y los Fernández Ochoa. Nada menos que cinco Fernández Ochoa participarían en aquellas Olimpiadas, aunque no todos competirían. Paco viajaba a Yugoslavia como comentarista y Juan Manuel como entrenador del equipo de esquí alpino. Quienes lucharían por los mejores puestos serían Blanca, Luis y Lola, la pequeña de la familia. El equipo de saltadores lo componían Rivera, Solá y Joaniquet.

Durante la cena buscó en el comedor a alguna cara conocida más allá de la de otros esquiadores contra los que había competido en carreras anteriores. Pero Antonio no quería encontrar rostros de hombres. Solo le interesaba uno, el de una mujer. No lo halló.

El miércoles 8 de febrero de 1984 el arquitecto sabía que iba a vivir una de sus jornadas más inolvidables. El entrenador los dejó descansar un tiempo adicional, por lo que se relajó la hora del desayuno. Después de un paseo por la Villa para conocer sus inmaculadas instalaciones, comieron breve y pronto, y se encaminaron al Koševo Stadium, donde arrancarían los Juegos. La primera delegación en desfilar, como es tradicional, fue la griega, precursores de las citas olímpicas. Después se sucedieron todos los países participantes, algunos con representaciones exiguas, como México o Egipto, que

llevaron solo un deportista; y otros con numerosos miembros, como la URSS o los Estados Unidos de América, que rondaban el centenar. El uniforme de la delegación española era oscuro, en tonos azulados, y todos sus componentes cubrían sus cabezas con un amplio gorro de ala ancha, diseñado con previsión meteorológica. Como era costumbre, los atletas saludaban al público, que devolvía el detalle con un continuo torrente de aplausos a pesar del frío seco con que la climatología sarajevita dio la bienvenida a los Juegos. Varios compañeros llevaron cámara de fotos y tomaban instantáneas. Antonio prefirió centrarse en vivir el momento con la mayor intensidad, y no paraba de saludar, siempre con una sonrisa y con la cabeza llena de recuerdos. Por asociación de ideas, se acordó de su padre, la primera persona que le colocó unos esquíes y, también, su primer profesor: «Toñín, clava el bastón, gira, vamos, gira», o cuando se caía: «No, Toñín, yo no te voy a levantar, tienes que hacerlo tú solo. Allá arriba nadie te podrá ayudar». Él lloraba en esos momentos al verse con la cara llena de nieve y su orgullo infantil herido a ras de pista pero, años después, agradeció aquellos consejos que le hicieron más fuerte. Y recordó a su madre: «Antonio, ya verás lo lejos que llegas, en el esquí y en lo que te propongas. Eres único. Eres el más listo del valle».

La última delegación en desfilar fue la imponente de Yugoslavia, con setenta y dos miembros, vestidos con una gabardina gris de diseño desafortunado, prenda impropia en los deportes de invierno. La aparición de los anfitriones provocó que el Koševo Stadium fuera un clamor unificado y que todos exteriorizaran su júbilo. A pesar de que los ojos del esquiador no paraban de escudriñar a los integrantes del país anfitrión, no fueron capaces de hallar lo que buscaban con tanto ahínco. Sus pupilas se asimilaban a una máquina de fotos con un teleobjetivo de gran alcance y sus retinas se convertían en negativos en los que almacenar una imagen anhelada. A la distancia en la que se encontraba, le parecía que todos los participantes eran iguales, como si hubieran sacado copias a escala natural de una misma persona. Lo único que los diferenciaba algo era que las mujeres llevaban un pañuelo azul colgando por el cuello y botas del mismo color. Nada más. Un detalle insuficiente.

Después del desfile se sucedieron los discursos, entre ellos el de Juan Antonio Samaranch, y unas coreografías de numerosos jóvenes que evolucionaron a lo largo del estadio formando figuras geométricas y círculos, para acabar con los cinco anillos olímpicos. En ese momento, y por uno de los laterales, apareció un esquiador de fondo con la antorcha seguido de varios corredores que lo escoltaban. El grupo llegó a los pies de una larga escalinata donde aguardaba la llegada del fuego la patinadora yugoslava Sandra Dubravčić, vestida con un mono blanco, que se hizo cargo del testigo más preciado para cualquier atleta. Subió los peldaños con seguridad y alcanzó el pebetero. Con la solemnidad propia del momento, encendió la gran llama con la que se inauguraban los Juegos Olímpicos de Sarajevo de 1984.

La felicidad habría sido total si hubiera cruzado la mirada con Emina. Pero no pudo ser.

Esa suerte que el destino le negó el día de la apertura se le volvió favorable a la jornada siguiente, el jueves 9. Aunque la primera prueba era el martes 14, el equipo técnico les impuso una rutina de trabajo que tenían que observar con atención y disciplina. La jornada comenzó a las ocho de la mañana, con unos trotes por el interior de la Villa, bien abrigados. Luego accedieron al restaurante donde tomaron un desayuno copioso con huevos, beicon, fruta y tostadas. Fue mientras esperaban a tomar la furgoneta que los subiría a Bjelašnica cuando la vio camino de la cafetería. Abandonó el grupo y se dirigió directo hacia Emina, que iba junto a dos compañeros.

—Hola, ayer no te vi en el desfile.

Las personas que iban con ella se despidieron y los dejaron solos.

—Yo tampoco te vi, y eso que te busqué. Ni a ti ni a tu amigo.

La mujer lo miró con gesto travieso. Ladeó la cabeza.

—¿Y para qué me querías haber visto?

Antonio no supo qué responder.

—Bueno, ya me estás viendo. ¿Querías algo?

—Y qué voy a querer —el español se sentía estúpido. Le parecía que aquella conversación era la misma que mantendría un niño de seis

años.
—A lo mejor querrías que te enseñara Sarajevo. ¿A qué hora os sueltan?
—No lo sé, pero no creo que muy tarde. Hoy es el primer día y no competimos hasta el martes.
—Cuando vuelvas, llámame al apartamento, que estaré por allí. Mis sesiones suelen ser a horas disparatadas, pero las tardes las tengo libres, como casi todos. Aunque no lleves bolígrafo para apuntar, ¿te vas a acordar del número? Ya has visto que tenemos un teléfono para comunicarnos en el interior de la Villa.
Al regresar al grupo de esquiadores españoles y subirse a la furgoneta, Jorge le preguntó por la expresión que traía:
—¿Y esa sonrisa?
—¿Sonrisa, qué pasa con mi sonrisa, que no has visto a nadie sonreír? —respondió mientras marcaba un movimiento amistoso con el mentón.

La mañana discurrió rápido. La nieve era excelente y la pista se hallaba en magníficas condiciones, quizá demasiado concurrida pues todas las delegaciones tenían derecho y apetencia por conocer la montaña en la que competirían. Comieron en un edificio nuevo habilitado para la ocasión y después regresaron a la Villa Olímpica, donde descansaron una hora antes de pasar al gimnasio para realizar algunos ejercicios de movilidad y estiramientos, ya más ligeros que los matinales.
Juan Manuel Fernández Ochoa marcó el fin de la primera jornada. Sin que nadie lo supiera, y menos Antonio, comenzaba otra *primera jornada* para el esquiador oscense, de otro tipo, con otra compañía, con resultados inesperados.
Después de asearse, llamó al apartamento de Emina.
—Espérame en el control de la entrada trasera al recinto, que estoy allí en diez minutos —le indicó la yugoslava.

La biblioteca

Puntual, la vio aparecer con un grueso anorak oscuro. Cubría la cabeza con un gorro de lana granate con una borla blanca. El sol ya había abandonado la ciudad y la sensación de frío se incrementaba con el paso de los minutos.

—Hola, Antonio, veo que no te quitas el uniforme ni para salir de paseo —comentó, siempre en francés.

El español se quedó turbado.

—Es broma. Es muy bonito, me gusta mucho. No como el nuestro, que no sé a quién se le ha ocurrido vestirnos con gabardina, ni que estuviéramos desfilando por Londres. Tenía que haber sido blanco. En invierno, Sarajevo y la nieve hacen buena pareja. Yo digo que es la ciudad de los tres colores: el blanco de su nieve, el azul de su cielo y el verde de sus montes. Vamos, tengo el coche ahí al lado.

El vehículo que conducía era un Yugo verde manzana, dedujo Antonio, pues la luz de las farolas le otorgaba una tonalidad un tanto difusa, pequeño, de dos puertas, sin reposacabezas y sin cinturones de seguridad.

—Mi hermano tiene un Golf. En cuanto pueda, me compraré yo uno también. Este coche está bien, pero me fio más de uno alemán que de uno fabricado en Serbia, aunque el manual de instrucciones no venga escrito en cirílico.

A pesar de que por la mañana y desde la furgoneta, camino de las pistas, ya se había fijado en las edificaciones de Sarajevo, el arquitecto miraba todos los edificios con curiosidad de incipiente profesional. A diferencia de sus compañeros de alpino, él nunca antes había estado en la capital de Bosnia y desconocía su fisonomía.

—Esta por donde vamos es la parte más moderna de la ciudad. Sarajevo ha crecido hacia el oeste. Somos una población condicionada por su orografía. Nosotros jamás podremos expandirnos ni hacia el norte ni hacia el sur, ni tampoco hacia el este porque estamos rodeados por montañas en forma de *U*. Parece que le tenemos demasiado cariño a nuestro Miljacka como para separarnos de él.

La conductora le contó de qué otro río era afluente.
—Al final, todos acaban en el Danubio.
Se detuvieron en un semáforo, momento que aprovechó para esbozar el plan de las pocas horas que tenían por delante.
—Como me has dicho que no conoces la ciudad, había pensado darte una vuelta con el coche y después tomarnos un café, o lo que quieras. ¿Qué te parece? Supongo que no querrás regresar tarde y seguro que a mí me esperará alguien con sobrecarga muscular. A saber a qué hora puedo cenar.
Con agilidad entre el tráfico existente, el Yugo pasó por la Presidencia de la República; por Maršala Tita, una de las avenidas principales; por Skenderija, donde se disputarían partidos de hockey sobre hielo y, Miljacka arriba, llegaron a un edificio que polarizó la atención de la cicerone. Aparcó y le pidió que se apeara.
—Este es el edificio que más me gusta de todo Sarajevo. Antes de Tito era el ayuntamiento, pero hoy es nuestra biblioteca.
Se encontraban ante un soberbio edificio de planta triangular, de dos alturas de elevadas proporciones y con unos armoniosos remates en las esquinas que realzaban su aspecto. En la parte central asomaba, al cauce del río, una delantera adornada con unas pilastras de piedra y unos arcos de herradura que al español le recordaron al interior de la mezquita de Córdoba, aunque del doble de su tamaño. Unos potentes focos iluminaban la fachada ocre.
—Se construyó a finales del siglo pasado y aquí vengo cuando puedo, está bastante cerca de mi casa. Dicen que tiene más de dos millones de volúmenes. ¿No te parece maravillosa?
Antonio miró de reojo a la yugoslava, que permanecía atónita ante el singular edificio, y comprendió su entusiasmo por uno de los símbolos de la ciudad.
—Ahí dentro se guarda la historia de mi pueblo. Es nuestro mayor patrimonio.

Media hora después la pareja se encontraba sentada a una pequeña mesa de un café ubicado en la ya conocida Maršala Tita.

—No me imaginaba que Sarajevo iba a ser tan bonita, aunque me gustaría conocerla de día. Es una lástima, pero los esquiadores no visitamos las ciudades por las que pasamos. Ya sabes dónde está nuestro sitio.

Emina se había quitado su grueso anorak y Antonio intentó no mostrarse agresivo con su mirada. Vestía un jersey amarillo de pico que cubría una camisa blanca, un Levis azul ceñido y calzaba unas botas altas negras, con un tacón de un par de centímetros. El pelo se lo había soltado y lo llevaba sujeto con unas pequeñas horquillas. El conjunto lo completaba un fular azul marino que caía por el cuello. Se había maquillado con ligereza y solo se realzaba de su cara un leve brillo de labios y una pintura de ojos con la que les generaba una mayor profundidad.

—Ten en cuenta que esta ciudad recibió influencia de Viena, de la época del Imperio austrohúngaro, y ya sabemos, y tú mejor que nadie —Antonio ya había dicho que era arquitecto—, que los reyes siempre han querido perpetuar su poder en las ciudades en las que han gobernado, y una manera de hacerlo es mandar construir edificaciones que perduren en el tiempo y que recuerden a las generaciones futuras quiénes fueron ellos, su grandeza y soberanía.

El establecimiento rebosaba aroma centroeuropeo: aparatosas lámparas de araña en el techo, paredes forradas de madera, camareros con largos mandiles blancos que les llegaban hasta los tobillos, pequeñas mesitas redondas rodeadas de sillas enteladas y un pianista que acariciaba las teclas con una mezcla de ternura y poca gana. El café se convertía en un lugar ideal para la conversación próxima y la confidencia sincera. En los alféizares de las ventanas había pequeños centros con flores blancas y, en un mástil metálico junto a la puerta, lucía una bandera yugoslava con una estrella roja central con los bordes en cinta dorada.

Después de pedir dos cafés, la anfitriona le preguntó por las pruebas en las que iba a participar.

—El martes en el *gigante* y el día de la clausura en el *especial*. Tengo más esperanzas en el último. Mi entrenador dice que se me dan mejor los giros con radios más cortos y es que en el *gigante* las puertas están

más separadas, ya sabes. Será porque en geometría y en cálculo infinitesimal sacaba buenas notas.
—Oye, ¿por qué estudiaste arquitectura?
Antonio se sentía orgulloso de su profesión. Recordó que desde pequeño se maravillaba por los edificios que veía en televisión o en las revistas que caían en sus manos.

—Yo nací y me crie entre montañas, rodeado de nieve en invierno y vegetación abundantísima en verano. En el norte de Huesca, la arquitectura no es grandiosa, son pueblos pequeños con casas de una o dos plantas, por lo general, si exceptuamos las grandes poblaciones como Jaca, Sabiñánigo o Barbastro. Pero siempre que iba al cine, en la capital, me fijaba, más que en los personajes o en la trama, en las calles, los edificios, los puentes, las ciudades y su trazado, quizá será porque para mí era lo novedoso. Creo que ya tenía deformación profesional. Cuando me marché del colegio Juan March y me instalé en Madrid para cursar COU ya sabía qué iba a estudiar y por esa razón elegí las optativas de ciencias. No tenía dudas.

—¿Ya has terminado tus estudios?

—Sí, me he decantado por la rama de urbanismo. En septiembre pasado finalicé el trabajo fin de carrera.

—Y, ¿cómo lo pudiste compaginar?

—Pues con sacrificio, con mucho sacrificio. Ya sabes que nosotros estamos fuera de casa todo el invierno y parte del otoño y de la primavera, desde primeros de noviembre hasta mediados de abril. Pero el año es muy largo. Las asignaturas de libros las preparaba en los hoteles de concentración, en los viajes, en las esperas… Para las de presencia, hacía lo que podía. En España hay exámenes en junio y en septiembre. Me partía el curso y unas las sacaba en primera convocatoria y otras en segunda.

—¿Y las vacaciones de verano?

—Desde que entré en la Escuela de Arquitectura no he tenido vacaciones de verano —contestó rotundo, y afirmó—: Mi vida comienza a partir de estos Juegos.

Apuraron el café y pidieron otros dos, dado que el esquiador quería escuchar a su acompañante más de lo que lo había hecho. Le gustaba cómo hablaba, la expresión de su cara cuando reflejaba en ella sus pensamientos y su sonrisa, discreta y algo irónica.

—Háblame de ti, por favor.

La bosnia le contó que era la pequeña y la única mujer de un matrimonio que solo tuvo dos hijos, un varón y ella. Y que cuando finalizó sus estudios básicos quería ayudar a los demás. Habría sido enfermera, pero no soportaba ver la sangre. Cada vez que le hacían un análisis tenía que girar la cabeza porque ya se había desmayado en alguna ocasión.

—Fue de niña, todavía no había llegado a la adolescencia, pero vi cómo la jeringa se llenaba de aquello rojo que salía de mi cuerpo y perdí el conocimiento. No me caí al suelo porque entre mi madre y la enfermera consiguieron sujetarme.

A ella le gustaba el esquí pero no valía para competir porque la velocidad le daba miedo, pero sí la atrajo ese mundo.

—Yo no corro en los descensos pero ayudo a que mis compatriotas obtengan mejores resultados. Somos un equipo y yo soy una pieza más de ese equipo. Quien esquía con técnica es Eldar, mi hermano, pero no llega a nivel competitivo. Cosa rara, porque es una persona que todo lo hace de maravilla.

—Nosotros no tenemos fisioterapeuta, ni dietista. Parece que no hay presupuesto —rezongó.

La situación se había aliado con él, hasta la iluminación, y no pudo resistirse al ver unos papeles en blanco en una mesa próxima de las que utilizaban los camareros, junto a una pequeña torre de platitos y tazas. Se levantó a por uno y se palpó uno de los bolsillos del anorak:

—¿Me dejas que te dibuje?

Sin esperar respuesta, y ante la estupefacción de la yugoslava, comenzó a delinear sobre el grueso papel el contorno de la cabeza de Emina para pasar después a trazar los rasgos de su pelo. Siguió con la cara desde arriba abajo, empezando por las pestañas y finalizando con unas líneas más difusas que representaban el jersey. Lo giró y se lo

entregó, sin mediar palabra.

Ella lo tomó entre sus manos con delicadeza.

—Creo que es la primera vez en mi vida que me hacen un dibujo. Es precioso. ¿Cómo eres capaz de hacerlo tan rápido y tan bien?

—Fue una de las cosas por las que hice arquitectura, porque me encantaba el dibujo artístico, más que el lineal. Hasta que entré en la Escuela solo había dibujado con lápiz. Allí me enseñaron a trabajar el pastel, el carboncillo y el conté. En casa de mi tío tengo una buena colección de pinturas de todo tipo. Eso sí, te aseguro que también me han exigido trazar muchas líneas con tinta china.

Volvieron al lugar donde habían aparcado el coche, sin hablar y despacio, próximos pero a una distancia prudencial. Sus andares se acompasaron y parecía una pareja de soldados que desfilan. Cada vez que respiraban por sus bocas salía una fuerte bocanada de vaho que se perdía en la noche sarajevita.

El viaje de regreso le hicieron en silencio. Ella atenta a la conducción. A él le hubiera gustado ser capaz de contemplar, por un lado, los edificios que se abrían a su paso y, por otro, la figura de la conductora. No recordaba haber conocido en el pasado a una mujer tan rotunda como Emina.

Se despidieron al atravesar el arco de seguridad de la Villa Olímpica. La mayor parte de los corredores y los equipos técnicos ya se habían retirado a sus apartamentos. Las competiciones habían empezado y, a esa hora, las alegrías de los pocos ganadores y las frustraciones de los muchos perdedores sobrevolaban silenciosas el lugar del planeta donde se había dado cita el olimpismo.

En su cama, Antonio recordaba la despedida:

—Supongo que Sarajevo tendrá más cosas que ver. Entre el café y la charla…

Ella lo miró y sonrió con discreción.

—Sarajevo está lleno de cosas para ver. Si no te aburre mi conversación, mañana podemos repetir el paseo.

—No, no me aburre. Estaré encantado de escucharte.

Y estuvo encantado de escucharla. El viernes 10 de febrero la delegación española repitió actividades, aunque Antonio se comportó de una manera distinta. Sin que nadie hallara la razón, su rendimiento fue muy superior al esperado. Así, su carrera antes del desayuno fue más veloz que la del día anterior, sus estiramientos más intensos y prolongados, sus flexiones más completas, y también su mirada algo más perdida, sobre todo cuando estaba en grupo.

—¿Qué te pasa, Antonio? Te veo como ausente —comentó uno de los saltadores en el restaurante. Él quitó importancia a unas palabras que ni oyó.

Lo mismo que le había sucedido durante la gimnasia matinal le ocurrió en los descensos. La nieve le parecía más lisa, la ladera más pendiente, las puertas más anchas y su agilidad, flexibilidad y reflejos, superiores. Incluso Juan Manuel lo felicitó expresamente por el buen entrenamiento que había hecho.

Todo era mentira. Quien se movía con esa elasticidad inédita era su pensamiento, no su cuerpo. El viaje en coche y la corta charla con Emina lo habían alterado hasta el punto de generar en su estilo un valor adicional nunca antes conocido. Si siempre tenía que luchar contra las décimas, las centésimas de segundo, porque ese era el objetivo de su deporte, en aquella ocasión su afán era el reloj en su sentido más convencional, contra la hora, en un vano esfuerzo de que su velocidad ayudara a que las manecillas giraran a mayor velocidad. Su propósito fue diáfano desde que se levantó: que las seis de la tarde llegaran lo antes posible. Se vistió con lo mejor que encontró en su pequeña maleta, se atusó en el cuarto de baño y procuró que nadie se fijara en él para evitar comentarios fuera de lugar, por amistosos que fueran.

En la amplia recepción del edificio lo esperaba, no una mujer, sino una deslumbrante sorpresa por cómo lucía la persona que más ansiaba ver.

Emina vestía una cazadora de cuero negro, que hacía juego con el

resto de ropa: pantalón vaquero y botas. El colorido a su imagen, amén de su llamativa melena rubia, lo daba un pañuelo rojo clavel reventón que llevaba anudado al cuello, a modo de ancha gargantilla. Se encontraba de charla con dos compañeros. Ella realizó las presentaciones. Uno le preguntó, en francés, en qué pruebas competía. Ellos participaban en las de biatlón.
—¿Nos vamos?
Subieron al Yugo de Emina y esta volvió a demostrar su manejo al volante bajo un tráfico congestionado y una atmósfera fría y nocturna, pues la diferencia de longitud respecto a España era significativa, y en Yugoslavia, a esa hora, era noche cerrada.
—En Sarajevo es imposible perderse. Toda la ciudad converge hacia el río, es como un inmenso rectángulo atravesado por su parte central más larga por una pequeña corriente de agua, porque el Miljacka, ya lo habrás visto, lleva un caudal escaso. Aquí solo tenemos dos opciones: o paseamos en horizontal a lo largo de su cauce, o trepamos por cualquiera de nuestras calles hacia las montañas que nos ahogan, nos ahogan pero son nuestra seña de identidad, lo que nos da personalidad y nos hace únicos.
Uno de los atractivos que más le gustaba a Antonio de la fisioterapeuta era su voz, su acento gutural, incluso cuando la oía hablar serbo-croata. Su tono era rico en matices pero sin que su potencia resultara incómoda, ni por estridente o desagradable ni por convertirse en un incómodo susurro de difícil audición.
—El Sarajevo primitivo está al fondo del río, como si la ciudad se hubiera planificado acompañando su curso. Lo más lejano de donde nos encontramos ahora es el barrio musulmán, donde vivo, el más antiguo. Luego se construyó la siguiente parte de la ciudad, cuando pertenecíamos al Imperio austrohúngaro. Después está la zona nueva, ya de la época de Tito, donde está el hotel Holiday Inn, que se ha construido para estos Juegos y, antes de llegar a él, dicen que van a edificar dos rascacielos para oficinas. Parece ser que serán los más altos de la ciudad.
Condujo a lo largo del río hasta llegar a un lugar en el que encontró aparcamiento. Al bajarse del coche notaron de nuevo el intenso frío

que arreciaba en la ciudad a esa hora de la noche.

—Mira, ahí fue.

Durante un rato, Emina emuló los movimientos del joven Gavrilo Princip en aquel 28 de junio de 1914, que había pasado a la historia como el primer gran acontecimiento de trascendencia internacional del siglo XX: la Primera Guerra Mundial. Con teatral apasionamiento, como si se hubiera metido en el personaje y sus acciones, detalló lo que pasó aquella mañana y cómo la suerte se alineó con un joven llamado a cambiar el curso de los acontecimientos europeos y mundiales.

—Fíjate, el chaval acertó en las zonas vitales.

Antonio confesó que no recordaba nada de aquello.

—Eso lo estudié hace ya demasiado tiempo, y me temo que sobre esas enseñanzas he incorporado excesiva información posterior. Además, confieso que la historia no ha sido una de mis pasiones.

—Tengo que reconocer que me incomoda que mi ciudad haya pasado a la posteridad porque aquí se cometió un asesinato que desembocó en la muerte de millones de seres humanos.

Se asomaron al cauce del Miljacka y se quedaron en silencio mientras observaban su escaso caudal.

De forma inesperada, ella le tomó la mano a la vez que lo animaba a cruzar la calle después del paso de una furgoneta.

—Vamos a tomar algo o nos congelaremos.

Entraron en el café Viena, similar al que estuvieron el día anterior, ubicado en los bajos del hotel Europa, un establecimiento próximo a Baščaršija, el barrio musulmán, pero todavía en la zona austrohúngara.

—Al ver estos cafés vas a pensar que en vez de venir a Yugoslavia has viajado a Viena o a Salzburgo.

—No te creas. Conozco los aeropuertos de las dos ciudades que has dicho, pero no he paseado por ellas. Y sobre el estilo que nos rodea, a mí siempre me han gustado más los trazados exteriores que los interiores. De hecho, cuando camino, lo suelo hacer con la cabeza

hacia arriba. Cualquier día me voy a caer en una zanja. Lo mío está en las alturas. Ten en cuenta que las edificaciones han de tener un valor estético por sí mismas. Quizá por eso me gusta tanto el modernismo. De Barcelona conozco sus principales edificios, y espero poder viajar algún día a Melilla.

Después de que el camarero les tomara nota de la consumición, se miraron unos instantes, sin pestañear. Sonrieron sin razón y ambos notaron que se habían ruborizado.

Antonio habló de lo mucho que la arquitectura de una ciudad transmitía sobre sus pobladores y sus costumbres, y de cómo el arquitecto debía entender su organización para optimizar su aporte profesional. Así, recordó la necesidad de guarecerse de la lluvia en lugares como Berna, Salamanca o Santiago de Compostela, y de ahí la existencia de soportales, mientras que en otros la necesidad era la contraria, protegerse del sol, y por esa razón se construían las viviendas a escasos metros las unas de las otras, para darse sombra, como en Fez. Nombró las luminarias con cristales de colores de La Habana para permitir que pase la luz pero no el calor y las soluciones urbanísticas en Nueva York, donde el precio del suelo es desorbitado, de ahí su crecimiento vertical. Siguió hablando hasta que reparó en que había monopolizado la conversación. Se disculpó.

—Perdona, es que esto de la arquitectura es una pasión, la cual pienso desarrollar al máximo. Pero, por favor, habla tú, que solo hablo yo.

—¡Qué va! Me encanta escucharte. Antes, en el coche y junto al puente Latino, te he recordado lo que sucedió en esta ciudad hace setenta años. Pero prefiero que me cuentes de lo que te gusta, envidio el entusiasmo con el que hablas de tus estudios. Digo estudios porque me parece que aún no has empezado a construir.

Sin haberse dado cuenta, la mujer había tocado un tema de conversación relevante para su acompañante. Lo percibió.

—¿He dicho algo malo?

Antonio negó con un pequeño movimiento de cabeza.

—No sé, Emina, hoy es mi segundo día contigo pero, ¿puedo confiar en ti?

Se tomó unos segundos para responder. Le había gustado la pregunta,

era muestra de que su acompañante se encontraba cómodo y relajado con ella. Con suavidad, alargó la mano y acarició sus dedos.
—Fíjate en mis ojos y sabrás la respuesta.
En los días de pequeña relación que llevaba con la fisioterapeuta yugoslava nunca había sentido una emoción de cercanía igual a la que experimentaba en ese justo instante. Sus pupilas hablaban como si tuvieran un mensaje escrito de inequívoca interpretación, y distinguió una expresión limpia y sincera, garante de discreción, que invitaba a la franqueza.
—Al terminar los Juegos voy a dejar la práctica profesional del esquí.

Volvieron a quedarse en silencio, inertes, como dos esculturas carentes de vida. Ella se animó a formular una pregunta retórica:
—¿Seguro?
—Sin duda, Emina. Es una decisión meditada, no la he tomado a la ligera.
La mujer entendió que era posible que Antonio quisiera comentar algo más, por lo que mantuvo silencio.
—Emina, mi historia viene desde los cinco o seis años, cuando por primera vez me puse un dorsal con un número para participar en una carrera. A partir de ahí todo han sido sacrificios y, ¿sabes cuál ha sido el mayor?
La yugoslava asintió a la vez que soltó aire por la nariz.
—Claro que lo sé. Aunque llevo solo una temporada junto al equipo de élite, desde que terminé mis estudios tengo relación continua con ellos, y con ellas, y sé lo que os pasa.
—Estudiar y a la vez disputar pruebas de la Copa del Mundo o de la Copa de Europa, o correr las del FIS no te puedes imaginar lo que ha sido. No he tenido un minuto libre casi en toda mi vida. Me he perdido la adolescencia y gran parte de la juventud. Se puede afirmar que no tengo amigos. Los he ido perdiendo y no he podido hacer nuevos. A veces me siento como un anciano que ha corrido demasiado y al que solo le queda el asilo para descansar hasta el fin de sus días.
—Antonio, por favor…

—No, de verdad. Yo no he tenido hogar. Con doce años me marché interno a un colegio de curas del Valle de Arán, en el Pirineo catalán, al Centro Nacional de Promesas, lejos de casa. A los dieciséis me mudé a Madrid, al instituto Ramiro de Maeztu a cursar COU, luego empecé con la carrera, bien larga, por cierto. Y, entre medias, flexiones, estiramientos, gimnasios, viajes, pruebas y más pruebas, pistas, banderas, puertas, caídas, lesiones y sus recuperaciones, enganchones, kilómetros, países que no conozco, carreteras de montaña llenas de curvas mareantes, ciudades que no he visitado, culturas por las que he pasado sin explorarlas. Y ya no puedo más. Me siento como Juan sin Tierra, poco menos que un apátrida, alguien que se ha sentado en un cine para ver una película de varios años de duración, pero que no ha hecho nada más que ver el largometraje, o participar en él, que a estos efectos es lo mismo. Es una decisión que no sabe nadie del esquí.
—¿No lo has contado en la delegación?
—¡No! —nada más soltar la exclamación, el esquiador se dio cuenta de cómo había gritado y de qué manera inquisitiva le miraba algún cliente. Repitió la negación más comedido—. No, Emina, no lo sabe nadie, ni mi entrenador, ni mis compañeros ni los federativos. En todo Sarajevo tú eres la única persona con quien he hablado de esto.
—Pues si soy yo la única que lo sabe en Yugoslavia ten por seguro que nadie más lo sabrá.
—Lo sé.
Sin que fuera esperado, ella le acarició el dorso de las manos con sus pulgares.
—Eres consciente de que estás afrontando una de las decisiones más drásticas que vas a tomar en tu vida. Decisión irreversible, no lo olvides. Una vez que se deja la alta competición ya no es posible regresar a ella.
Antonio no ratificó las palabras oídas y optó por formular una afirmación:
—Tengo que encarar una nueva etapa en mi vida. Estudié arquitectura para ejercerla, y ha llegado el momento. Jamás abandonaré la nieve y, siempre que pueda, me escaparé a los Pirineos o a Sierra Nevada, pero la práctica profesional va a terminar aquí, en Bjelašnica, en Sarajevo,

en Yugoslavia. Contigo como testigo.
Ella lo miró con una expresión donde se mezclaban la sorpresa, la pena y la comprensión.
—¿Y tu futuro? —preguntó él.
—Yo no lo tengo tan claro como tú, o quizá sí, seguir con mi profesión, aunque quiero estudiar otras cosas.
—A ver, cuenta, cuenta.
Durante los siguientes minutos la yugoslava le transmitió que una de sus inquietudes desde joven era aprender más historia de la que sabía. Sentía que vivía en una ciudad de leyenda, punto de encuentro de culturas y deseaba profundizar en ellas.
—Me voy haciendo con una buena biblioteca, poco a poco. Además, procuro leer a los autores en los idiomas originales. Si ahora no estuviera junto a ti, estaría en mi habitación con un libro.
—Vaya, siento que estés perdiendo el tiempo conmigo —bromeó.
—No, Antonio, ni mucho menos. Me encanta tu compañía. No había conocido a un deportista que fuera arquitecto, ni que cursara estudios superiores siquiera, y se nota que hablas con entusiasmo de tu futura profesión. Vas a ser de los mejores del mundo, ya lo verás.
Sin que el español lo esperara, de uno de los bolsillos interiores de la cazadora extrajo un folio doblado. Lo extendió. Lo situó en el centro de la mesa y con el dedo índice de la mano derecha se lo acercó despacio.
—Supongo que llevarás lápiz, como ayer, ¿no? —apartó la silla de la mesa y giró la cabeza unos grados—. A ver qué tal te sale hoy.
El dibujo era una de las grandes pasiones de Antonio, por lo que no se hizo de rogar. Con mano diestra comenzó a trazar rectas y curvas y a dibujar sombras, alternando la mirada entre la modelo y el trozo de papel. Al finalizar se lo acercó también con su dedo índice.
En la calle, camino del coche, a Antonio le asaltaron unos irrefrenables deseos de abrazarla. La mujer con la que había salido dos tardes le resultaba fascinante, era una conversadora inteligente que sabía cuándo sus palabras eran esperadas y cuál era el momento de guardar silencio y escuchar y transmitir interés en esa escucha. Ella le entendía a la perfección porque se movía en un ambiente similar al

suyo, sabía cómo sentían los esquiadores, cuáles eran sus anhelos, sus temores y sus planes de futuro.

Como sucedió el día anterior, el viaje lo hicieron en silencio. Cada uno atento a algo. Ella a la conducción. Él al recuerdo de la conversación pasada. En ese momento, la belleza de los edificios imperiales de Sarajevo había quedado en último plano.

—El parte meteorológico de mañana es pésimo. Dicen que va a nevar y que arreciarán los vientos. Vamos a ver si podéis entrenar —Antonio la miró pero no escuchó ni una sola de sus palabras.

Se despidieron en el vestíbulo previo a pasar el arco detector de metales, donde dos vigilantes de seguridad cuidaban de que no entrara en la Villa Olímpica alguien no acreditado.

—Y mañana, ¿qué vas a elegir, lectura o esquiador español?

Emina se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Anda, dile a tu entrenador que te dé permiso pronto, que todavía nos quedan muchas cosas que conocer de Sarajevo. ¿Me llamas cuando termines? Estaré en el apartamento. Con un libro, por supuesto. No quiero renunciar a nada, ni a la lectura ni a ti. Me gusta vuestra compañía.

Sentado en uno de los sillones más alejados de la entrada, uno de los porteros del equipo yugoslavo de hockey sobre hielo los miraba con atención. Ni Emina ni Antonio repararon en ello.

Tito

Las predicciones meteorológicas habían acertado con exactitud y la mañana amaneció encapotada y con un viento cruzado que provocaba rachas incompatibles con la práctica del esquí, tanto por los efectos de la ventisca sobre la capa superficial de la nieve como por la imposibilidad de que los esquiadores utilizaran los remontes. El equipo trabajó en el gimnasio después de trotar por el interior de la Villa, abrigados con gorros y guantes, y con ganas de meterse en un espacio cubierto.

Ello provocó que comieran antes y que el descanso tuviera una

duración inferior. A las cinco desde un teléfono se llamaba a otro. A las cinco y cuarto dos personas se veían.
—¿Te importa que vaya a mi casa? Me ha llamado mi madre y me ha pedido que me acerque a verlos, dice que soy una hija díscola y que no los visito durante estos días. Lo que les pasa es que estoy mucho con ellos.
—No te preocupes, yo te espero en una cafetería.
—No, tú te vienes. Serán solo unos minutos. ¿Te importa?
El vehículo circuló por Zmaja od Bosne, la principal arteria que, paralela al río, recorre la ciudad de oeste a este y por la que ya habían transitado en alguna ocasión. A pesar de la hora, poca gente caminaba por las aceras, que todavía conservaban parte de la nieve caída hacía dos días. En ocasiones el pequeño Yugo se movía con violencia, como una hoja abandonada a merced del vendaval.
Llegaron al barrio turco y el vehículo escaló por una calle empinada. Estacionó junto a varios árboles.
—No te preocupes. Estos coches tienen muy buenos frenos de mano. Baščaršija, el corazón de mi ciudad, parece una estación de esquí, por las pendientes.
Antonio intuía que Emina llevaba una falda corta y cubría sus piernas con unos gruesos leotardos. Estaba deseando entrar en un interior con la esperanza de que se quitara el abrigo y poder ver su figura sin obstáculos.
Al español le sorprendió el cochambroso estado del inmueble, tanto la fachada como el portal y las escaleras que había que bajar para acceder al interior. El ascensor no funcionaba.
—No te extrañes, los edificios de Yugoslavia son responsabilidad del Estado, y son ellos quienes tienen que encargarse de su mantenimiento. A los vecinos no nos sobra dinero como para gastarlo en pintar algo distinto a nuestro domicilio. Y sí, que veo que miras al ascensor. Esto no es el Holiday Inn. Este se estropeó hace tiempo y así seguirá. No te preocupes, es el segundo piso. Además, hoy no has esquiado, no estarás muy cansado —le guiñó el ojo mientras inició el ascenso, peldaño a peldaño.
Al pasar por el primero, se acercó a su oído y le contó una

confidencia.

—Estos de aquí son judíos, bueno, él es judío y ella ortodoxa. Y estos otros son serbios, de Belgrado —indicó, señalando a la puerta—; ya sabes: no solo el centro de Yugoslavia, sino el centro del mundo —comentó con sarcasmo—. Los serbios viven siempre con delirios de grandeza. Solo les faltó poner en la puerta un letrero con sus nombres en cirílico. Vinieron hará diez o doce años.

Siguieron hasta llegar al segundo piso. Se volvió a acercar al oído de su acompañante y le susurró, en un hilo de voz:

—Nuestros vecinos son de Rijeka, muy croatas y muy cristianos. Por mí, me gustaría que toda la vida fuera Semana Santa —Antonio la miró extrañado—. Sí, porque en los días que se ha muerto Cristo no le dan a… —la mujer marcó un gracioso movimiento con las dos manos que el esquiador entendió a la perfección—. Es que su dormitorio pega con el mío, y ella es una chillona —volvieron a reír, en silencio—. No te lo he dicho, pero las dos familias que viven en el bajo son musulmanas, como nosotros. Mi edificio es una muestra de lo que es Sarajevo. Cada uno de una procedencia pero todos enamorados de esta ciudad.

Les abrió una mujer de unos cincuenta y cinco años, quizá alguno menos, que llevaba el pelo peinado con esmero y con un color uniforme, pues debía de criar alguna cana que había disimulado con tintura. Vestía una camisa de grandes flores en tonos oscuros abrochada hasta el cuello y una amplia falda azul marino. Abrazó a Emina como si no la viera desde el principio de los tiempos. La anfitriona pronunció una cadena de palabras de las que Antonio no comprendió ni una sola aunque supuso el significado de todas. Las emociones no tienen idiomas. Cuando cesó el ímpetu encendido del encuentro, la fisioterapeuta señaló al español. Lo único que entendió el esquiador fue su nombre, pronunciado con un acento y entonación distintos a los que Emina utilizaba cuando hablaba en francés.

Azra hizo una reverencia y le sonrió entretanto asentía una y otra vez. Miró a su hija y comentó algo que provocó su sonrisa. Al instante, la anfitriona desapareció rauda camino de la cocina. Regresó al instante con una rebanada de pan en la mano derecha y un pequeño cuenco

con sal en la izquierda. Ofreció ambos presentes al invitado. Este se quedó sin saber qué se esperaba de él. Emina lo aclaró:
—Te está ofreciendo pan con sal, es un signo de hospitalidad sarajevita. Debes corresponder.
Antonio la miró desconcertado. Ella, con mímica, simuló los movimientos de tomar la rebanada de pan, rebozarla en el cuenco y tragarla. Él los materializó. La mujer asintió de forma continuada mientras mostraba la misma expresión risueña que parecía haber nacido con ella. Les pidió que entraran en el pequeño salón de la vivienda.

Lo primero que llamó la atención del español fue ver, junto a una estantería llena de libros hasta el techo, el colosal cartel que presidía la estancia. Sin que nadie se lo dijera, supo a quién representaba. Un hombre que se encontraría en los inicios de la sesentena se levantó con agilidad. Se veía que se hallaba en buena forma, delgado y con reminiscencias de haber poseído un cuerpo atlético acostumbrado al trabajo físico. Lucía un mostacho cano que le tapaba parte del labio superior, y sonreía con franqueza.
—Antonio, te presento a Damir, mi padre —después se dirigió a su progenitor, en serbo-croata.
El hombre le ofreció la mano. A pesar de la edad, el apretón fue fuerte y seguro. Después, preguntó algo que provocó que, al responder su hija, su cara mutara hacia un gesto de lejano recuerdo. Sin haberlo previsto, se levantó y alzó el puño.
—¡Salud y República! —pronunció, en un español con marcado acento eslavo. El invitado no supo qué hacer. Emina lo comprendió al instante y pidió a su padre que se sentara, a lo que él accedió sin objeción.
Era imposible abstraerse del cartel. El dueño de la casa se fijó en ello y comenzó a hablar. Emina fue traduciendo al francés.
—Mi padre pregunta que si conoces a Tito —Antonio asintió, con determinación—. Asegura que al desaparecer Tito se murió gran parte de su vida. Él fue partisano y luchó a su lado contra los nazis y los

ustachas, y que el día que se anunció la noticia salieron por sus ojos más lágrimas que cuando falleció su primera esposa. En alguna ocasión me contó que le habría gustado viajar a España a combatir al fascismo. Ya ves que aprendió alguna palabra de tu idioma. Siempre ha dicho que quiso apuntarse a las Brigadas Internacionales para luchar junto a tu República, pero que no le dejaron por ser demasiado joven.

Emina preguntó a su padre en qué año empezó la guerra en España. El hombre respondió sin ocultar algún pensamiento nostálgico.

—Claro, tenía catorce años, pero cuando se puso a las órdenes de Tito, que fue en 1941, tenía diecinueve. Me lo ha contado un montón de veces, pero sé que a él le gusta recordar aquello y a mí escucharlo.

Aunque la fisioterapeuta no hubiera hecho de traductora, sus palabras salían cargadas de tanta fuerza que transmitían un mensaje de lucha, de ambición, de valores que sobrecogió al español, que no imaginaba con encontrarse en ese insólito lugar mientras se disputaban unos Juegos Olímpicos.

Damir se levantó y se dirigió a un pequeño aparador, sobre el que descansaba una televisión en color que se veía de reciente adquisición. Abrió una de las puertas y extrajo una botella. Con una sonrisa algo desdentada, la levantó orgulloso con una mano, como si exhibiera un codiciado trofeo, entretanto sostenía dos pequeños vasos con la otra. Emina pronunció unas palabras a las que su padre no hizo caso. El anfitrión insistía.

—Es šhlivovitza —aclaró.

—¿Tiene alcohol? —el español sabía que era una pregunta innecesaria pues conocía a la perfección su respuesta. Le hubiera encantado fallar en sus predicciones. Ella corroboró—. Dile que no puedo beber alcohol, que soy deportista.

Emina tradujo. Su padre respondió algo que provocó la carcajada de la fisioterapeuta.

—Le he dicho que no puedes beber alcohol porque eres esquiador. Y él dice que dónde están tus esquíes. Que mientras no los lleves puestos, no eres esquiador.

Azra entró en el salón secándose las manos con un trapo y se sentó al lado de su marido. Llevaba sobre el pelo un pañuelo que lo cubría por completo. Los dos comenzaron a formular preguntas atropelladas a su hija. Esta respondía en tanto alternaba la mirada entre sus progenitores y su invitado, al que le lanzaba una sonrisa de complicidad, una manera de excusarse: «lo siento, Antonio, lo siento. Este rato se lo debo a ellos. No me reproches que hable en nuestro idioma. Mis padres solo hablan serbo-croata y ruso. Luego me volveré a consagrar a ti».

—Me preguntan por el desfile —fue la única información que recibió el arquitecto.

A Antonio le traía sin cuidado el tema de conversación. Disfrutaba escuchando hablar a la yugoslava y, a la vez, gesticular como si sobreactuara en una función de teatro universitaria. Aunque habían visto la ceremonia por televisión, los padres no apartaban la vista de su hija mientras mostraban una continua expresión de felicidad. Suponían que ella, al haber estado allí, podría contárselo con mayor detalle. De repente, se levantó y comenzó a imitar los movimientos del esquiador de fondo que apareció en el estadio con la antorcha olímpica. Hizo como que se paraba y entregaba el testigo a la que encendería el pebetero.

Damir miró al español y señaló a la televisión y a su hija, por ese orden. Algo dijo que sonrojó a la fisioterapeuta.

—Mi padre me pide que te diga que yo les he comprado la televisión en color. Sí, es cierto. Creo que es el primer regalo que les hago en toda mi vida y ha merecido la pena ahorrar para darles el capricho y que puedan ver los Juegos de su ciudad en condiciones.

El invitado disfrutaba del momento como hacía tiempo no le sucedía. No se fijaba en las palabras, sino en el lugar por donde salían. En aquella imitación aprovechó para recrearse sin pudor alguno en la estampa de la fisioterapeuta. La falda corta ajustada y los gruesos leotardos negros le daban un aire sublime, y el jersey de cuello alto, entallado, marcaba con nitidez sus pechos bajo la tela. Aquella mujer lo mareaba, callada y con la palabra, en movimiento y estática, con abrigo y, sobre todo, sin él.

Antes de abandonar el piso, Emina lo invitó a salir a la pequeña terraza que se asomaba sobre la ciudad. El acceso era por su habitación por lo que la anfitriona aprovechó para enseñársela. También tenía varias estanterías con libros, dos cuadros de paisajes con marcos de madera, un poster de Madonna y otro de Joe Cocker, un pequeño escritorio, dos camas individuales y, lo que más captó su interés: los dos dibujos que le había realizado, que ya ocupaban un lugar preeminente en la pieza.
—Hasta que se fue a Alemania, Eldar y yo compartíamos esta habitación. La casa no da para más. Ven.
Las vistas sobre Sarajevo eran bellísimas, con la ciudad a sus pies y, por las montañas que se abrían a izquierda y derecha, unas hileras de luces de las casas de campo diseminadas por la falda escalaban hasta las cumbres a la vez que titilaban como si temblaran por la baja temperatura. A esa distancia del suelo, la sensación de frío era mayor. Por la zona del estadio olímpico se veían unos fuegos artificiales que recordaban a todos que Sarajevo se encontraba en su momento más glorioso.
—Ahí están tus montañas, esas que te harán famoso. Y ahora respira. Jamás habrás sentido una ciudad con una atmósfera tan fresca y limpia como la mía.
—No nos engañemos, es casi imposible conseguir medalla —reconoció, después de tomarse unos segundos para admirar el nocturno panorama y mientras escuchaba el peculiar sonido de los cohetes al estallar en el cielo.
Ella no lo oyó.
—Aquí es el único lugar del mundo donde se funde el sonido de las campanas de las iglesias católicas con las llamadas a la oración de los almuédanos.
Se miraron. La cara de Emina se iluminaba con la intermitencia de las luces provocadas por los fuegos de artificio. Ella sonrió y él quiso abrazarla y besarla; pero no se atrevió. Ese punto de descaro que siempre le acompañaba en los descensos le fue esquivo en aquella ocasión.

Veinte minutos después, ambos se encontraban de nuevo en un establecimiento, esta vez era una tetería turística próxima a su domicilio y a una fuente llamada Sebilj.
—¿Qué te han parecido mis padres? ¿Verdad que son divertidos?
—Me habría encantado haber charlado con ellos. Siento no hablar vuestra lengua.
—Son dos personas extraordinarias. Mi padre tiene ocho años más que mi madre. Estuvo casado con anterioridad pero ella falleció joven, sin haber tenido hijos. Con mi madre ha tenido dos. Es un luchador desde que nació, aunque yo ya me he desengañado de su ideología comunista. He salido fuera de Yugoslavia y eso hace que abras los ojos al mundo, y el mundo soviético no me gusta. Me gusta el de Alemania Federal, el de Italia, el de Austria, el de Francia… Ya solo te falta por conocer a Eldar, dos años mayor que yo. Vive en Stuttgart, en Alemania, como tantos yugoslavos. Es un magnífico mecánico, alguien con personalidad, de fuerte carácter. Mis padres siempre han vivido escaseces. En mi país siempre ha habido guerras. Cuando ha estado Tito ha sido la época en la que hemos vivido más tranquilos, de ahí que en Sarajevo se lo quiera tanto.
—¿En Sarajevo?
—En Sarajevo y en gran parte de Yugoslavia, pero no en toda. Su muerte pudo ser el inicio de algo, algo que no me gusta y que no hablo con nadie.
—Si quieres hablarlo conmigo…
Ella miró su reloj.
—No, deja, otro día. Que no quiero que se haga tarde. Tú tienes que estar a buena hora para cenar y a mí me esperan varias piernas sobrecargadas antes de acostarme. Yugoslavia es un estado complejo, ten en cuenta que nosotros no tenemos la antigüedad como país de Francia, de Portugal o la vuestra, nuestra historia es bastante reciente y turbulenta por la ubicación que ocupamos entre Europa y Asia. Nosotros nos llamamos Yugoslavia desde hace poco más de cincuenta años, desde el 29. Una vez leí que somos una nación que está al este del oeste y al oeste del este —sonrió con desgana—, y que tiene que

buscar y encontrar su sitio en el mundo.
Antonio apuró el té y al limpiarse reparó en la mirada fija y grave de su acompañante. Escuchó una pregunta incómoda:

—¿Cómo se llama ella?
—¿Ella?
—Sí, ella, tu prometida, novia, o como lo llaméis en España.
Sin darse cuenta, el esquiador tragó saliva.
—Ya te he dicho que he tenido dificultad para encontrar amigos, siempre de estación en estación y, cuando no esquiaba, estudiaba.
—No me has respondido.
Cierto, la evasiva mostrada había resultado torpe e inconcreta. No había negado tener novia y aquello era equivalente a admitir que sí la tenía, ¡claro que la tenía! Se mantuvo en silencio mientras recordó a aquella compañera de clase, amiga también de Enrique y Andrea, que tanto se brindaba a ayudarlo en pasarle apuntes: «Antonio, mañana sábado me ha invitado una amiga ricachona que tiene un chalé con piscina y todo, en la carretera de La Coruña. Dice de comer allí, que ella se encarga de todo. Está en último año de Derecho y es muy simpática». Sus intenciones eran aprovechar esa salida para conquistar al compañero, pero la maniobra le salió mal pues fue la otra quien se benefició de la situación, una situación que, además, se la habían puesto en su casa sin necesidad de moverse. Él mostró alguna excusa poco convincente para evitar la proposición. «Vamos, por favor, que ya solo nos queda Deontología para terminar los exámenes, y seguro que te sabes el programa mejor que Santiago Fernández Pirla. Nunca vienes a nada, venga, ¿te animas?». Antonio se animó.
—Se llama Azucena. Es el nombre de una flor.
—Sabía que tenías novia. Las mujeres no dejan solo a un chico como tú, no falla, los mejores hombres estáis atrapados.
—Ser un buen esquiador no implica ser mejor persona.
—Yo no sé cómo esquías, no soy tu entrenador, pero conozco a mucha gente y hacía tiempo que no me encontraba tan a gusto con alguien como contigo. ¿Tenéis planes de boda?

Antonio asintió, sin concretar fechas, sin especificar que el altar lo esperaba en tres meses.
Después de un breve silencio y de apurar la taza de té, el interés se mostró en sentido contrario.
—Y, ya puestos, ¿cómo se llama él?
Emina bajó la mirada. Se había violentado con la pregunta, aunque temía escucharla. Ella había empezado.
—No se llama, se llamaba, y el nombre da igual. Es médico y lo conocí en el colegio, cuando éramos dos adolescentes. Fuimos novios muchos años, años de sacrificio porque él tenía que estudiar todo el tiempo. Mientras mis amigas salían al cine o a bailar con sus parejas, yo me tenía que quedar en casa porque él tenía que preparar exámenes, muy difíciles. Fíjate, con lo que me encanta bailar. Yo creo que fue ahí cuando me aficioné a leer, sobre todo, leer historia —la expresión de Emina era de pena, de arrepentimiento por haber entregado unos años preciosos a una persona que no la correspondió. Antonio se mantuvo en silencio, aguardando a que terminara de evocar sus vivencias—. Después de licenciarse, trabajó unos meses aquí, en el hospital de Koševo, pero le salió un buen contrato como pediatra en el Universitario de Roma. Venía algunas veces pero cada vez espaciaba más los viajes a Sarajevo. No terminábamos de concretar fecha de boda porque todo eran largas, hasta que un día recibí una carta. Me contó que él sí había fijado fecha de boda, pero con otra. Parece ser que una enfermera, una italianita, le gustó más de lo que le gustaba yo, quizá porque llevábamos demasiados años de noviazgo y al final se cansó de mí. Ya sabemos, las novedades. Me enteré de que se casó a los dos meses y no he vuelto a saber de él. Ni quiero.
—Pero hoy habrá alguien.
—No, Antonio, no hay nadie, bueno, sí, Bucko.
El español no comprendía la respuesta, y más por la cara de picardía que le mostraba la yugoslava. Cuando cayó en quién era Bucko, se sonrojó por la vergüenza que sentía. Quiso confirmar.
—¿Te refieres al Bucko… a la mascota?
—Sí, ese es mi novio actual, alguien encantador con el que jamás discutiré, eso sí, creo que me es infiel.

Se acercó a su oído a la vez que lo tomaba de las manos. Le susurró en un hilo de voz.

—Me parece que es el novio de la mitad de las chicas de Yugoslavia. El muy canalla…

Volvieron a la conversación que se traían y apartaron las bromas.

—Sé que soy joven, que con veintiséis años no debería hablar así, pero me juramenté que nunca más volvería a llorar por un hombre. Aquella carta provocó que mi cuerpo expulsara tanta agua por los ojos que si hubiera ido a parar al Miljacka, este sería más caudaloso que el Danubio —ella misma se alarmó con la desmesurada exageración—. Construiré mi vida sin un hombre. Lo tengo decidido.

—No lo tengas tan decidido, Emina. Yo tengo dos años menos que tú y no tantas experiencias vitales a mis espaldas, te lo recuerdo, pero sí que he aprendido que una pista puede ser muy distinta a otra, mucho, incluso en la misma estación, y que unas se nos atragantan y otras parece que se han diseñado en exclusiva para nosotros, para que podamos realizar carreras triunfales. Solo tienes que buscar la tuya, la que se adapte a tus virtudes y a la que sus dificultades sepas convertir en ventajas.

Ella lo miró de tal forma que el esquiador español se incomodó.

—¿Ves lo que te he dicho? No he conocido a nadie como tú. Anda, vámonos, que con este tiempo está por ver que el coche sea capaz de avanzar por la calzada. A ver mañana cómo se levanta el día.

Partido de hockey

Que el domingo fuera festivo no supuso sinónimo de paz y tranquilidad en la Villa Olímpica. Ese día competían los dos representantes españoles en biatlón y los tres saltadores. Los participantes en las pruebas de esquí alpino se desplazaron hasta las pistas de entrenamiento pero solo pudieron bajar una vez, pues las rachas de viento continuaban tan fuertes que la seguridad en los remontes se comprometía en exceso, y la organización no quería correr riesgos inútiles. Hubo algunas voces que empezaron a apuntar

que los Juegos podrían retrasarse algunos días ante el excesivo rigor de las inclemencias climatológicas.

El equipo se vio obligado a trabajar de nuevo en el gimnasio y a trotar por el interior de la Villa Olímpica para mantener el tono muscular.

Iba camino de sentarse en el comedor junto a sus compañeros cuando fue abordado por Emina, que vestía el uniforme de la delegación yugoslava. Portaba su habitual sonrisa y mostraba la determinación acostumbrada en sus movimientos y en sus palabras.

—Hola, ¿qué te apetece hacer esta tarde? Tengo una idea. A ver qué opinas.

Antonio, con la bandeja en la mano y sintiéndose observado por sus compañeros, no llegó a abrir la boca y, con una seña, le pidió concreción.

—Podemos ir a ver un partido de hockey, si quieres. Hoy juegan los rusos contra los norteamericanos, y tiene pinta de que va a haber trifulcas. Son jugadores muy competitivos. Va a ser como asistir a una representación de la Guerra Fría sentados en una grada. ¿Qué te parece?

—¿A qué hora es?

—A las seis. Ya sabes que puede durar dos horas y media, o algo más. Calculo que sobre las nueve estaremos de vuelta. Déjame que te invite. Será como pago por tus dibujos. ¿Vale?

La propuesta era demasiado apetecible como para declinarla. Él había presenciado algún partido de hockey sobre hielo en los Alpes franceses pero no le pareció tan espectacular como dicen que son aquellos en los que hay verdadera rivalidad. La oferta prometía. Y, si el partido levantaba expectativas por su intrínseco valor, asistir junto a Emina era algo que no se podía rechazar.

Circularon en el Yugo hasta las proximidades de Skenderija, un coloso pabellón cubierto construido en la margen izquierda del Miljacka, próximo a Grbavica, para albergar pruebas de interior y complementario al de Zetra donde, además de otros partidos de hockey, también se disputaba el patinaje artístico y el de velocidad. El ambiente en las gradas era algo desconocido para el esquiador español. Las centradas localidades que había conseguido su

acompañante eran magníficas y se encontraban próximas a los banquillos. La animación era ensordecedora y las banderas con las barras y estrellas por un lado y las de las hoces y los martillos por otro, se agitaban con pasión febril y ardor entusiasta. El público estaba dividido, y una parte de la grada se mostraba a favor de los yanquis y la otra apoyaba a los soviéticos. Emina comenzó a soltar gritos y expresiones que a Antonio no le pareció que fueran en serbo-bosnio. Si no era el idioma yugoslavo, solo podía ser uno:

—No sabía que supieras ruso.

—Es que todavía hay muchas cosas que no sabes de mí —decidida, le dio un beso en la mejilla y le dedicó una de sus sonrisas rompedoras.

— Tú, ¿con quién vas?

—Por favor, Antonio —el sonido ambiente era tan atronador que la única manera de oírse era chillarse al oído. Imposible de otro modo—. Ahora lo verás.

La primera posesión fue para el equipo norteamericano. Emina se convirtió en una forofa que vociferaba las posesiones transoceánicas y aplaudía con fuerza los aciertos de su equipo. Lance hacia un lado del campo y contraataque hacia el otro. Al instante, los sentidos de carrera de los jugadores se invertían, y otra vez, y otra vez. El ritmo del juego era vertiginoso y el español no era capaz de saber en qué lugar se encontraba el disco pues era tal la velocidad con la que se desplazaba que solo sabía dónde estaba el juego por los movimientos de los patinadores. Giros, disparos, paradas, sustituciones sin detener el partido. Unos entraban, otros salían. Los entrenadores chillaban, el público enloquecía.

Sin que nadie hubiera sabido de quién había partido la iniciativa, cuál fue la primera que buscó la contraria y qué calor quiso su complemento, la realidad era que las manos de la pareja se encontraban entrelazadas. Antonio no era consciente de lo que sucedía. Él tenía novia, con planes de boda próximos, y siempre había presumido de ser una persona reflexiva, cabal, con juicio. Pero el traicionero ambiente lo envolvió hasta el punto de perder la memoria y la personalidad: no se sentía él.

Después de recibir cuatro goles de la selección que vestía de rojo, el

equipo norteamericano consiguió meter por primera vez el disco en la portería soviética. Emina soltó la mano de Antonio y se levantó a chillar junto a gran parte de la grada. Al sentarse de nuevo, miró a su acompañante con una cara de alegría tal que el español se emocionó.
—¡A ver si remontamos!

Si en el viaje de regreso alguien hubiera preguntado a Antonio cuál fue el resultado final, no habría sido capaz de responder, ni de forma aproximada, cómo había quedado el tanteador. Era lo de menos. Lo único que recordaba fue la experiencia vivida en el lugar más alejado de lo que se entiende por un entorno romántico, donde una pareja puede enamorarse, incluso, donde dos personas pueden perder la cabeza. No hubo cena con luz tenue, ni amaneceres tumbados en la playa, ni visiones de luna sobre la hierba, ni canciones enternecedoras interpretadas por voces envolventes y susurrantes. Para Antonio Escartín, Yugoslavia había roto los moldes de su existencia y de sus ideas preconcebidas.
Bajaron del coche y se tomaron de la mano, protegidas con gruesos guantes. Caminaron hacia la entrada a la Villa. Hacía un frío helador. Estarían a varios grados bajo cero y cubrían sus cuerpos con tanta ropa que solo dejaban ver parte de la cara.
—El martes es mi primer día de competición y, aunque el entrenador no nos marca limitaciones y confía en nuestra responsabilidad, creo que sería prudente que mañana no nos viéramos. Eso sí, me encantaría verte por la tarde y contarte cómo me ha ido en el *gigante*.
—Entonces, nos tenemos que despedir aquí.
—Lo prefiero.
Ella lo miró con unos ojos que se ocultaban bajo la cerrada oscuridad, solo iluminados por la débil luz de las farolas urbanas. Se bajó la bufanda y descubrió su nariz, y su boca. Sin pedirle permiso, hizo lo mismo con la de Antonio.
—Pues si nos tenemos que despedir aquí, déjame que te desee suerte.
Las potentes piernas del esquiador comenzaron a mostrarse como unas débiles estructuras, temblorosas e inseguras.

—Te lo agradezco.
—Pero déjame que te desee suerte como si fuéramos novios.
La cara de la yugoslava se acercó a la del español a cámara lenta, con disfrute de cada décima de segundo que transcurría en atravesar los pocos centímetros que tenían que recorrer. Al igual que una aeronave que se posa mansa sobre una pista de aterrizaje, los labios de Emina besaron los de Antonio en una transmisión de calor como jamás antes había conocido. Los dos cerraron los ojos y disfrutaron del momento tanto que no sabrían el tiempo que pasaron en aquella posición.
Se separaron y sonrieron. Ella le acarició la cara.
—Te vas a comer la pista, ya lo verás —aseguró, con su determinación habitual.
El español pidió que fuera ella quien entrara primero. No quería que nadie lo viera en su compañía pues pensaba, y con lógica, que la expresión de su cara delataría su estado de ánimo. Solo anhelaba entrar en su habitación y dormirse para conectar con algún sueño en el que siguieran los dos tan próximos como lo estuvieron durante aquella tarde de domingo, tanto en lo físico como en lo espiritual.
Mientras se acercaba a la puerta principal, le pareció ver a Emina que hablaba con un hombre vestido con el uniforme de la delegación yugoslava. Prefirió quedarse en la calle, tal y como habían convenido. En ese momento, el desconocido agarró el brazo de la fisioterapeuta y esta reaccionó soltándose con rudeza. Sin mediar palabra, se dirigió hacia su edificio. El hombre se marchó por otro lado. Antonio no sabía qué había sucedido pero era algo no deseado ni por Emina ni por él.
Diez minutos después, preocupado, la telefoneó:
—Te confieso que esperaba esta llamada. Intuía que eras alguien detallista. Yo también te quería desear buenas noches, aunque no sé si me llamas para saber qué me pongo para dormir. Si te lo cuento, igual te descentro para la carrera.
El comentario al oscense le pilló a contrapié, no se lo esperaba.
—Emina, por favor, no seas mala.
—Voy a ser muy feliz esta noche al recordar todo lo que hemos pasado, de principio a fin. Te quiero, Antonio, te quiero. Me estoy enamorando de ti como una tonta. Déjame que te lo diga, con permiso

de alguien, o sin su permiso. Mejor sin su permiso.
El español se sintió ruborizado con las palabras oídas aunque no era esa la intención inicial de la llamada. Después de ratificar los mismos sentimientos, desveló la razón real de su deseo de conversación.
—He visto desde la calle lo que te ha pasado con uno de tu equipo. Me parecía que te molestaba.
—¡Ah, no pasa nada! —Emina restó importancia—. Es Miroslav, un imbécil del equipo de hockey. Hay alguno que por haber nacido en la capital, en Belgrado, y escribir en cirílico, se cree con derecho a algo más que a recibir una atención profesional. ¡Que se joda! Fíjate, para ofenderme, me llama *musulmana*. Ya te digo, un imbécil. Solo con el primer beso que te he dado ya te has llevado tú mucho más de lo que se va a llevar ese de mí en toda su vida. Anda, descansa, que esta noche toca soñar.

El eslalon gigante

El lunes 13 amaneció encapotado pero sin precipitaciones, algo que alegró a la delegación española. Después del desayuno subieron en la furgoneta hasta las pistas, donde pasaron la mañana practicando los largos giros que necesitaban dominar para las pruebas del día siguiente. Aunque todos los corredores disputaban cada año la Copa del Mundo, la de Europa y las pruebas FIS, la participación en unos Juegos Olímpicos no era un evento más; era un hito que daría visibilidad eterna a sus carreras deportivas. La victoria de Paco Fernández Ochoa en Sapporo, hacía doce años, era una buena muestra de ello, por lo que el grado de concentración de los esquiadores era máximo. Había que arriesgar, merecía la pena exponerse para alcanzar el mejor lugar y, puestos a soñar, subir al pódium, ese espacio solo reservado a los grandes atletas del olimpo.
Antonio se encontraba encantado con los trazados realizados. Solo registró un enganchón en toda la mañana, lo que denotaba la esplendorosa forma física y mental en la que se hallaba. Después de la breve comida y el descanso subsiguiente, realizaron unos pequeños

ejercicios con énfasis en los estiramientos, para no sobrecargar los músculos y dejarlos en perfecto estado para el gran momento.
—¿No sales esta tarde? —le preguntó su amigo Jorge Pérez—. Nosotros vamos a dar una vuelta pero regresamos enseguida. Me quiero acostar pronto.
Antonio vivió una tarde de recuerdos. Habían sido cuatro las veces que había salido con Emina. La primera a aquel café; la segunda cuando le enseñó el puente Latino; la tercera, con la imagen de Tito como testigo; y la última, la intensa del partido de hockey, y también la de la despedida. Estuvo tentado de llamar a su apartamento pero quería ser coherente con lo que le había dicho la noche anterior. No sabía qué podía suceder en un nuevo encuentro. Recelaba no de ella, sino de él. El encandilamiento que sufría por la yugoslava era una experiencia única en su vida. Más allá de aquellas primeras exploraciones con una esquiadora gerundense en el Juan March, cuando ambos tenían quince o dieciséis años, la vida sexual de Antonio se había reducido a escasos encuentros, esporádicos y no del todo satisfactorios. Siempre se negó a contratar a una profesional del amor, y su esquí y su carrera copaban la mayor parte de sus días. Para iniciar un romance era necesario tiempo, y el esquiador siempre careció de él. Recordaba una chilena en Portillo, una sueca en Val d'Isère y una italiana dulce y chiquitilla en Verbier, una muchacha que tendría dos o tres años más que él pero que parecía una adolescente que no paraba de hablar en su idioma durante las dos relaciones que mantuvo. No hubo más. Y en todos los casos, él no conquistó a nadie, siempre fueron ellas quienes lo sedujeron, aunque en aquel momento le pareciera lo contrario.

Con Azucena los acontecimientos se sucedieron a endiablada velocidad. La mediocre estudiante de Derecho, en el momento en que supo a qué se dedicaba y qué notas obtenía en la Escuela, no quiso separarse de él. «¿Ha quedado usted con una señorita llamada Azucena?». La pregunta era formulada por un camarero del Ritz al acercarse a la mesa en la que esperaba a aquella chica tan rica y con nombre de flor con la que había quedado, tan solo dos días después de la tarde en su chalé: «Es una terraza muy agradable. Estaremos de

maravilla. ¿Qué te parece a las seis?». El joven estudiante de arquitectura prestó conformidad a la cita. «Sí, he quedado con ella hace… —consultó su reloj— un cuarto de hora. ¿Por qué?». «Es que ha dejado en recepción este sobre para usted, porque usted es don Antonio Escartín, ¿verdad?». El camarero se retiró y abrió la misiva. «En el jardín del hotel se está bien, pero en la habitación 209 se está mejor. He llamado al servicio de habitaciones y ya está aquí el caviar iraní, el champán francés y yo. Solo faltas tú. No tardes». La letra era una preciosa redondilla. Y su firma, también.

Conrado García tenía planificado el futuro de su familia y, al llegar a Madrid, compró tres parcelas en La Florida sobre las que edificó sendos chalés: uno para él, el más grande, y otro a cada lado para sus hijos. Azucena tenía la vida resuelta, solo le faltaba un novio con el que poder pasearse por la sociedad y presumir de su trayectoria. No hacía falta que fuera alguien de dinero, eso ya lo ponía ella y su equipo jurídico se encargaría de preparar unas buenas capitulaciones matrimoniales, por supuesto, buenas para sus intereses. Para unirse con alguien en el altar se requería belleza, el candidato la irradiaba; juventud, la poseía, y más todavía que ella pues era dos años más joven; salud para darle unos hijos fuertes y vigorosos; un pasado intachable, lo atesoraba; capacidad de superación para alcanzar unas altas metas, lo había demostrado; y un porvenir, algo que nadie negaba a juzgar por su contrastada capacidad académica. Además, estaba en los últimos cursos de la carrera más acertada: su padre era constructor y su marido sería arquitecto. Un sobre y un sello, una aguja y una jeringa, una tabla y una fijación: el uno había nacido para complementar al otro. Por lo menos Antonio complementaba a Azucena. Si sucedía lo contrario tampoco era una cuestión que preocupara a la pequeña del matrimonio formado por Conrado y Esmeralda.

El esquiador se sentía vacío. Tantos años con estudios en las concentraciones que, una vez finalizada la carrera y con el título colgado en la casa de su tío, sentía que en su vida se abría una

oquedad que no sabría cómo llenar, y se preguntó por la naturaleza de sus días a partir del lunes 20 de febrero, cuando regresara a Madrid después de la prueba del *especial* y de la clausura de los Juegos.

Se había llevado a Yugoslavia un par de ejemplares de Metropolis, una de las revistas de arquitectura más afamadas, pero no fue capaz de concentrarse ni en una sola de sus páginas ni le apetecía entretenerse con algún diseño. Apagó la luz y prefirió dormitar hasta la hora de cenar.

El martes 14 fue para Antonio Escartín uno de los días más importantes de su vida. Iba a medirse con los mejores esquiadores del mundo en el marco de unas Olimpiadas. No se quería engañar, su capacidad distaba de alcanzar una medalla, pero la pista iba a ser igual para todos: mismo desnivel, misma temperatura ambiente, misma distancia entre puertas… ¿Por qué la fortuna no podía regalarle un golpe de suerte?

Después del desayuno se metieron en la furgoneta los cuatro competidores en el *gigante*: Jorge Pérez, Luis Fernández Ochoa, Carlos Salvadores y él, junto a Juan Manuel y a *Pitu* Figueras, el médico del equipo.

Calentaron en la zona de entrenamientos y realizaron unos últimos ejercicios físicos. Los descensos se sucedieron hasta que le llegó su turno. Se situó detrás del portillón de salida y recibió la señal del juez. A partir de ese momento contaba con diez segundos para iniciar la carrera. Respiró hondo, situó los palos a la distancia de su cuerpo tantas veces practicada y cruzó un pensamiento fugaz dedicado a Emina: «¡Voy por ti!». Con un seco golpe de riñones y una clavada de bastones, el deportista español comenzó a atravesar las primeras puertas. Los esquíes rodaban paralelos y las colas no derrapaban al cambiar de dirección. Las espátulas se agarraban a la nieve al igual que lo haría un imán en una superficie metálica, y los giros, ajustados al máximo, eran precisos como jamás antes lo habían sido. Puerta, puerta, puerta… atrás iban quedando, una roja, una azul, una roja… punteo del palo izquierdo, clavada del palo derecho, clavada… a la

pista ya le quedaban escasos metros para finalizar. Siguió con ritmo frenético, con ansia, con la máxima urgencia. Rebasó la última puerta y se impulsó con los bastones como si se jugara la vida en esos metros finales.

La pista había resultado tal y como la memorizó, algo escrutado, algo familiar, algo suyo. Recibió la felicitación de *Pitu*, de Luis y de Carlos. Luis se había caído y Salvadores se saltó una de las puertas. Solo quedaban Jorge y él para la segunda y definitiva manga.

A las doce y cuarto de la mañana le llegó la vez. Antes de empezar su carrera se enteró de que su querido paisano había obtenido un fantástico decimonoveno puesto. Él quería ganarlo y ganar. Lo primero era posible a juzgar por la posición obtenida en la primera manga. Lo de ganar la carrera era algo ya inalcanzable, con certeza. Los dos segundos que le sacaba el tercero convertían la posibilidad de pódium en un imposible.

Al terminar, Jorge y él se dieron un abrazo como nunca antes. Antonio había acabado en el puesto veintiuno, a solo dos de su amigo, una marca por la que fue felicitado por todos. No solo había sido capaz de finalizar las dos mangas, que había quedado por delante de muchos otros que no fueron capaces de medir sus fuerzas o su destreza en el elemento.

A las dos de la tarde el equipo regresaba a la Villa. En la furgoneta se sucedieron las bromas y las felicitaciones. Ese ambiente iba a desaparecer de su vida en breves jornadas, y lo haría para siempre. Sintió pena, aunque nadie reparó en ello. Comieron algo menos que la cantidad habitual ya que la tensión había minado su apetito. El deseo unánime del grupo fue retirarse a descansar y moderar después el ejercicio físico.

A las cinco alguien llamó a uno de los apartamentos ocupados por la delegación yugoslava. Una mujer descolgó el teléfono. Una voz habló:

—Enhorabuena.

—¿Tú crees? ¿Sabes cómo he quedado?

—Claro que sé las clasificaciones tuya y de tu amigo. Y los dos habéis logrado mejores puestos que los nuestros. Tenías que ver cómo están aquí las caras. Unos se han caído, otros han sufrido enganchones y el

único que ha finalizado las dos mangas ha obtenido el puesto treinta y ocho. Por lo tanto, me ratifico: enhorabuena.
—¿Nos vamos a ver esta tarde aunque no te pueda enseñar una medalla de oro?
Se creó un silencio en la línea telefónica. Lo rompió la fisioterapeuta.
—¿En diez minutos en el vestíbulo de la entrada?

Selma

Emina llevaba la cazadora de cuero negro que lució la tarde que acudieron a conocer el puente Latino. Vestía los mismos pantalones y también calzaba aquellas botas. Llegó sonriente y se quedó a escasa distancia. Ella titubeó. Él dudó. Volvieron a sonreír.
—¿Nos vamos? Hoy no tenemos tan mal tiempo como en los últimos días. Esta tarde circularemos, no volaremos.
Llegaron al Yugo y entraron cada uno por su puerta. Una vez dentro, ella se acercó y le dio un beso en los labios.
—No quería dártelo delante de tanto cotilla que hay en la Villa. Es mi beso de enhorabuena, aunque se me ocurre que quizá te pueda felicitar de otra manera.
Arrancaron y se encaminaron, como todos los días, hacia el este, aunque esta vez por la margen contraria del río, donde se hallaba el barrio de Grbavica, el cual atravesaron hasta llegar a un edificio de nula estética. Antonio pensó cómo era posible que se construyera sin gusto, sin ganas de dotar al inmueble de algún detalle decorativo.
Al bajarse, ella se apoyó sobre el techo del Yugo. Le enseñó unas llaves.
—Son del piso de Selma, una amiga mía que vive en Srebrenica, donde da clases, y yo cuido de sus cosas. No hay nadie. Estaremos solos. Está limpia. ¿Quieres que subamos?
Las piernas del esquiador temblaron más de lo que se habían cimbreado por la mañana delante del portillón de salida, antes de iniciar la carrera.
En esta ocasión el ascensor sí funcionaba y fue utilizado por la pareja

para besarse hasta perder la noción del tiempo. Era el primer beso completo en una boca ya familiar. Los ojos permanecían cerrados y los oídos dejaron de funcionar porque eran sentidos que no necesitaban activarse. Con el gusto, el tacto y el olfato era suficiente. Después de unos segundos, ambos repararon en que habían llegado al piso de Selma.

—Para, para —le pidió la mujer, con una sonrisa que era aún más sensual que su cuerpo.

Abrió la puerta cuando se consiguió zafar de las manos del oscense, que habían perdido el significado del verbo *cohibir*.

—Es una vivienda pequeña, tiene una sola habitación. Ella es profesora de latín y no tiene familia. Por no tener, no tiene ni gatos ni perros. Ven, pasa.

La yugoslava entró con autoridad, como era habitual en ella, y dejó la cazadora y su bolso sobre una butaquita junto a una chimenea que hacía tiempo nadie encendía. El salón estaba entelado en tonos oscuros y varios cuadros con naturalezas muertas ornaban una estancia que emanaba un cierto aspecto lúgubre, llena de rancios y pesados muebles.

—Ya le he dicho que tiene que alegrar la casa ya que durante los largos inviernos en Sarajevo no vemos el sol, y las paredes tienen que estar adornadas en tonalidades más claras —Antonio no se fijó en la decoración. Su atención estaba dirigida hacia otro punto de interés. Le gustaba ver moverse a la yugoslava. Su manera de andar, de pisar, la determinación con la que se giraba, se agachaba… su cuerpo era lo único que le interesaba.

Emina buscó y encontró una pequeña estufa eléctrica que conectó a la corriente. Acercó las manos y comprobó su correcto funcionamiento.

Despacio, se dirigió a él. Había llegado el momento crítico. El esquiador se situaba en lo más alto de la montaña. Con delicadeza y sin mostrar premura, colocó los antebrazos sobre sus hombros y le sonrió a escasos centímetros de su cara. Lo besó, la besó, se besaron otra vez con la intensidad vivida hacía unos instantes en el ascensor. Antonio se había evadido del presente, de lo que le rodeaba, incluso de su identidad. Ya ni sabía a qué había ido a Sarajevo, ni qué era

Sarajevo, incluso, ni quién era él. Solo existía Emina en su existencia, un cuerpo, una boca, un tono de voz que pertenecía a su vida desde antes de que tuviera conciencia de la misma, porque la yugoslava era su alma paralela antes incluso de ser concebido.

—Vamos, te dije que la casa está limpia, la cama también.

Se volvieron a besar, sin que nadie supiera si fue de ella o de él de quien partió la iniciativa. De esa manera se desplazaban a lo largo del pequeño pasillo, rotando por los laterales del angosto espacio en el que ambos se desenvolvían como si ya hubieran pasado por allí, y de esa forma, desde que tuvieran conciencia de su propia existencia. Antes de entrar en la alcoba ella le quitó el jersey y él se desabotonó la camisa. Siguió. Siguieron. Él hizo lo mismo con ella y la achuchó contra su pecho. Con cierta habilidad le quitó el sujetador que cayó abandonado, y sintió la frescura de su piel. Presionó su espalda hacia él. Ella movió su muslo, adrede. Jadearon.

Al instante, ella se separó, con cierta brusquedad.

—¿Tienes preservativos?

Antonio abrió los ojos, algo que no hacía casi desde que habían entrado en el piso. Negó.

—Pues ya sabes lo que te toca —le volvió a besar.

Emina quiso asegurarse de que había sido oída. Se volvió a separar de él y lo miró. Él asintió.

—Tú cumple tu parte —susurró—. Y por enfermedades, no te preocupes, estás con una mujer sana.

La pareja se desplomó sobre la cama como haría un edificio al que le cercenan los cimientos.

El calor de la yugoslava era intenso y emocional. Sus manos se movían por todo su cuerpo como si no hubiera una sola zona que no quisieran palpar, al igual que si deseara aprenderse de memoria la musculosa anatomía del español para reproducirla después en una escultura. De improviso, comenzó a hablar en su idioma, como hizo en su día aquella italiana cuyo nombre olvidó, palabras sueltas, pequeñas frases que a Antonio le parecieron excitantes pues lo animaban hasta el punto de alcanzar el éxtasis antes de lo que le gustaría, eso sí, siguiendo las reglas que se habían marcado antes de empezar.

Se quedaron en silencio. Lo último que se había escuchado en la vivienda de la profesora de latín de Srebrenica habían sido los ahogados gemidos de Emina, antes de caer sobre las sábanas. Juntaron sus caras y sus labios, de nuevo, en un recorrido similar al inicial pero con mayores ganas mutuas de conocer mejor las pieles, de aprender sus pliegues y sus curvas.

—Antonio, no te puedes marchar de Sarajevo.

—No pienses en el futuro, piensa solo en el ahora, en que el destino nos ha unido, como una prueba más de lo caprichoso que es.

—Pero no te puedes marchar de aquí. Aunque el mañana está marcado, déjame que te diga que en Sarajevo hay sitio para ti, aquí caben todos. Quédate, quédate conmigo. Sé que no lo harás, pero te lo tengo que pedir. Mi boca no puede permanecer cerrada.

Antonio no podía creer lo que le estaba sucediendo. Emina era una mujer plena que le había trastornado el sentido. No solo cada vez la deseaba más, sino que su compañía, fuera en una cafetería, en el interior de un coche, o en la cama, desnudos, complementaba su ser. Eso no le había pasado con ninguna otra fémina, ni con la hábil Azucena, que se movía en el lecho con apreciable destreza.

Se volvieron a abrazar y se amaron otra vez, dejando su raciocinio al albur de la unión que disfrutaban desde el primer café que tomaron juntos.

La yugoslava aprovechó que Antonio se había quedado algo amodorrado para levantarse en silencio y rebuscar en los cajones del salón. Volvió con dos objetos que dejó en la mesilla. Buscó algo para apoyar y halló un libro de gran tamaño, el tema que tratara era indiferente. Se acercó a su oído y le pidió algo:

—¿Te atreverías a dibujarme desnuda?

El español levantó un párpado y después el otro, algo desorientado. Preguntó la hora y se tranquilizó al comprobar que todavía tenía tiempo. Le sonrió. Diligente, se recostó en el cabecero, tomó el folio y lo apoyó en el libro de historia del arte que Emina había encontrado en una estantería del dormitorio de Selma. Ella se apoyó sobre la

almohada con las manos en la nuca. Él comenzó con el trabajo.
Dos horas después, Antonio Escartín tomaba una ensalada y un filete a la plancha en compañía de Carlos Salvadores y de Luis Fernández Ochoa, que no pararon de comentar los pormenores del *gigante* de la mañana. Ambos volvieron a felicitarlo aunque notaron a su compañero ausente de la conversación general. Minutos después volvía a meterse en una cama, esta vez acompañado del recuerdo de Emina, solo de su recuerdo. Le faltaba todo lo demás.

Gypsy

Los XIV Juegos Olímpicos de Invierno continuaron con una rutina que se estableció todos los días, como una plantilla horaria impuesta en la que solo hay hueco para las novedades durante un corto espacio de tiempo, por la tarde. Unos días a las cinco y otros a las cinco y media, los amantes se daban cita en el amplio vestíbulo y juntos salían hacia el coche de Emina. Desde allí, y sin que hubieran planteado alternativa distinta, se marchaban al piso de la profesora de latín. Los tiempos de las visitas turísticas a la ciudad o las degustaciones de los singulares cafés que gastaban los habitantes de Sarajevo habían quedado atrás. Ahora era momento de algo inimaginable hacía tan solo una semana.

Nada más cerrar la puerta de entrada a la vivienda comenzaba la explosión del deseo que se materializaba en una cama que los esperaba callada y cómplice, un lecho de sábanas finas ideado para abrigarlos a la vez que los alejaba del mundo que los rodeaba. No había lugar en todo el planeta donde la pareja se hallara mejor.
Después, la yugoslava preparaba un té que tomaban al calor de la estufa eléctrica en tanto reían al hablar de aspectos relacionados con sus países y con sus infancias. Ambos se encontraban más a gusto desnudos que vestidos, y bromeaban sobre las *desastrosas* consecuencias que tendrían en sus cuerpos la acumulación de años.
—¡Y de kilos! —apostilló Emina.
También hablaron de sus familias y de la distinta relación que

cultivaron con sus hermanos. Mientras que entre Eldar y Emina siempre hubo unas acentuadas complicidades, el trato entre Antonio y sus hermanas fue distante.
—Ellas son algo mayores que yo, y chicas, con juegos distintos, amigas diferentes y también con otras aficiones. A ellas no les gustaba esquiar y preferían atender la tienda de mis padres de material de esquí en Formigal, aunque era yo quien solía reparar las fijaciones o quien enceraba las tablas cuando iba de vacaciones por Navidad. He de confesarte que allí me sentía ahogado. Nunca me han gustado los espacios cerrados. Siempre que podía salía al exterior y me perdía junto a mi soledad en la contemplación de mis montañas, que son mías, que me han visto crecer, que las necesito cada día.
—Pues Eldar y yo éramos inseparables. Jugábamos a las mismas cosas y teníamos amigos comunes. Nosotros íbamos a clase todos juntos, niños y niñas, y sus amigos eran mis compañeros y mis compañeras sus novias. Siempre estaba rodeado de chicas. No es porque sea mi hermano, pero es un hombre muy guapo. Si no fuera porque somos hijos de los mismos padres, sería mi marido. Sentí cuando se marchó a Alemania a vivir, pero lo entendí. Allí le pagan mucho más que aquí y ya se ha comprado un piso y un buen coche, un Golf, creo que te dije. Pero, vamos a dejar de hablar. Espera.
La mujer se colocó una bata de seda violeta de Selma y se dirigió a una de las estanterías del salón y rebuscó en una de las baldas.
—Aquí falta algo. Tu pasión será el esquí. La mía es la música, entre otras. En casa no tengo tocadiscos, y siempre que vengo aquí pongo los de mi amiga.
Extrajo varios *long play* y le enseñó uno de ellos. Le preguntó con la mirada y Antonio se encogió de hombros ya que no conocía a ese grupo.
—Me encantan. ¿Te importa si lo pongo?
La voz de Stevie Nicks, la vocalista de Fleetwood Mac, se adueñó del momento al compás de *Gypsy*. Emina, de pie junto al pequeño aparato que emitía un sonido metálico, comenzó a mecerse como si se encontrara en trance, con los ojos cerrados y con suaves movimientos sincronizados con la música al igual que si lo hubiera ensayado desde

niña. Alargaba y encogía los brazos, giraba su tronco y sus muñecas, su cuello bamboleaba la cabeza. Sonreía como una ciega al recordar algo bello, o algo triste. Movía su pelo hacia adelante y hacia atrás. La yugoslava se había ido de Sarajevo. Ni ella misma sabría dónde se encontraba.

—¿Te gusta bailar? —musitó, aunque la cuestión no esperaba respuesta. Continuó, sin abrir los ojos, sin parar de moverse por todo el salón y sin tropezar con mueble alguno.

Al finalizar la canción buscó otro disco de la misma banda. Se dirigió hacia una pequeña lamparita y la encendió. Después apagó la luz de techo. Se acercó al sillón donde su admirador no la perdía de vista y le ofreció las dos manos:

—¿Bailas? —la invitación fue formulada en español.

Sus piernas lo incorporaron sin que él fuera responsable. La abrazó con delicadeza y la llevó al centro del salón. Apoyó la cabeza en su hombro y se acurrucó en él. Cerró los ojos y contuvo las ganas de llorar.

—Emina, tenemos que buscar los buenos momentos de la vida, que los malos vienen solos.

—Eso hacemos, Antonio, eso hacemos.

La pareja giraba pausada, con los pies juntos y sin necesidad de llevar el compás porque la canción que sonaba, *Albatross*, no lo precisaba. Su mano derecha ascendió por la espalda hasta que, por debajo de su cabellera, alcanzó el estilizado cuello. Lo acarició con el pulgar.

—¿Qué vamos a hacer, Emina, qué vamos a hacer?

Ella negó con un diminuto movimiento de cabeza y optó por darle un beso callado, por algún sitio, donde pilló. Sin palabras le pidió que siguieran bailando.

El sonido del tocadiscos fue el gran acompañante de la pareja en unas tardes que, con certeza, ambos sabían que recordarían durante toda la vida. Linda Ronstadt, Joan Báez o Neil Diamond amenizaban las pocas horas que vivían en su *Shangri-La* particular.

—¿No viste aquella película? Se llamaba *Horizontes perdidos*. Era un lugar, por las montañas asiáticas, donde el tiempo se había detenido y

todos los protagonistas vivían una eterna juventud.

—Iba pocas veces al cine, Emina. Tres o cuatro al año. Una película duraba dos horas o dos horas y media, y ese tiempo lo aprovechaba para dibujar muchas líneas o para estudiar varias docenas de páginas.

—¿Esa ha sido tu vida? —preguntó, a la vez que le acariciaba la cara.

—Esa ha sido mi vida… hasta Sarajevo. Tu ciudad va a suponer para mí un antes y un después de todo. A partir de mi regreso a España, voy a ir al cine, voy a leer novelas, voy a ir al teatro… quiero afrontar una nueva existencia. Lo necesito.

—En esa nueva vida en la que yo no estaré contigo… ¿tendrás un hueco para acordarte de estas tardes?

—Una cosa es que no estés a mi lado y otra es que no estés presente en mi vida. Esto jamás lo olvidaremos.

Juntaron sus frentes y cerraron los ojos. La casualidad provocó que la música que sonaba fuera *El sonido del silencio*, de Paul Simon y Art Garfunkel.

Al finalizar la melodía, ella buscó un folio. Se sentó en el suelo, estiró las piernas y se apoyó con los brazos atrás.

—Dibújame. A ver si eres capaz de plasmar la cara de pena que tengo ahora.

Como si fuera un asunto del que hubieran pactado no hablar, ninguno de los dos pronunciaba un día, el 20 de febrero, lunes. Su mundo tenía fecha de finalización, que sería el domingo 19, jornada del *especial*, segunda y última prueba que disputaría. Última del todo.

—¿No me vas a dejar que te desee suerte como es debido?

—Anda, no me comprometas —pidió.

El sábado 18, jornada que habían convenido no verse pues Antonio deseaba guardar sus fuerzas para la carrera del día siguiente, el esquiador español fue víctima de un incidente provocado por un olímpico que, en contra del espíritu que ha de imperar en cualquier actividad deportiva, no sabía perder. Fue en la cafetería, a la hora del desayuno. Se dirigía a la zona donde se dejaban las bandejas con los servicios terminados cuando se le acercó un hombre que no llegaría a

cumplir todavía los treinta años. Vestía el uniforme de la delegación yugoslava y, sin que hubiera necesidad de que alguien los presentara, Antonio supo a la perfección quién era ese sujeto. Era más alto que él, de complexión recia, con hombros anchos y, se intuía, músculos trabajados, con el pelo rapado como un marine, boca pequeña, labios finos y mirada bravucona. Los ojos mostraban una actitud belicosa. Al hablar, apretó los dientes. Era Miroslav.

—No vuelvas a acercarte a nuestra fisioterapeuta —le advirtió, en alemán, idioma del que el español tenía alguna noción—. Esa chica es yugoslava, y no va a venir un cerdo extranjero a llevársela. ¿Entiendes?

El portero del equipo de hockey sobre hielo colocó su bandeja donde la iba a poner Antonio y lo empujó con ostentación. Se volvió sin mirarlo.

No comentó nada con ninguno de sus compañeros y menos con Emina. No merecía la pena.

El eslalon especial

Llegó el día de la segunda prueba, el eslalon especial, en el que Antonio tenía depositadas las máximas esperanzas. Como era habitual, después del desayuno el equipo se desplazó a las pistas en un silencio que nadie quería romper. Se juntaban demasiadas emociones, que iban desde que aquella era la última vez que subirían a Bjelašnica a que al día siguiente abandonarían el país. La siguiente cita olímpica sería en cuatro años, en Calgary, y todos sabían que el grupo se desmembraría: habría quien no resultaría seleccionado y, seguro, siempre sucedía, se designarían nuevos corredores para representar al país. Las fotos siempre eran dinámicas.

La primera manga resultó un éxito tanto para Jorge Pérez como para él. Luis también la finalizó en un tiempo aceptable dado que era su primera participación en unos Juegos.

En la segunda fue Antonio el último español en correrla. En un lapso entre cincuenta y cincuenta y cinco segundos no solo tenía que

atravesar las sesenta y seis puertas que le aguardaban sino que debía resumir sus días en Sarajevo, como si los visionara a cámara rápida. De repente, todo se nubló y solo apareció delante de él un inmenso folio de papel milimetrado sobre el que trazar una función matemática. Escuchó la señal del juez, soltó aire y se lanzó ladera abajo con la certeza de que aquella era la rúbrica de su carrera. Se cruzó la imagen de su padre poniéndole los esquís, los lloros al caerse, bandera, bandera, su primer dorsal, su primera carrera, bandera, bandera, su primer triunfo, los primeros aplausos recibidos, su selección para el Centro Nacional de Promesas, bandera, bandera, su primera salida al extranjero, su primer viaje en avión, su primer viaje a América, bandera, bandera, una chilena, una italiana, una sueca, se acaban las banderas, Emina, metros finales, ¡corre!, Toñín, ¡corre!, ¡impulsa, Toñín!, ¡impulsa! ¡Vamos!

Fin.

¡Séptimo!

No podía ser verdad, séptimo puesto en el eslalon especial, el suyo, el de los ángulos, el de los senos, cosenos y tangentes. Lo abrazó Juan Manuel, Jorge, Luis, Carlos y alguna otra persona que Antonio no supo quién era. Después de Paco en Sapporo, ningún otro corredor español había obtenido un puesto tan magnífico en unas Olimpiadas. Le habían separado del pódium tan solo cinco décimas de segundo, y ocho de oír el himno de España, pero él lo escuchaba en su corazón, que palpitaba como si quisiera volar a donde se encontrara Emina, su musa, su motor, sus ansias, sus alas, su precisión, su concentración, su vida, su vida en Sarajevo, su vida en su vida.

En la furgoneta de regreso se abstrajo del ambiente general y se arrellanó en su asiento, ubicado detrás del conductor. Los compañeros iban de charla distendida pero él se refugió en su mundo interior, más placentero que una conversación intrascendente.

Pocas horas después, y una vez que la negrura cubriera la última noche olímpica de Sarajevo, una pareja se acurrucaba en una cama a la que sabía que no regresaría. Los dos eran conscientes. Ella le había dado la enhorabuena como más le gustaba a él y pensó que los acontecimientos no suceden al azar, que siempre hay alguna razón, a

veces tan oculta que jamás la descubriremos, que mueve a las personas a acercarse para establecer una unión perpetua.
—No nos podemos separar, Emina, no sé qué vamos a hacer pero no nos podemos separar.
—Antonio, tienes que poner los pies en el suelo. El otro día te decía que te quedaras en Sarajevo pero sé que eso no puede ser. Al fin, quien se queda sola ahora soy yo. Me temo que la ciudad va a acusar la finalización de estos Juegos en los que tanto hemos trabajado. Sufriremos una resaca como si hubiéramos estado de fiesta continua durante diez días, sin dormir ni un minuto. Va a ser duro, muy duro. Tú regresas a tu vida, a esa vida nueva que vas a emprender después de la decisión que has tomado. Ya me dijiste que tienes planes de boda y formaréis una familia, lógico. Pero a mí no me espera nada, por lo menos por ahora. Nadie me besará, ni mañana lunes, ni el martes, y tengo la seguridad de que en mucho tiempo; quizá nunca más habrá otro hombre en mi vida.
Mientras hablaba, Emina acariciaba sin cesar la cara de Antonio, que la escuchaba sin apartar la mirada de sus grandes ojos azules que tanto le cautivaban, de sus delicadas cejas rubias cuidadas con esmero, de la blancura de sus dientes, de sus atrayentes labios.
—No puedes decir eso.
—Sí, sí lo digo. Estoy desengañada de muchas cosas, y prefiero recordar el resto de mi vida lo que han sido estos días contigo en los que todo ha sido felicidad. Ni un enfado, ni una mala cara. Ha sido la mejor colección de postales que puede dejar un hombre a una mujer. Además de tu recuerdo, me quedo también con tus dibujos. Algunos los podré enseñar, de hecho, ya has visto que los tengo en mi habitación, pero otros no porque no voy a contar a Selma lo que ha pasado en este lecho, pero el que me hiciste en la cama, desnuda, el más bonito, lo guardaré en algún lugar seguro que nadie encontrará.
La fortaleza acerada que protegía a Emina del exterior se fundió como si la hubieran colocado en un crisol a pleno funcionamiento. Se acurrucó entre los brazos del español y permaneció así un tiempo impreciso. Antonio no la notó llorar pero sí que sintió su agitada respiración, sus susurros, sus palabras en serbo-croata cuyo significado

le habría encantado conocer.
—No nos separaremos, te lo prometo, te lo juro.
—Sí, no tenemos más remedio. Los dos tenemos que bajar de la nube a la que hemos subido y volver a la realidad.
Para desconcierto de la yugoslava, él se incorporó y se apoyó en el cabecero.
—Emina, en la Escuela me enseñaron a pensar. Un edificio no se construye sin un plan, y tú y yo vamos a diseñar el nuestro. Un profesor nos contó una vez que el artista parte de lo real para superarlo, para inventar otro mundo distinto a partir del que se le ha dado.
La yugoslava lo miraba desconcertada, con una media sonrisa algo aturdida.
—Supongo que en tu casa tienes teléfono, ¿no? —la amante asintió, extrañada por la pregunta—. Y a Sarajevo llegan cartas, ¿no?
La mujer no supo qué responder. Eran cuestiones obvias.
—Claro, a ver, ¿a dónde quieres llegar?

Todo llegó a su fin. Los esquiadores de élite dejaron de ocupar las pistas y estas pasaron a ser de uso popular. Los bobsleigh quedaron parados, sin trazar aquellas curvas llenas de velocidad y emoción. Por los estadios de Zetra y Skenderija ya nadie se deslizaría con nivel olímpico. Los discos del hockey sobre hielo ya no buscarían veloces la portería contraria. La llama olímpica se había apagado.
Los componentes del equipo español tomaban el vuelo de regreso a Madrid, con tristeza, con nostalgia por haber finalizado un evento que marcaría el resto de sus vidas. Antonio se situó junto a una de las ventanillas. El avión ganó velocidad y, en instantes, comenzó su ascensión hacia los cielos yugoslavos. El esquiador sabía que se llevaba de Sarajevo una historia inimaginable en toda la extensión del término, un nombre, un olor, una modelo de dibujo, una sonrisa grabada en cada surco de su cerebro, un timbre de voz, una piel, unos bailes, un desesperado e insostenible amor. Abajo, a orillas del Miljacka, el ya exesquiador español no sabía que dejaba en Sarajevo

algo más que recuerdos. Quedaba algo, alguien que, dentro de unos meses, necesitaría un nombre.

1984

Habían pasado diez años desde el momento en el que el avión emprendió el rumbo de regreso a España, pero para Antonio ese vuelo se había realizado la tarde anterior, o quizá hacía una hora. Había repetido aquellas escenas una y otra vez. Nadie antes le había dejado una huella tan marcada, por lo que la marcha de Sarajevo le llenó de amargura y desazón hasta unos límites jamás antes conocidos. Esa sensación de desconsuelo le duró muchas semanas. Él lo disimulaba ante los demás con la excusa de la tristeza que suponía saber que no volvería a desfilar en una ceremonia inaugural de unos Juegos Olímpicos, que todo había acabado, que ya nunca más intentaría, siquiera, aspirar a colgarse una medalla de oro.

Se incorporó del sofá y miró el reloj: las tres y cuarto de la madrugada. A pesar de la hora, seguía sin sueño. Se marchó a la cocina y picoteó alguna galleta. Regresó al gran salón y alimentó la chimenea con nuevos troncos. Quería seguir junto a Emina, quería seguir recordando. No había nada en el mundo que le reportara mayor satisfacción.

El mes de mayo de 1984 se cerró con una boda y el de junio arrancó con un viaje de luna de miel, un largo periplo al que sucedió otro más corto y bastante más próximo. Para ese momento, el calendario marcaba el mes de julio.

La Fiore Rossa recibía turistas desde poco después de finalizar la Segunda Guerra Mundial. En los años cincuenta comenzaron a llegar huéspedes norteamericanos que viajaban a Italia para mostrar a sus mujeres, abnegadas novias en los años cuarenta, dónde habían luchado después del desembarco en Sicilia a las órdenes de Patton. La nostalgia invadía de tristeza a los antiguos soldados aliados, que se

consolaban de la pérdida de grandes amigos durante aquella interminable guerra porque, gracias a su sacrificio extremo, Europa y el mundo se habían librado del fascismo. Por lo menos por muchos años.
Pero ese no era el caso del visitante que arribaba a las once de la mañana, con una pequeña maleta pero una gran expectativa y una máxima ilusión. Antonio Escartín llegó a Venecia en un taxi procedente del aeropuerto Marco Polo que lo trasladó a la plaza de Roma. Desde allí tomó un *vaporetto* que lo acercó al puente del Rialto, a cien metros del pequeño hotel. En ese mes de julio de 1984 la capital del Véneto era transitada por riadas de turistas ansiosos por comprar máscaras de carnaval, industrializadas piezas coloristas fabricadas con cristales de Murano, y por retratarse delante del puente de los Suspiros.
Se registró en la recepción y preguntó si ya había llegado la persona que compartiría con él la habitación que había reservado su tío Gerardo. Antes de entrar en el hotel tomó la precaución de guardarse el anillo de boda.
—*Si signore. Lei lo sta aspettando al bar*. —indicó el empleado, sonriente y algo empalagoso. Después, y mirando hacia su maleta, le propuso—: *Se lo desideri, possiamo portarla nella sua stanza*.
Su cita se encontraba sentada en uno de los taburetes de la barra de la pequeña cafetería, sola, pues a esa hora de la mañana los turistas habían abandonado el establecimiento. Los ojos del exesquiador mostraron vida propia y se apartaron de la mirada de la mujer. Como si la tripa de la fisioterapeuta tuviera imán, captaron su interés hasta llegar a eclipsar cualquier otro punto de atención. Antonio se detuvo bajo el dintel. Ella se levantó con dificultad. Se aproximó despacio, con una ligera afectación. Al llegar a su lado, y con preocupación al ver la expresión de su cara, le pidió algo que sonó a súplica:
—¿No me vas a dar un beso? —preguntó, en francés, idioma que utilizaban desde que se conocieron.
Sin esperar respuesta, ella se acercó y posó con delicadeza sus labios sobre una de las mejillas de su inmóvil amante.
—Tenemos que hablar, Antonio, tenemos muchas cosas de qué hablar.

Como si su mano supiera qué se esperaba de ella, se posó sobre la prominente barriga que presentaba Emina.
—¿De cuánto estás?
El español formuló la pregunta de forma instintiva, sin pensar que la yugoslava podría interpretarla como una ofensa. Pero no lo tomó de esa manera. Al contrario, sonrió a la vez que le dio otro beso en la mejilla.
—Sabes la fecha tan bien como yo.
El aperitivo lo tomaron en la habitación. El decorador de la estancia había dispuesto una mesa y dos sillitas en un balcón que se asomaba al Gran Canal, surcado a esa hora por innumerables góndolas que transportaban parejas o grupos de turistas, un par de *vaporettos* con rumbos encontrados y alguna bella lancha de madera que hacía las veces de taxi. Pidieron unas bebidas al servicio de habitaciones. Se calibraron con la mirada, aunque el silencio era el que dominaba la situación.
—No me habías dicho nada —el español tomó la iniciativa, aún afectado por una sorpresa en modo alguno esperada.
—Sabes que esto no se puede contar por teléfono.
—¿Y si no hubiera podido venir? No ha sido fácil.
Emina quiso explicarse.
—Lo último que quería, que quiero, es que te sientas obligado conmigo por esta situación —con delicadeza, apoyó las dos manos en la redondeada barriga.
Emina vestía un juvenil peto vaquero de pantalón corto sobre una camiseta blanca. Calzaba unas zapatillas planas del mismo color. Era la primera vez que la veía con ropa veraniega y la impresión recibida, y que todavía no se había evaporado, era que se encontraba ante una persona distinta, ya que el embarazo la había revestido de un añadido de belleza a la mucha que poseía. No solo su contorno había cobrado volumen. Su cara, en la que habían florecido unos simpáticos granillos, se había redondeado, y sus pechos habían crecido. Notó también que sus tobillos y sus muñecas habían ganado diámetro.
Antonio volvió a posar su mano donde ella le pidió. Emina la cubrió con las suyas y la dirigió, con un deseo, solo uno:

—Espera, espera un momento, a ver si tenemos suerte.
La pareja consiguió esa fortuna deseada. El pequeño mostró su presencia con un par de patadas que modificaron el semblante del español. Sonrió. Volvió a sonreír. Con cuidado, se agachó y posó su oreja sobre la zona del ombligo. La abrazó por la cintura. Escaló hacia su cara y la besó en los labios. La miró a los ojos. Volvió a descender. La envolvió con sus brazos y tuvo que contener las lágrimas que, autónomas, habían brotado de sus ojos.
—Emina, Emina…
Se besaron, con calma. Se besaron, con frenesí.
El hielo que enfriaba los refrescos se deshizo sin que nadie reparara en ello. La bebida se calentó. El sol continuó trazando su alargado arco estival.

El abrazo supo a nuevo. Ambos ansiaban un encuentro que se había mostrado esquivo. Cuando regresó a España, la pareja convino un lugar de encuentro ajeno para Azucena: la casa de Gerardo. El buzón de la vivienda de Donoso Cortés se había convertido en el destino de las cartas que Emina enviaba desde Yugoslavia, y el teléfono del tío era el cordón umbilical sonoro que alimentaba la relación. El sobrino convino que las llamadas que se recibieran desde Sarajevo serían a cobro revertido y que él se haría cargo de la factura completa, desde el primer día. No pasaba más de una semana sin que acordaran un nuevo encuentro: «¿qué tal te viene el jueves de la semana próxima?», preguntaba uno de los amantes. Después de la conversación, que podía producirse a cualquier hora de la mañana o de la tarde, Antonio se sumía en una profunda tristeza que le dejaba ausente, junto al aparato, con el auricular en la mano a la vez que maldecía la situación en que la vida le había colocado: «¿Por qué me estará pasando esto a mí? ¿Qué locura he cometido? ¿En qué locura me habré metido? ¿Qué locura cometeré de nuevo la próxima semana? ¿Por qué no dejo esto?», eran preguntas repetitivas que se formulaba todos los días, al levantarse; y eran las mismas cuestiones que se hacía cada jornada, cuando apagaba la luz con la esperanza, siempre esquiva, de dormirse

pronto y no pasarse demasiados minutos buscando el mejor acomodo para su cuerpo y, sobre todo, para su conciencia.

—¿Por qué no me has dicho nada? Tenía derecho a saberlo.

—Porque por teléfono podemos contarnos muchas cosas, pero no debía anunciarte que vas a ser padre. Has querido verme, he querido verte, y era aquí y ahora donde y cuando te tenías que enterar.

Antonio acarició la desnuda y prominente barriga de su amante, que todavía exhibía su precioso ombligo, aunque algo menos marcado. La palma de su mano se asimiló a los ojos de un ciego y recorrió cada centímetro cuadrado del exterior de la *casa* de su hijo con delicadeza y mimo. Cada poco, pegaba la oreja y esperaba.

—Anda, cuéntame todo esto, desde el principio.

—Por favor, Antonio, no llames a nuestro hijo *esto*, por favor, que suena fatal.

Trepó hasta la cara de Emina. La sujetó con las dos manos y la besó durante largo rato, en las cejas, en las mejillas, en los labios, en la nariz.

—Por favor, habla, tengo mucho que escuchar.

La futura madre le contó que, tras varios días de retraso, confirmó que estaba embarazada después de comprar un test en una farmacia de Vase Miskina. Se tomó unos días para recapacitar sobre su nueva situación, si seguir adelante con la gestación era la medida más adecuada o si tenía que tomar otro tipo de decisión. Y la afrontó sola, pues el padre del *positivo* no la podía ayudar en aquel trance tan crucial. Emina dudó, pero dudó poco. Hubo una pregunta cuya respuesta disolvía las incógnitas, todas y de golpe: «El ser que llevo dentro, ¿es hijo del amor?». Sí, por supuesto, era el resultado de una relación sentimental deseada, corta pero intensa, concentrada y con belleza cinematográfica. Parecía el guion de una película de Hollywood. Sabía que lo que hacían o, mejor dicho, cómo lo hacían, entrañaba riesgos, a pesar de que Antonio cumplió su palabra y se portó al final del acto como se esperaba de él, pero la naturaleza depara sorpresas, y es antojadiza y rebelde, y algún espermatozoide se

salió del guion general y tuvo prisa por llegar a su destino natural instantes antes de la estampida general, y encontró el óvulo de una mujer joven y sana, tal y como ella misma se había definido.

La primera visita al médico, en el Koševo, le confirmó su estado y le mandó un programa de alimentación que siguió sin apartarse de las instrucciones recibidas. De hecho, en todas las consultas la habían felicitado por la disciplina seguida y por no ganar más kilos adicionales a los previstos.

—En la ecografía del mes pasado me confirmaron que viene un muchachote.

Antonio sonrió. No se había atrevido a preguntar si ya sabía el sexo.

—¿Y has pensado el nombre?

—Lo quería hablar contigo.

—Pero seguro que tú ya has pensado algo. Como te puedes imaginar, a mí todavía no me ha dado tiempo a elaborar una lista con propuestas.

—Sí, sí había pensado. El niño ha sido concebido en Yugoslavia, nacerá en Yugoslavia y se criará y crecerá en Yugoslavia. No le puedo llamar Antonio. En mi tierra nadie se llama así.

Después de la reacción a la broma, el español confirmó las palabras de la amante. Tenía razón. El crío debía llevar un nombre acorde al lugar donde viviría.

—Dino.

—¿Dino?

—Sí, como mi abuelo materno, uno de los seres más íntegros que he conocido. ¿Te gusta?

Antonio nunca antes había escuchado ese nombre. No le sonaba de nada, ni siquiera de que se llamara así algún deportista yugoslavo que hubiera conocido con anterioridad.

Le especificó que la fecha probable de parto sería mediados de noviembre, y que las náuseas y los mareos solo estuvieron presentes en las primeras semanas.

—Yo me encuentro muy bien.

—Y muy guapa, por cierto —rubricó el español.

Se ducharon juntos y salieron de nuevo a la pequeña terraza. Ya se

habían encendido las primeras luces y el canal presentaba una circulación menor. El vocerío de los turistas llegaba más apagado y la placidez del momento los condujo a vivir unos instantes de paz y equilibrio que ambos agradecieron. Pidieron unas cervezas al servicio de habitaciones y se quedaron así, tomados de la mano, sin mediar palabras, solo sintiendo la presencia callada del otro. Era suficiente. Ambos habían aprendido que el amor también se riega con los impulsos del silencio. Quizá sus pensamientos se llenaron de sensaciones nuevas. Iba a ser padre ese mismo año, un año repleto de novedades, desde la asistencia a las Olimpiadas a la paternidad y, entre medias, la boda con una mujer distinta de la que le iba a dar descendencia. Emina, satisfecha por la reacción de su gran amor, ese muchacho con aura de timidez que tanto le gustó en cuanto apareció en su vida, ese hombre que la haría madre a pesar de saber que nunca conviviría con ella. Aquello podía ser una locura, pero era la locura más cuerda que cometería en su vida.

Como todavía disfrutaban de suficiente luz, Antonio le tomó varias fotos en la terracita, tanto primeros planos como otras desde la cintura, para que luciera su barriga. Ella le pidió la cámara, una Nikon con zoom de 35 a 80 milímetros que permitía optimizar los encuadres, para retratarlo y atesorar también un recuerdo de él.

—¿No te las van a pillar?

—No, en absoluto. Se las daré a mi tío para que las lleve a revelar y las guarde. Estas fotos no pisarán mi casa.

—Y ahora el que tiene que hablar es el novio, ¿no? —propuso, después de tomar un segundo trago de la Nastro Azzurro que les habían servido.

—No me apetece hablar de eso, Emina. Tienes que entenderlo.

—Pues yo quiero que me cuentes cosas. No quiero saber cómo fue la ceremonia, ni lo que cenaste ni cómo fue la noche de bodas. Esa fue la segunda en tu vida. Antes yo tuve otra contigo y, como se ve —bajó los ojos hacia su barriga—, fue de lo más provechosa. Pero quiero saber dónde fuiste de luna de miel. Tengo curiosidad.

Antonio negó con la cabeza.

—Tonto, no te hagas de rogar. ¿Fue un sitio bonito? ¿A América, a

Asia, a alguna isla? Escuchar hablar de viajes a otras personas me hace viajar también a mí.
Por fin, el oscense concretó que se marcharon a dos islas del Caribe: Barbados y Jamaica.
—A mí me habría gustado realizar un viaje con mayor contenido cultural. He recorrido un buen número de países, pero no los conozco, nada más que sus carreteras de curvas, sus hoteles de montaña y sus estaciones de esquí, como te conté. No sé cómo se pasea por París, por Viena o por Turín. Sé cómo son sus edificios por los libros, pero no los he podido apreciar con el detalle que solo permite la visita presencial, pero ella no quería ciudades. Solo playa y sol. No fue un mal plan del todo. Me sirvió para leer algún libro, practicar deporte y descansar.
Antonio silenció la otra realidad. No iba a especificar que cada vez que hacían el amor él insistía en que Azucena apagara la luz por completo «¿Por qué tienes esa manía? Antes no te pasaba», refunfuñaba ella. Su esposa estaba en lo cierto, antes no pasaba porque *antes* Emina no estaba en su vida, porque *antes* la sensualidad de Emina no se había adherido a su cuerpo, porque *antes* la voz de Emina, su olor, la tersura de su piel no se habían posado sobre el arquitecto. *Antes* era eso, *antes*. Por esa razón, y aunque Azucena no lo supo, Antonio realizó el viaje de bodas con dos mujeres. La una fue quien salió en las fotos, la que se registraba con él en el hotel, quien ocupaba el asiento contiguo en el avión, la que se sentaba a su lado en la mesa del restaurante, nunca enfrente. Incluso, hubo una mujer con la que coincidió en la cama y con quien practicó sexo. Pero con quien compartió sus sensaciones fue con otra.
—Antonio, ahora tienes que guardar silencio y escucharme. Sé que la noticia con la que te has encontrado sobrepasa tu imaginación, es lógico. Aquellos días tomamos precauciones, pero no fueron suficientes. Sabíamos que eso tenía sus riesgos, pero los minimizamos. Quizá fue el momento, quizá fue la poca cordura que se pone cuando una pareja tiene ganas de llegar al final. La realidad la tenemos aquí, entre los dos. Dino es hijo de unas tardes inolvidables. Además no te conté que en esas fechas me encontraba en los días centrales de mi ciclo, en los que estaba más fértil. Casualidad o un hecho

predestinado. Es lo mismo. Fueron unas tardes hermosas, muy cortas, pero maravillosas.

—Emina, ¿qué me quieres decir?

La yugoslava dudó durante unos segundos. Se mordió el labio inferior.
—Lo que te quiero decir es que no tienes por qué seguir conmigo. No quiero ser una carga para ti en lo que queda de vida, porque Dino vivirá más que nosotros. Eres una persona con un futuro espléndido, aunque todavía no te haya dado tiempo a desarrollar tu profesión, ya lo harás, y pronto. Estás recién casado, con una mujer que, seguro, te quiere y a la que tú volverás a querer como antes de conocerme. Lo más racional es que te quedes con mi recuerdo.
—¿Quién ha dicho que el amor es racional?
Antonio se acercó a la cara de Emina y la volvió a besar.
—Anda, venid los dos, que vamos a hablar en la cama de lo que es racional y lo que no lo es.
Cincuenta y tres horas después del primer encuentro, una pareja se despedía en la puerta de la habitación. El avión rumbo a Madrid despegaba en tres horas. El que volaría a Sarajevo lo haría al día siguiente, temprano. A Emina le tocaba regresar a una cama que encontraría demasiado grande para ella sola, aunque estuviera acompañada de Dino.
—¿Cuándo nos volveremos a ver?
—Después. Tú no puedes viajar a mi país porque los sellos que ponen en la aduana en tu pasaporte te delatarían, y yo ya no debo tomar más aviones. De hecho, he mentido a la compañía con las semanas de gestación.
—Te tienes que cuidar. Me lo tienes que cuidar.
Antonio lloraba como un niño al que se le ha pinchado el balón de reglamento. De ningún modo podía haber imaginado que alguien le generaría tantas sensaciones, todas inesperadas, todas divinas.

Se levantó y se marchó a la cocina. Bebió un vaso de agua, abstraído en el recuerdo, vivo y preciso, de aquel viaje a Venecia. Comprobó que su reloj marcaba las cuatro de la madrugada. Hacía tiempo que no se encontraba tan lúcido a esa hora de la noche. Sopesó regresar a la cama pero se negó a ello. Le apetecía seguir con Emina. No la quería dejar. Marcharse a dormir sería como abandonarla, y ella era el motor

de su vida y su memoria un conjunto de sentimientos cercanos y reales de los que no quería prescindir.

1985

El Victoria de Turín se hallaba en la Via Nino Costa de la capital del Piamonte. En esta segunda cita fue él quien aguardó al taxi que trajo a Emina desde el aeropuerto. La pareja convino que el encuentro sería en el hotel, un lugar menos ruidoso y más discreto que no podía compararse con el desagradable bullicio de cualquier aeropuerto. Merecía la pena esperar.

Aguardó en el vestíbulo, sentado en un sillón delante de la puerta de entrada para no perder ni un instante del corto tiempo de que disponían, apenas dos días. La aparición de Emina provocó una sacudida en el corazón del exdeportista. Se levantó como un resorte recién ajustado y se lanzó hacia ella. La besó sin mediar palabra. Se separó unos instantes de su cara y la acarició con ternura, con la delicadeza contenida por tanto tiempo de separación.

—¿No vas a esperar a que suelte la maleta?

Le pidió su pasaporte y cargó con su pequeño equipaje hasta la recepción, donde entregó el documento de su amante. Una vez en la habitación, la ayudó a quitarse la cazadora tan familiar que tantas veces había visto cuando quedaban en Sarajevo y le ofreció una bebida del minibar. Iniciaron la primera ronda de besos del encuentro. Como sucedió en Venecia en julio del año anterior, los hielos de la bebida volvieron a disolverse y esta perdió de nuevo su temperatura óptima de degustación. La pareja tenía otras prioridades.

—Tu tío es muy eficaz. Lo de la cama de matrimonio, ¿ha sido idea tuya o suya? —eran las primeras palabras que se escuchaban. Las dos caras se encontraban a escasos centímetros de distancia. Él perdía sus dedos entre sus mechones y ella acariciaba su cuello.

El silencio de Antonio fue la respuesta que Emina se imaginaba.

Se habían quedado desnudos, abrazados y con las piernas entrelazadas, con una proximidad nueva, inédita.

—Un año. Mi mejor año.

—¡Madre mía! Un año que te vi en Sarajevo…

—Han pasado muchas cosas. Creo que nunca volveré a tener unos doce meses más intensos en toda mi vida.

—Tengo fotos.

Antonio se levantó y se dirigió deprisa al cuarto de baño. Regresó con dos albornoces y le pidió, le exigió que se levantara y que enseñara lo que traía.

Emina había hecho tres carretes de treinta y seis exposiciones cada uno con una cámara Zeiss, que le había regalado su hermano, y que tenía un objetivo de tanta calidad que otorgaba a las instantáneas una vida que parecía que el crío quisiera salirse del papel para abrazar a su padre. Él ya lo conocía por las fotos que había enviado a Donoso Cortés desde el 14 de noviembre, fecha de su nacimiento. El español entendió que llevarlas a La Florida supondría un riesgo adicional y tampoco quería guardarlas en el estudio del suegro, siempre expuestas a miradas indiscretas y a tener que inventar alguna historia de dudoso crédito que justificara la tenencia de fotografías de un bebé recién nacido. Esa fue la razón por la cual las había colocado en álbumes que conservaba en casa de su tío, adonde acudía con frecuencia semanal, mínimo, para hablar con ella y para contemplar, una y otra vez, el fruto de su amor. En estas nuevas fotos el niño había dado un cambio significativo y su padre lo encontró más desarrollado, o eso le pareció. Comentaron cada una de las instantáneas. En varias de ellas salía con sus abuelos, Damir y Azra, y en alguna también con su tío Eldar. Era el primer niño para toda la familia y el centro de los miramientos. Dejaron las fotos sobre una de las mesillas.

—El médico dice que me he recuperado conforme a lo previsto, aunque no le he pedido permiso para viajar, por si me lo denegaba.

Antonio daba fe de cómo el cuerpo de Emina había regresado al estado previo a su embarazo, y volvió a disfrutar de él, y de ella, a partes iguales. La cuarentena ya era historia.

A media tarde irrumpió la nieve en la ciudad. La proximidad con los

Alpes era tal que desde cualquier calle se observaban las montañas nevadas tan cercanas que parecía que sobre los coches, autobuses y peatones iba a sobrevenir una violenta avalancha que los sepultaría bajo una capa blanca, tupida y profunda.
—¿Con quién estás hoy? —preguntó la mujer con un punto de malicia en el restaurante del hotel, una vez que tomaron acomodo para la cena.
—La excusa que puse cuando Venecia fue que me había invitado un conferenciante que estuvo en la Escuela y que compartió mesa redonda conmigo y con tres estudiantes más de último curso.
—¿A su casa?
—Sí, eso dije, a su casa de Mestre. Mi mujer no iba a tragarse que alguien viva en Venecia. Allí reside poca gente. Es un sitio muy bello para visitarlo pero incómodo para habitarlo. Sería mucha casualidad, por esa razón nombré la población continental más próxima. De todas maneras, ella está en su mundo, con sus amigas, con su padre, y tampoco presta atención a lo que hago, pero no hay que tentar a la suerte. Ahora sí he dicho que estoy en este hotel porque voy a asistir a un ciclo de conferencias en la Universidad.
—¿Y no temes que te haya seguido? —preguntó, a la vez que elevaba el cuello y batía con la mirada a las otras mesas del restaurante—, ¿o, incluso, que haya contratado a alguien?
Antonio sonrió.
—Pierde cuidado. Lo último que va a preocupar a mi esposa va a ser saber dónde estoy yo, y menos mi seguridad.
La mujer frunció el ceño.
—No te extrañes. Quizá ha llegado el momento en el que te deba hablar de cómo es la familia de Azucena.

Mientras probaban una ensalada caprese que les habían servido de primer plato hasta que llegaran los lenguados, el español contó que su suegro era uno de los constructores más importantes de España. Así, relató que Conrado había nacido en Zamora aunque con once años emigró a Bilbao, con sus padres, que dejó pronto el colegio y que, de

adolescente, ya colocaba ladrillos, fraguaba mortero y cargaba con ferralla.
—Conrado es ambicioso y listo, lo ha sido siempre. Con veintiún años creó su primera empresa y con treinta ya tenía delegaciones fuera de la región, por el Norte de España. Después siguió por la costa andaluza y por Mallorca. Eran épocas en las que se construía de todo. Todo feo, de mal gusto, pero se vendía, y él lo vendía porque también es una persona espabilada con los números. Poseía la fórmula del éxito en la construcción local y la manera rápida de enriquecerse: calidades justas, terrenos comprados a precios de saldo y buenas relaciones con los políticos regionales.
Después pasó a hablar de lo que más le preocupaba:
—¿Te dicen algo las siglas ETA?
Por la gravedad del rostro que mostraba Antonio, la mujer entendió que iba a tratar algo desagradable y doloroso. Negó en silencio.
—Es una organización que se ha creado en una región española, que ponen bombas y matan a gente. Sobre todo a policías y militares. Quieren independizarse de España y presionan con el asesinato. Como necesitan dinero, y mucho, lo que hacen es que se dirigen a gente que lo tiene: empresarios, rentistas, directivos… Les mandan una carta y les dan indicaciones precisas: una cantidad y una dirección, siempre en Francia, en San Juan de Luz o en Bayona, también en poblaciones más pequeñas. Y un plazo. Si el destinatario paga, no pasa nada.
—¿Y si no paga?
—Lo matan —Emina se sobresaltó. Le parecía algo demasiado relevante como para no conocerlo. Quiso justificar su ignorancia sobre el particular—. Ese tipo de noticias no las publican en Yugoslavia, por lo menos no me suena haberlas leído en ningún periódico. Y tu suegro, ¿recibió alguna carta de esas?
—Sí, mi suegro recibió dos, pero ya no recibió una tercera. Tomó una decisión drástica: marcharse de Bilbao, instalarse en Madrid y contratar seguridad privada. Él podía pagar la cantidad que le exigían, aunque era mucho más abultada que a la mayoría de empresarios, pero se negó en redondo. Aseguró que no aceptaría chantajes de nadie.

Probó un trozo de lenguado y se quedó en silencio. Continuó instantes después.
—Conocí a Azucena en el ochenta y dos, hace tres años. Ya en esos días ella iba con guardaespaldas, dos, mínimo. Y así va siempre. Su madre también tiene seguridad, y su hermano. Su padre viaja en coche blindado con vehículo de acompañamiento. Se gasta un dineral en protegerse y proteger a su familia directa, pero dice que siempre es poco comparado con las letales consecuencias de descuidarse. Evita los lugares públicos y reduce los desplazamientos al máximo. De hecho, la oficina la tiene instalada en su propio domicilio, y allí es donde trabaja y recibe gente, gente que, todos y sin excepción, tiene que pasar por un arco de metales hasta llegar a él. La corporación tiene el domicilio social en otro lugar de Madrid, una zona que se llama AZCA, pero esas son oficinas donde trabajan sus equipos, no él. Alguna vez va, pero siempre a horas intempestivas, como por la noche o en festivo.
Ella le agarró de la mano.
—¿Y tú?
Antonio sonrió.
—Yo nada. Solo tengo seguridad si voy con alguno de la familia, pero no por mí, por ellos. Yo soy una persona colateral en ese clan. Alguien que ha entrado y que puede salir en cualquier momento. Si me secuestran, mi suegro no movería un dedo por mí, estoy convencido.
Emina, inteligente, cambió el tema de conversación y lo llevó al terreno que más le gustaría a su amante.
—Anda, háblame del esquí, ahora que ya te has retirado de la competición, ¿qué tal te encuentras? Me dijiste por teléfono que fuiste a la estación próxima a donde naciste.
Con un beso, el español agradeció dejar de hablar de su familia política. Le contó que había subido a Formigal en enero, él solo, y allí se reunió con su querido amigo Jorge Pérez. En Navidades viajó a Alpe d´Huez, aunque su mujer no esquió.
—¿No le gusta?
—Nada. Lo odia, pero le encanta ir porque así estrena algún modelo y nos hacen fotos. Cosas que organiza mi suegro. Luego salimos en las

revistas que llaman del *corazón* y nos dan una importante cantidad de dinero que nos repartimos. Mi mujer y yo tenemos separación de bienes y cuentas bancarias distintas.

A partir de ese momento, y hasta los postres, fue ella quien le anunció que tenía decidido matricularse en la universidad para el próximo curso, que quería aprender historia porque vivía en un país que se consideraba clave para entender los grandes acontecimientos del siglo XX, y que quería saber, saber de todo.

—¿No te gusta tu trabajo?

—Claro que me gusta. Soy una privilegiada, pero no quiero pasarme toda la vida con las manos cubiertas de aceite, masajeando gastrocnemios, cuádriceps o dorsales. En Sarajevo tenemos la mejor biblioteca de Yugoslavia, recuerda que te la enseñé, y no quiero perder las posibilidades que me brinda mi lugar de nacimiento. Hay oportunidades que no se pueden desperdiciar.

La conversación siguió en la cafetería del hotel. Era un espacio amplio, caldeado gracias a una gran chimenea que lo hacía acogedor e invitaba a los clientes a extender las charlas. Pidieron una copa y aprovecharon para hacerse unas fotos junto al fuego. Uno de los camareros les tomó varias juntos; era la primera vez que la pareja se retrataba.

—Anda, cuéntame más cosas de Dino.

La madre habló de que el crío dormía de un tirón, que no consiguió que se agarrara al pecho y que se vio obligada a suspender la lactancia materna porque no ganaba peso; y que estaba precioso.

Al finalizar la conversación, Antonio se sinceró con Emina.

—He pensado en emanciparme de mi suegro. Tengo que desarrollarme como profesional, con identidad propia. Soy uno más en ese Estudio. Él tiene sus arquitectos de confianza y mi aportación es escasa. Yo quiero hacer grandes diseños, Emina, quiero ser famoso. Ya que no lo conseguí con el esquí, quiero serlo por mi profesión. Construir edificios que se recuerden, que constituyan los símbolos de las ciudades, que perduren en el tiempo y de los que todos se sientan

orgullosos.
—Antonio, tienes que entender que todavía no tienes experiencia. Quizá es lógico que hoy no seas el primer arquitecto de ese grupo de trabajo.
—La cuestión es si la situación va a mejorar en los próximos años. Y, así, te aseguro que no. Yo asisto a pocas reuniones y no quiero vivir esta primera juventud profesional con alma de becario. Ahora tengo tiempo, ya no hay entrenamientos, no hay viajes, no hay competiciones, solo periódicos, y la mayoría locales, que me recuerdan quién fui alguna vez, en un pasado lejano, muy lejano, como decían al principio de aquella película.
—Un pasado de hace un año.
—Un pasado de hace una eternidad.
Regresaron a la habitación y volvieron a enredarse bajo las sábanas, con más calma y, por ello, con mayor disfrute.
El desayuno lo tomaron en pijama, después de acordar que pasarían el día en el hotel pues las calles se hallaban impracticables. Los pocos coches que circulaban por la calzada marcaban rumbos erráticos sobre un asfalto donde se mezclaba la nieve, el hielo, la sal municipal y la mugre. Las personas que se aventuraban a caminar se sujetaban donde podían para evitar caerse. La nevada arreciaba sin piedad. Turín posee varios lugares de interés para un turista: un magnífico museo egipcio, otro cinematográfico, y uno ubicado en la propia *Fabbrica Italiana Automobili Torino*, la central de la FIAT, pero ninguno había viajado allí para ver momias, fotos de actores o maquetas de coches. Sería otra vez, pero no esa. El momento se había creado para hablar del futuro de ambos, con sus vidas paralelas, no convergentes pero en ningún caso divergentes. La pareja tenía algo en común, alguien en común, y el compromiso de ambos era diáfano aunque no hubieran hablado de él de forma expresa: ni Antonio iba a desentenderse de su hijo ni Emina lo privaría de su paternidad, era su derecho.
Después de comer, se desnudaron y se echaron una siesta, sin intención inicial de consumar una nueva relación previa al sueño. Pero ese propósito no se cumplió.
—He traído dinero —afirmó, después de tomar un café que les

subieron a la habitación a media tarde. Ella frunció el ceño—. Sí, no me mires con esa cara. Seguro que Dino no va desnudo, y la ropa tiene un precio; seguro que Dino come, y la comida tiene un precio; seguro que Dino tiene que estar confortable en su casa, y calentarla tiene un precio…, y más en Sarajevo. Sé cómo son allí los inviernos. Dino es mi hijo y yo soy su padre, y tengo que ayudar a sufragar sus gastos.

—Yo puedo pagar todo lo que dices. Tengo un buen ingreso en el centro de deportes donde trabajo. Ya sabemos que en Yugoslavia los sueldos no son elevados, pero son suficientes para vivir.

—Quiero que viva bien, que viva mejor. Antes de venir, cambié pesetas por marcos. Cuando me llevaste por Sarajevo me pareció ver que era la divisa mejor acogida. En muchos sitios ponían los precios en dinares y en marcos.

Aunque el vuelo de Emina salía cinco horas después, acordaron tomar el mismo taxi para llegar juntos al aeropuerto. A pesar de que hacía varias horas que había dejado de nevar, el tráfico general seguía paralizado. En la recepción del hotel consiguieron encontrar un coche con cadenas para llevarlos al aeródromo. El empleado recibió una buena propina por la gestión.

—Y, ¿cómo voy a hacer para conocer a mi hijo?

—Tienes que esperar. No puedes venir a Yugoslavia por lo del sello en el pasaporte y él todavía es demasiado pequeño para viajar en avión.

—¿Me mandarás más fotos?

—Antonio, por favor, no seas crío —fue lo único que se le ocurrió decir. La emoción lo tenía atenazado y era incapaz de soltar la cintura de Emina. No podía soportar la cruel dureza de aquella tercera despedida.

Corrió para alcanzar la puerta de embarque cuando iba a ser cerrada. El aviso por megafonía provocó la reacción de la mujer, que demostraba una madurez mayor.

—¡Vamos, vamos! Que el martes próximo volvemos a hablar otra vez.

El último beso fue casi a la carrera.

Antonio mantenía los ojos cerrados. El postrero recuerdo de su amante

le perduraba grabado en la retina a pesar de haber pasado nueve años desde entonces, con aquella cazadora de piel tan suave, desabotonada, con aquellos pantalones negros ajustados que le daban un aire tan estilizado, esas botas altas de tacón, ese jersey índigo de cuello vuelto, ese gorro que le tapaba las orejas y que tanto realzaba la belleza de su rostro. Esa mano que se despedía de él. Aquel beso que le lanzó cuando ya se habían separado y que todavía vagará, errante y desnortado, por el aeropuerto turinés.

Se acercó al leñero y tomó un tronco que colocó sobre las agónicas brasas. Con el fuelle insufló al fuego nuevos bríos. Volvió a considerar acostarse pero se preguntó por qué ir a la cama si era feliz así, con ella, con su memoria, tan cercana a pesar del tiempo de ausencia. Los recuerdos lo tenían desvelado y lo que más le apetecía era regresar con Emina: «¿Con quién mejor puedo estar que con ella?»

1986

El primer contacto visual entre los dos varones no fue el esperado por Antonio. El lugar de reunión elegido por la pareja había sido el aeropuerto, dado que ella llegaría más cargada que en las ocasiones anteriores que se habían visto en Turín; pero aquel nuevo encuentro aparejaba la novedad tantas veces ansiada por el español: conocer a su hijo, en persona, en carne y piel, no por foto. La última cita, también en Turín, había sido hacía dos meses, en marzo, los dos solos, y eso era demasiado tiempo para la pareja.

Situado frente a la puerta de salida, el hombre aguardaba con ansia la llegada del dúo más esperado. Aparecieron junto a un grupo de turistas cargados con sus bártulos. Él llevaba una camiseta de rayas horizontales blancas y rojas y unos vaqueros. En las fotos no parecía tan rubio como lo era al natural. Su madre lo llevaba muy repeinado. Iba sentado en un cochecito empujado por Emina con una mano, mientras que con la otra arrastraba una gran maleta con ruedas. Antonio se agachó y abrió los brazos, pero el pequeño, lejos de sonreír y corresponderlo, se mostró mohíno y comenzó a llorar.

—Tiene sueño —justificó la yugoslava.
Se dieron un beso como si fuera una pareja normal que se reencuentra después de dos días de ausencia, sin furor ni pasión. Las circunstancias eran distintas.
El mes de mayo había entrado con especial belleza en la ciudad. Las avenidas se habían poblado de vestidos primaverales, de ropa informal de calidad, de trajes a medida y de vida y alegría. Turín ofrecía un aspecto opuesto al que presentaba cuando se vieron por primera vez en esa ciudad, en febrero de 1985, hacía quince meses de aquello.
Durante el trayecto en el taxi Antonio había conseguido que su hijo le diera la mano sin mostrar signo alguno de recelo. Plácido, se quedó dormidito hasta que el vehículo estacionó en la puerta del hotel habitual. Emina se alegró de ello y animó a su amante:
—Poco a poco.
Después de registrarse en recepción y de dejar todo el equipaje en la habitación, la nueva familia decidió dar un paseo hasta que llegaron a unos columpios que animaron al pequeño. Con unos andares trémulos e inseguros, pero decididos, se dirigió a ellos, momento en el que sus padres aprovecharon para darse ese beso que ambos deseaban desde que se habían vuelto a ver.
Antonio le tomó varias fotografías con el zoom a la vez que su madre le instaba a que mirara y sonriera, y también pidió a Emina que posara para él, con su vestido primaveral de flores de amplio vuelo y atrevido escote. La melena la sujetaba con una diadema roja que combinaba con acierto.
Dino, que no paraba de levantarse y caerse, se metió en un pequeño laberinto y entabló una inesperada amistad con una niña algo mayor que él, que le indicaba por dónde tenía que ir. Ambos reconocían sus caras palpándolas con las manos, como si fueran dos ciegos: nariz, mentón, orejas… Reían inquietos. Mientras, sus padres, agarrados de la mano, lo observaban encantados de vivir la situación.
—Está muy alto, no me lo imaginaba así.
—Las fotos nunca hacen justicia.
A la vez que el pequeño jugaba, ellos aprovecharon para contarse las novedades acontecidas desde la última vez que se vieron, aunque la

mayoría ya las habían comentado en la conferencia semanal que mantenían desde el piso del tío Gerardo. Así, ella le hizo partícipe de lo contenta y sorprendida que se encontraba con todo lo que estaba aprendiendo en su primer curso de historia, que había obtenido unas calificaciones notables, por encima de las de sus compañeros más jóvenes que ella, y que era capaz de compatibilizar el trabajo en la clínica con la asistencia a las clases y con las tareas que le pedían los profesores.

—Como te puedes imaginar, yo soy de las mayores en la universidad, pero no me importa, me encanta estar con gente joven, llenos de vitalidad y de ganas de aprender. Nos contagiamos los unos de los otros.

Recordó que Azra se encargaba de Dino cuando trabajaba en la clínica o acudía a la facultad, y que para ella era una ayuda fundamental.

—No sé qué haría sin mi madre.

Al regresar de los juegos infantiles, con las manos llenas de polvo y la cara con manchurrones, Dino abrió los brazos a su padre, que se sintió, en ese justo instante, el ser más afortunado de la tierra. Emina se emocionó y se unió a ese abrazo espontáneo.

—Anda, dale un buen beso a papá, que ya has aprendido a darlos, y bien grandes —el pequeño no se hizo de rogar y sujetó la cara de su padre con ambas manos. La mejilla derecha del arquitecto quedó babeada, para gozo de la pareja.

Pidieron a la madre de un niño que jugaba por las cercanías que les hiciera unas fotos, las primeras de la familia al completo.

Durante la cena, y aunque interrumpidos por las llamadas de atención del pequeño, Antonio contó que en septiembre iba a arrancar con un estudio de arquitectura.

—Lo vamos a montar entre tres arquitectos, que es como si fueran dos, ya que ellos son matrimonio. Te hablo de mi amigo Quique San Román y Andrea, su mujer. Los tres nos conocimos en la Escuela, en el primer curso, y ellos se enamoraron creo que durante la primera clase. Enrique me ha ayudado mucho ya que yo tenía que faltar demasiadas veces, sobre todo desde noviembre a abril, y él se encargaba de fotocopiarme apuntes, de comprarme libros, de buscarme

información… La mitad del título se lo debo a él. Ambos sabemos que los inicios no serán fáciles, pero tenemos algo de dinero para aguantar un tiempo. Vamos a licitar obras públicas y mi suegro me ha prometido facilitarme algunos contactos de constructores amigos suyos. A ver qué sale de ahí.

—Y, ¿cómo se lo ha tomado?

—Lo entiende. Conrado es una persona de empresa y comprende que un profesional quiera volar por su cuenta. A él también le ocurrió.

—Cuando te preguntaba por cómo se lo había tomado no me refería a tu suegro…

—A ella se lo he dado hecho, si es que estás hablando de mi esposa. Al no trabajar con la familia, nos veremos menos. Quizá sea mejor así.

Ya en la habitación, Emina dio un baño a su hijo bajo la atenta mirada de aprendiz de Antonio. El crío reía con el agua y con un par de muñecos que le llevó de Madrid. Su padre no perdió la ocasión de animarlo con cucamonas provocando unas risotadas que llenaban de felicidad a los progenitores. La foto que tomó a los dos junto a la bañera, con el pequeño envuelto en una toalla blanca y los pelos de punta, con el tiempo, sería de las que más le gustaría. Lo supo nada más apretar el disparador.

Su madre le puso el pijama y lo acostó. Ambos le dieron un beso que fue correspondido con unas sonrisas de propina. La yugoslava apagó la luz general de la habitación y encendió una lámpara de pie que, tenue, iluminaba la estancia con un pálido resplandor.

—Tenemos que esperar a que se duerma —advirtió, mientras le daba otro beso. Después continuó, a voz en cuello—. Pero no te preocupes, que cae pronto. Tiene un sueño muy profundo pero, por favor… no hagas mucho escándalo.

La mujer se levantó al cuarto de baño y, al regresar, confirmó que Dino emitía un gracioso y tímido ronquido. Se acercó a Antonio y lo besó en los labios.

—Cuando nos vimos después de su nacimiento me pediste unas fotos —le recordó, entre susurros para no despertar al pequeño—. Ahora soy yo quien te pide unas fotos porque, supongo, habrás traído alguna, ¿no? Soy una persona adulta y sé lo que hay. Sé lo que tienes ahora

mismo en Turín y también conozco lo que has dejado en Madrid.
La sonrisa de Emina era franca, sin doblez, sin hueco al rencor, conocedora de que había una realidad, un descarnado escenario en el que ella y su hijo eran *los otros* en esa relación. Que no estaban solos.

—¡Papá!
Antonio se sobresaltó. Abrió los ojos con brusquedad y se encontró con Marta a escasos centímetros de su cara.
—Papá, ¿por qué no te has acostado?
Su padre la abrazó con fuerza.
—¿Qué haces aquí, por qué te has despertado?
—Es que te quería ver. No tengo sueño y he bajado al ver desde arriba que la chimenea estaba encendida. ¿Por qué no estás en la cama? Es muy tarde.
Antonio la volvió a abrazar.
—¿Hacemos un trato? Si quieres, te quedas un poquito aquí, conmigo, te arropo con la manta para que no tengas frío, y te cuento cómo ha sido la gala en la que han premiado a papá.
—Bueno, pero que no se entere mamá, que me regañará.
—No le diremos nada.
Como si narrara un cuento infantil, el arquitecto relató a su hija que la cantante que salía con frecuencia en televisión era más guapa en persona que en la pantalla, y que tenía una voz maravillosa. Además, era una gran bailarina aunque peor que ella —Marta se ruborizó.
—Eso no es verdad.
—Claro que es verdad. Me encanta verte bailar y sabes que no me pierdo ninguna de tus actuaciones en el colegio.
Después siguió con la concesión del premio, lo avergonzado que se sintió y la de aplausos que recibió.
—Y las mujeres, ¿estaban guapas? ¿Eran bonitos los vestidos?
—Estaban guapísimas pero ninguna tanto como lo estarás tú cuando crezcas y puedas ponerte esos vestidos que tanto te gustarán. Papá te comprará los que quieras y te llevará a fiestas para que los puedas lucir. ¿Te parece?

La niña preguntó por su madre y si también estaba muy guapa. Antonio detalló cómo había ido Azucena y la admiración que produjo a todo el mundo. Le contó que también estuvieron los abuelos, el tío Miguel y mucha más gente, gente importante.

—¿Y también fue tu tío Gerardo? A mamá no le gusta ese hombre. Dice que parece un vagabundo.

Besó a su hija pero optó por no responderla.

—Marta, yo he cumplido mi parte del trato. Ahora tienes tú que cumplir la tuya, ¿vale? Que mañana hay que madrugar y no quiero que te duermas en clase.

El padre aupó a su hija en brazos y ascendió al primer piso, donde se encontraba la alcoba de matrimonio y tres habitaciones más, dos de ellas vacías, y la gran pieza en la que dormía. La acostó con mimo y le dio un beso en la frente.

—Duérmete, cariño, duérmete. Y descansa.

Antes de cerrar la puerta, Antonio desvió la mirada hacia una pequeña reproducción de la Sagrada Familia de Gaudí, recuerdo que le trajo de Barcelona hacía unos años.

Al marcharse se escuchó un *te quiero* que provocó que se helara la sangre del arquitecto.

Apagó la luz del pasillo superior y comprobó que un haz de claridad se escapaba por debajo de la puerta del dormitorio principal: Azucena todavía no se había dormido. Supuso que andaría con alguna revista. Bajó al salón y verificó que el tronco estaba a punto de consumirse. Alimentó el fuego con nuevas piezas y regresó al sofá. Se cubrió con la manta con la que acababa de tapar a su hija y optó por seguir viviendo, reviviendo, los mejores momentos de su vida. Y, en ellos, Emina y Dino ocupaban el papel de protagonistas, junto a Marta, por supuesto.

1988

El 4 de octubre de 1988 cayó en martes y aunque el otoño ya estaba en el calendario, en modo alguno había entrado a Barcelona.

Por ello, los tres lucían prendas veraniegas dado que la previsión meteorológica para los dos días siguientes era de sol y calor.

Como habían hecho en las anteriores ocasiones, el encuentro fue en el aeropuerto de El Prat, adonde Emina y Dino llegaron procedentes de Split, ciudad que sí estaba conectada con vuelo directo con España. Eldar los había llevado en su coche desde Sarajevo dado que había regresado de Alemania por vacaciones. A la yugoslava no le generaba problema alguno poseer un pasaporte con sellos de aduanas españolas ya que no tenía que ocultar el documento a nadie.

Desde que la familia afectiva se reunió por primera vez en Turín, por el lejano mes de mayo de 1986, convinieron que los siguientes encuentros serían en Barcelona, ciudad a la que Antonio podía desplazarse sin crear desconfianza en Azucena, aunque con un inconveniente, y no pequeño. En Venecia o Turín su popularidad era nula, pero no así en España, y siempre que se reunía con Emina y su hijo corría por su cuerpo la incómoda culebra de la intranquilidad: «¿Y si me reconoce alguien?», se preguntaba cada vez que estaba con ellos. De ahí que siempre procurara llevar la cabeza cubierta y colocarse unas gafas oscuras lo más grandes posibles, para ocultar su identidad ante eventuales reconocimientos de los asiduos a las revistas del corazón.

—¡Papá! —era la única palabra que su madre le había enseñado en español.

Dino corrió hacia su progenitor en cuanto lo vio. Ambos se abrazaron mientras Emina se mantenía a prudente distancia, sonriente y satisfecha porque la dinámica de la relación con Antonio había pasado de ser unos encuentros esporádicos de amantes a reuniones familiares, aunque dicha familia tuviera que mantenerse separada por más tiempo del deseado.

Después de tomar posesión de la amplia habitación reservada en el hotel Pi Alt, el cual ocupaban siempre que visitaban la ciudad, y tras una larga sesión de besos y abrazos en el taxi entre padre e hijo, se marcharon al puerto ya que el pequeño pedía, con perseverancia y repetición, montar en las golondrinas que surcaban sus plácidas aguas. Sarajevo no tenía mar y ese espacio azul, inmenso y remoto, se le

antojaba siempre como un territorio por explorar, y nada mejor que hacerlo junto a su madre y, sobre todo, con su padre, ese hombre al que solo veía unos días cada dos o tres meses, pero que siempre le hacía regalos y le concedía los caprichos que le pedía. Además, no había vez que no le llevara un gran paquete con ropa para él y para su madre, y juguetes: cochecitos y construcciones.

Sentados en una heladería de las Ramblas, la pareja repasaba sus trabajos, estudios, expectativas y preocupaciones.

—No sé si llegarán hasta España las noticias de lo que está pasando con Milošević —comentó con inquietud la yugoslava—. Ese hombre no para de alimentar el odio nacionalista. Empezó el año pasado durante una visita a Kosovo. Habla de Serbia no como una de las repúblicas integrantes de nuestro gran país, sino como una nación aparte, como si tuviera soberanía propia, como Italia o Alemania, o España. Dice que los serbios habían sido discriminados por Tito y que este siempre estuvo a favor de los croatas y de los eslovenos, y eso es mentira. Ellos lo odian. El mariscal era hijo de croata y eslovena, y concedió autonomía a Vojvodina y Kosovo, dos regiones serbias. Jamás se lo perdonaron. No hay que olvidar que controla los medios de comunicación. La televisión ya no se puede ver. Allí la llamamos Slobovisión —al ver la cara interrogativa que mostraba su interlocutor, aclaró—. Lo de Slobo viene por su nombre, Slobodan Milošević.

Antonio observaba el semblante de la madre de su hijo y descubría en él una preocupación nueva que asumía como propia. Yugoslavia era un país que se mantuvo unido gracias al liderazgo y la fortaleza del croata Josip Broz, más conocido por Tito, con personalidad propia e independencia de la Unión Soviética.

Su fallecimiento, acontecido en 1980, había generado en la opinión pública mundial un sentimiento de provisionalidad en la estabilidad política de las seis repúblicas que componían el país, del cual no eran ajenos los propios yugoslavos. Antonio ya había percibido esos sentimientos nacionalistas en sus encuentros con otros esquiadores, en especial con los eslovenos, que no se consideraban yugoslavos incluso en vida de Tito. Ese sentimiento nacionalista se

veía alimentado por la sensación de que eran ellos, los ciudadanos de Eslovenia, quienes tenían que sostener la economía del resto de la nación: la de los macedonios, serbios, montenegrinos y, también, la de los bosnios. Solo salvaban a los croatas, la república que más costa poseía y la que recibía mayores divisas por el turismo que desarrollaban ciudades como Dubrovnik, Zadar, Split y la misma Zagreb, la capital.

—No sé, Antonio, no me gusta esto. Tito pretendió construir un gran país basado en la multiplicidad de etnias y religiones que convivimos bajo la misma bandera y enterrar sentimientos de rencor antiguos, como el odio que tienen muchos serbios a los croatas, a los que no perdonan lo que hicieron los ustachas durante la Segunda Guerra Mundial. Y lo preocupante es que ese sentimiento disgregador ha calado en la gente, incluso en Bosnia. Hay gente que ya se ve serbia, croata o macedonia, no yugoslava. Ten en cuenta que en mi república es donde más diversidad étnica hay. Pero, fíjate, con los vecinos del primero, que son serbios, ya no nos hablamos. O no nos hablan. La realidad es que nos cruzamos en la puerta y nadie dice nada. Vamos a ver qué sucede con el nombramiento de Gorbachov como presidente de la Unión Soviética y cómo nos puede afectar a nosotros. Espero que lo de Chernóbil de hace dos años no sea una señal.

Antonio frunció el ceño.

—Sí, que igual que estalló aquel maldito reactor, es posible que también reviente nuestro mundo, el de ellos, los soviéticos, y, también, el nuestro.

Después de que Dino se durmiera, la pareja volvió a disfrutar de sus cuerpos y de su tiempo privado, sin las continuas interrupciones del pequeño, que se hacía notar en todo momento. Pero Antonio prefería vivir esa situación. Sabía que los padres de Emina podían quedarse con él y permitir que su hija viajara sola, y gozar así de una intimidad mayor; pero él tenía un hijo, un hijo con el que no convivía, y deseaba, anhelaba, disfrutar con su presencia; incluso, con sus impertinencias infantiles.

Acompañados del simpático y tranquilizador ronquido de la criatura, la pareja descorchó un botellín de Codorníu del minibar, en silencio

gracias a una toalla. Antonio aprovechó para enseñar a Emina unas fotos que había llevado de Marta. La pequeña cumpliría tres años en unos días y se presentaba ante el fotógrafo como una señorita simpática, guapa y con la sonrisa que da la alegría y la ausencia de preocupaciones.

—Tienes una hija preciosa, y se la ve feliz —el padre asintió sin apartar la vista de las dos fotos que sostenía en la mano derecha.

—¿Tú le ves parecido? —señaló a Dino con el mentón.

La mujer titubeó.

—Todavía son muy pequeños, quizá en unos años se podrán parecer más. Ya sé que son medio hermanos, y no hermanos enteros —sonrió—, pero los dos tienen la misma boca; y la barbilla, fíjate, se parece mucho.

Antonio le contó que se sentía satisfecho con la evolución del Estudio, que habían recibido varios encargos de pequeñas promociones en distintos lugares del país y aumentado la plantilla: otro arquitecto, dos delineantes y un aparejador. También contrataron a un administrativo para llevar el papeleo que, por fortuna, era cada vez mayor.

Tanto él como Enrique San Román dedicaban muchas horas al día, pero no les importaba. En ese proyecto que los dos amigos construían viajaba también su propia independencia profesional respecto a la perenne sombra de su suegro, y eso era algo que le satisfacía sobremanera.

—Y, ¿qué te dice, ahora que ya te vas haciendo un hueco en ese mundo que, supongo, será complicado y competitivo?

—Me dice poco. A pesar de que vivimos en dos chalés contiguos, nos vemos raras veces. Quien lo ve con frecuencia es mi mujer, que se ha convertido en su secretaria, ayudante, o como lo queramos llamar. Incluso ella tiene su propio despacho en la mansión de su padre. Lo acompaña a las reuniones y también en los viajes. Tenemos una interna que cuida de Marta. Es una mujer encantadora, está con la niña todo el tiempo e, incluso, viaja también en el coche que la lleva y recoge del colegio, para que no vaya sola con el chofer y el guardaespaldas. Algún día yo voy con ellos porque sé que a ella le

gusta mucho que la acompañe. Y a mí también.

—Y de esto…, tu mujer, ¿sabe algo?

—No, en absoluto. Lo que hago son viajes de trabajo. En teoría, hoy estoy en Salou, donde nos han encargado una promoción de treinta y dos chalés pareados, y estaré unos días por aquí, de visita de obras. Por esa razón he venido en coche. El jueves por la noche dormiré allí y el viernes regreso a Madrid.

Ella le contó que seguía con sus clases en la universidad y que, al finalizar el curso, le quedaría solo uno para licenciarse.

—Me gustaría trabajar como guía turístico, por lo menos durante unos años. Debe de ser algo gratificante enseñar a los extranjeros cómo es Sarajevo y toda la historia que encierra mi ciudad.

Al día siguiente subieron en el funicular al Tibidabo, lugar que ya conocían del mes de julio, cuando fueron por primera vez. Dino quiso regresar al Museo de Autómatas y disfrutar con unas atracciones diseñadas, algunas, hacía casi un siglo, y que se conservaban en perfecto estado. Comentaba con su madre aquello que le sorprendía y Emina traducía las ocurrencias de su hijo. En alguna ocasión, el pequeño pronunciaba palabras en francés, tal y como le habían enseñado. En esos momentos, Antonio se sentía más unido a él, si ello era posible.

El chavalillo quería subir en todo pero le explicaron que aún no tenía edad y altura para montar en la Atalaya o en la montaña rusa. Se lo tomó con resignación y se ahorró los llantos. A pesar de su edad sabía, por experiencia, que las decisiones de su madre no admitían negociaciones. Su padre les tomó fotos en la noria y en la portezuela que daba acceso al avión giratorio, uno de los tesoros más emblemáticos del Parque.

Entre atracción y atracción, los padres aprovechaban para seguir con aquello que les inquietaba.

—He decidido una cosa que te va a gustar.

—Todo lo que hagas me va a gustar, seguro —afirmó, con la sonrisa de relajada felicidad que dibujaba su cara siempre que estaba

con ella.

—Voy a aprender español. Vamos. Los dos, Dino y yo.

A Antonio se le iluminó la cara.

—Quizá yo debería aprender serbo-croata —tanteó.

—No, a ti mi idioma no te va a servir de nada porque no vas a vivir en Sarajevo, pero yo sí quiero aprender español. Es vuestra lengua y la de muchos otros países, y la segunda más hablada en Estados Unidos. Gran parte de la cultura del mundo se ha escrito en tu lengua. Una buena historiadora tiene que conocerlo. No se entiende lo contrario. En la biblioteca de Sarajevo se conservan numerosos libros en español, algunos de ellos con varios siglos de antigüedad. Parece ser que llegaron allí después de haber sido comerciados por navegantes venecianos. ¿A que tú no sabías eso?

La segunda y última noche volvió a constituirse en un momento de disfrute para la pareja. Emina conocía a la perfección los gustos del padre de su hijo, por lo que no desaprovechaba la ocasión para estrenar algún conjunto de prendas íntimas que siempre causaba admiración en el español.

—No sé qué he podido hacer yo en esta vida para tener la suerte de haberte encontrado —bisbiseó, junto a la oreja de la todavía yugoslava.

Antonio miró el reloj y comprobó que eran las cinco y diez. Los últimos troncos se habían consumido pero la estancia mantenía una temperatura agradable. Las evocaciones le mantenían más desvelado que nunca y tomó la decisión de seguir recordando los mejores momentos de su vida, los que había vivido con Emina y con su pequeño. Pequeño que, con el paso de los encuentros, iba dejando de serlo.

1990

Aunque sin llegar a la hostilidad del clima en Turín, Barcelona

presentaba una temperatura desapacible e inamistosa. Las calles se hallaban cubiertas de una neblina esponjosa y húmeda que adormecía a los transeúntes y sumía al tráfico rodado en un sueño hipnótico.
Pero eso no le importaba a ninguno de los tres. En el momento en el que Antonio apareció por el vestíbulo del aeropuerto y escuchó, no ya a través de la línea telefónica, sino a su lado, en persona, a su hijo diciéndole en español «¡Hola papá!», el padre no supo si se encontraba en Barcelona en enero de 1990 o en el séptimo cielo, ese lugar que representa el súmmum de los espacios idílicos. Los cinco idiomas que hablaba su madre, dos de ellos romances, el italiano y el francés, favorecieron que el aprendizaje del español por parte de Emina fuera rápido. Todavía no era capaz de mantener una conversación aunque se notaba ya que construía pequeñas frases con bastante exactitud y, en cada nuevo encuentro, su léxico se incrementaba con claridad. Dino también aprendía y, con casi cinco años y medio, manejaba un pequeño vocabulario de unas doscientas palabras que encandilaba a su padre: rojo, verde, bebé, caballo, vaso, zapato, saltar, oreja, sueño…
Dado que Emina y el niño habían madrugado para tomar el vuelo, después de comer tumbaron a Dino para que se echara la siesta mientras ellos aprovecharon para besarse y hablar. Lo primero, al principio; lo segundo, después.
—Tenemos que esperar a la noche, que sus siestas son ligeras y con nada se despierta —pidió la madre—. No nos pille.
Las dos horas de sueño del niño sirvieron para que la yugoslava le transmitiera su pesimismo sobre el futuro de su país. Así, comentó que el fusilamiento de Ceauşescu y su esposa había trascendido del ámbito rumano y repercutido a todos los países situados al oeste de la Unión Soviética.
—En la mayoría de las repúblicas yugoslavas cada vez se habla más de independencia. De hecho, a medida que pasan los meses, todas se van encerrando en sí mismas. Ese mercado general que había en este país está a punto de desaparecer. Y, para colmo, los griegos y albaneses están demasiado introducidos en Macedonia, lo que faltaba.
—Pero Yugoslavia es un país.
—Yugoslavia es cada vez menos un país. Se puede decir que son seis,

ocho, si contamos con Voivodina y Kosovo, que no quieren saber nada de Serbia. En Croacia, en Eslovenia y en Bosnia se habla de convocar referendos a ver qué opina la gente sobre si debemos constituirnos como país independiente o seguir perteneciendo a la federación. Pero lo peor es lo de Serbia, que no se conforman con sus fronteras actuales y quieren incrementarlas hacia otras repúblicas, como la croata y la nuestra. En Belgrado todos los días hay manifestaciones en ese sentido. Milošević ya es el presidente de la República Socialista de Serbia, lo que quería. Yo no soporto ver la televisión pero mis padres sí la encienden, y tenías que verlos cómo despotrican de ese canalla. Ahora resulta que, para ellos, los bosnios hemos pasado a ser fundamentalistas islámicos; los croatas, fascistas a las órdenes del Vaticano; y los albaneses de Kosovo, terroristas y saqueadores de templos ortodoxos. Además, tengo la sensación de que a Occidente no le importa lo que nos pasa. Antes sí nos prestaban atención por aquello de que Yugoslavia era el contrapeso de la Unión Soviética, pero lo de Berlín ha supuesto un giro radical en la política europea. No sé, Antonio, no sé.

—He leído que en Hungría se permiten ya los partidos políticos y que en Polonia se ha puesto fin al gobierno comunista —adrede, el español quiso cambiar de escenario territorial—. Pero lo más importante y que más ha trascendido en España ha sido lo de Berlín, como has dicho. Nadie podía imaginar que caería ese muro, y que caería en paz y sin derramamiento de sangre.

Antonio no quería emplear el corto tiempo de que disponían en hablar de política, pero los acontecimientos en Yugoslavia se precipitaban y afectaban a la madre de su hijo desde que se levantaba hasta que se acostaba. Con tacto, y siempre en un tono de voz susurrante para no despertar a Dino de su siesta, pasó a hablar del Estudio y de que cada vez iba mejor, y que habían ganado el concurso internacional para rehabilitar los tejados de la Collegiale Saint-Paul en la localidad francesa de Narbona.

—Pero ya sabemos cómo piensa un arquitecto, igual que el capitán de un barco. Antes de atracar ya tiene que saber cuál será su próximo puerto de destino. Tenemos ilusión en llegar a una meta pero

enseguida pensamos cómo será la siguiente y qué nos deparará. Cuando se inaugura un edificio, para el arquitecto ya es un proyecto viejo.

—¿Un amor en cada puerto?

El español sonrió y le dio un beso.

—Bueno, más o menos. Pero yo solo tengo un puerto —ella le acarició la mejilla.

—Y tu mujer y tu suegro, ¿qué dicen? —Emina siempre se preocupaba por la situación personal que rodeaba al padre de su hijo. Tenía asumido con quién convivía y la influencia que pudieran ejercer sobre él.

—Mi suegro está cada día más preocupado por su seguridad. ETA está atormentando a una gran parte de la sociedad y sabe que, aunque no recibe ninguna carta de esa gentuza, sigue en su punto de mira. No ha entrado en su juego y eso es como firmar su sentencia de muerte. Pero se mantiene inflexible. Azucena también está muy alarmada y procura reducir las salidas en público. Han incrementado la vigilancia sobre Marta, algo que yo he exigido. Ahora la llevan, la llevamos, al colegio en coche blindado. Tenías que verla, está preciosa.

—Venga, venga, saca fotos. Tiene ya…

—En octubre pasado cumplió cuatro años.

A la vez que Dino se desperezaba de su siesta, la ciudad se adormecía. Las primeras farolas y escaparates comenzaron a clarear la incipiente noche barcelonesa. Optaron por pasear por las Ramblas y Antonio le compró a su hijo unos tebeos.

—¡Gracias, papá!

Se hicieron varias fotos, una de ellas junto a la fuente de Canaletas. Como siempre, pidieron a un viandante que les tomara alguna a ellos tres. Entre el frío reinante y la delicada situación de Yugoslavia, antes de que apretaran el disparador Antonio sabía que sería una de las fotos más tristes que tendría de Emina.

Entraron en una cafetería próxima al Liceo, donde tomaron una buena merienda que encandiló al pequeño.

—¿Cómo vas de dinero? —Antonio conocía que la situación económica en el país cada día estaba peor, por lo que decían los diarios que leía. La inflación se había disparado e incluso la renta *per cápita* había descendido en lo que se llevaba de década.
—Muy bien, no te preocupes, de verdad, nos organizamos. En mi casa entran varios sueldos: el mío y la pensión de mi padre, que ya se ha jubilado. Eldar nos manda dinero. Vivimos sin lujos pero no pasamos necesidades. Te agradezco que me hayas dado una tarjeta de crédito. Si ves que en alguna ocasión gasto mucho, me lo dices. Y los paquetes que me llevo cada vez que venimos a Barcelona nos vienen de maravilla.
—Ya te he contado cómo va el Estudio y yo en el chalé no tengo gastos, todos los sufraga mi suegro. Fíjate que no digo Conrado, digo mi suegro.
Ella se extrañó por un matiz que no entendía.
—Sí, porque si algún día él ya no fuera mi suegro, todo se acabaría. Antes de casarnos sus abogados lo ataron a la perfección. Días previos a hacer pública la fecha de la boda, me reunieron en una sala, él y dos letrados del despacho con el que trabaja. Azucena no estaba presente. Me recordó que su yerno sería como un hijo para él. Pero una cosa era su yerno y otra Antonio Escartín. Mientras sea el marido de su hija, no habrá problema, viviré en su casa, porque la mansión que ocupamos es suya, y nos pagará los gastos, suministros, comida, viajes… Eso sí, si Azucena y yo nos separamos: fin. No me puedo llamar a engaño. Me pusieron a firmar unos acuerdos en los que se estipulaban los pormenores. De hecho, tuve que acceder a que me hicieran un chequeo médico completo que incluía un espermiograma. No habían dejado nada al azar, aunque se mantenía mi autonomía financiera sobre los ingresos que, a título personal, consiguiera en el futuro, así como un tercio de lo obtenido por la concesión de reportajes y exclusivas.
—Pero, entonces, esto que hacemos es más locura de lo que me podía imaginar. ¿Qué pasaría si se enterara de que tienes un hijo fuera del matrimonio?
Antonio no respondió y se limitó a mirar a Dino. Se había limpiado la

boca con torpeza y todavía quedaba algún resto de chocolate en la comisura de los labios.
—Coche, pistola, luna… —el pequeño pronunciaba en español distintas palabras a la vez que las señalaba en las viñetas de uno de los tebeos que le habían regalado. Buscaba la aprobación de su padre y con lo que se encontraba siempre era con un beso en la cabecita y un fuerte abrazo:
—Papá te quiere mucho —enunciaba, deletreando cada sílaba. El niño se reía y miraba a su madre, dichoso, feliz.
Por la calle, mientras subían hacia la plaza de Cataluña, Emina le recordó que ese año finalizaba sus estudios y que había acertado al especializarse en historia contemporánea.
—El problema de la historia contemporánea es que es un período que no está acabado ya que siempre ocurre algo que la modifica. La historia antigua es eso, algo que ocurrió hace tiempo, siglos, pero, salvo algún descubrimiento, son hechos cerrados. Con los actuales… no terminamos nunca. Cada día hacemos historia.
—Vosotros, los yugoslavos, sí que estáis haciendo historia.
—Aprendí que lo mejor que le puede pasar a un pueblo es no hacer historia. Que hacer historia suele significar sufrimiento y muerte. Mira lo que nos pasó en la Primera Guerra Mundial o en la Segunda. Ahí sí que hicimos historia pero, ¿a qué precio? ¿Cuántos de mis compatriotas murieron?
Los tres caminaban con guantes y con las cabezas cubiertas por gorros. El de él era de los que usaba cuando esquiaba. Con esa prenda, que no se quitaba durante el invierno, se sentía algo más unido a su pasado, a su lejana identidad.
—Antonio, no deberíamos vernos más. Esto siempre ha sido una locura pero, desde que me has contado lo de tu suegro, no paro de pensarlo.
El español detuvo sus pasos y se acercó a la madre de su hijo, a su amante, a su segunda mujer o a su primera mujer, no sabía muy bien en qué lugar situarla. La besó con llaneza. Dino se quedó quieto, observándolos.
—Beso, hijo. Esto que acabamos de darnos tu madre y yo se llama

beso, y eso es porque nos queremos —explicó, en francés.
El pequeño no había entendido nada pero, como siempre hacía, se limitó a sonreír a los dos, sobre todo a su madre.
Cenaron en el restaurante del hotel y, después del baño, el niño se sumió en un profundo sueño que sus padres aprovecharon para volver a entregarse el uno al otro, con la luz apagada, a tientas y en silencio.
Después de otro día familiar, bajo un cielo encapotado pero que no terminó de descargar, llegó la jornada siguiente, la de la despedida. El tiempo cundió y Antonio había constatado que su chaval crecía alegre, además de demostrarle que era alguien espabilado y que sería una persona muy lista, ya lo era.
Emina se había acercado a la tienda de recuerdos del aeropuerto. Regresó con una Sagrada Familia en miniatura.
—Toma, dáselo a Marta. Sé lo que la quieres. No le vas a poder decir que es de mi parte, ya lo sé. Di que se lo has comprado en alguna tienda de Tarragona, donde me has dicho que estás ahora. Es lógico que un arquitecto escoja un regalo como este. Así, cuando lo veas, te acordarás de mí. ¿Te parece bien? Será un secreto entre nosotros, otro más.
Cada vez que Antonio veía el pequeño recuerdo en el cuarto de su hija se preguntaba cuál sería para él su *Sagrada Familia*, si la de España o la de Bosnia.

La yugoslava había interiorizado a la perfección cuál era su rol en su vida. Sabía lo que había en Madrid, lo supo siempre, desde el primer día, y jamás llegó a insinuar a su amante, siquiera, que abandonara su mundo para compartir con ella sus días en Sarajevo. A pesar de los miles de kilómetros que los separaban, las llamadas telefónicas semanales, las cartas con destino a Donoso Cortés y a Prijepoljševa, el domicilio de Emina, y los encuentros cada dos o tres meses suponían para ella el armazón perfecto y completo de su relación sentimental. Ella sabía que era su esposa. A él le sentía como su marido y, como si fuera una cónyuge víctima de una infidelidad, asumía que el padre de su hijo mantenía una relación adúltera con otra mujer, aunque con esa mujer hubiera un contrato civil y eclesiástico de una fuerza legal superior al que ella sostenía con el

arquitecto. Era el mundo al revés.

En el reloj estilo imperio, que su suegro compró en alguna subasta de las pocas a las que acudía, las manecillas marcaban las seis menos veinte de la madrugada. Se levantó del sillón y se acercó al gran ventanal del salón. Descorrió las cortinas y contempló el pulcro jardín, iluminado gracias a unos decoradores contratados por Conrado para diseñar los espacios exteriores de sus tres chalés. Antonio sabía que a esa hora de la noche entre dos y tres personas montarían guardia en los aledaños, velando por la seguridad del constructor y de su familia directa. A esa seguridad privada se sumaba la esporádica ofrecida por la Policía Nacional. Todo un despliegue del que se consideraba ajeno.

A partir de aquel encuentro en enero de 1990 en Barcelona, los sucesos empeoraron a una incómoda velocidad. Lo recordaba porque las noticias en los informativos de televisión cuando los veía, y en los periódicos que leía a diario, le advertían de que se empezaban a vivir en Yugoslavia tiempos nuevos, que el legado de Tito se difuminaba cada vez más y que en el panorama político varios personajes, siniestros para los observadores mundiales, comenzaban a copar las páginas de información internacional.

Sin llegar a sentarse en el sofá, se quedó mirando al exterior, a la zona de la piscina, y voló de nuevo a Barcelona, a esa ciudad que se preparaba para albergar unos Juegos Olímpicos que, según opinión general, dejarían atrás a todos los anteriores, por la calidad de los participantes, por la grandiosidad de las instalaciones, por el esfuerzo organizativo.

1991

El *Cobi* que había comprado Antonio para Dino mediría, por lo menos, medio metro. Con él lo recibió cuando apareció por la puerta de llegada de vuelos internacionales.

—¡Papá! —el pequeño corrió a abrazarlo y este lo levantó en

volandas.
—¡Madre mía, lo que has crecido desde el verano!
Emina caminaba varios metros por detrás, con su maleta de ruedas y su bolso de gran tamaño. Por alguna extraña razón que no pudo descubrir, el español la vio más guapa que en otras ocasiones, quizá por el semblante de su rostro, más serio, más preocupado. Al llegar a su lado se abrazó a él y comenzó a llorar, no quiso evitar mantener más tiempo una apariencia de tranquilidad que no encajaba con lo que estaba padeciendo. Nunca antes Antonio la había visto así. La yugoslava siempre había mostrado una entereza sin parangón y una marcada fortaleza de ánimo.
—Vamos, vamos… ahora me contarás. Venga, límpiate que voy con el niño.
El encuentro se producía el 17 de septiembre de 1991. La última vez que se habían visto había sido en mayo, cuando la familia se marchó directa desde El Prat a Sitges, a pasar en la playa los dos días de que disponían. Era la primera vez que se bañaban los tres en el mar. Es más, era la primera vez que Antonio veía a Emina en bañador, en bikini para mayor detalle, en un dos piezas negro con adornos dorados que realzaba su figura hasta convertirla en la de una modelo de revista. Cada vez le gustaba más. Quizá sería porque cada vez la quería con mayor intensidad y dependencia.
La nueva cita en Barcelona había sido en esta ocasión más complicada de organizar. Pocos días después del último encuentro se suspendieron los vuelos internacionales desde todos los aeropuertos que tenían origen o destino en la república de Croacia, de modo que tuvieron que volar desde Sarajevo a Barcelona vía Viena.
Se montaron en el taxi que los llevó al hotel y, después de dejar el equipaje, tomaron otro que los trasladó al parque de la Ciudadela, uno de los destinos habituales. Dino pronto comenzó a jugar al balón con otros dos niños de su edad. A escasos metros, sus padres lo observaban en un silencio que fue roto por Emina.
—No te puedes imaginar, Antonio, cómo están cambiando las cosas. 1991 no sé a dónde nos va a llevar. Son muchos cambios, demasiados —aunque el nivel de español de la yugoslava era más que aceptable,

se sentía más cómoda expresándose en francés. Su ánimo no estaba para vivir situaciones nuevas prescindibles.
—Ya lo hemos hablado por teléfono, lo que pasa es entre serbios y eslovenos y croatas. Los bosnios os mantenéis ajenos al conflicto.
—No seas ingenuo, Antonio. Un conflicto armado que sucede a pocos cientos de kilómetros de donde vives no es algo ajeno.
1990 había terminado con la celebración de un referéndum en Eslovenia, en el cual la población se había decantado con incontestable claridad por independizarse de Yugoslavia. El noventa y cinco por ciento de electores se mostraron favorables a la soberanía de la república. El 28 de marzo de 1991 hubo dos muertos en la zona de los lagos de Plitvice que se consideraron como las primeras víctimas de la guerra croata-serbia. Tres meses después, el 25 de junio, tanto Croacia como Eslovenia proclamaban su independencia. Poblaciones como Dalj, Gospić o Sibenik se hacían famosas por ser lugares donde se libraron cruentas batallas en las que murieron miles de civiles. Pero la conciencia mundial de lo que sucedía en Yugoslavia no llegó hasta que la opinión pública vio por televisión el despiadado asedio de Vukovar. Los nombres de Milošević, Mesić o Arkan ocupaban las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo. Mientras, Europa buscaba una nueva identidad: Lituania, Estonia, Ucrania… anhelaban librarse de las argollas comunistas. Aquello por lo que Stalin había suspirado se desmoronaba a una velocidad inimaginable.
—No tenía que haber venido. Hay compañías que han restringido sus vuelos hacia mi tierra. Para llegar a Viena desde Sarajevo, nuestro avión ha tenido que sobrevolar espacio aéreo croata, ¿y si nos hubiera pasado algo? Europa nos contempla como si fuéramos decorados y personajes de una película de acción, un producto más de Hollywood con efectos muy conseguidos y no, Antonio, no, todos los días muere gente, gente inocente que hace meses se llevaban como hermanos. Acuérdate de los Juegos Olímpicos en los que nos conocimos. En la delegación de mi país había deportistas de las seis repúblicas, quizá más de Bosnia y de Croacia, pero también había serbios y eslovenos, y macedonios, y un par de montenegrinos. Recuerdo, por poner un ejemplo, la composición del equipo titular de bobsleigh: un croata, dos

bosnios y un serbio. En el de hockey pasaba lo mismo. Todos éramos una familia, cada uno con sus peculiaridades, su religión y su historia, pero unidos bajo la misma bandera, con la estrella de cinco puntas que tanto nos guiaba.

Cada pocos minutos, Dino se dirigía al banco en el que se encontraban sus padres para expresar su felicidad por cómo se lo pasaba con los dos niños con los que jugaba.

—Muy bien, cariño, muy bien. Sigue, sigue —sugirió su padre.

Con una ligera presión de su mano, Antonio demandó que continuara hablando.

—En unos días, para ser exactos el próximo 15 de octubre, está previsto que nuestro parlamento apruebe una declaración de independencia, y ya ves lo que ha pasado en Eslovenia y en Croacia en cuanto han aprobado su salida de Yugoslavia. El ejército federal, mandado por los serbios, ha caído sobre ellos como una manada de lobos sanguinarios. Cuentan que Belgrado estaba armándolos desde hace dos o tres años, que esto estaba planificado. Mi hermano ha tomado la determinación de pedir una excedencia en su empresa y regresar a Sarajevo, con nosotros. Quiere estar en su casa por lo que pueda pasar. Además, no ha cambiado sus marcos por dinares. Dice que, en estos momentos, se fía más de la moneda alemana que de la nuestra. De hecho, me ha hecho cambiar mis ahorros a la divisa alemana. Por si acaso. No sé cómo verá nuestra situación desde el extranjero como para tomar una decisión tan radical, me lo puedo imaginar, aunque él no quiere decir nada. Hablan cosas horrorosas de los serbios. Nos han pedido en el periódico que no hagamos mención a esos sucesos, para no crear más enfrentamientos, pero eso es engañar a la población.

Después de finalizar sus estudios de historia contemporánea con unas magníficas calificaciones, Emina abandonó para siempre su anterior profesión de fisioterapeuta y entró a trabajar en el Oslobodenje, el diario más importante de Sarajevo. Tenía un sueldo menor que en su anterior empleo pero en su nuevo puesto se conjugaban dos factores concluyentes. El primero, que era un reto profesional más apetecible que soportar las insinuaciones diarias de los atletas que trataba. El

segundo, y más determinante, fue que en la clínica su contrato era con el estado yugoslavo y, dado el cariz que tomaban los acontecimientos, se preguntaba cuánto duraría en pie el estado yugoslavo, de ahí que buscase una fuente de ingresos ajena al conducto oficial.

Después de cenar y de bañar a Dino, la pareja se metió en la cama, pero fue el inicio de unas experiencias nuevas. Era la primera vez que Emina entraba con el pijama puesto. La primera vez que no llevó prendas íntimas para estrenar. La primera vez que no hicieron el amor, ni calmado ni acelerado: abstención absoluta. Solo pidió, rogó, abrazos. Muchos y muy intensos. Y también la primera vez que se durmió derrengada después de tanto llorar. «Por favor, retrata al niño, pero a mí no me tomes fotos. Cuando estés en Madrid quiero que me recuerdes con otra cara, con la que ponía en otros encuentros, no en este», le pidió.

Por la mañana, y alumbrados por la claridad que se colaba por las cortinas, Emina retomó la crónica de desgracias que asolaban su país o, ya cabía matizar, el que fue su país.

—No sé si te has enterado de que la ONU ha aprobado el embargo de armas para todos los territorios de mi tierra.

—¿De Bosnia?

—No, Antonio, de Bosnia no, de Yugoslavia. Mi tierra no es mi república, sino la federación, que consta de seis repúblicas. Así nos lo enseñó Tito y así deberá seguir siendo.

—Emina, quizá, al no estar allí, tengo una perspectiva distinta a la vuestra. Aseguraría que algunas repúblicas han iniciado un camino sin retorno. Eslovenia es el ejemplo más claro. Se puede afirmar que ellos ya están fuera de Yugoslavia. Y con el primero, seguirán los demás. El siguiente será Croacia, y no me extrañaría que después fuerais vosotros.

—No, Antonio, no. No hables así. Tú no eres yugoslavo, no sabes cómo sentimos esta tierra quienes hemos nacido en ella.

La mujer, sin darse cuenta, había elevado el tono de voz, lo que provocó el despertar de Dino, que pidió bajar a desayunar enseguida.

—Comer, comer, leche, galletas, chocolate… —detallaba el crío, en un español con un acento peculiar y cada vez con un vocabulario mayor. Madre e hijo seguían estudiando español y Emina se había juramentado que la próxima vez que se viera con su *marido* mantendrían la conversación en su idioma, aunque cometiera incorrecciones.

Al pequeño le encantaba el mar y, como ya habían hecho en otras ocasiones, regresaron al puerto para embarcar en una de las golondrinas de sobra conocidas.

—Después, si queréis, podemos montar en el Transbordador del Puerto —propuso Antonio—. Tiene unas vistas impresionantes de toda Barcelona.

Comieron en una hamburguesería del Paralelo y por la tarde se desplazaron a ver las obras de la que sería la futura Villa Olímpica. A ambos les enorgullecía comprobar que el olimpismo no se detenía a pesar de las dificultades que de forma perenne aquejaban a la humanidad: después de la Primera Guerra Mundial volvió a haber Olimpiadas, y después de la Segunda, y a pesar de *Septiembre Negro*, y de los boicots en Moscú o en Los Ángeles… la llama que se prendió en Olimpia en honor a Zeus más de setecientos años antes de que naciera Cristo surgía de nuevo, siempre con fuerza, cada vez con más bríos. Inmortal.

Después de cenar, y dada la maravillosa temperatura ambiente que obsequiaba a Barcelona con una noche veraniega para disfrutar, la familia paseó por el puerto deportivo. Dino no paraba de preguntar sobre las embarcaciones que veía, que era lo que más le gustaba de la ciudad: el mar y sus barcos.

—Está empezando a faltar de todo en mi ciudad —Emina siguió narrando, mientras caminaba con una mano cogida por cada uno de sus hombres—. Montenegro es la república más pequeña y en Macedonia los pobres carecen hasta de lo más básico. Por lo tanto, si nos falta lo de Eslovenia, Croacia y Serbia, en Bosnia tenemos un problema muy importante de recepción de suministros.

Se volvieron a quedar en silencio hasta que vislumbraron un puesto de helados.

—Sí, sí, helado. Fresa. Helado. Yo quiero un helado, yo.

—En el hotel tengo dos paquetes grandes para que te lleves. No importa lo que cueste facturarlos. Paga con la tarjeta que te di. Tal y como me pediste, he metido un poco de ropa para vosotros, bueno, para Dino he comprado unas zapatillas de deporte que me pidió el último día que hablamos por teléfono. Me dijo que le hacían mucha ilusión. Son crecederas. Ahora tendrá que ponerse más de un calcetín para que le ajusten. También te he puesto varios pares. Sobre todo te llevas más comida que en otras ocasiones: varios litros de aceite, harina, azúcar, garbanzos, alubias… latas de conservas y leche en polvo, que es más fácil de transportar. También cosillas para ti, y unos cosméticos, que quiero que estés guapa. Es importante que vayas al periódico con buena cara. Tu expresión positiva ayudará a tus compañeros, como la suya te ayudará a ti.

Ella le acarició la cara en un gesto que se había convertido en un signo distintivo de la pareja.

—Anda, dime tú —demandó al fin, después de secarse con un pañuelo —, que desde que he llegado a Barcelona no paro de contarte desgracias. ¿Cómo van las cosas en tu casa, en tu Estudio? —quiso saber, mientras su hijo tomaba con ansia un enorme helado de fresa y nata.

—En el Estudio muy bien. Estamos metidos en un proyecto de envergadura que espero que salga. No te lo quiero adelantar porque dicen que si se habla de planes futuros, estos se gafan, ya sabes que soy algo supersticioso, pero puede ser hasta ahora el más importante de mi vida y el que me dé el empujón que necesito. Además, estamos con varias promociones. Aquí, en Cataluña, tenemos la de Salou y dos más, una en Mataró y otra en Lloret. Luego contamos con obras en Alcobendas y Tres Cantos, en Madrid; en San Antonio, Ibiza; y otras dos en Canarias. Mucho trabajo, muchos contratiempos y mucha gente, pero tengo que confesarte que yo estoy más concentrado en otro tipo de diseños. Quiero levantar construcciones singulares, tales como auditorios, teatros, torres de comunicaciones, edificios públicos relevantes… A mí, lo de diseñar viviendas con su salón, dormitorios, cocina y terracita, no me interesa. No estudié arquitectura para

quedarme solo ahí. No me sacrifiqué como para llegar a ser uno de tantos. Está bien construir viviendas sencillas para que la gente coma en ellas, juegue con sus hijos, vea la televisión y haga el amor, pero yo quiero pasar a la historia por diseñar edificios que figuren en los libros de arquitectura, y te aseguro que la promoción que estamos construyendo en Mogán, en Gran Canaria, no figurará en ningún texto ni por novedosa ni por atrevida. Eso sí, nos dará de comer.

—Vamos, como los faraones. Ellos también querían pasar a la posteridad por sus construcciones.

Antonio sonrió.

La familia se despedía a las dos del mediodía. Dino preguntó a su madre, en serbo-croata, cuándo volvería a ver a su padre. En el mismo idioma ella le respondió que pronto, muy pronto.

Él lanzó un último ruego. La respuesta que recibió fue firme.

—No, Antonio, no nos vamos a quedar Dino y yo en España. Ya sé que me lo has pedido muchas veces, pero no puede ser. Cada uno tiene que saber cuál es el lugar que debe ocupar en el mundo. Y el mío, el nuestro, está allí, en nuestra tierra.

Aquello era una batalla perdida para el arquitecto.

—No hemos hablado de dinero. No escatimes, los trabajos no paran de entrar y el Estudio es una máquina de generar dinero. Seguro que con lo que me has contado, los precios estarán subiendo. Si necesitas, te puedo mandar dinero por transferencia. ¿Quieres que te dé ahora algo más? ¿Buscamos un cajero?

—No te preocupes tanto por el dinero, ya te dije que no necesitamos nada. Tenemos lo imprescindible para vivir, sobre todo también con lo que me traes cada vez que nos vemos. Mejor preocúpate por nosotros, que buena falta nos va a hacer. En Sarajevo empezó la Primera Guerra Mundial. No consentiremos que comience la Tercera.

Aquella fue la última vez que la vio, tanto a ella como a su hijo.

Antonio se había quedado recostado en el sofá, abrigado con la manta, con los ojos cerrados pero con la mente más despierta de toda la noche. La última imagen que albergaba en su memoria era la de

Dino con sus pantaloncillos de mayor y Emina con su falda vaquera corta, su camiseta verde de tirantes finos, su pelo recogido en un coletero y su sonrisa más apagada y triste. Desde aquel septiembre de 1991 hasta esa noche habían transcurrido más de dos años de ausencia de contacto físico. En ese tiempo hubo llamadas telefónicas y algunas cartas, pero no volvieron a encontrarse. A pesar de que en diciembre de ese año Alemania primero, y el resto de la Comunidad Económica Europea después, reconocieron a Eslovenia y a Croacia como países independientes, las compañías de aviación civil obviaron el espacio aéreo de la antigua Yugoslavia. Sarajevo, con varios meses de anticipación a lo que se desataría en abril de 1992, había empezado a quedarse aislada del exterior.

Un ruido desconocido provocó el sobresalto del somnoliento arquitecto. La estancia se había quedado a oscuras toda vez que el fuego había consumido los troncos colocados a lo largo de la noche.

Una luz se encendió. Una persona se acercó.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Aunque la iluminación era tenue, las pupilas se habían dilatado hasta el punto en que Antonio se sintió cegado por esa nueva claridad. Entrecerró los párpados.

—Nada, Azucena, no puedo dormir.

La mujer rodeó el sofá y se sentó en el sillón próximo. Llevaba una bata de seda rosa con cuello de boa. Se mantuvo en silencio hasta que le ofreció algo caliente.

—¿Quieres un café? A mí me apetece uno. Son más de las seis y en una hora me tengo que levantar. Nos vamos a París con el ministro Solana. Papá quiere quedarse con el contrato de construcción de varios edificios en La Défense y va a asistir a una reunión esta tarde con ministros franceses y con el alcalde. Mañana estaremos de regreso.

A Antonio los planes de su mujer le traían sin cuidado. Eso que le contaba era un día habitual en la vida de su cónyuge, que asistía a su suegro como una suerte de secretaria o enfermera particular. Conrado acumulaba problemas médicos a una velocidad todavía mayor a la que experimentaba el crecimiento de su cuenta corriente y la aguja de su báscula, y Azucena se encargaba de vigilar la agenda de pastillas, de

tomarle la tensión cada pocas horas y de llevar el teléfono del médico más grabado en su memoria que el número de su DNI. Además, se ocupaba de los trámites administrativos y de tomar nota en las reuniones, a modo de taquígrafa.
—Antonio, este domingo Marta se va a marchar de excursión con mi hermano y sus primos. No sé si les quiere llevar al zoológico o a algún sitio así.
Apuró el café y pidió permiso irónico a su esposa para volver a tumbarse.
—El despertador me va a sonar en media hora. Me gustaría echar una cabezada. ¿Te importa?
El arquitecto se subió la manta y se cubrió la cara con ella. No tenía intención alguna de dormir. Aún le quedaba por recordar el epílogo de todo aquello.

María Teresa

Antonio Escartín no albergaba más sentimientos religiosos que los convencionales: había sido bautizado, recibió la comunión y se casó por la Iglesia, algo que Azucena García no le propuso, le impuso. Tampoco pondría objeción alguna para que Marta tomara su Primera Comunión, otra acción imperativa de su esposa. Pero ahí empezaba su religiosidad y ahí finalizaba. Eso sí, lo que empezó a pasar a partir de aquella despedida en el aeropuerto de El Prat lo asimiló a un Vía Crucis. Además, no sabía en qué estación había hecho parada, si en la primera o en la décimo cuarta.
Tal y como Emina le adelantó, a mediados del mes de octubre de 1991 el parlamento bosnio aprobó un memorando por su independencia y, un mes después, los serbios de Bosnia organizaron un referéndum no vinculante para seguir perteneciendo a Yugoslavia, cuyo resultado nadie aceptó. La historiadora no acudió a votar. Le recordó por teléfono que ella se sentía bosniaca y yugoslava, pero de la Yugoslavia de Tito, no de la nueva gran Serbia que pretendía Milošević, que abarcaría a todas las repúblicas que no se hubieran independizado ya.

Era consciente, por los teletipos que llegaban a la redacción del periódico y por lo que les decían las personas que contaban con radios de onda corta que, fuera de Yugoslavia, ya nadie consideraba que el país existiera. Para referirse a ellos utilizaban términos como *Repúblicas Balcánicas* o *ExYugoslavia*.

De momento mantenían un encuentro telefónico semanal. Como siempre, ella llamaba a casa del tío Gerardo con la certeza de que allí estaría él, ansioso por saber nuevas tanto de ella y su familia como de Dino, el cual se solía poner unos minutos para hablar con su padre.

—Mesic ha declarado que ya no es el jefe del estado yugoslavo. Esto se acaba, Antonio, esto se acaba.

Como hacían todas las Nocheviejas, la familia se reunió en el chalé de Conrado para celebrar la llegada del nuevo año. 1992 se presentaba como el de las grandes oportunidades. INVICOSA había sido la adjudicataria para construir varios pabellones de la Expo de Sevilla entre los que destacaba la torre con un ascensor giratorio que sufragó el Banco Español de Crédito, una de las entidades financieras patrocinadoras del histórico acontecimiento. Su suegro esperaba ser una de las empresas líder del proyecto Cartuja 93, para reconvertir todo aquel terreno en la gran Sevilla que anhelaba el Ayuntamiento y la Junta de Andalucía. En Barcelona, su empresa había sido la beneficiaria de la reforma del Estadio Olímpico de Montjuic y de la construcción de la piscina con el gran trampolín de saltos.

Todo eran planes en aquella mesa. Ideas ambiciosas que se convertirían en realidades. Delante de los padres de Azucena la pareja adoptaba una postura tan falsa como inteligente. A ninguno de los dos les interesaba dinamitar la relación aunque ambos sabían que los vínculos afectivos entre ellos hacía varios años que se habían esfumado. Era posible que Conrado, su mujer, su cuñado y su familia lo intuyeran, pero no era momento para establecer diferencias. Marta estallaba de gozo en el inmenso salón del chalé de sus abuelos, adornado con un Belén con piezas artesanales, un árbol de tres metros de altura y bolas, espumillones, ramas de acebo y todo lo que se les antojó cuando visitaron el mercadillo navideño de la Plaza Mayor con su madre, sus primos, su tía y cuatro guardaespaldas de distintos sexos

y edades camuflados entre la multitud. Conrado no estaba muy preocupado con aquellas salidas. Sus nietos, hija y nuera iban tan abrigados que sería imposible reconocerlos. En palabras de su jefe de seguridad, aquella salida era una *Salida Segura*, como la llamaba.

Pero la llegada del nuevo año llegó cargada de noticias que alteraban aún más el ya de por sí perturbado semblante de Antonio. El 2 de enero de 1992 las fuerzas de UNPROFOR, *United Nations Protection Force*, conocidos con el sobrenombre de *cascos azules*, llegaban a Sarajevo para proteger a la población civil: los serbios acababan de autoproclamar la República Serbia de Bosnia. La guerra era cuestión de días, de pocos días.

—Quieren dividir nuestra república.

—Pero vosotros ya estáis divididos.

—No, Antonio, no estoy hablando de Yugoslavia, ese país ya ha desaparecido, sino de Bosnia y Herzegovina. Los serbios quieren partirla porque dicen que un pedazo de esta tierra es suya, y la quieren anexionar.

La voz de Emina se entrecortaba en cada llamada, mezcla del estado anímico de la mujer y de la mala calidad de las líneas. Después de tres interrupciones, la comunicación finalizó y el teléfono se quedó con un sonido continuo, frío, indiferente que a Antonio le pareció demasiado cruel.

Gerardo apareció por el salón de la casa, desde donde siempre hablaba su sobrino, sentado en el gran sillón de cuero que se constituía como el mejor sitio de la casa para leer, para hablar, para pensar. El dueño del piso tomó una silla y se situó junto a él. Le colocó la mano en el muslo.

—¿Habéis quedado para la semana próxima?

El arquitecto ocultó su rostro con las dos manos y pidió permanecer unos minutos en esa posición. Gerardo se recostó y encendió un cigarrillo.

—Te supongo enterado de las noticias, sobrino —comentó al cabo—. Para finales del próximo mes de febrero está previsto un referéndum en Bosnia, vamos a ver qué deciden. Pero no va a haber sorpresas. En este tiempo he aprendido mucho de una tierra de la que, he de

confesarte, sabía muy poco. En mis charlas con el padre Mindán hablamos de todo, y no solo de filosofía. Creo que te conté que es el catedrático de la asignatura en el Ramiro. Él dice que las cosas tienen su momento, y que los grandes hitos de la humanidad no habrían sido iguales si se hubieran producido en otra época. Aquí, en Yugoslavia, se han juntado varios hechos que, unidos, han llevado a que la gente apruebe los referendos con mayorías aplastantes: la caída del muro de Berlín, el hundimiento de la Unión Soviética, los nacionalismos de cada exrepública y el voto de castigo a los partidos comunistas que se asociaban con un pasado al que nadie quiere volver.
Antonio había cerrado los ojos. Era posible que no llegara a escuchar ni uno solo de sus razonamientos.
—Gerardo, por favor, no te conviertas en analista geopolítico. Te lo pido por favor.
—Tienes razón. Voy a darte la carta que te dije. Llegó ayer.

Querido Antonio:
En un español torpe y sin tildes, Emina le contaba que la situación se agravaba, que el enfrentamiento entre bosnios, croatas y serbios en Sarajevo era patente, que nadie se fiaba de nadie porque, sin entender la razón, ahora todo el mundo se odiaba: «*en Sarajevo siempre vivir con paz. Aqui sitio para todos. Aqui todas las religiones, todas las culturas. Nunca enseñaron a nosotros a odiar*», se lamentaba.
El 4 de marzo Antonio llegó a casa de su tío a última hora de la tarde, con un ABC.
—Pasa, sobrino, no te esperaba.
—¿Te importa que me quede un rato?
—Puedes quedarte el tiempo que quieras.
Sin palabras, le enseñó el titular del diario. Gerardo no le respondió y se dirigió al salón. Regresó con el mismo periódico. Habían tenido telepatía.
—Lo sé, estoy informado.
El referéndum que se había celebrado en Bosnia había arrojado un resultado incontestable para los partidarios de la independencia:

noventa y nueve sobre cada cien sufragios se mostraban favorables en ese sentido. Antonio se habría jugado su cuello a que Emina apoyó dicha declaración. Su histórica tendencia proyugoslava habría llegado a su fin y, con más fuerza incluso, habría nacido en ella el sentimiento de pertenencia a la futura nación bosnia. La realidad evidenciaba que no se podía seguir creyendo en el proyecto de Tito. La preocupante cuestión era que los comicios habían sido boicoteados por la amplia población serbia que vivía en Bosnia y Herzegovina, por lo que la abstención fue elevada.

La noticia que recogía el diario que había llevado Antonio, y que también había comprado Gerardo, hacía mención al reconocimiento de los Estados Unidos y de la Comunidad Económica Europea a la independencia de Bosnia, algo que, con total seguridad, no consentiría ni Milošević ni Radovan Karadžić, el psiquiatra fundador del Partido Democrático Serbio de Bosnia, una sucursal de Belgrado en esa república.

—Nadie ha llamado y tampoco se ha recibido carta. Lo siento.

Antonio se dejó caer en el sillón y miró al teléfono, derrumbado. Le habría gustado descolgar el auricular para recordar con mayor precisión las voces que salían por aquellos pequeños agujeros y que alegraron su alma durante ocho años, pero lo mantuvo colgado por si sonaba una llamada internacional.

—Tengo pescado para cenar, unos gallos con buena pinta. ¿Por qué no te quedas y mientras los preparo me miras la puerta de la habitación del fondo? No encaja bien. ¿Te esperan en casa?

—Lo único que me une a La Florida es Marta. No paro de pensar en ella. Le daré un beso cuando llegue, aunque esté dormida.

Una hora después, la botella de vino que había descorchado el anfitrión se había vaciado. El plato estaba exquisito. Gerardo era un gran cocinero. El hecho de vivir solo provocó que cultivara esa cualidad.

Durante la cena intentó que su sobrino se olvidara del tema que, de forma repetitiva y extenuante, ocupaba la casi totalidad de sus pensamientos.

—Venga, háblame de tus trabajos porque, además de ser el padre de

un precioso niño bosnio y de una niña guapísima que te admira y cuya madre me odia, también eres un magnífico arquitecto. ¿Cómo llevas lo de Narbona?

Sin ganas, le contó algo de diseños, de permisos y autorizaciones, tan solo unas pinceladas sueltas sin estructura alguna. En un momento volvió a hablar de aquello que le preocupaba.

A la una de la madrugada, y después de apurar sendas copas de Carlos I que Gerardo atesoraba para las ocasiones señaladas, Antonio tomaba un taxi que lo llevaría a su casa, a la casa de su suegro.

Al cerrar la puerta, el matemático se quedó apoyado en la hoja. ¿Por qué hacía con su sobrino todo aquello? Desde el año 1976, fecha en la que se instaló en Madrid para cursar COU, Antonio formaba parte de su exigua familia hasta el punto de afirmar que él era el único miembro. En ausencia de hijos, por lo menos conocidos por él, de esposa que lo hubiera aguantado o de otros sobrinos con los que tuviera relación, el hijo de Jesús y María Teresa, su hermano y su cuñada, se había erigido como lo único que le importaba de este mundo. Entró en el salón y contempló la estantería. «¿Será posible que nadie se haya dado cuenta?», se preguntó otra vez más. «¿Es normal exponer tantas fotos de tu hermano siempre, siempre, siempre, con su esposa?». Su querido y fallecido hermano, el padre de Antonio y las chicas, no supo la verdad de su vida, jamás supo que María Teresa y él entablaron una relación cuando eran adolescentes. Jesús desconoció que los primeros labios que había besado no habían sido los suyos, sino los de su hermano, los de él. Las primeras caricias, exploraciones y amores de adultos no fueron con él, como le contó; fueron con el muchacho que, tiempo después, se marchó a Madrid a estudiar y a opositar con éxito. María Teresa y Gerardo mantuvieron una relación tan discreta que solo las peñas Foratata, Roya o Telera, o el pico Anayet, fueron conocedores de aquel amor secreto que se profesaban los dos jóvenes amantes.

Una tarde llegó al lugar de encuentro sin maquillar, con el pelo recogido en un moño y la blusa abotonada hasta el cuello. Su cara

poseía vida propia y su boca ponía voz a su alma:
—Gerardo, no me ha bajado la regla.
Teresa desapareció del valle durante unos días y, a su regreso, todo fue distinto. Los encuentros dejaron de existir y la discreta pareja se fundió como la nieve pirenaica en primavera.
—Gerardo, ¡me he echado novia! —Jesús, el padre de Antonio, no podía estar más ilusionado.
—¡Vaya! Y, ¿quién es la afortunada?
—Tere, la hija del interventor del ayuntamiento. ¿Sabes quién es, no?
El destino propició que la nueva pareja se hiciera numerosas fotos familiares en las que Gerardo siempre estaba presente: el día de la pedida, en la boda, en el nacimiento de los tres hijos… Todas esas instantáneas habían sido conservadas con primor por el matemático en unos marcos que presidían varios rincones de su vivienda.
No había noche que, antes de acostarse, Gerardo no tomara uno de esos marcos y besara con delicadeza la imagen de su cuñada, una pobre mujer que se marchó demasiado pronto.
—Gerardo, nos vamos a Zaragoza. A Tere le han encontrado un bulto y se lo quieren examinar con mayor detalle. A don Rafael no le gusta —le confió un día su hermano, con un rostro de preocupación como jamás le había visto.
Antonio Escartín no era su hijo biológico pues no volvieron a mantener relaciones, pero era hijo de ella y él no tenía otra persona en quien depositar sus afectos, cuidados y atenciones que en el hijo de su hermano. Además de por ser su sobrino, sobre todo por ser hijo de Tere, de su querida y difunta María Teresa.

Enrique San Román tocó en la puerta del despacho de su socio.
—Supongo que habrás visto el periódico.
—No, no he visto nada. Prefiero leer la prensa en casa, cuando llego. Sé que, si la leo por la mañana, ya no seré capaz de concentrarme en toda la jornada, y tengo la agenda completa. Pero, dime, ¿hay algo nuevo?
En la portada de El País se hablaba de que en Sarajevo ya se habían

escuchado los primeros disparos y que Mostar, la capital de Herzegovina, había sido bombardeada por los federales apoyados por los serbios.

Enrique permitió que su socio y amigo leyera la noticia con tranquilidad. Cerró la puerta y miró a Andrea, que estaba atenta a lo que sucedía en la oficina. Con una seña le indicó que lo mejor era dejarlo con su circunstancia y no inmiscuirse en ella. Ambos conocían la realidad de la vida de Antonio. Desde el principio.

A partir de ese momento, leer los diarios se convertiría en una actividad odiada pero a la vez imprescindible. No podía mantenerse al margen de lo que sucedía en Sarajevo pues allí estaban Emina y su hijo, aunque no supiera de ellos. Una de las medidas que tomó fue la de suscribirse a dos diarios más, para abundar en la realidad de aquella locura y obtener información sobre lo que rodeaba a sus dos amores. Cada vez que leía la noticia de un deceso notaba que el corazón se le encogía hasta que daba con algún dato que le permitía respirar: Niña muerta tras una granada de mortero… «niña, en el diario dice *niña*, por lo tanto, no puede ser un niño», llegaba a la infantil conclusión. «anciano fallecido por…». Mismo razonamiento.

La dificultad venía cuando el periódico no especificaba e informaba en términos ambiguos: «…varias personas han sido alcanzadas…», «…se han registrado dos muertes en la calle…». Y la ONU, ¿qué dice?, se preguntaba con angustia vital.

En el mes de mayo de 1992 la capital de Bosnia vive un caos generalizado. Aparece un nombre nuevo, un tal Ratko Mladić, un general serbio convertido en el comandante en jefe de las tropas que sitian Sarajevo. Los diarios y los noticieros le consideran un sanguinario psicópata que se había dispuesto a acabar con la población musulmana de Bosnia al igual que Hitler lo intentó con los judíos de Alemania y territorios ocupados por el III Reich.

El 27 de mayo pasaría a la historia como uno de los días más negros de la historia europea posterior a la Segunda Guerra Mundial. A primera hora de la mañana se producía un ataque de mortero contra

Sarajevo que causaba setenta muertos. Una auténtica carnicería.
—Sobrino, perdona que te moleste en el trabajo.
—¿Sabes algo? —preguntó, agónico.
—No, Antonio, no. Te llamo porque acaban de dar en el Telediario una noticia terrible. Parece ser que han caído unas bombas en una parte de la ciudad y que han producido muchos muertos. Dicen que nunca antes en esta guerra se había dado una masacre así.
A su pregunta posterior, el tío respondió, lacónico:
—No, Antonio, ni han dado nombres ni detalles de las víctimas. Lo siento. Quizá no tenía que haberte llamado, pero me ha parecido que era algo que debías saber.
Por mediación de François Mitterrand, presidente de la República francesa, se consiguió que los soldados galos bajo el mando de la ONU abrieran el aeropuerto de Sarajevo, lo que permitió que la población sitiada recibiera ayuda humanitaria, aunque lo que los bosnios exigían era una mayor implicación militar desde el exterior. Ese puente aéreo se complementaba con otro por carretera mediante el establecimiento de una cadena de convoyes de *cascos azules* que, desde Split u otra ciudad croata, cubrían el trayecto a Sarajevo cargados con alimentos, medicinas y material de socorro.
Y mientras, el ambivalente Antonio Escartín debía mostrar un semblante distinto en su casa, ante su esposa y, sobre todo, ante su hija, a la que abrazaba durante largos ratos sin razón aparente.
—Papá, ¿por qué lloras?

La Nochebuena

—¿Qué vas a hacer esta Nochebuena?
—Lo mismo de todas, sobrino, lo mismo de todas. Cenar cualquier cosa y acostarme. Me da igual que sea la Nochebuena de 1992 que la de cualquier otro año. ¿Te parece mal plan? ¿Qué pasa, que la de este año, con tanta Olimpiada en Barcelona o Expo en Sevilla ha de ser distinta?
—¿Quieres que hable con mi suegro?

—¿Con Conrado García, el gran Conrado García? No, ni hablar. Ya te lo dije la primera y única vez que fui a su casa, a mí no me vuelve a cachear ni Dios. Tu suegro estará amenazado por ETA, no lo dudo y lo siento, lo siento mucho. Si a mí me pasara seguro que llegaría a ponerme tan histérico como lo está él, o quizá más. Pero la realidad es que no lo estoy, y no consiento tener que entrar en una casa, atravesar un arco detector de metales y que, para colmo, un imbécil de tres metros de estatura me palpe los huevos. No, sobrino, no. Ya te dije aquel día que no regresaría a su chalé y así será. Ya ves, esto de las viviendas no es una propiedad biunívoca.

Antonio se avergonzaba de lo que oía, y no porque no tuviera razón. Tanto la casa de su suegro como la suya no podían ser visitadas por nadie. Se habían quedado sin amigos. Nadie repetía una incomodidad así. El catálogo de pretextos para excusar las invitaciones era amplio. Él seguía manteniendo relación con varios compañeros de la Escuela y con gente del esquí, pero no se le ocurría invitarlos a su chalé. En alguna ocasión se reunió con Carlos Salvadores y también con Juan Manuel Fernández Ochoa, su entrenador en Sarajevo, un profesional al que admiraba y que tanto lo ayudó en su vida deportiva, pero optaba por citarlos en otros lugares, restaurantes normales donde poder establecer una relación entre iguales.

—¿Te ha tocado algo en el sorteo de ayer?

—Nunca juego, sobrino, ya lo sabes, pero no te reprocho que me lo preguntes este año. Sé que tienes la cabeza en otro sitio, a miles de kilómetros de Madrid.

Se mantuvieron en silencio hasta que lo rompió el invitado.

—Lo peor es que no sé si siguen vivos. No tengo ninguna señal de los dos. Por supuesto, la tarjeta de crédito que le di no registra movimientos desde marzo de este año, y tampoco me atrevo a enviar dinero por transferencia porque no sé si en Sarajevo los bancos todavía funcionan con normalidad, me temo que no.

El tío lo escuchaba sin añadir palabra alguna. Sabía que el único lugar donde su sobrino, el hijo de María Teresa, podía expresarse de forma abierta era en su casa y, aunque su cabeza estaba acostumbrada a resolver problemas matemáticos con destreza magistral, los años le

habían regalado alguna lección gratuita de psicología. «Silencio, Gerardo, silencio. Lo que se espera de ti es que te calles y sea él quien hable».

—De todas las fotos que he visto de la tragedia que está viviendo esa pobre gente y del cruel e inhumano asedio que padecen ha sido una la que más me ha impresionado, fíjate, tío, una. Una en la que, además, no se veían víctimas. ¿Sabes cuál es? La de la biblioteca de Sarajevo. Tenías que haber visto cómo Emina me hablaba de ella, de los incunables que se guardaban allí, de su inmenso catálogo, con publicaciones cargadas de siglos de historia. No sé si sería verdad, pero decía que era la mayor de toda Yugoslavia y una de las más ricas de Europa que, a estos efectos, es como decir del mundo. Y mira cómo ha quedado, convertida en cenizas. Allí se han perdido tesoros que jamás se podrán recuperar porque había libros únicos. Únicos, tío, únicos —remarcó.

—Sobrino, estoy muy a gusto contigo, en mi casa, pero deberías marcharte ya.

—¿Crees que vivirán?

Gerardo se había puesto en pie para invitar a su sobrino, mediante el gesto, a que se marchara a su casa, al lugar que le correspondía y más por ser la víspera de Nochebuena.

—Los serbios atacaron la sede del periódico donde trabaja Emina. Si la pilló trabajando en ese momento o no, es algo que solo Dios sabrá.

—¿Desde cuándo te acuerdas de Dios?

Antonio no respondió a la pregunta.

—Atacar la sede del Oslobodenje, de un medio de comunicación… ¡malditos canallas!

Cinco minutos después, y ya con el abrigo puesto, se detuvo en la puerta, instantes antes de que el anfitrión la abriera.

—¿Sabes lo que he pensado? Intentar hablar con alguien de La Legión. He leído que están por allí, que llegaron a Split y que se van a establecer en Bosnia.

—Yo también lo he leído, pero no te hagas ilusiones con ello. Primero, que va a ser complicado que puedas hablar con algún legionario que haya estado allí. Te faltan, nos faltan, contactos adecuados. En

segundo lugar, porque qué te va a poder contar que no sepas, ¿que caían bombas y que había mucha tragedia y que lo que vio no se lo desea ni a su peor enemigo?
—¿Y en tercer lugar?
—En tercer lugar porque se van a instalar en las proximidades de Mostar, y Mostar, en tiempos de guerra, está demasiado lejos de Sarajevo. Lo he mirado en el atlas. No, no esperes nada de los legionarios. Ellos no te van a aportar ningún dato de interés.
Antonio asintió, en un gesto que Gerardo interpretó como que le daba la razón.
—Adiós, tío, y feliz Navidad. La semana próxima, antes de que finalice el año, vendré por aquí, por si quieres que te cambie algún grifo o tienes otra bombilla fundida. A ver si hubiera suerte y tenemos alguna noticia; buena, se entiende.
—Adiós, sobrino. Dale un besito a Marta de mi parte y a tu suegro una patada en el culo.

—¿Te ha tocado algo del sorteo de ayer?
Gerardo lo miró con una mezcla de estupefacción y condescendencia.
—Sobrino, esa fue la misma pregunta que me hiciste tal día como hoy hace un año. Sabes que no juego, lo sabes de siempre. Si no jugué en el 92, tampoco lo iba a hacer en el 93.
En los últimos doce meses Antonio había envejecido más de ochenta. La apariencia de sus treinta y cinco años se asimilaba a la de un hombre de cincuenta. Había perdido pelo y el que le quedaba se había blanqueado. Bajo los ojos habían nacido unas bolsas aceitunadas y unos surcos nuevos e impertinentes cuarteaban el rostro como si fuera el fondo de un pantano que se ha quedado seco.
El año 1993 se cerraba con una situación martirizante que iba a enloquecerlo. Los asideros a su vida española y a su cordura descansaban sobre tres pilares: Gerardo, Enrique San Román y Marta Escartín García. Su tío lo recibía con frecuencia semanal aunque todos los días hablaban unos instantes por teléfono: «No, sobrino, no ha llamado nadie y tampoco había carta en el buzón, aunque tengo que

reconocer que hoy todavía no he mirado, te hablo por ayer. Luego bajo; si hay algo, te llamo al móvil». Algunas noches se quedaba a cenar con él y después pasaba largos ratos con los álbumes de fotos, la mejor manera de revivir los encuentros que mantuvo con Emina y luego con ella y con Dino, plasmados en carretes que su tío llevaba a revelar a una tienda de su barrio. «No siempre somos conscientes de la importancia que puede tener en nuestra vida una foto cuando la estamos haciendo», pensaba el arquitecto. Como si hubieran sido impresas en terciopelo, con la yema de sus dedos las acariciaba con amor, desde la primera que se hicieron los dos juntos, al lado de la chimenea del hotel de Turín, en febrero de 1985, a la última que tenía la familia, en la playa de Sitges, tan guapa Emina con aquel bikini que no paraba de recordar y con la carita de felicidad de Dino abrazado a sus padres.

El número de cartas que recibió de su mujer, así a veces la llamaba para sí, también constituía una reserva sentimental de la que bebía con asiduidad. Nunca fueron extensas pues la comunicación pivotaba sobre la línea telefónica, pero en todos los años que mantuvieron relación llegó a reunir una buena colección de postales, tanto de Sarajevo como de otros lugares de la entonces Yugoslavia, así como misivas escritas sobre un precioso papel color crema con una letra primorosa. A veces pensaba que se las sabía de memoria.

El segundo pilar sobre el que descansaba su vida eran Enrique y Andrea. A mediados de mayo de ese año, Antonio había ganado el concurso convocado por el ministerio irlandés de Cultura para la construcción del gran teatro de la ópera de Dublín, algo que entusiasmó a toda la familia oficial y un éxito que no pudo compartir ni con Emina ni con Dino. Su suegro lo felicitó con alegría sincera, además porque vio que aquello supondría un añadido de publicidad para su emporio mercantil. Su equipo de comunicación diseñó una estrategia comercial para apuntarse aquella adjudicación del yerno como fruto del resultado de INVICOSA, aunque ellos nada hubieran tenido que ver ni con el diseño ni con la adjudicación.

También el Estudio se llenó de gozo. Quique y Andrea sabían que su socio era un hombre con una visión espacial única, capaz de captar y

transmitir unas formas que se escapaban, no ya al resto de la población, sino incluso a los arquitectos mejor preparados. En esa Navidad, el proyecto marchaba según los plazos previstos. Él había tenido la idea, suyo fue el diseño y los croquis, pero quien dirigía a los profesionales del Estudio era San Román: «No te preocupes, Antonio, con tal de que vengas por aquí, cuando puedas, para comentar las novedades es suficiente, el resto déjanoslo a Andrea y a mí, y a toda la gente. Tú ya tienes bastante con lo tuyo», le pidió. «Y por las visitas de obra, descuida. Las hacemos nosotros. Sabes que siempre vamos con cámara y hacemos una amplia colección de fotos. Si hay algo que no nos gusta, lo hablamos después y modificamos sobre la marcha lo que no vaya según la idea inicial. Tranquilo». Gracias al matrimonio de amigos y antiguos compañeros, tanto su sustento como su prestigio de arquitecto excepcional se mantenían incólumes.

Y Marta, Martita, siempre tan sonriente, tan simpática y alegre, tan cariñosa, tan buena hija. En octubre había cumplido ocho años y empezaba a despuntar como una mocita espigada cargada de estilo. El año próximo recibiría la Primera Comunión y se encontraba encantada con el singular acontecimiento: «¿Iré muy guapa?», preguntó la niña, «tú no tienes que ir guapa porque tú eres muy guapa», respondió el orgulloso padre. «Porque estás casado con mamá. Si no, me casaría contigo». En el colegio destacaba en todas las asignaturas, pero sobre todo con los números: «Habrá salido a su papá», comentó un día su madre, con una buena dosis de sorna.

Pero esos tres pilares no eran suficientes para estabilizar su vida. Se preguntaba cada día cómo era posible que no tuviera noticias de Emina, cómo, en casi dos años, no hubiera sido capaz de telefonearlo, mandarle una carta o hacerse notar para tranquilizarlo, para decirle que ella y su hijo se hallaban bien de salud, por lo menos que vivían. O que estaban, o que no estaban, o algo. Eso ansiaba Antonio: saber algo.

Mientras, veía los telediarios, pocos, y leía los periódicos, muchos. Así fue conocedor de que el cerco sobre Sarajevo por parte de Mladić seguía igual de activo que el primer día, que sobre la ciudad caían a diario un sinfín de granadas de mortero y que los francotiradores

serbios disfrutaban matando a quien osara ponerse a tiro. Los diplomáticos presentaron en Ginebra un plan de paz que fracasó como antes y después lo hicieron todos aquellos que se plantearon. Los serbios, aún ahogados por el embargo internacional económico y armamentístico, continuaban con las hostilidades en su afán por obtener un beneficio territorial en sus negociaciones con el croata Tudjman, con un objetivo solapado: repartirse Bosnia y Herzegovina entre Croacia y Serbia. Bosnia no tenía un único enemigo. En realidad, eran dos. En Nueva York, los diplomáticos hablaban y hablaban, pero en Sarajevo, la población civil moría y moría.

Gerardo se movía en las escurridizas aguas de la mentira piadosa cuando le decía a su sobrino que no se recibían llamadas. Eso no era así. En ocasiones en la casa sonaba el teléfono, el cual era descolgado con avidez por el profesor de matemáticas: ruidos agudos, graves, pitidos de distintas intensidades… nunca llegó a escuchar una sola palabra, pero aquello era una señal inequívoca de que alguien quería contactar con él, aunque desconocía por qué no se podía perfeccionar la comunicación. ¿Qué ganaba con decírselo? ¿Y si era un familiar de Emina que llamaba para informar de alguna noticia fatal? ¿Y si era la propia madre la quería contar algo de su hijo que…?

—Feliz Navidad, tío.

—Feliz navidad, sobrino, y no te olvides de dar un besito a Marta de mi parte.

Los dos hombres se miraron y ambos esbozaron una mueca de complicidad.

—Vale, tío, no digas nada más.

José Leal Maqueda

El 29 de diciembre de 1993 cayó en miércoles. Antes de que finalizara el año, el Estudio tenía que presentar un proyecto ante el Colegio, según lo establecido en el contrato con la constructora. Ya estaba todo ultimado pero, aun así, Antonio y Andrea se encontraban repasando los detalles finales en el despacho del primero. Sonó el

teléfono y recriminó que se le molestara dado que había mandado que no le pasaran llamadas.
—Perdón, Antonio, es que insiste. Es un hombre que dice venir de Sarajevo.
Si ese día el corazón del exesquiador no se detuvo, estaba convencido de que ya no se pararía jamás. Pidió que le transfirieran la llamada con urgencia.
—¿Es usted don Antonio Escartín?
Después de la afirmación, el desconocido continuó.
—Mire, yo soy legionario y acabo de regresar de Bosnia. Tengo algo para usted que me han dado allí.
—¿Dónde está ahora mismo?
—En Madrid. Acabamos de aterrizar en Torrejón de Ardoz y en cuatro horas tomo el AVE a Ciudad Real. Allí me recogerán. Yo soy de Daimiel. ¿Quiere que le dé lo que tengo para usted?
Antonio se levantó de su asiento y corrió al perchero.
—Perdona, Andrea, sigue viendo esto con Quique. Yo vendré en un rato. Perdona, perdona.
La mujer lo vio abandonar la oficina como si esta se estuviera quemando y alguien hubiera ordenado la evacuación solo con lo puesto.

El hotel Mediodía es, quizá, el más famoso de la zona sur de la ciudad de Madrid. Para muchos forasteros era el establecimiento donde pasaban la primera noche al llegar a la capital procedentes de Andalucía, aunque no lo sería para la persona que esperaba al arquitecto con un petate, embutido en un uniforme que, por la fecha del calendario y la temperatura de la atmósfera, sonaba algo extemporáneo. En esa ocasión, el establecimiento hotelero era tan solo un lugar de referencia, el primer sitio que se le ocurrió a Antonio que fuera reconocible con facilidad para alguien que no tenía por qué conocer la zona próxima a la estación de Atocha.
Nada más apearse del taxi se dirigió hacia el que sería su interlocutor. Ambos se saludaron con cierta familiaridad, a pesar de no conocerse.

El legionario resultó ser un hombre corpulento, de estatura similar a la del oscense, con el pelo rubio casi rapado y que lucía unas patillas poco pobladas pero más largas de lo habitual.

—Soy Antonio Escartín.

—Yo soy el caballero legionario José Leal Maqueda, para servirlo.

Le propuso tomar algo en una cafetería próxima.

—Por favor, cuénteme y dígame qué tiene para mí —le pidió, una vez acomodados.

El soldado comenzó con una exposición detallada en la que le relató que su destacamento había llegado a Mostar antes del verano, y que en ese tiempo no había disfrutado de ningún permiso. Solo supo de la familia y ellos de él durante los cuatro o cinco minutos de llamada telefónica semanal que correspondía a cada soldado. Ahora se disponía a estar algo más de un mes en su pueblo dado que no tenía que presentarse en Melilla hasta el 1 de febrero.

—Nosotros estábamos allí en calidad de *cascos azules*, ya sabe, las fuerzas de UNPROFOR que están bajo el mando de la ONU. Para el Ejército español esto de los Balcanes significa mucho. Es la primera vez en democracia que se entra en combate. Esto no son unas maniobras rutinarias. Tenemos a toda la sociedad encima, para ver cómo nos desenvolvemos. Nuestra misión teórica es la protección de convoyes humanitarios y mantener abierta siempre la ruta del Neretva. Antes de llegar nosotros se llamaba la *ruta de la muerte*. Ahora la conocen por la *ruta de la vida*. No se puede usted imaginar el orgullo que significa para el Ejército español ese cambio de nombre. En aquellas montañas, escoltar es proteger a las personas, asegurar su supervivencia. Aunque no todo salió según lo previsto. Lo peor fue cuando hace un mes los croatas pulverizaron el puente. Ese fue nuestro mayor fracaso.

—¿El puente, qué puente?

—El de Mostar, por supuesto. Un puente de piedra de un solo ojo que llevaba allí no sé cuántos años y que se lo cargaron los croatas del HVO[3].

Después de escuchar varios comentarios más sobre la situación en la ciudad en la que estuvo destinado, Antonio no pudo reprimir más su

nerviosismo y le preguntó sin rodeos si había estado en Sarajevo y cómo estaban las cosas por allí.
—Mire usted. Yo no sé cómo es el cielo de Jesucristo, pero ahora sí sé cómo es el reino de Satanás. Nadie sale indemne de un descenso a aquel infierno.
La mirada del soldado era directa y cruda, sin espacio para algo que no fuera anunciar un drama, una pesadilla en la que todavía seguía inmerso. Durante unos minutos relató, de forma deslavazada y sin guion, lo que vieron sus ojos y lo que experimentaron el resto de sentidos, hasta el del gusto.
—Lo habitual era que nosotros hiciéramos escolta de vehículos de ACNUR[4] desde Metković, en Croacia, hasta Mostar o Kiseljak, donde nos relevaban soldados de otros países, franceses en la mayoría de los casos, pero alguna vez llegamos a Sarajevo. Siempre circulábamos dos blindados, uno delante y otro cerrando la caravana, y tres o cuatro camiones con las cajas de ayuda. Todo eso es precioso, precioso para ir de vacaciones con tu familia, no para circular con el temor de que las ruedas de nuestro vehículo pisaran una mina o que algún hijo de la gran puta te volara la cabeza.
El hombre se quedó de nuevo absorto en sus recuerdos.
—Pero fíjese lo que le digo, jamás he estado más orgulloso del uniforme que llevo que en Sarajevo.
A Antonio le había parecido violento exigirle que le diera el encargo nada más verlo, pero ya había escuchado suficiente. No quería oír más desgracias de las que ya leía en los periódicos todos los días. No se habían dado cita para eso. Demandaba concreción.
—José, dígame, ¿qué tiene para mí?
—Claro, ahora mismo se lo doy —se agachó y comenzó a rebuscar dentro del petate—. ¡Aquí está!
El sobre era pequeño, blanco, y en su cara vista figuraba un nombre y dos teléfonos: el de su despacho y el del tío Gerardo.
—Aquí tiene usted. La mujer que me lo entregó me indicó que primero lo llamara al despacho, que si no lo encontraba allí, que telefoneara al segundo número.
El arquitecto notó que sus manos temblaban al tomarlo. De un rápido

vistazo confirmó que aquella era la letra de Emina, no cabía duda alguna. Lo volteó y se fijó que en la trasera solo se había escrito el nombre de la madre de su hijo.

—Creo que es mejor que me vaya. El tren sale a y media y…

Antonio comprobó que todavía quedaba casi una hora.

—Tranquilo, José, va bien de tiempo. Solo tiene que cruzar la calle para llegar a la estación. No se puede imaginar usted lo que esto significa para mí. ¿Me puede indicar quién le entregó esta carta?

El hombre apuró el café y se miró los dedos. Clavó sus ojos en los de Antonio y, a continuación, los desvió hacia algún lugar de la cafetería. No cabía duda alguna: estaba ganando tiempo porque le costaba trabajo recordar una situación cargada de tanta intensidad emocional.

—Por favor, José. Ahora abriré la carta y la leeré, y le agradezco su discreción, pero me tiene que contar cómo llegó a usted, quién se la entregó y bajo qué circunstancias.

Después de asentir, el legionario apoyó los dos antebrazos sobre la mesa y comenzó a relatar la sencilla historia que había detrás de aquel pequeño sobre. Bajó el volumen de su voz.

—Fue en un almacén que tienen allí los de ACNUR. Nosotros acabábamos de escoltar a un convoy de seis camiones Volvo que solían conducir musulmanes con largas barbas. Era habitual que esos acompañamientos los hicieran soldados de otros países, franceses, egipcios o ucranianos, pero en aquella ocasión nos tocó a nosotros, a los españoles. Todos los *cascos azules* llevamos el mismo uniforme: traje de faena con boina o casco azul, chaleco antibalas azul y brazalete azul. Pero nos diferenciamos en algo, en un pequeño detalle para la mayoría pero vital para nosotros: cada uno lleva la bandera del país al que pertenece. La de España me ayuda y me guía, ella me protege de todo mal —sin mediar gesto previo, levantó el brazo izquierdo y la besó. Antonio se sorprendió de aquello pero se mantuvo en silencio—. No hay nadie que se sienta más orgulloso de ella que yo. Pues mire, allí, en Sarajevo, no se veían muchas enseñas nuestras por lo que le he dicho pero, cuál fue mi sorpresa cuando una mujer de las

que están de traductoras se me acercó y en un castellano con muchísimo acento me preguntó si yo era español.
—Perdón, ¿ha dicho que esa mujer era una traductora?
—Sí, eso me dijo —asintió a modo de ratificación. Antonio guardó silencio y le pidió que continuara—. Me sorprendió porque me preguntó si yo conocía Madrid. Le dije que, claro, que era la capital de mi país. Después, me preguntó un par de cosas más que me dejaron atónito.
Con la mirada, le instó a que concretara.
—Que si conocía a un arquitecto que se llamaba Antonio Escartín. Cuando le dije que yo no conocía ni a ese arquitecto ni a ninguno, me recordó, como si tuviera que ser algo que supiera todo el mundo, que ese arquitecto, ese tal Antonio Escartín, es decir, usted, había sido esquiador en las Olimpiadas de Sarajevo. Claro, don Antonio, no se moleste, pero eso del esquí no va conmigo. En Ciudad Real, nieve, nieve, lo que se dice nieve, no tenemos. De deportes, a mí lo que me gusta es el fútbol. Como en la provincia no tenemos equipo ni de primera ni de segunda división, el mío es el Atlético de Madrid. Basta verlo tan bien vestido para ver que es una persona importante, pero siento no haber oído hablar de usted.
—¿Cómo era ella y qué más le contó?
—Tuvo que ser una mujer guapa. Debe de tener unos cuarenta y cinco años, por lo menos. Era delgada, alta, rubia con el pelo muy largo aunque estropeado y con pinta de sucio, y la cara chupada. En Sarajevo se pasa hambre. Yo lo sé de Mostar, donde compartíamos muchas veces nuestras raciones con los niños que veíamos por la calle. No se puede imaginar usted lo que duele ver a un niño comer lo que pilla por el campo, en la calle o rebuscando en las basuras. ¡A saber qué se mete en la boca! Para que se haga idea, he llegado a ver a gente recoger agua de los charcos para usarla en su casa.
—¿Cuándo fue eso?
—El mes pasado. En noviembre, lo recuerdo porque yo cumplo años el 21 y debió de ser dos o tres días después, me quedé con esa referencia. La mujer aquella me pidió si podía hacerle llegar esta carta al regresar a España. Que lo telefoneara y que se la diera en mano, me insistió en

ese detalle. Quería que me comprometiera a entregársela a usted en persona. Yo le dije que no se preocupara, que no lo tomaba como un encargo cualquiera sino como una misión militar, y las misiones militares hay que cumplirlas siempre, señor Escartín, siempre.

Volvió a quedarse en silencio. Miró el reloj e hizo intención de levantarse.

—Espere un momento, por favor, solo un minuto. Me gustaría que aceptase algo —Antonio se llevó la mano a la chaqueta y sacó la cartera. El soldado lo paró con la mano.

—Por favor, caballero, no me insulte. Yo fui a Yugoslavia a realizar una labor humanitaria, no por dinero. Y creo que traer esta carta, solo por la cara que está poniendo usted, también es una labor humanitaria. No sé si hacia aquella mujer, hacia usted, o hacia los dos.

—Pero, si no es dinero, dígame cómo puedo pagárselo.

El militar titubeó.

—A mí no tiene por qué pagarme nada. Ahora voy unos días a mi casa, como le he dicho. Tengo suerte de poder pasar con ellos la Nochevieja. Después, seguiré a disposición de lo que me ordene el Ejército español. Y a mucho orgullo.

—Tiene mi teléfono, José. Si alguna vez necesita algo de mí, no dude en llamarme.

Antonio se levantó y lo ayudó con el petate. Antes de abandonar la cafetería, el hombre pronunció unas palabras que al arquitecto le dejaron marcado:

—Yo no sé quién es esa mujer ni qué representa para usted, aunque lo intuyo, tonto no soy. Pero, si yo estuviera en su lugar, correría a por ella y la sacaría de aquel infierno. El mes pasado todavía vivía, pero en Sarajevo la vida tiene poco valor. ¿Sabe que había veces que cuando pasábamos por algún pueblo salían mujeres con bebés en brazos para que nos los lleváramos?

Lo vio marchar y se quedó a solas, con la carta, con Emina. Valoró si abrirla allí mismo, si marcharse a su casa, si regresar al Estudio, si acudir junto a su tío… pero no pudo esperar. Aquella cafetería de Atocha era un lugar igual de adecuado como cualquier otro para

juntarse otra vez con ella, casi dos años después.
Abrió el sobre con delicadeza y extrajo la cuartilla que había dentro. Comenzó a leer:

> *Querido Antonio: No se por donde yo empezar esta carta. No sabes todo lo que te quiero yo. Esto es un infierno. Nos atacan a nosotros de dia y de noche. No hay sitio seguro, ni en la calle ni en los edificios ni en los sotanos. Siempre hay bombas, balas, explosiones, cascotes. No vivimos, sobrevivimos (se dice asi?). Quieren eliminarnos, como hicieron nazis con judios. Pero nosotros no uiremos. Sarajevo es nuestra. Sarajevo nunca sera serbia. Mientras quede con vida uno de nosotros, habra lucha.*
> *Antonio, tienes que olvidar de mi. Yo no soy persona, soy un cuerpo que no cae, un cuerpo levantado, solo eso. Yo ya no soy aqueya que te gusto en las olimpiadas. Solo soy un ¿esperpento? (no se si esta bien dicho). Emina no rie. No recuerdo a Emina reir. Tienes mujer, tienes preciosa hija, tienes preciosa profesion. Construye casas, casas bonitas donde gente puede ser feliz, educar a hijos y vivir en paz.*
> *Yo te quiero siempre toda mi vida. Eres lo mejor que he conocido yo. Mi corazón sera tuyo hasta que muera yo.*
> *Te quiero, Antonio, te quiero yo con todas fuerzas del universo.*

Nada más terminar la leyó de nuevo, una vez y una vez más. Intentó olerla pero no consiguió distinguir ni un lejano resto de la presencia de Emina. Antonio jamás antes había recibido una carta de amor tan bella como la que sostenía entre sus dedos, la hermosura de la sencillez, de los sentimientos puros, los que resultan cuando dejas hablar al corazón. La volvió a leer por quinta vez y, al finalizar, se quedó pensativo sobre lo que le había indicado el legionario de la edad de su mujer: «debe de tener unos cuarenta y cinco años, por lo menos», había concretado. Pero no, si hablaba de noviembre de 1993, en ese mes Emina tenía treinta y seis, por lo que su desgracia se reflejaba en su aspecto hasta llegar a aparentar una edad muy superior. Pero, por encima de todo, de lo que decía la carta, del aspecto que exteriorizara, de las calamidades que le contó que se padecían en Bosnia y, en especial, en Sarajevo, había una realidad que superaba a todas: Emina vivía. Después de un asedio brutal y

sanguinario iniciado en abril del año anterior, tras veinte meses de cerco, Emina vivía, aunque en la carta nada decía de Dino. «¿Por qué?», se preguntaba una y otra vez.

El singular y el plural

El año 1994 comenzó con un mes de enero plano en cuanto a novedades significativas, si exceptuamos la multiplicidad de regalos que Conrado y Esmeralda pusieron a sus tres nietos. En cuanto a la guerra en los Balcanes, los periódicos continuaban mostrando imágenes de edificios agujereados, vehículos calcinados en medio de las calles, militares pertrechados… Por su parte, los diplomáticos no iniciaban acción alguna que resultara determinante para la finalización de la guerra. Hablaban, se reunían, conferenciaban, ofrecían declaraciones, pero sin consecuencias positivas.

Antonio recordaba palabra por palabra la conversación con el legionario y releía en casa de su tío la carta que le dio, con aquellas palabras de Emina en las que le pedía que se olvidara de ella, algo que, con certeza, era imposible. En alguno de los escasos momentos de sosiego que le dejaban las noticias o el trabajo, empezó a buscar la manera de contactar con ella, pero era algo tan quimérico, tan frágil, que la idea se quebraba en cuanto intentaba darle forma. Además, no se quería engañar, España tenía poca presencia en la zona, y los efectivos de otros países eran muy superiores a los que lucían en su uniforme la bandera roja y gualda, situación que se acrecentaba en Sarajevo. Por lo tanto, aquella misiva que conservaba y que se sabía de memoria era la única noticia de ella, y temía que fuera la última. «¿Por qué no me ha hablado de Dino?», se preguntaba con recurrencia. Había analizado cada frase y en ninguna utilizaba el plural al referirse a ella. Sí, cierto, no se quería engañar, Emina escribía español con dificultad, con faltas de ortografía, sin tildes y con un uso inadecuado del pronombre *yo*, de forma continua y sin necesidad. Pero había veces que sí había empleado el plural: «*…nos atacan…*», «*…quieren eliminarnos…*». Sí, con rotundidad, Emina sabía a

la perfección la diferencia entre el singular y el plural.
El mes de febrero llegó con crespón. El 5 una granada de mortero disparada desde la colina de Mrkovići estallaba en el mercado Markale de Sarajevo. Al día siguiente las autoridades bosnias cuantificaban la cifra de víctimas en setenta personas y más de doscientos heridos, una auténtica masacre que nadie había impedido.
—Claro que lo he leído, sobrino, claro que lo he leído. Parece ser que, por fin, la OTAN ha empezado a lanzar ataques aéreos contra la artillería serbia que cerca Sarajevo.
—Y, ¿tú crees que va a valer de algo?
Antonio se mostraba escéptico con las noticias que leía sobre esos bombardeos. Además, llegaban tarde, por lo menos para las más de doscientas cincuenta víctimas de la masacre del mercado, entre muertos y heridos.
Al regresar a su casa recibió una llamada de teléfono. Era Conrado.
—Antonio, tengo que darte una buena noticia, una magnífica noticia —le anunció el constructor, en tono triunfante—. Hazte de nuevas pero mañana te van a llamar de protocolo del ministerio de Fomento. La semana próxima te van a entregar un premio que ansiaría cualquier arquitecto como colofón a su carrera, y a ti te lo van a conceder con treinta y cinco años. Me han adelantado que será en un acto que se celebrará en Florida Park, en El Retiro, y que estará amenizado por alguna figura de la canción de primer orden, no sé si Mocedades, Miguel Bosé, la Década Prodigiosa o algún otro famoso de los que salen en televisión. Voy a ver si consigo que venga el alcalde o Leguina, o los dos. ¿Qué te parece, Antonio, qué te parece? ¿Estás orgulloso? Si tienes algún viaje, cancélalo. No puedes fallar.

Casa Lucio

La noche posterior a la entrega del premio en Florida Park fue la más larga en la vida de Antonio Escartín. Le sirvió para repasar el momento en el que conoció a Emina, el inicio y consolidación de la relación y toda la cascada de encuentros, primero solo con su amante

y después también con el fruto de su amor, o de su falta de cuidado. Y sirvió para que tomara la decisión en firme de ir a buscarla, a buscarlos. Pero, ¿cuál sería el coste que tendría que pagar por iniciar ese rastreo? Alto, muy alto. Lo sabía desde el principio, pero no podía vivir así un día más, con la zozobra de desconocer la suerte real de su familia natural, y anhelaba el momento en el que consiguiera meterlos a los dos en un avión rumbo a la salvación. La convivencia con Marta, habitar en una mansión con todas las comodidades y lujos inimaginables, disfrutar del reconocimiento social y profesional gracias, entre otras cosas, al premio que le acababan de conceder, continuar con el proyecto de Dublín, las ilusiones depositadas en el Estudio de arquitectura y su magnífica evolución, y vivir bien, muy bien; eso era lo que ponía en riesgo, pero el valor de la obligación moral superaba todo aquello. Ya se lo había recordado su tío. La decisión estaba tomada.

La secretaria de Tico Medina demostró ser una profesional eficaz. Al día siguiente de la velada en Florida Park, Antonio telefoneó al periodista y consiguió que, una hora después, este le devolviera la llamada. Le pidió una cita y no tardaron en cuadrar sus agendas.

—No, Tico, no. No querría que fuera en tu despacho. ¿Te puedo invitar a comer?

El mesón Casa Lucio es uno de los restaurantes más famosos de Madrid. Lucio, siempre presente en su negocio, saludó con efusividad al periodista, ya que eran amigos de antiguo. Este presentó a Antonio, a quien el hostelero nunca antes había visto, pero que conocía por sus apariciones en las revistas Hola y Lecturas.

—Mi casa se honra con la presencia de tan distinguida visita. Y enhorabuena por el premio, que ya me he enterado.

Después de acomodarse a una mesa para dos en una de las zonas más tranquilas del restaurante, y tras pedir al maître unos primeros para compartir y unos platos de carne como principales, Antonio comenzó su exposición agradeciendo al periodista granadino la atención que había demostrado al recibirlo tan rápido.

—Por favor, Antonio, no me tienes nada que agradecer. Al contrario, es para mí un honor compartir mesa contigo. A mí tampoco me gustan los despachos. Un periodista tiene que estar al cabo de la calle, saber lo que piensa la gente, los empresarios, los trabajadores, no puede permanecer aislado entre cuatro paredes. Dime, por favor, dime qué te preocupa, en qué puedo ayudarte.

—Tico, sé que lo que te voy a pedir te va a sonar extraño, pero es una necesidad personal, quizá no fácil de describir, pero creo que en esto tú me puedes echar una mano. ¿Qué te dice Sarajevo?

—¿Sarajevo? —el periodista se sorprendió con la pregunta, una cuestión que en modo alguno podía esperar. Después de terminar de masticar una anchoa de Santoña que les habían servido de primero, dejó que su memoria hablara con vida propia—. Sarajevo me dice destrucción, muerte, locura, ausencia de piedad, me habla del triunfo de la sinrazón, de los más bajos instintos de los humanos cuando han pasado a ser inhumanos, y perdona el giro gramatical —su rostro mutaba, desde la tristeza a la rabia y la negación—. Sarajevo me recuerda lo peor de la conciencia, el último punto al que puede llegar el salvajismo. Sarajevo, a relativa poca distancia de nosotros, me alerta que todavía queda un largo trecho para que los ciudadanos del mundo hayamos aprendido la lección de la tolerancia y el entendimiento. Era un lugar ejemplar para el encuentro y ahora está siendo destruido de la forma más encarnizada posible. Sarajevo es una guerra que nos ha estallado en las manos y a la que asistimos como si fuera una película más de la saga de La Guerra de las Galaxias, una ficción cualquiera. Nadie hace nada para detener esa barbarie. No sé, Antonio, no sé qué más te puedo contar de Sarajevo —finalizó sus palabras con una expresión interrogante.

—Tico, tengo que ir a Sarajevo.

Los ojos del periodista aumentaron de tamaño. La incredulidad se dibujó en sus facciones.

—¿Cómo que tienes que ir a Sarajevo? ¿Por trabajo?

—No, no es por una razón profesional, es por una razón personal.

—No se puede ir ahora a Sarajevo —aseguró Medina, con unos movimientos secos e inequívocos de su cabeza—. No es que sea una

locura, que lo es, es que es imposible. No hay manera de entrar en esa ciudad. Además, ¿qué tienes que hacer en Sarajevo? —la pregunta del periodista había sido tan inesperada que se dio cuenta de haber formulado una cuestión rayana en la impertinencia—. Perdón, quería decir que por qué tienes que ir a un lugar tan peligroso como es Sarajevo, si no te molesta la pregunta.

Antonio se pensó la respuesta, pero se mantuvo firme en la contestación. Se había juramentado que no iba a contar a nadie los verdaderos motivos que lo movían para desplazarse a un lugar como ese.

—Son razones personales, Tico. Tampoco sé el tiempo que estaré allí. No creo que muchos días. No llegará a la semana, pero he de ir.

—Pero, ¿cómo piensas que te puedo ayudar yo a realizar semejante empresa, disparatada empresa, si me permites el adjetivo? —al periodista le habría gustado calificarla de *suicida*, pero comprendió que tenía delante a alguien con una razón oculta que debía respetar.

El exesquiador apuró la última croqueta de bacalao que les habían servido antes de los segundos.

—Tú eres periodista y tienes contactos. Había pensado que podrías proporcionarme una credencial de corresponsal, o algo así. En ABC tenéis destacados a varios profesionales, que habrán tenido que ir con alguna documentación, supongo. Pues bien, yo quiero hacerme pasar por periodista para que me puedas, podáis, conseguir un permiso para viajar allí.

Tico volvió a negar, ahora más comedido, mientras pensaba en lo que acababa de escuchar y, sobre todo, en cómo disuadir a su admirado arquitecto.

—Lo que pido tendrá unos costes que yo sufragaré, por supuesto. También me pagaré allí la estancia o cualquier gasto en el que incurra.

—No es eso, Antonio, no es eso. Esto no es tan fácil. Para conseguir una acreditación de periodista, primero, hay que ser periodista, es decir, estar dado de alta en el colegio, y tú no eres periodista. Quizá eres mucho más que todos nosotros, pero no eres periodista. Creo que en algún caso dejan pasar a gente relacionada con las Letras, personas con obra publicada y que quieran escribir alguna crónica para algún

medio o documentarse para escribir un libro. Los accesos los controlan los de UNPROFOR y los serbios, y no dejan que en Sarajevo se cuele nadie que no quieran. Tengo entendido que es una ciudad sitiada por el tal general serbobosnio Mladić, e inspeccionan todo. No, esto no es tan fácil como si me pidieras una acreditación para un concierto de música o una butaca en la gala de los premios Goya. Aquello sería sencillo y ahí sí te atendería. Esto es imposible. Y, aunque se pudiera… —al profesional de la comunicación le pareció que no debía andarse con ambages—, te adelanto que Sarajevo es hoy el lugar más peligroso del mundo. Ya no sé a cuántos periodistas han matado en esa guerra.

El camarero les trajo las chuletas de lechal que habían pedido pero ninguno de los dos mostró apetencia por la exquisita carne. La intensidad de la conversación había llegado a tal punto que ambos notaron que sus estómagos se habían cerrado. Solo mordisquearon alguna pieza.

—Siento decepcionarte, Antonio, de verdad que lo siento, pero en esto que me pides yo no te puedo ayudar, en ABC no te podemos ayudar, y dudo que pueda algún otro colega. Me consta que han viajado allí Gervasio Sánchez, del Heraldo; Arturo Pérez Reverte, que va con Televisión Española; Santa Cruz, el de El País, Alfonso Armada —el periodista hacía memoria—, Juan Goytisolo, Javier Reverte, Hermann Tertsch, Ramón Lobo, Francesc Relea, José Macca, con Diario 16… Ellos sí consiguieron acreditaciones, pero tú no tienes sitio, y prefiero hablarte con franqueza.

—Pero yo estuve allí, fui olímpico en el 84.

Medina volvió a negar.

—No, Antonio, no, y prefiero no darte falsas esperanzas. Por respeto a tu persona y a la admiración que te tengo, tanto a ti como a toda tu familia.

El camarero retiró los segundos platos y preguntó lo que deseaban de postre. Ambos pidieron café.

Aquel había sido el primer intento de Antonio de viajar a Sarajevo. Algo le decía que no sería el último.

Horcher

El despacho seguía asumiendo nuevos encargos y el trabajo que llegaba a los dos socios excedía la propia capacidad de asunción de responsabilidades, pero no les importaba. Enrique San Román y él sabían que era un gran momento que no podían desaprovechar. Hacía varios años que habían creado la figura jurídica de *Escartín y San Román Asociados* y así funcionaban, como dos personas vinculadas con funciones diferenciadas. El uno supervisaba las construcciones de edificios, urbanizaciones, reordenaciones, mientras que el otro se hallaba centrado, lo centrado que le dejaban las circunstancias, en el diseño de inmuebles singulares, en concreto en el proyecto estrella de la ópera de Dublín. Era una simbiosis que funcionaba como un reloj preciso.

En febrero se firmaba en Zagreb el fin de las hostilidades entre el Consejo Croata de Defensa y la Armija Bosnia. A partir de ese momento, la república de Bosnia y Herzegovina solo tenía un único enemigo: Mladić, pero ese oponente era demasiado poderoso como para minusvalorarlo.

El 7 de marzo sonó el móvil de Antonio. Era Azucena. Le proponía algo que le dejó perplejo.

—Sí. ¿Hace cuánto que no vamos tú y yo a comer los dos solos a un restaurante?

El lugar elegido por la hija del constructor era Horcher, a escasos metros de la Puerta de Alcalá, un restaurante de origen alemán situado entre los más selectos de la cocina madrileña. Como siempre sucedía, cuando alguien del clan García acudía a comer o cenar a algún establecimiento público, se reservaban dos mesas, contiguas. Una de ellas era ocupada por el servicio de seguridad. En la puerta, junto al vehículo blindado, siempre se quedaban otros dos hombres.

Azucena había pasado a recoger a su marido por su Estudio. Nada más entrar en el coche Antonio la encontró distinta, como si

fuera otra persona. Vestía un traje de chaqueta gris perla, de pantalón, que cubría una blusa blanca sobre la que destacaba una cadena con una medalla. El pelo se lo había recogido en un moño, de modo que las facciones de la cara se realzaban con mayor frescura. Por una extraña asociación de ideas, recordó las palabras del legionario cuando presupuso que la mujer que le había entregado la carta tendría cuarenta y cinco años, *por lo menos*. Emina y Azucena se llevaban pocos meses. Vidas distintas, suertes dispares.

Después de pedir al maître, Azucena no se paró en barras. Se agachó y tomó una pequeña carpeta que llevaba consigo y que había dejado apoyada en una de las patas de la mesa. Después de observarlo con frialdad, la abrió y extrajo varias fotografías tamaño cuartilla. Se las entregó todas juntas, en la mano.

—Míralas con discreción —le ordenó.

La fortuna hizo que Antonio no hubiera empezado a comer. De haber sido así, se habría atragantado. Contempló las seis fotos. Una a una.

—¿Me dices dónde es, o te lo digo yo?

Antonio se ahorró dar a su mujer un dato que conocía de sobra.

—Lo que no sé es quiénes son. Por esa razón he venido aquí, a un terreno neutral y, por lo que sabemos, bastante discreto, para que le cuentes a tu mujer, a tu legítima esposa, por la Iglesia, por el Registro Civil y por nuestra hija, quién es esa gente.

El arquitecto había tomado la precaución de pedir poca comida. Por alguna razón intuía, siempre le pasó, que ese momento se presentaría en alguna ocasión, que la infidelidad se podía ocultar un día, y dos, y tres, pero no durante diez años con un hijo de por medio y múltiples encuentros acontecidos. Por discretos que estos hubieran sido, por muy callado que permaneciera siempre su tío Gerardo, que supo todo desde el primer día, al igual que su amigo Enrique y su mujer.

—Ella se llama Emina y él es nuestro hijo, Dino.

La mujer escuchó con frialdad la breve explicación de su marido. Levantó el mentón y formuló una nueva pregunta:

—¿Dino? ¿Qué nombre es Dino?

—Es un nombre bosnio. Se llama así por el abuelo de Emina.

Azucena asintió e, imperturbable, probó una flor de alcachofa de las

pedidas de primer plato. Habituada a las reuniones con su padre, había estudiado la entrevista con meticulosidad, de modo que contempló distintos escenarios ante los que podía hallarse, desde la negación absoluta con un «¡Ese no soy yo!» pronunciado con sobreactuación y falsa afectación, a un: «¡Azucena, me acabas de defraudar!, no podía imaginar que fueras a pensar eso de mí» o un silencio espeso, un enrojecimiento de la piel o un tartamudeo en las palabras. También podía venir un arrebato de arrepentimiento: «Lo siento, lo siento, soy un imbécil, fue un momento de debilidad… lo siento, lo siento, lo siento, tú eres la única mujer a la que he querido de verdad… por favor, nuestra hijita amada…».

Pero, lejos de llegar a esas conjeturas, se encontró con una persona que hablaba con una inquietante naturalidad, alguien que, por la impresión que le dio, deseaba que se produjera esa conversación. Sí, era posible que Antonio estuviera quitándose un granítico peso de su maltrecha conciencia, como cuando un asesino se presenta en la comisaría y confiesa su crimen, años después de perpetrarlo, a la vez que se presta a colaborar con las autoridades. Después del sobresalto inicial al ver las fotos, su esposo se mostraba reposado, frío, lúcido y en modo alguno arrepentido.

—Emina… también es un nombre bosnio, supongo.

Antonio asintió.

—Dime, ¿qué quieres saber?

—Me preguntas que qué quiero saber. Tú, me preguntas, a mí, que qué quiero saber. Tú, que tienes un hijo de ¿ocho, nueve años?

—En noviembre cumplió nueve años.

—¿Nueve? Por lo tanto… —la mujer comenzó a echar cálculos mentales hasta que su marido cortó las cábalas con un dato preciso.

—Dino es hijo de los Juegos Olímpicos.

Azucena dejó de probar las alcachofas y apartó su plato con educada violencia. Se trasladó en el tiempo y recordó las tres o cuatro conferencias que mantuvo con su entonces novio. Un hilo telefónico que unía Madrid con Sarajevo. Ella dándole ánimos para las pruebas

que iba a disputar y mientras, él, con otra… Y una boda: «…quererla y respetarla todos los días de tu vida…»

—Y después de dejar embarazada a otra mujer, te casaste conmigo.

—Cuando me casé no sabía que ella estaba embarazada. Me enteré después.

La preocupación de Antonio por la situación de Emina y de Dino alcanzaba tales cotas que el hecho de que su mujer se hubiera enterado de la relación extramatrimonial era, ahora, en ese momento de su vida, algo que apenas lo inquietaba. De ahí que, lejos de adoptar una postura implorante, arrepentida, esta fuera similar a un fugaz envalentonamiento.

—¿Y tú, qué? ¿Esas fotos?

—Ya ves, comencé a sospechar. Sé que tienes que viajar con frecuencia, algo que supe desde que te conocí. Al principio era por el esquí, pero luego sería por tu profesión. Eras ambicioso y no te ibas a conformar con diseñar y construir pisitos en cualquier población del cinturón industrial de una gran ciudad —aseveró, con un marcado tono de superioridad—. Tus ansias miraban más lejos, poseías una perspectiva mayor. En eso te pareces a mi padre. Ambos tenéis amplia visión del negocio. Y lo acepté. Pero algo me dio que pensar, no me preguntes qué fue, sería algún detalle, nimio pero suficiente, como para arrancar la maquinaria de los extraños razonamientos y de las sorprendentes casualidades. Una amiga de confianza me presentó a un detective privado, sí, como los de las películas, aunque este ni llevaba gabardina, ni fumaba en pipa ni tenía la oficina en un lugar sórdido y maloliente. A ella le conté una mentira bastante creíble relacionada con mi hermano y con unos posibles seguimientos por parte de miembros de ETA, pero al detective le dije la verdad y le encargué que me trajera alguna información relevante. Y vino con estas fotos por las que me cobró un dinero. Me proporcionó más, pero las otras no eran buenas, desenfocadas o con vosotros de espaldas. Había que conocerte mucho para identificarte. Las mejores son las seis que has visto. Es Barcelona, lo que no sé es qué parte.

—La Ciudadela, te lo digo yo. ¿De cuándo fue?

—Del mes de mayo de hace tres años. Si quieres, te recuerdo en qué

hotel os alojasteis los tres y cuanto duró el paseo que disteis en barco por el puerto de Barcelona.
—No hace falta. Y ¿lo sabes desde hace tres años?
—Lo intuía desde antes, pero la certeza la tuve hace tres años, sí, el tiempo que llevamos sin dormir juntos. No me digas por qué te lo cuento ahora y no te lo he contado antes. Este es un buen momento como lo podía haber sido otro con anterioridad. Total, ¿qué más daba? No, Antonio, hay líneas que no se traspasan. No podía recibir en mi cama a un sujeto que se acostaba con otra. Te lo pedí por favor y, sin rechistar, lo aceptaste, ¿recuerdas? Te propuse que no durmiéramos juntos, que las cosas no estaban bien entre los dos y que nos debíamos tomar un tiempo. Tu aceptación sin resistencia fue la confirmación de tu infidelidad, más que las fotos. Un hombre no acepta marcharse de la cama de su esposa sin lucharlo. Eso me demostró no solo que había otra, sino que ya no me querías. Quizá esa era la razón por la que había otra. A veces pienso si alguna vez me has querido. Es posible que algo al principio, nada más.
Azucena no iba a anunciarle que para entonces ella mantenía una relación con uno de los abogados del bufete que trabajaba para la familia, alguien con quien concertaba encuentros esporádicos pero suficientes para cubrir sus necesidades de sexo y egolatría, un hombre separado con dos hijos, diez años mayor que ella, que tenía asumido que jamás se emparejaría de forma oficial con su cliente.
Se quedó pensativa, con los codos clavados en la mesa y las manos cruzadas, sujetándose la cabeza, y sintió que la invadía un triste estremecimiento de fracaso sentimental. «Tienes de todo, Azucena —se recordó—, menos una familia».
—¿Los platos no están a su gusto? Veo que los señores no los han probado —se interesó el camarero.
—No se preocupe, estaban bien. Somos nosotros quienes estamos inapetentes —Antonio se excusó por los dos. Azucena intentaba contener las lágrimas. Se asombraba de cómo llevaba esa conversación tantas veces imaginada. Ninguno de los dos había sucumbido ante la, en principio, esperada reacción natural a la ratificación de una infidelidad antigua en el tiempo. Su fortaleza se debilitaba. No quería

que se notara, pero le era difícil fingir.
Antonio pidió por los dos. Conocía sus gustos.

—Me trae un café solo. La señora tomará un poleo menta con azúcar moreno.

Una vez que se quedaron solos, volvieron al tema:

—Y tu padre, ¿qué dice?

—Ni mi padre ni mi madre dicen nada porque nada saben, por lo menos por mi parte, al igual que mi hermano —Azucena ganó en entereza y comenzó a hablar, sin que se notara nerviosismo en su voz —. No voy a ocasionar a papá un disgusto así. No le voy a contar que su yerno, el gran atleta olímpico y afamado arquitecto al que tanto admira, ha construido otra familia, y en Bosnia —reparó en que la mención al país había sido un dato irrelevante. Le habría hecho el mismo daño saber que su competidora era de la calle de al lado. La procedencia de la rival ni aminoraba ni engrandecía la culpa.

—Dime, ¿qué vas a hacer? —él tampoco se reconocía. Llevaba la conversación con una frialdad más propia de una reunión de trabajo con un interventor municipal que la esperada cuando tu mujer desvela tu mayor secreto.

—Yo no te voy a echar ni voy a entrar en disputas con esa. Ella fue una mujer caprichosa que no supo tomar precauciones ante un niñato sin entendederas. Pero más allá de que seas un imbécil adúltero, eres el padre de mi hija y el yerno de mi padre, y la una y el otro te adoran, y yo no voy a romper ese vínculo. Atento Antonio con lo que voy a decirte. Si sigues así, viéndote con ellos a más de quinientos kilómetros de mi vida, de la de mi hija y de la de mi padre, de forma discreta y sin revelar a nadie esa doble existencia que llevas, continúa. Sé con certeza que no me vas a pegar enfermedades de transmisión sexual, por lo tanto, lo que hagas con tu polla no me preocupa. Tienes tu dinero, haz lo que quieras con él. Unos se lo gastan en coca, otros en putas y a otros se lo quitan en las mesas de juego. Tú… en lo que te dé la gana. Eso sí, no te pido, te exijo algo. Escucha bien.

Elorrio

Antonio dio un sorbo del café que le acababan de servir. No recordaba haber escuchado a su mujer utilizar con anterioridad un lenguaje tan vulgar, con expresiones impropias en una conversación entre personas educadas. Sería posible que esa fuera la manera de exteriorizar su odio y tranquilizar sus nervios.

—Te exijo que, de cara al exterior, todo siga igual. Si papá dice de marcharnos de viaje a que nos retraten en Marbella, nos vamos; si dice de embarcar unos días en su mareante yate, nos embarcamos, por cierto, a mí tampoco me gusta, lo sabes; si nos vestimos para que nos hagan fotos en lo alto de un pico nevado, nos vestimos. ¿Entendido? Y siempre con la sonrisa por delante. En los actos sociales, en los cumpleaños, en lo que se supone que tiene que hacer un matrimonio envidiado. Ahí tienes que estar, sin rechistar y con tu expresión de máxima felicidad. Sabes que mi padre puede acabar calcinado entre los hierros retorcidos de su coche; yo también puedo acabar así, aunque es menos probable. Pero él tiene demasiados boletos en esa macabra lotería.

Se tomó unos momentos de descanso. En instantes iba a revelar algo que llevaba guardado, que corroía su tranquilidad y le impedía conciliar el sueño. Por primera vez en su vida había necesitado recurrir a tranquilizantes para descansar dos o tres horas seguidas a lo largo de cada noche.

—Te voy a contar algo que no sabes, ni tú, ni nadie —si el tono de voz que utilizaba era del nivel del susurro, hizo un esfuerzo para acallarlo más todavía. Las palabras casi ni se oían. Antonio la escuchaba más por el sentido de la vista al leer sus labios que por el del oído—. Hace unos días, un capitán de la Policía Nacional que está al mando de los que vienen por los alrededores de los chalés, me informó de que habían descubierto un zulo en Elorrio. Además de armas, explosivos y no sé cuántas cosas más, también hallaron muchos papeles. En ellos había una relación de potenciales objetivos, tanto de secuestro como de atentado. No te puedes imaginar quién estaba en

segundo lugar en esa relación de posibles asesinatos. El primero era un exministro. Luego, mi padre. Esa gente sabe todo de nosotros: números de teléfono, números de cuenta, direcciones, matrículas de coches que utilizamos, croquis de la casa y de las oficinas, horarios… Parece ser que, dado el grado de protección con que cuenta, han desechado la primera idea que tenían de secuestrarlo y pedir un rescate. Papá no se lo ha puesto tan fácil como Súñer o Revilla, y han optado por matarlo. Algo parecido a lo que ocurrió con Carrero, que la primera intención de aquel comando también era la de secuestrarlo pero, dada la dificultad, se decantaron por la alternativa de todos conocida. Para que te hagas una idea, Antonio, yo tengo ya comprada la ropa de luto.

El esquiador mostró una faz de sorpresa contenida.

—Sí, Antonio, sí. Si se da esa circunstancia, no quiero tener que andar con prisas. Sé cuál es la talla de mi madre y tengo, medio escondido en mi armario, un vestido negro de verano y otro de invierno para ella. Odia el negro, siempre quiere vestir en tonos claros y alegres, ya la conoces, pero también sé que, si llega ese momento, tendrá que ponerse de negro. Yo me he comprado un conjunto de chaqueta y pantalón en gris marengo. Ya he confirmado que tengo algún abrigo oscuro. Y también he comprado dos corbatas negras. Una para mi hermano y otra para ti. Para asistir al funeral. Pienso en todo, ya ves. Además, y esa es otra razón para evitarle disgustos, cada día está peor de salud. Una enfermera acude todas las mañanas a casa a ponerle una inyección y a vigilarle la tensión. Le hacen análisis de sangre y de orina todos los meses. Miguel asume cada día más responsabilidades pero todavía está lejos de acercarse a la intuición, conocimientos e influencias de papá.

Antonio no podía creer lo que escuchaba y hasta dónde había llegado la capacidad organizativa de su mujer. No le extrañaba que su padre se la llevara siempre de viaje. Su esposa había madurado delante de él sin que se diera cuenta. Aquella chica tan alocada que lo llevó a la cama del Ritz era un recuerdo lejano que el tiempo había transformado en alguien de mirada dura e impersonal, impiedosa. Capaz de tomar decisiones de magnitudes insospechadas.

—Y si llegara a suceder, si los de ETA consiguen su objetivo —prosiguió—, no quiero que pese sobre mi conciencia el haberle dado un solo disgusto en su vida. Delante de él, todo será felicidad. Si a papá le falla la familia, le fallará la vida. Y sobre Marta —continuó, con voz serena pero firme—, cuando sea mayor de edad, ya veremos, pero hasta ese momento, ni una palabra. Ella sabe que no dormimos juntos, pero es demasiado pequeña para que se haga preguntas. Alguna vez, algo me ha referido, y le he dicho que papá se acuesta tarde, con sus dibujos de edificios y sus trabajos, y que prefiere dormir abajo para no molestarnos. De momento, se lo cree. Si me fallas en eso, si fallas a mi familia, te juro por Dios que te hundiré. Sé que tienes talento y también el punto de ambición que me gustó cuando te conocí, pero no te hagas enemigo de nosotros, porque la vida se te puede complicar. Podrías, incluso, no llegar a soportarlo. Olvídate de licitar ante la administración, olvídate de que te contraten otras constructoras, olvídate del apoyo que te puedan prestar las agregadurías comerciales de nuestras embajadas. Tu vida pública desaparecerá. No te puedes imaginar la de acciones que tengo preparadas por si eso pasa, por si se cuela una foto tuya con ella en algún sitio, por si un *paparazzi* se entera o empieza a correr la voz por nuestros círculos de que Antonio Escartín tiene una amante en Bosnia, un hijo de nueve años y yo unos cuernos que me llegan al techo. En las fotos que te he enseñado veo que te cubres la cara con gafas negras y una gorra. Haces bien. Te hemos hecho una persona popular y tu cuenta corriente lo ha notado. Pero si cometes un desliz te morirás de hambre. Y, lo más importante, olvídate de Marta. Sí, a esa niña que bañabas los domingos y la que se ponía el tutú para bailar El Cascanueces en tu despacho, o la que te pedía que le leyeras un cuento antes de dormirse. Sé que ella tiene contigo muchas más complicidades que conmigo. A esa niña no la volverás a ver, por lo menos en muchos años. Tú decides.

Aquellas palabras sonaron como la mayor coacción que puede recibir una persona. Antonio se sintió ante alguien que portaba un revólver con el tambor lleno y seis balas a la espera de albergarse a toda velocidad en su corazón.

Azucena apuró la infusión y Antonio pidió la cuenta.
—Intuía que la mujer de la foto era yugoslava. No sé, siempre lo pensé. Me fijé desde hace tiempo en que en el momento en que daban por televisión alguna noticia sobre ese país, mostrabas una atención mayor que con otras informaciones, un interés que me pareció desmesurado. Sé que aunque el cerco sobre Sarajevo empezó hará dos años, aproximadamente, antes del 92 Yugoslavia ya estaba presente en los telediarios. Al principio supuse que sería nostalgia tuya por haber estado allí cuando las Olimpiadas, pero luego me dio por pensar. Lo mismo pasaba con los periódicos. Muchas veces aparecían por el salón doblados por las páginas de internacional. Raro, me sonaba raro. Tanto interés, exagerado interés, por esa guerra tan alejada de nosotros… Ahora me has confirmado que los dos son de Sarajevo. ¿Cómo está?
—¿Cómo que cómo está? —Antonio no entendía.
—Sí, sé que en Sarajevo están en guerra, ya te lo he dicho. Yo también me informo de lo que pasa en el mundo. ¿Cómo está el niño? Ella me da igual, pero él es hermano biológico de mi hija, e inocente. No tiene culpa. Te repito otra vez, ¿cómo está?
Su marido se emocionó sin intención de ocultarlo.
—No lo sé, Azucena, no lo sé.
—Supongo que seguirás sabiendo de esa familia extramatrimonial. ¿Están bien?
Después de negar, le detalló que no los veía desde hacía más de dos años, desde septiembre del 91, y tampoco hablaba por teléfono con ellos casi desde entonces.
—Por un cruce de informaciones sé que ella está viva, pero de Dino no sé nada, no sé si vive o si… —no terminó la frase y optó por clavar los ojos en la mesa, sin fuerzas. Se llenó de valor y le contó sus deseos—. Quiero ir a Sarajevo.

—¿Ir a Sarajevo, te has vuelto loco?
—Loco me volveré si sigo así. Tengo que ir a Sarajevo para saber cómo se encuentran, sacarlos de allí y llevarlos a algún sitio seguro,

como Italia, Austria, o Francia.
—No puedes ir a Sarajevo. Lo que veo en televisión es horrible. Están matándose entre ellos. Los edificios están hechos puré, no paran de caer bombas.
—Pero en Sarajevo hay vida, y yo quiero buscarlos, hallarlos y llevármelos de allí, pero no sé cómo hacer. He movido los hilos con un periodista pero no me pueden llevar a Bosnia ni haciéndome pasar por reportero gráfico, vamos, ni para sujetar la cámara. Es imposible. Aquello está lleno de militares. Allí no hay lugar para civiles.
—Hasta que se entere de lo sinvergüenza que es su padre, quiero que Marta vea en ti el referente de persona trabajadora y tenaz que muestras ante los demás. Y si vas a Sarajevo tienes muchas posibilidades de no volver porque te maten, y eso no lo soportaría ni ella ni mi padre. Además, si te marchas sin una motivación convincente, estás cantando ante la sociedad que tienes una causa oculta para hacerlo. La gente solo se juega la vida por algo: por dinero, por tener un trabajo, por valores, por defender a su país… o por amor. A ti ni te falta el dinero, ni irías por trabajo y menos acudirías allí a defender a España puesto que no eres militar. Y tampoco te has destacado por exteriorizar tus intereses por algún valor en concreto. El haber sido olímpico en Sarajevo no es motivo para morir por la ciudad. Por lo tanto, ahí lo tienes. Nada más que hay una causa para ir, solo una; y esa es justo la que no quiero que nadie sepa.
—Voy a ir. No sé cómo pero voy a ir. Lo sé yo y, no te engañes, también lo sabes tú. Si he conseguido en mi vida lo que me he propuesto, también lograré entrar en aquel infierno. Me cueste lo que me cueste. Y sobre todo lo que me has contado, creo que va a ser momento para que, de forma civilizada, iniciemos la ruptura de nuestro matrimonio. Ni yo te merezco por haberte silenciado una relación que empezó cuando éramos novios y con fecha de boda fijada, ni merece mi dignidad continuar con esta farsa. Mi mujer real es Emina, más allá de lo que diga un papel o en su día asegurara un cura.
Azucena levantó el mentón. Buscó con la mirada al camarero y le

pidió otra infusión.
—Yo no quiero vivir como un mantenido. Tu padre es una persona y un empresario al que admiro, por muchas cosas, pero no voy a permanecer así toda la vida, no lo puedo consentir. Hasta este momento, he callado. Mal hecho, pero he callado; pero yo estudié, y estudié con ahínco y sacrificio porque quería ser una persona independiente. No nos engañemos, lo único que nos une es Marta, ya no nos vincula ni el recuerdo de un tiempo pasado en común.

El vehículo blindado llegó a Cibeles y giró hacia el norte. Camino de La Florida, Azucena lo dejaría en Ríos Rosas, le pillaba de camino y, delante de su personal de seguridad, no quería ofrecer la imagen de una esposa déspota que abandona a su cónyuge en una parada de taxis. Como era habitual, el silencio era un viajero más en ese coche. La mujer seguía sin asumir la frialdad en las respuestas que recibió y cómo se sobrepuso ante la visión de las fotos que descubrían una verdad silenciada durante un tiempo excesivo. Antes de entregárselas, Azucena había visto las instantáneas docenas de veces y, aunque se fijaba también en el niño, recordaba sin sombra de duda los rasgos de la tipa que le había quitado al marido. En todo este tiempo había pensado en las cualidades de aquella mujer que la había ganado. ¿Sería por la palabra, sería por la cama, sería por cómo trataba a su hijo, sería por las muestras de cariño, por los detalles, por el tono de voz, por la manera de besar, por la de gemir o por conseguir que su esposo no se sintiera solo, aunque estuvieran separados por varios miles de kilómetros? Él sería un imbécil, pero en algún momento ella debió de darse cuenta de la creciente trinchera que se abría en la convivencia entre ambos. Pero no fue consciente de ello. Y ya era tarde, demasiado tarde.
—Te pido algo —susurró, para que no la oyera el chofer—. No hagas público nada, de momento. Déjame que piense a ver cómo lo enfocamos, tanto ante Marta como ante mi padre. No eres la persona a la que yo tendría que pedir un favor; pero sí, te lo voy a pedir por favor.

Antonio concedió sin apartar la vista de la calle. El blindado estaba a punto de llegar a Ríos Rosas.

El mejor alumno

—Lo sabe.
—¿Quién lo sabe y qué sabe?
—Azucena, sabe lo de Emina y Dino.
—¡Joder! —exclamó Gerardo aquella tarde, al recibir la visita de su sobrino—. ¿Qué querías, que nunca se supiera? Bastante ha durado esta pantomima. ¿Y cuándo regresas a ocupar tu habitación de estudiante? —preguntó con una buena dosis de ironía.
Antonio le contó lo que habían hablado y lo que su esposa le exigía. Pero él no podía, no iba a aceptar esa imposición.
—Estoy sorprendido con Azucena, tío.
Gerardo enarcó las cejas.
—Hacía mucho tiempo que no nos mirábamos a los ojos. Mi trabajo en el Estudio y mi relación con Emina, por un lado, y su mayor dedicación para con su padre por otro, provocó que nos distanciáramos cada vez más, a pesar de llevar tan pocos años de matrimonio. Pero hoy nos hemos mirado a los ojos como dos desconocidos. Y he visto a una mujer distinta.
El anfitrión preparó un café que ambos degustaron en silencio. Antonio precisaba quietud.
—Tío, estoy aturdido. Ya le he dicho a Azucena que voy a ir a Sarajevo pero no tengo ni idea sobre quién me puede ayudar —confesó, antes de salir del piso.
El hombre lo miró con la certeza de que tenía delante a alguien que no iba a cejar hasta conseguir transportarse a las tinieblas de la guerra, una persona que no iba a atender a criterios racionales.

En ese momento se acordó de Javier Nora, uno de sus mejores alumnos.

Fernando Nora

El teniente coronel Fernando Nora ocupaba un amplio despacho del ala sur del soberbio edificio del Ejército del Aire, en Moncloa, donde en su día se levantaba la tenebrosa cárcel modelo madrileña. Con unas amplias vistas al patio principal, a la hora en la que Antonio entró el sol bañaba con fuerza la estancia, y su luz se reflejaba sobre la tarima barnizada como si esta fuera un espejo.

—Por favor, señor Escartín, siéntese.

El militar vestía una camisa azul clara de manga larga y corbata, sin chaqueta. Mostraba una discreta sonrisa de cortesía.

El tío Gerardo recordó que uno de sus alumnos de último curso, Javier Nora Benavente, era hijo de un militar, alguien de alta graduación, aunque no recordaba cuál era su empleo exacto. Lo conoció en una tutoría y le pareció un hombre inteligente, de preguntas precisas, sin comentarios innecesarios, alguien directo que no provocaba pérdidas de tiempo.

Gerardo le contó que su sobrino se encontraba en una situación personal delicada. Le habló de quién era. No hicieron falta muchas pistas porque, sin dudarlo, el militar asoció el nombre con la persona y, sobre todo, con la familia de su mujer.

—Señor Escartín, es para mí un honor recibir a un profesional tan afamado como es usted, alguien que deja en lo más alto el pabellón de España allá por donde se prodiga. Además, déjeme que le diga que admiro a su suegro. Hombres así son los que necesitamos, personas con agallas que no se plieguen ante los terroristas de ETA. Su valentía es nuestro ejemplo.

La negativa de Conrado García a pagar el llamado *Impuesto Revolucionario* no fue un hecho que trascendió a la opinión pública motivado solo por alguna indiscreción policial o periodística. Era algo de lo que se vanagloriaba el constructor zamorano y que recordaba siempre que se presentaba la ocasión. Ello originó dos corrientes enfrentadas. Por un lado, los admiradores de la decisión, que veían en el empresario el espejo en el que debían mirarse todos aquellos que recibían cartas en las que exigían el pago de una elevada cantidad para financiar a la banda terrorista. Por otro lado, generaba la máxima

animadversión de los pistoleros, que pasaron a considerarlo como un objetivo prioritario para que su ejemplo no cundiera entre los amenazados.

—Yo también lo admiro, mi teniente coronel.

—Por favor, no me llame así, que usted no es un soldado. Como se puede imaginar, en este edificio estamos sensibilizados al máximo con las acciones de esos criminales. He asistido a varios funerales de compañeros y le aseguro que las caras de sus viudas será algo que jamás olvidaré. Esas pobres mujeres, a veces casi unas chiquillas, todas de negro, sujetas por dos familiares para evitar que se desvanezcan…

—No me extraña, señor Nora, no me extraña. Todos vivimos preocupados por nuestra seguridad.

—Pero, dígame. Su tío se ha puesto en contacto conmigo. Yo le estoy agradecido a don Gerardo Escartín como no me había pasado antes con ningún otro profesor del Ramiro. Mi hijo nunca había disfrutado con las matemáticas como lo está haciendo desde que él le da clase. Es un magnífico profesor. Lo escucho.

Antonio se acomodó en el asiento aunque cambió de postura al instante, no sabía qué posición adoptar para explicar algo tan delicado.

—Señor Nora, por razones personales, tengo mucho interés en viajar a Sarajevo.

—¿A Sarajevo? ¿He oído bien? —al ver que su interlocutor asentía, el militar del Ejército del Aire se echó hacia atrás en su sillón de cuero —. Sarajevo… ¿es usted consciente de lo que me ha dicho? No, creo que no.

Se sirvió un vaso de agua de la jarra que lo acompañaba y la paladeó como si de un vino centenario se tratara.

—Señor Escartín, eso que me pide es imposible, imposible de todo punto. No hay manera, ni diplomática ni militar, de viajar a la capital de Bosnia en estos momentos. Es una ciudad en guerra. ¿Alguien habría pretendido viajar a Stalingrado en diciembre de 1942 o a Berlín en abril de 1945? No, imposible. Los serbobosnios la tienen cercada y disparan cientos de granadas de mortero diarias, cientos.

Además, en numerosos edificios hay francotiradores que se entretienen en matar a la gente que pasa por la calle, como lo oye, porque su ineludible objetivo es ese, la población civil, no la militar. No solo ambicionan aniquilar al enemigo, sino quemar su hogar, saquear sus bienes, acabar con su ganado y violar a sus mujeres. Allí hay un odio racial acumulado por razones históricas o por contagio. No, señor Escartín, el Ejército del Aire no puede ayudarlo.

Antonio ya se imaginaba la respuesta que recibiría, por lo que insistió, algo que sorprendió a su anfitrión.

—No sé cuáles son sus razones para viajar ahora, justo ahora, a una ciudad como Sarajevo. Vamos a ver, señor Escartín, ¿tiene usted hijos?

Era la última pregunta que pensaba escuchar, y no supo qué responder.

—Señor Nora, yo… —Antonio sintió que su mente se nublaba. Se sujetó a los reposabrazos del sillón en un movimiento que no controló.

—¿Se encuentra bien?

Cuando se recuperó, el arquitecto confió en la discreción del militar y tomó la delicada decisión de mostrar sus cartas. Si pedía ayuda, debía ser franco y descubrir la verdadera razón de su interés. No quería que confundiera esa petición, ese ruego, como una suerte de aventura que deseara vivir. En instantes también valoró una potencial indiscreción del militar pero, ¿qué pasaría si todo saltaba por los aires? Marta, eso era lo único que perdería, y no para siempre. Su hija crecería y llegaría un día en el que la madre no podría impedirle que hablara con él, y que él le explicara. La tutela de la madre no sería infinita. El resto, ya se vería. Por alargada y punzante que fuera la sombra de Conrado García, el Estudio estaba a nombre de dos personas y, sí, las influencias de su suegro eran sustanciales, pero era un hombre que también se había rodeado de numerosos enemigos en el ámbito profesional. No, no se creía lo que le había contado su mujer en Horcher la semana anterior. Conrado García no era Dios. Si acaso, uno de los apóstoles, pero de ahí no pasaba.

—Mi teniente coronel y, por favor, déjeme que lo llame así. Estoy convencido de que en este despacho y en otros a los que ha asistido usted, se han expuesto verdaderos secretos militares, asuntos que han

de ser tratados con la máxima reserva y total discreción. Esto que le voy a decir quiero que sea tratado así. Nadie lo deberá saber. Sobre todo por mi matrimonio con Azucena García, soy un hombre público, seguro que me entiende. No le voy a ofender con una pregunta directa del tipo ¿puedo confiar en usted?, porque sé que puedo entregarme a usted como me encomiendo con los ojos vendados a la lealtad del Ejército español —Antonio sabía adular a sus interlocutores y buscó las afirmaciones más apropiadas sin llegar al empalago.

Su exposición duró menos de diez minutos. Después de escucharla, el militar mostraba un semblante distinto. De repente, ahora tenía sentada enfrente a una persona diferente de la que entró.

—Hasta donde sé, hay niños y mujeres que han sido evacuados.

—No lo sé, señor Nora. La cuestión es que no he podido contactar con ella. Solo sé que en noviembre pasado estaba viva porque le entregó una carta manuscrita a un legionario de los destinados en Mostar, con el cual pude entrevistarme en Madrid.

El militar negó mientras se quedaba pensativo.

—Déjeme su teléfono. Voy a hacer una gestión.

El Gómez Ulla

Pasaron los días sin que se produjeran novedades. Procuraba ocupar su tiempo enfrascado en el Estudio, que cada vez absorbía más trabajo, y en un viaje de dos días que realizó a la isla de Gran Canaria.

A la semana recibió la llamada del teniente coronel Nora, que le proponía un encuentro.

—Dígame cuál es la dirección donde está ahora que paso a buscarlo con el coche —las palabras del militar eran imperativas. Al escuchar las señas, zanjó—: estoy allí en veinticinco minutos. Espéreme en la calle.

Con puntualidad castrense Antonio vio llegar un Citroën Xantia gris conducido por un joven que llevaba una camisa blanca y un jersey de pico granate. Detrás viajaba el teniente coronel del Ejército del Aire. El arquitecto se extrañó al ver cómo vestía.

—El ministro Asunción dio la orden de que nos desplacemos de paisano y en coches sin matrícula oficial. Ha sido la única buena medida que han tomado los gilipollas del gobierno.

Antonio prefirió mantenerse callado y ni apoyar ni rebatir la dura afirmación del militar.

Mientras el vehículo salía a la Castellana, Fernando Nora comenzó a contarle la razón del encuentro.

—Siento decirle que he hecho gestiones con mis colegas y no hemos encontrado la manera de ayudarlo. Los de UNPROFOR no consienten excepciones. Dicen que bastante tienen con cuidar de la propia población civil bosnia como para meter turistas —al ver la cara que mostró su interlocutor, el militar quiso ser algo más suave en su apreciación—. Ya sé que usted no quiere viajar allí por turismo, pero se muestran inflexibles. Nadie puede llegar a Sarajevo a bordo de uno de sus aviones si no es militar, periodista acreditado o personas determinadas, y lo que no podemos hacer es vestirlo con un uniforme que no es el suyo. Espero que lo comprenda.

Antonio supuso que quien conducía el vehículo era un joven de reemplazo, y al que le habían asignado un destino, en esos momentos, de los más peligrosos: ser chofer de un militar de alta graduación. En cada detención, ante un semáforo en rojo, el teniente coronel Nora se removía nervioso en su asiento, adelantaba su cuerpo y giraba la cabeza en todas las direcciones, al mismo tiempo que buscaba algo que, para su fortuna, no llegaba. El arquitecto también observó que siempre se llevaba la mano a la cintura, como si fuera a agarrar algo que ocultara debajo de la amplia chaqueta que lucía.

—Sé que le sorprenderá, pero los semáforos son los lugares más peligrosos. Es cuando esa gente nos tiene a placer. Han sido ya numerosos los atentados cometidos justo con la luz en rojo. No tenemos escapatoria. Y lo saben, los muy canallas.

Al pasar por Atocha, Antonio no aguantó más su silencio y le preguntó por el destino que llevaban.

—Vamos a Carabanchel, quiero que vea a alguien —el militar miró una pequeña bolsa que llevaba en su regazo.

El hospital Gómez Ulla había sido construido para atender, con

prioridad, a militares y sus familiares. En sus camas podían encontrarse convalecientes tanto efectivos de los tres ejércitos como de la Policía Nacional o de la Guardia Civil. Después de acreditarse en la entrada al recinto y en la del edificio, antes de llegar a los ascensores el militar pidió al arquitecto que se detuviera. Le puso la mano sobre su hombro.

—No le he querido decir nada durante el trayecto porque no quería que lo escuchara el soldado conductor. Créame que son personas por las que siento una gran preocupación. Al fin y al cabo, nosotros, los militares profesionales, sabemos que cuando nos entregan el despacho en la Academia podemos tener nuestros días contados, estamos aquí porque queremos. Pero ellos no. Ellos son carpinteros, estudiantes o tenderos que, en un momento de su vida, sirven a la patria con su dedicación y sus ganas. Nadie merece morir, pero ellos menos.

Antonio le escuchaba en silencio, a la vez que asentía y esperaba que le especificara la razón de la visita a un lugar tan insospechado.

—Sé que usted es una persona perseverante. He leído que fue capaz de compaginar los estudios de arquitectura, una de las carreras más difíciles, con la sacrificada vida de esquiador de élite y que salió de una importante lesión que a cualquiera de nosotros nos habría apartado de la competición para siempre. Lo admiro, Antonio, lo admiro. Y el instinto me dice que es alguien que no entiende una negativa. Si se ha propuesto ir a Sarajevo, irá. Aunque nadie lo pueda llevar, veo que es capaz de marcharse a pie hasta Yugoslavia.

—Entonces, si no me pueden ayudar, ¿qué hacemos aquí?

—Quiero persuadirlo para que no vaya. Es lo único positivo que puedo hacer por usted. Intentar convencerlo de que comete un error planeando ese viaje. Es usted demasiado joven como para exponer su vida. Venga conmigo.

El militar entró en uno de los ascensores y pulsó el botón de la cuarta planta.

—¿Vamos a ver a uno de sus soldados heridos allí? —preguntó al intuir la razón de la visita al edificio.

—No, si fuera del Ejército del Aire habría sido trasladado a Arturo Soria. Es un legionario y sí, fue herido en Bosnia.

Entraron en una gran sala donde varias camas se encontraban dispuestas a cada lado. La mayoría se hallaban vacías. El militar saludó con un movimiento de cabeza a una enfermera que venía de atender a un paciente.

Antes de llegar a la cama del herido, el teniente coronel pidió que se detuviera. Abandonó su habitual tono fuerte de voz para pasar a otro más quedo.

—Es aquel de ahí. Como ve, tiene una venda sobre los ojos. Fue cerca de Mostar y resultó alcanzado por la metralla de una granada que mató a un teniente de la Legión. Debió de estallarle a tres metros y las esquirlas se le clavaron en toda la cara. El ojo derecho resultó ser el más perjudicado. Nos hemos enterado después de que si se lo hubieran operado de urgencia, habría podido conservar por lo menos la mitad de la visión. En el otro se le han realizado ya dos trasplantes de córnea, y los dos los ha rechazado. Además, la deflagración le destrozó la rótula de una de sus rodillas. Con total seguridad, quedará cojo de por vida. Venga, quédese a mi espalda y no hable.

Al llegar junto a la cama, Antonio observó al herido. Vestía un pijama azul claro del que solo se veía el cuerpo a la altura de los hombros. La sábana le caía por los laterales de la cama. El hombre parecía un muerto, sin mover ni un solo músculo del cuerpo, en un estado de quietud que estremeció al arquitecto. La cara se asimilaba a una pálida máscara de cera excepto por la parte inferior, donde una incipiente barba otorgaba algo de humanidad al enfermo.

—Jacinto, ¿cómo estamos? —saludó Fernando Nora—, ¿qué tal llevamos el día?

El legionario se intentó incorporar de la cama al escuchar la voz del superior.

—Por favor, Jacinto, por favor —lo detuvo poniendo su mano en el hombro—. ¿Qué tal, dime, cómo te encuentras hoy?

—Bien, mi teniente coronel, bien. Un poco aburrido.

Antonio escuchó la conversación, basada en naderías, en la que Nora llevó la iniciativa. Comentaron del tiempo, la primavera, algo de

fútbol, de los partidos de la semana anterior y citaron nombres de varios futbolistas que el esquiador solo conocía de oídas, pues era un deporte que no le interesó y nunca tuvo tiempo para él. De la bolsa sacó un paquete de pilas para transistor, otro de pañuelos, una pequeña caja de galletas, dos tabletas de chocolate, un desodorante en barra y un tubo dentífrico. Le preguntó si necesitaba algo más y le anunció que en unos días regresaría.

—¡Y que no me entere yo de que quieres pellizcar a las enfermeras, que te conozco, bribón! —fueron las últimas palabras que lanzó al herido. El otro respondió con un «¡A sus órdenes!» mientras esbozaba una mueca de sonrisa. Siempre con la cabeza al frente, sin girar el cuello, como si tuviera la mirada fija, suponiendo que tuviera mirada.

Abandonaron el pasillo y llegaron al descansillo de los ascensores.

—Decimos de los serbios, pero quieres hirieron a Jacinto fueron los croatas. En Yugoslavia, si la hostia no te viene por un lado, te viene por otro. ¿Qué le parece? ¿Ha tenido suficiente? ¿Sigue con la idea de viajar a Sarajevo?

El exesquiador lo miraba sin pronunciar palabra y con cierta dificultad para respirar.

—Antonio, usted tiene una hija y, por lo que sé, una hija preciosa que tiene derecho a que su padre no se suicide mientras busca un imposible.

Salieron a la calle y, antes de entrar en el coche, el arquitecto formuló la última cuestión de la mañana:

—Pero, si Jacinto es legionario, ¿puedo preguntarle por qué viene usted a visitarlo? Quiero decir, que no es un militar del Ejército del Aíre —justificó la pregunta.

—Jacinto es el hermano de uno de los fallecidos en el atentado de López de Hoyos del año pasado. Ambos son, bueno, su hermano era, de Almería y en Madrid no tiene a nadie. Lo considero como mi hijo. En la Academia nos enseñaron solidaridad, camaradería, y procuro ejercerla en cada acción que rodea mi vida.

Hasta que se detuvo el vehículo en Ríos Rosas, ninguno de los tres ocupantes volvió a abrir la boca. Solo había una persona que, cada tanto, se alteraba, miraba en todas las direcciones e incrementaba su

sudoración bajo su ropa de paisano. Siempre coincidía con el mismo hecho: la detención ante un semáforo en rojo.

El Chester

Antonio Escartín había aprendido algo que no estaba en *Espacio, tiempo y arquitectura* o en *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, los dos grandes volúmenes que ocupaban el lugar más privilegiado en la biblioteca particular de cualquier profesional, una enseñanza que no vino ni de Elena Iglesias ni de Javier Sáenz de Oiza, dos de sus profesores más admirados de la Escuela, ni de su tío Gerardo, nada que le hubieran enseñado en las pistas de Cortina, Courchevel o Vail. Antonio aprendió a vegetar. Después de la visita al Gómez Ulla perdió interés por todo lo que lo rodeaba, por lo que era el motor de su vida, por el recuerdo de su profesión y por su Estudio de arquitectura. Solo encontraba en Marta la única razón para dar sentido a sus días. A partir de ese momento se dedicó a ella como jamás antes había hecho. Se aviaba con anticipación para prepararle el desayuno. Después la acompañaba en el coche que la conducía al colegio Los Rosales y se marchaba al Estudio, donde se escondía en su despacho para huir de una realidad que no asumía. Se pasaba parte de la mañana delante de algún plano que no veía o con una normativa que era incapaz de interiorizar. Acudía a recoger a su hija por la tarde y la acompañaba en los deberes, en el baño y en la cena, sustituyendo las labores de la interna. Descubrió que la televisión emitía programas para niños y que existían canciones infantiles, cuyas letras Marta conocía a la perfección. Aprendió un mundo nuevo que se movía a su alrededor sin haber reparado en ello.

—¡Qué bien que no tengas que viajar tanto, papá, como hacías antes!

Tenía razón. Antonio no se movía de Madrid. Había delegado las visitas de obra en uno de los arquitectos que contrataron en el Estudio y consagraba los días a Marta, a las visitas a Donoso Cortés para perderse en los álbumes de fotos en los que atesoraba lo mejor de sus días pasados y a la soledad de su despacho.

—¿Tomamos un café? —le propuso Enrique San Román—. Tenemos que hablar.

La cafetería Chester se ubicaba próxima al centro de trabajo, en la calle Zurbano, uno de sus lugares de reunión y donde a veces dilucidaban cuestiones del Estudio. Subieron a la parte superior del establecimiento, una especie de balconada que, a esa hora de la mañana, se encontraba libre de clientes: era demasiado tarde para desayunar y algo temprano para tomarse el aperitivo.

—Sé lo que me vas a decir, Quique —arrancó Antonio, antes de que su amigo abriera la boca—. Y tienes toda la razón. Una cosa es la amistad que mantenemos desde que nos conocimos y otra es el negocio. Un estudio de arquitectura es un lugar para ganar dinero, y ganarlo trabajando. Y desde hace un tiempo yo no aporto nada al colectivo. Incluso pienso que soy una carga para todos vosotros. Ganas y contribución ya sé que no aporto, pero es que ya no pongo ni dedicación.

Enrique lo observaba con expresión severa. Lo escuchó sin interrumpir su exposición y permitió que su amigo expulsara toda la hedionda basura que sus entrañas habían gestado.

—Creo que ha llegado el momento en el que tenemos que echar cuentas —opinó—. Hay que hablar con alguien, una consultoría especializada, que valore la empresa, que nos diga cuánto puede costar, hacemos dos partes, a la mía le aplicas el descuento que entendáis, y yo desaparezco de Ríos Rosas. No tienes ni que pagarme ahora, no necesito dinero de inmediato. Cuando pueda ser. Vosotros sois quienes generáis ingresos para toda la gente que trabaja ahí. He tomado la decisión de que el sueldo de este mes ya no voy a cobrarlo. Mañana lo hablo con administración.

Su amigo deshizo el azucarillo en el café y probó un pequeño sorbo. Lo contempló en profundidad.

—Y, ¿de qué piensas vivir?

—Las necesidades básicas las tengo cubiertas, por ahora. No sé, quizá dé clases. Azucena sabe lo de Emina. No te lo había dicho porque fue bastante desagradable, pero se ha enterado de todo. Lo de ella y lo de Dino. Y, al contrario de lo que cabría suponer, no me ha puesto la maleta en la puerta del chalé, pero voy a ser yo quien se vaya de allí. Se acabaron los viajes a Saint-Tropez o a Chamonix. Ya no habrá más mares y montañas con la hija del gran Conrado García, ni reportajes en las revistas. Me lo hará pagar con Marta. Sabe que es mi punto débil. Pero quiero tener dignidad, no puedo ser un mantenido perpetuo.

Enrique apuró su bebida y se limpió con calma.

—Te recuerdo que he sido yo quien ha propuesto este café, y no me has dejado hablar —Antonio asintió, con los hombros caídos y la mirada huidiza—. Sé cómo te sientes, querido amigo, si todavía me dejas que te llame así. Sé cómo te sientes porque te conozco desde hace más de quince años. Hemos sido testigos de muchas cosas, desde cuando conocí a Andrea hasta cuando aquella maldita lesión te impidió acudir a las Olimpiadas de Lake Placid. Nunca se me

olvidarán tus lágrimas al contármelo. Aquel día lloramos juntos porque yo sabía lo que eso significaba para ti, la culminación de tantos años de sacrificio. Además, sobrevenía la duda de que pudieras volver a competir con nivel profesional. Te admiré por la lucha que plantaste ante aquella contrariedad, cómo le hiciste frente y cómo la superaste. Y también he vivido tu relación con Emina, aunque solo la conozco por foto. Antonio, yo estoy muy contento con mi matrimonio con Andrea. Es una mujer fantástica, llena de humanidad, una trabajadora excepcional e incansable, una mujer inteligente a la que no llego ni a la suela del zapato, en ningún ámbito, y menos en el profesional. En ese aspecto la conoces a la perfección. Alguien que me ha dado dos hijas maravillosas. Formamos un bonito hogar. Tengo la suerte de poseer lo que siempre quise: una familia de la que me sintiera orgulloso. Pero lo tuyo con Emina es otra dimensión de relación.

Antonio enarcó las cejas. No sabía a qué se refería su amigo.

—Lo mío es algo sin interés novelesco. Nos enamoramos el mismo día en que nos conocimos, y ahí seguimos. Todavía ambos tenemos ganas de felicitarnos en los aniversarios, regalarnos en los cumpleaños y seguimos con la ilusión de los Reyes Magos, sobre todo por las niñas. Por las mañanas nos damos un beso al despertarnos y otro antes de dormirnos. Y ello a pesar de trabajar juntos, que dicen que es algo que no es saludable para la pareja. Yo moriría por ella y sé que ella lo haría por mí. Es la mujer de mi vida y solo quiero acabar mis días a su lado. Pero lo tuyo, Antonio, es una relación diferente, hecha a saltos, discontinua e intermitente, y no porque vuestros sentimientos hayan cambiado o sean variables, ni mucho menos, sino porque las circunstancias os han mantenido alejados en lo físico pero unidos en lo sentimental como un único cuerpo, me consta. Nosotros tenemos relaciones cuando queremos, dormimos juntos todas las noches y solo tenemos que ponernos de acuerdo en el momento en el que a los dos nos apetece. Es algo que tú no tienes, pero estoy seguro de que has vivido unas situaciones como yo ni he conocido ni conoceré. Basta que viváis con esas limitaciones para que vuestros encuentros hayan estado cargados, seguro, de una intensidad sublime. Yo no sé lo que es

el éxtasis de un reencuentro en un aeropuerto y también desconozco la amargura de una despedida. Son sentimientos ajenos a mí, que no los he vivido, los intuyo, solo eso. Porque, además, Emina no ha sido tu amante, Emina es tu mujer. Para llamar a alguien *esposa* no se necesita que venga un cura o un concejal a formalizar ningún rito ni protocolo. El amor es una sensación, la más bella, no un papel.

»Y sobre Azucena, qué quieres que te diga. Te deslumbró como habría deslumbrado a cualquiera. A pesar de tener un cuerpo corriente y una cara normal, se arregla con acierto y acaba por convertirse en una mujer atractiva y llamativa. Posee dinero y mundo, y viste con clase y con los complementos justos y adecuados. Tiene titulación, estatus y una conversación fluida y amena. Es una mujer informada con la que puedes hablar de casi todos los temas. Mantiene el equilibrio exacto entre la inteligencia y la simpatía, y es ocurrente y divertida. Era imposible negarse a sus encantos. Ten en cuenta que tú no mantenías compromiso con nadie. Ella no robó tu amor a ninguna otra chica. Eso no se le puede reprochar. ¿Quién se resiste a subirse a bordo de un yate imponente con todos los lujos y champán francés enfriado en una cubitera de plata después de haber llegado al puerto de partida en avión privado?

—No me tenía que haber casado con ella —Antonio no era capaz de levantar la mirada. Parecía encontrarse bajo los efectos de una hipnosis—. Fui un cobarde. Volví de Sarajevo enamorado de Emina y debí plantarme y ser franco, con ella y conmigo, pero…

—…pero la fecha de la boda ya estaba fijada —recordó el amigo—, los trajes confeccionados, las invitaciones enviadas y el viaje pagado. Azucena quería una celebración por todo lo alto, y así fue. Ceremonia en los Jerónimos con la asistencia de lo más escogido de la sociedad madrileña y nacional y convite en el Palace. Jamás he probado un vino tan exquisito ni he tomado mariscos que supieran tanto a mar como aquellos. ¿Cómo ibas a decirle que no? ¿Cómo ibas a cambiar el lujo que te esperaba por una desconocida con la que compartiste unas pocas tardes de soledad? Tenías la vista nublada y solo el paso de los años ha permitido que te limpiaras las gafas, dicho en sentido figurado.

El amigo tomó sus dos manos.

—Mírame, Antonio, mírame a los ojos. Y escucha esto. Tú has sido capaz de cumplir tus sueños de niño. Has sido olímpico, has desfilado en una ceremonia de inauguración, tu nombre está escrito en los periódicos. Todos te han elogiado por tu gran resultado en el *especial*. Y, con gran sacrificio, conseguiste acabar la carrera y convertirte en uno de los arquitectos españoles más prometedores. Has ganado el concurso internacional para la construcción de la que será la gran ópera de Dublín. Se convertirá en uno de los símbolos arquitectónicos del país. Y nadie antes había conseguido el Premio Nacional de Arquitectura tan joven como tú.

—¡Vamos, Quique, por favor! —Antonio no pudo por menos que saltar ante el desatinado, en su opinión, juicio de su amigo—. Sabes muy bien por qué me lo han dado. Si no estuviera casado con Azucena García y, sobre todo, si Conrado García, el dueño de INVICOSA, no fuera mi suegro, jamás me habrían concedido un galardón que no merezco y que, desde entonces, me ha quitado a todos los amigos de la profesión.

—No digas eso porque no es exacto. Sí estoy de acuerdo contigo en que habrá otros colegas que también serían acreedores a dicho galardón, pero tu talento es incuestionable. Nadie puede reprocharte que te lo hayan dado de forma injusta. Tu designación para lo de Dublín no ocurrió porque fueras yerno de nadie. Fue porque quedaron pasmados con el proyecto que presentamos y del que tú fuiste su alma y su corazón. Será el orgullo de la ciudad y también del país.

—Y todo esto, ¿a qué viene? Me vas a decir que me olvide de ella y que me centre en nuestro trabajo, ¿no?

—No, señor Escartín, no le voy a decir eso. Le voy a decir que usted tiene que viajar a Sarajevo, buscar a Emina y a Dino, y sacarlos de allí, cueste lo que cueste. Los fondos del Estudio están a tu disposición, también lo he hablado con Andrea.

Antonio escuchaba con la respiración pausada y los ojos clavados en la vacuidad de la mesa.

—Cuando Marta cumpla la mayoría de edad, que decida con quién quiere vivir, si con su padre y su hermano o con su madre.
—Eso es imposible —rebatió—. Ya sabes que lo he intentado pero no puedo entrar en Sarajevo. No hay manera posible de romper ese cerco: ni para entrar, ni para salir. Allí solo hay militares y periodistas. Y yo ni soy lo uno ni soy lo otro. Lo he intentado —repitió, mientras negaba una y otra vez, agarrado a un vaso de agua que se había quedado vacío.
—Antonio, te veo y no te reconozco. No tengo delante al hombre peleón que conocí, al que admiré por esa capacidad única de lucha, dispuesto a estudiar hasta subido en los remontes, conocedor de que no podías perder ni un minuto de tu vida. Tienes que agotar todas las posibilidades. No puedes dejar pasar este momento y luego vivir el resto de tu vida arrepentido. Antonio, somos jóvenes, pero ya sabemos algo de la vida, y no quiero que, cuando estemos en el asilo, te lamentes por aquello que debiste hacer pero no hiciste, por cobardía.
—¿En el asilo?
Enrique esbozó una ligera mueca de sonrisa. Había llegado el momento de abrir los ojos a su amigo.
—Creo que estás tan ciego que no eres capaz de contemplar la problemática desde un punto de vista más amplio.
El exesquiador volvió a enarcar las cejas a la vez que arrugaba la frente.
—Sí, Antonio, sí. Estoy convencido de que, cuando ves las noticias en la televisión o lees los periódicos, solo te fijas en las imágenes de la gente de allí, y no paras de buscar los rostros que anhelas ver. Seguro que rastreas la cara de todos los niños que vagan por las calles esperando entre ellas encontrar la de Dino. Cuando veas la foto de algún grupo de sarajevitas que caminan parapetados tras un blindado de la ONU, buscarás unas facciones, un rasgo familiar, una complexión, incluso alguna prenda que solieran llevar cuando os visteis en Barcelona. Por esa razón no te fijas en la otra parte.
—¿Qué otra parte?
—En los que salen con ellos. Habrás visto militares, habrás visto periodistas con el micrófono en la mano, pero de ahí no habrás

pasado.
—Y ¿en qué más me tenía que haber fijado? —el exolímpico no podía estar más desconcertado. Desconocía adónde quería llegar su amigo.
Enrique mostraba una amplia expresión de satisfacción.
—¡Ay mi Antonio; ay mi esquiador favorito! Tan listo para, con cuatro líneas, dibujarnos la fachada de un edificio y tan cortito como para no haber encontrado la llave que te abra Sarajevo.
Durante los siguientes minutos solo fue San Román quien habló. Él trajo no una luz, sino la fuerza del sol a las tinieblas en las que vivía su amigo y socio.
Antonio Escartín abandonó el Chester como si acabara de ganar el eslalon especial y el eslalon gigante en la misma carrera. Abrazó a su amigo mientras escuchaba su dura y amistosa reprimenda.
—Anda, anda, mira que querer valorar el Estudio… Le cuento a Andrea tu *soberbia* idea y a quien ponen la maleta fuera de casa es a mí por no haberte convencido de lo contrario.

El doctor Mengíbar

—Buenos días. Verá, no sé cómo empezar.
El arquitecto se encontraba en la recepción de las oficinas de *Médicos Sin Fronteras*, una de las pocas organizaciones no gubernamentales que operaba en la antigua Yugoslavia. La idea de Enrique había sido excelente. El amigo, con la cabeza más fría que él, reparó en que en las imágenes que salían por televisión se veían médicos y enfermeras que ayudaban a la población civil. Tanto en las calles bombardeadas como en los pasillos de los hospitales. No solo viajaban a la zona de combate militares y periodistas. También había sanitarios, algo en lo que no se había fijado su obcecado y miope amigo, ni tampoco se lo habían referido sus anteriores interlocutores: Medina y Nora. En ocasiones, eran entrevistados por corresponsales en donde se comprobaba que la sanidad bosnia recibía ayuda de voluntarios llegados desde países ajenos al conflicto.
—Tendría mucho interés en hablar con alguna persona que me

informara sobre cómo puedo ayudarlos en la abnegada labor humanitaria que realizan en los Balcanes.
—¿Quiere asociarse?
La pregunta de la administrativa descolocó al exesquiador.
—Bueno, si es necesario, por supuesto. Pero yo lo que querría sería hablar con alguien, alguien que me pueda contar de qué manera podría desplazarme con ustedes a Sarajevo para ayudarlos.
La mujer le hizo repetir la petición pues no recordaba que antes hubiera entrado en las oficinas una persona que mostrara vivo interés por viajar a un lugar en guerra, como era el caso. Lo condujo a una salita y allí esperó hasta que apareció un hombre de mediana estatura, de unos cincuenta años, que lucía abundante pelo y unas gafas metálicas doradas. Llevaba bata blanca y corbata azul de marca. Se presentó y le pidió que lo acompañara a su despacho.
—Doctor Mengíbar —Antonio comenzó con la exposición que tenía preparada—, lo primero que quiero es agradecerle la labor que realizan en la antigua Yugoslavia. Estoy informado de todo lo que sucede en aquella tierra tan querida por mí, y me siento unido al sufrimiento de la gente inocente y admirado por el trabajo que su organización realiza en un entorno tan hostil.
Emilio Mengíbar se reclinó en su asiento y juntó las palmas de las manos delante de la cara, como si fuera a iniciar un rezo.
—¿Es usted periodista? —preguntó, escamado ante la presentación tan adornada y las, para él, sospechosas intenciones del extraño.
—No, en absoluto. Mi interés viene porque estuve en Sarajevo hace diez años. Tuve el privilegio de representar a España en las Olimpiadas que se celebraron allí, y desde entonces llevo aquella tierra dentro de mí. Fueron las únicas en las que participé y eso es algo que un deportista no olvida.
—Eso lo entiendo. Comprendo que Sarajevo sea para usted un lugar con una fuerte carga emocional. Supongo que será muy doloroso ver las imágenes que nos pone la televisión. Pero, dígame, sin rodeos, ¿qué quiere de nosotros?
—Quiero viajar allí, con ustedes, para ayudarlos en su labor.
El médico mantuvo un silencio significativo. Miraba a su interlocutor

pero no comprendía ni una sola palabra de las que decía.
—Y, además de esquiador, o antiguo esquiador, ¿usted es médico, es enfermero, tiene experiencia de trabajo sanitario en zonas en combate?
—No, no tengo nada que ver con la sanidad, pero estoy seguro de que allí necesitarán personal auxiliar, para conducir ambulancias, portar camillas, ayudar a poner vendas… Supongo que no será difícil y podré aprender pronto.
Mengíbar pensó que se encontraba ante alguien que le estaba haciendo pasar algún tipo de prueba, una chanza, un incómodo y desagradable juego o, incluso, que le gastara una broma ausente de gracia y de oportunidad, alguien que quisiera saber cómo reaccionaría ante una sandez.
—Perdone, señor, pero tengo trabajo. Regreso a Bosnia en pocas semanas y he de revisar un montón de papeles. Si desea hacerse socio, la señorita de la recepción le facilitará los papeles. Y gracias por sus palabras.
La actitud del médico era determinante. Se levantó de su sillón y se encaminó hacia la salida. Antonio, después de unos instantes de duda, se incorporó también y siguió los pasos del facultativo. Cuando Mengíbar iba a abrir la puerta, el arquitecto interpuso el pie e impidió su apertura. El médico lo miró con gesto interrogante, incluso temeroso.
—¿¡Qué hace!?
—Doctor, me tiene que escuchar. Siéntese de nuevo porque tengo que contarle algo. Hágame el favor.
La expresión del desconocido lo amedrentó. Incluso, llegó a temer por su propia seguridad. Pero ese hombre, por el tono de voz, por sus modales, por cómo vestía no era un atracador ni le iba a agredir, eso era palmario. Regresó a su sillón y le pidió concreción.
—Lo escucho pero, por favor, sea breve.
—Doctor, le he dicho que quiero viajar a Sarajevo porque tengo una razón muy poderosa para ello —con miedo de que sus palabras salieran temblorosas, se lanzó con el argumento definitivo—. Allí están mi hijo y su madre. Y quiero sacarlos de Bosnia y llevarlos a un

lugar seguro. A España, a Italia, Austria, Alemania… me da igual, la cuestión es ponerlos a salvo. Y para ello, he de trasladarme allí. Créame que, antes de venir aquí, he buscado otras alternativas. Yo no soy militar ni tampoco soy periodista. No sé de qué otra manera puedo llegar a la ciudad. Me tiene que ayudar, no soy ningún aventurero aburrido que quiere emociones en su vida, soy un padre de familia que no quiere eludir su responsabilidad —la última frase la pronunció entrecortada. No fue capaz de disimular sus sentimientos.

El médico asumió lo que acababa de escuchar. Tomó el auricular y marcó un número interior.

—¿Le apetece un café?

Los siguientes cinco minutos fueron de silencio. El anfitrión permitió que su inopinado invitado se tranquilizara y aprovechó para seguir con sus papeles hasta que llegó la secretaria con una bandeja y un servicio de café y leche.

—Sus propósitos son nobles, Antonio —el arquitecto no había desvelado ni su apellido ni su profesión, no habían salido en la conversación—. Aquella gente está sufriendo un cerco que recuerda al de un castillo medieval. No tienen de nada, ni luz, ni agua corriente, ni suministros, casi ni alimentos y menos medicinas. Varias organizaciones intentamos en parte paliar su tragedia. Hacemos lo que podemos, como en todos los conflictos. Dice usted que ve los telediarios. Pues ya le digo que no representan ni una mínima parte de la tragedia que supone la realidad, la cruda realidad como se debería decir. El caos en Sarajevo es absoluto, pero no solo en Sarajevo, sino también en Tuzla, Zepa, Gorazde y otras ciudades bosnias, aunque UNPROFOR las haya declarado como territorios seguros, una mentira más de las que oímos a diario. También estuvimos en la guerra entre croatas y serbios, y padecimos los sitios de Vukovar y de Dubrovnik, aunque yo no estuve en esas poblaciones; pero esto de Sarajevo lo supera, nadie lo pone en duda.

El médico clavó en su mesa el dedo índice de la mano izquierda y con el de la mano derecha dibujó un círculo alrededor.

—Es una ciudad rodeada por completo. Solo se puede llegar en avión o por dos carreteras, ambas intervenidas por la ONU y por los serbios, que no sé quién es peor.
El café que se había servido lo entonó. Sintió que su estómago se asentaba y que la tranquilidad había vuelto a su ánimo. Pero no entendía esa última afirmación del doctor.
—Los serbios controlan los accesos por carretera y no dejan pasar a nadie que no tengan autorizado ni con todos los papeles en regla. Para que se haga idea, no dejan que pasemos dinero, ni siquiera una carta para un habitante de Sarajevo. Y los de la ONU son todavía peores. Tienen que ser imparciales y no tomar partido por ninguno de los países contendientes, por lo que son escrupulosos hasta unos límites irracionales.
—Y yo, ¿cómo podría pasar con ustedes?
—Créame que siento mucho lo que tengo que decirle, pero no puede venir con nosotros. Solo nos desplazamos médicos y enfermeros colegiados. Antes se refirió a lo de conducir ambulancias o llevar camillas. Esos trabajos los realizan bosnios para nosotros. Suele ser gente mayor o mujeres, personas que no combaten con la Armija, el ejército musulmán que defiende el país. Antes de viajar a Bosnia tenemos que presentar unas acreditaciones para que los serbios y la ONU nos den su beneplácito. No se puede imaginar la de controles que atravesamos cuando viajamos por carretera. Allí no se mete nadie que no quiera esa gente.
—¿No hay ninguna posibilidad?
—Ninguna, y lo lamento. Además, y por si lo está pensando, no es cuestión de dinero. Nos obligan a presentar nuestra documentación profesional, con los carnés de colegiados, tanto médicos como enfermeras. Y usted no es ni lo uno ni lo otro. Y se puede imaginar el escándalo que significaría si aportáramos documentación falsa y esta se descubre. Nos denegarían el acceso a perpetuidad, con lo que ello supondría. Lo que usted debería intentar es que su hijo y ella pudieran salir de Sarajevo. En ocasiones se forman contingentes de niños que son evacuados. A veces con sus madres. ¿Ha buscado esa alternativa?
Negó con la cabeza.

—Hace tiempo que no sé de ella. No la puedo localizar. No soy capaz de contactar ni con mi hijo ni con su madre.
Mengíbar no sabía qué decir a su visita.
—No, no soy ni médico, ni enfermero, ni militar ni periodista. Soy arquitecto y, a estos efectos, veo que no sirve de nada —el oscense se había quedado aplanado.
—¿Arquitecto?
—Sí, soy Antonio Escartín. Es posible que haya oído hablar de mí.
—¡Claro, usted es el yerno de Conrado García! Perdone, es que no le había reconocido, y tampoco había relacionado lo del esquí que me había contado antes. Disculpe. Claro, el esquiador arquitecto. Lo he visto en alguna revista que hay por casa. Yo no las compro, pero siempre que viene mi suegra nos trae alguna.
—O el arquitecto esquiador, según —comentó, apático.
—¿Y cómo es que no me lo ha dicho antes? Arquitecto, claro, arquitecto —sin que Antonio supiera la razón, el médico comenzó a mostrar una expresión de felicidad que no se correspondía con la trascendencia del momento—. Eso cambia todo, por desgracia para usted.
—¿Por desgracia?
—Sí, digo bien, porque ahora hay alguna perspectiva de que pueda desplazarse hasta allí. Y digo por desgracia porque, cada vez que inicio un viaje hacia un lugar en conflicto, que es lo normal en nosotros, me despido de mi mujer y de mis hijos como si no fuera a regresar. Por esa razón digo que por desgracia. Porque, si es arquitecto, igual usted puede llegar a Sarajevo, lo que no sé es si vivirá para regresar.

Facilities Over the World

En los días en los que el matrimonio se encontraba en Madrid y no había viajes de por medio, la familia nominal se reunía en el salón para cenar. Era una de las exigencias de la mujer a la que Antonio accedió ya que, para él, estar con su hija era lo único bueno que podía

sucederle en esa casa. Un acuerdo no escrito pero de obligado cumplimiento. Azucena daba suma importancia a mostrar la apariencia de armonía, de personas que hablan y ríen cuando están reunidos, que bromean. Sin haber estudiado teatro, el matrimonio guardaba las formas y comentaban trivialidades y, sobre todo, procuraban que Marta les relatara cómo había ido el día en el colegio, si le gustaba lo que había aprendido y si se divertía con la práctica de algún deporte. Cuando estaba presente su padre, la niña se mostraba más comunicativa y no paraba de cruzar con él continuas miradas de complicidad, muchas más que con su madre.

—El profesor de gimnasia dice que, si somos obedientes en clase, el próximo curso iremos a aprender a esquiar, y que como yo tengo un padre esquiador olímpico que me ha enseñado muy bien, seré la monitora —aseguró la pequeña, con un marcado gesto de alegría y expectación—. ¿Qué crees papá?

—Marta, que papá sea un gran esquiador no quiere decir que tú lo tengas que ser. Mira al abuelo. Él es un gran empresario y yo no tengo por qué serlo.

—Tu madre tiene razón. Además, no siempre un padre es el mejor profesor para su hijo. Una cosa es saber de algo, aunque sea mucho, y otra saberlo enseñar.

La familia era atendida por una doncella interna que ocupaba una de las habitaciones laterales de la mansión. La señora la obligaba a que fuera siempre vestida de uniforme, con falda negra por debajo de la rodilla y medias en cualquier época del año, y con cofia almidonada e impoluta. La institutriz que atendía a la niña gozaba del privilegio de vestir de calle y no llevar nada en el pelo. Azucena no quería que su hija fuera vista junto a personal del servicio vestido con ropa de sirviente. Estaba en todos los detalles.

Al finalizar la cena, Antonio comentó a su esposa que quería hablar con ella, algo que la sorprendió. Su reacción fue la esperada.

—Claro, cariño, lo que tú digas.

La mujer que atendía a Marta se la llevó a su habitación después de besar a cada uno de sus progenitores. Una vez se quedaron solos, pasaron al salón. Él le ofreció una copa.

—Vamos, Antonio, seamos normales, que ya no está la niña con nosotros —advirtió, en un tono de voz bajo—. Por hoy el paripé ha terminado.
—Azucena, creo que lo voy a conseguir —afirmó, satisfecho. Ella le pidió más explicaciones sin abrir la boca—. Creo que voy a poder marcharme a Sarajevo.
—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a ir allí? —en sus palabras se atisbaba una mueca de escepticismo.
Antonio relató con amplitud de detalles la conversación mantenida con *Facilities Over the World*[5], una organización no gubernamental fundada hacía siete años por un grupo de profesionales que actuaban en aquellos puntos del planeta donde su presencia fuera requerida como apoyo a los gobiernos locales, si es que los había, en la implementación y desarrollo de infraestructuras dañadas o inexistentes, siempre orientadas a ofrecer servicios esenciales a la población civil.
—Me recibió un norteamericano junto a un compañero llamado Luis Argüelles. Yo no lo conocía. Tendrá diez años más que yo y se licenció en Valencia. Están preparando la primera expedición a Bosnia, en concreto a Sarajevo. Me han confirmado que es la ciudad que recibe mayores ataques artilleros y que su presencia es imprescindible para conseguir que aquella pobre gente tenga donde refugiarse. ¿Qué te parece?
—No me preguntes qué me parece porque ya lo sabes. Es tu vida. Eres libre de hacer lo que quieras con ella. Eso sí, atente a las consecuencias.
—¿Cómo que me atenga a las consecuencias?
—Sí, lo sabes muy bien. En cuanto te vayas por esa puerta se acabó todo. Conozco a la perfección cuáles son tus verdaderas intenciones. Vas con esa gente porque son los únicos que has encontrado para que te metan allí, pero una vez que llegues a Sarajevo, vas a buscar a la tipa esa, a tu hijo, y los vas a sacar del país, y tú con ellos. Utilizas tu profesión como tapadera para ocultar tus verdaderas intenciones, y a

ellos los estás manejando en tu beneficio personal.
—Lo que quiero es que ellos salgan de allí, si es que todavía viven. Ya te dije que no sé nada de Dino desde hace mucho tiempo. Tengo que ir, sacarlos, y regresar a España, pero sin huir. Aquello es un trabajo y de todo trabajo uno se puede marchar. No me van a poner grilletes. Apoyaré su labor en lo que pueda mientras esté en la ciudad.
—¡Vamos, Antonio! Apoyarás… ¿cuántos días? Hay que ser honesto y a ti esa virtud se te ha olvidado, si es que alguna vez la tuviste. Solo piensas en ti y en esa familia que has creado lejos del que tenía que haber sido tu único hogar. Este —reafirmó, con un movimiento de la mano y de la mirada hacia toda la gran habitación.
Antonio se especializó en esquí alpino, una faceta deportiva en la que primaba la cintura, la capacidad de reacción en un tiempo ínfimo, los reflejos. De ahí que se hubiera acostumbrado a responder sobre la marcha y ser capaz de visualizar el problema, analizarlo y darle una salida.
Y esa fue la razón por la que propuso algo que descolocó a su esposa. Esta se tomó un tiempo para asimilar lo escuchado con una atención mezclada con un instintivo recelo.
—¿Qué te parece?
Azucena se había quedado sin palabras. Lo miró sin pestañear. Evaluó la alternativa propuesta y calibró sus ventajas e inconvenientes.
—Hay que partir de un hecho, y es que no sé cuánto tiempo voy a estar en Sarajevo. Tampoco sabemos la duración de esta guerra, aunque sí auguramos quién será el vencedor o, mejor dicho, quién será el perdedor y terminará por retirar la artillería que martiriza la ciudad. Se impondrá la cordura internacional. Nadie, excepto tú, tiene por qué saber que viajo a Sarajevo para buscar a nadie. Soy arquitecto y voy con una organización compuesta por arquitectos y personas especializadas en infraestructuras. ¿Dónde está el problema?
—Pero eso sería mentir a todo el mundo —dedujo la mujer, después de meditar su proposición.
—No es más que repetir lo que hacemos desde hace varios años. Nada nuevo. Además, no vamos a mentir a nadie. Solo vamos a ofrecer una versión pública algo distinta a la real. Tu padre lo verá como una

oportunidad, seguro.
Azucena se levantó y se acercó a la biblioteca. Necesitaba moverse para pensar con algo más de claridad. Se quedó mirando a unos libros sin reparar en ellos. Se volvió, cruzada de brazos.
—Eres un ser despreciable, Antonio. Te vas a jugar la vida, vas a dejar a mi hija sin padre para ir a buscar a gente que no es tu familia y que, a día de hoy…
—A día de hoy… ¿qué?
—Vamos, no hagas que verbalice tu pensamiento. Ahora bien, si quieres que lo haga, no tengo inconveniente. A ver si así espabilas de una vez y despiertas de esa absurda ensoñación romántica que se te ha metido en la cabeza. Sí, te lo diré, y escúchalo.
Se acercó veloz al sofá donde se encontraba su marido y se agachó, para situarse a su misma altura. Lo miró a los ojos, sin pestañear.
—¿Por qué, para ti, Dino vale más que Marta? Antepones un hijo ilegítimo, un bastardo, sobre tu hija verdadera. ¿Por qué te decantas por ese niño al que apenas conoces y no por mi hija, con quien compartes tu vida?
Aquello fue un reto visual nuevo. Ninguno de los dos fue capaz de apartar la mirada. Azucena habría querido que sus palabras taladraran la coraza con la que su esposo cubría sus entendederas y Antonio desearía que su mujer tuviera algo más de corazón, ese mismo que su tío le reprochaba a él que no tuviera.
La mujer se incorporó y volvió a andar unos pasos, siempre con los brazos cruzados, como si tuviera frío o quisiera marcar una distancia frente a lo que la rodeaba. Conocía a su cónyuge y, fuera una cualidad positiva o negativa, sabía que su terquedad lo llevaría a no modificar su deseo. Aunque le expusiera todo el catálogo exhaustivo de desgracias que le podrían pasar, sería perder el tiempo y las energías. Antonio Escartín viajaría a Sarajevo. Seguro.
—Eres un golfo que ha nacido de pie. Tienes una mujer que no te mereces, ya me lo advirtió mi madre antes de casarnos. Al final, te vas a salir con la tuya. Pero yo también con la mía.
Lo miró en profundidad y asintió. Ella también había aprendido lo suyo en los últimos años. No había perdido el tiempo.

La donación

El encuentro se produjo dos días después, el viernes 22 de abril, en el despacho de la vivienda de sus suegros. La pareja entró tomada de la mano. Antonio no se esperaba el recibimiento del que fue objeto.

—¡Por favor, ven a mis brazos!

El corpulento cuerpo del suegro envolvió al atlético de su yerno.

—Enhorabuena, enhorabuena. Por favor, sentaos.

Azucena miró de reojo a su marido que, en modo alguno, imaginaba una reacción así del constructor.

—Bueno, bueno, bueno, ya me ha dicho mi hija. De verdad, Antonio, siempre te he admirado, pero con esto que vas a hacer ahora, más todavía. Toda mi vida he estado metido entre números con el único afán de buscar la prosperidad para mi familia y, es cierto, me he olvidado de la gente sencilla, de lo que fui —el constructor estaba en mangas de camisa, sentado en uno de los sofás de su salón. Un tensiómetro envolvía su brazo izquierdo—. Algunas veces he hecho algo en subastas benéficas, donaciones puntuales a alguna asociación y cosas de esas, pero poco, demasiado poco. Por eso, tu manera de proceder me llena de satisfacción. En Sarajevo Europa ha perdido la cordura, pero no todos los europeos se muestran pasotas, como me pueda estar pasando a mí y a la inmensa mayoría de la gente que conozco. Tú eres de otra pasta; tienes madera de héroe. De héroe de los que ya no existen. Enhorabuena. Ir a Sarajevo para proporcionar seguridad a la población local y que sus casas no se vengan abajo es digno de elogio. Te admiro, Antonio, te admiro, eres mucha mejor persona que cualquiera de nosotros.

—Papá, Antonio me lo contó la otra noche y no sabes la alegría que me dio. Sé que ese es un sitio peligroso, pero yo también estoy muy orgullosa de los sentimientos de mi marido —buscó su mano y se incorporó de su silla para darle un beso en la mejilla—. Marta es pequeña todavía como para alcanzar a comprender la verdadera dimensión de lo que va a hacer su padre. El día que lo entienda por

ella misma, será la mujer más feliz sobre la tierra.
—Lo entenderá, hija, lo entenderá. Si no ahora, más adelante. Cuando lea los periódicos que le guardaremos. Así pues, Antonio, por favor, cuéntame qué organización es esa de *facilitis over de guor* de la que nunca antes había oído hablar.
Durante diez minutos desentrañó los orígenes de esa organización no gubernamental, los fines y los modos de trabajo. También detalló la fecha aproximada de la marcha y el trabajo concreto que realizarían en la ciudad asediada, aunque no sabía cuánto tiempo estaría allí ni lo que pasaría con el proyecto de Dublín.
—En el Estudio seguirán con él. Espero poder comunicarme con ellos con alguna facilidad, es algo que tengo que concretar. Nos marcharemos varios arquitectos y alguno de otra disciplina. A la cabeza irá un norteamericano.
—¡Cómo que un norteamericano a la cabeza! ¡El director de esa expedición tienes que ser tú!
—Conrado, hay que tener en cuenta que yo no tengo experiencia concreta en rehabilitaciones de edificios o en patologías de estructuras. Además, el espíritu de estas organizaciones no es ceder protagonismo a los profesionales que vamos. Es centrarse en el trabajo a desarrollar, sin que nadie destaque sobre nadie. Yo seré allí uno más en ese grupo.
—Muy bien, muy bien. Me gusta lo que dices. A ver, y esa organización, ¿cómo se financia?
—En ese tema no hemos concretado, solo me han referido que reciben dinero de asociados, tanto mi amigo y socio Enrique San Román como su mujer y yo ya nos hemos dado de alta, como de subvenciones de empresas y algo de ayuda estatal. Creo que las Naciones Unidas manejan unas cantidades para apoyar estas labores humanitarias.
—Pues si aceptan dinero de empresas privadas, cuenta con INVICOSA. ¿Qué te parece?
—Conrado… yo, qué voy a decir.
—Me parece una gran idea, papá.
—Claro que sí. Mira, en vez de pagar a esos vascos hijos de puta que van matando a gente inocente, voy a destinar ese dinero a ayudar a

una población asediada. Ellos sí que lo necesitan, no esos gánsteres, que lo que roban a los empresarios se lo gastan en las mesas de bacarrá del casino de Biarritz. Muy bien, muy bien.
Antonio salió de la mansión de su suegro con la idea clara de cuál sería su siguiente paso y quién le prestaría la última ayuda antes de viajar al infierno.

Melilla

El comandante anunció al pasaje que iniciaban la maniobra de aterrizaje. Antonio vio cómo el mar estaba cada vez más cerca y que una tierra árida y reseca iba a recibir un nuevo vuelo procedente de la Península. Dado el escaso tiempo que iba a estar en la ciudad, no había facturado equipaje y portaba solo una pequeña maleta de cabina, lo que facilitó la salida del aeródromo y la llegada a la parada de taxis.
—Al Parador —indicó al chofer.
Aunque había recorrido numerosos países y visitado tres continentes, era la primera vez que Antonio Escartín ponía sus pies en África, aunque sin salir de España. Como un turista que nunca ha viajado fuera de su ambiente, no perdió detalle de las avenidas melillenses y de las calles por donde circulaba el Mercedes que lo conducía hasta la colina donde se levanta el Parador Nacional de Turismo, un edificio simplón que contaba ya con más de veinte años de antigüedad. El arquitecto pensó que era un ejemplo de construcción de escaso presupuesto sin la más mínima licencia a la estética. Solo tenía de interés su privilegiada ubicación.
Nada más registrarse, el empleado le indicó que había una persona que lo esperaba en la cafetería. Se ofreció para que el botones subiera su equipaje, a lo que él accedió.
José Leal Maqueda se levantó del sillón donde aguardaba el encuentro. Lo saludó con gravedad pues intuía que la cita sería tensa.
—Veo que su vuelo ha llegado puntual.
—Sí, hubo suerte. José, lo primero que quiero es agradecerle que me

haya dedicado este tiempo —consultó su reloj—. ¿Qué le parece si, aunque ahora nos tomemos algo, cenamos juntos? Los Paradores disponen de buena cocina y me gustaría invitarlo.

—Don Antonio, no se moleste usted, pero prefiero regresar al cuartel. Mañana nos vamos de maniobras y madrugaremos mucho. ¿No le importa?

Contactar con el legionario había resultado sencillo. Antonio gozaba de buena retentiva y recordaba con precisión el nombre, apellido y pueblo del militar que le entregó la carta en las cercanías de Atocha. No había olvidado en qué lugar tenía su destacamento. Fue llamar al cuartel y, con esa información, consiguió hablar con él al día siguiente. Le propuso un encuentro en un lugar que fuera de sobra conocido en la ciudad autónoma, a lo que el hombre accedió de inmediato.

José vestía de paisano, aunque su corte de pelo y su complexión revelaban cuál podría ser su profesión. Llevaba una camisa blanca algo justa y unos pantalones vaqueros que, como si fueran los del uniforme, parecía que le iban a estallar. Los zapatos negros iban algo sucios. Pidieron un par de cervezas.

—Don Antonio, tenemos casi dos horas. Dígame en qué le puedo ayudar. Será para mí un auténtico honor.

El arquitecto le informó de que había conocido una organización humanitaria que iba a realizar el primer desplazamiento a Bosnia. Le concretó el nombre y el legionario mostró cara de extrañeza.

—No me suena, don Antonio, pero no me sorprende. Ya le conté que nosotros no operábamos en Sarajevo, que nuestra base estaba en Mostar y que solo íbamos a la capital en misiones de acompañamiento de convoyes, y fue pocas veces. Lo usual era cubrir la ruta desde Metković hasta Mostar. No recuerdo haber permanecido en Sarajevo más de una o dos horas, máximo. El tiempo imprescindible para descargar la mercancía, y le aseguro que se hacía a toda velocidad.

—José, ya sabe a lo que me dedico y cuál es mi formación. Por razones que no vienen al caso, ni siquiera hice el Servicio Militar, por lo que yo no sé moverme en un entorno de guerra —silenció que la Federación gestionó su situación y que solo cumplió el período de

instrucción de mes y medio hasta jurar bandera, durante un verano—. Leo los periódicos y veo la televisión y… bueno, que no sé qué va a pasar allí, qué tendré que hacer y cómo moverme.

El legionario tomó un trago de cerveza y picoteó unas aceitunas.

—En principio, tengo que tranquilizarlo. Los miembros de las organizaciones no gubernamentales que he visto por allí se desplazan con bastante seguridad. Claro, yo tampoco sé cuál será su misión en la ciudad, pero lo que sí le aconsejo es que no se aleje nunca de alguien con un casco o boina azules. Procure no moverse solo por la calle. Vamos, don Antonio, que no se desplace sin exigir protección.

El exesquiador se recostó en el sillón. Lo que le había contado era algo similar a lo que hubiera hallado en una guía general. Se aproximó al legionario.

—José, eso que me dice ya me lo han indicado. Yo quiero que usted me cuente más cosas, cosas que solo saben los militares. No sé cuánto tiempo voy a estar en Sarajevo, pero es vital que encuentre a la mujer que le dio la carta y a su hijo. ¿Me estoy explicando? —el militar lo escuchó en silencio, sin alterar la fría expresión de su rostro—. A ver, dígame, ¿qué he de hacer para que no me maten?

Después de asentir, el manchego recitó una serie de consignas, en voz baja y después de girar la cabeza alrededor de donde se encontraban.

—No le voy a contar ningún secreto militar, pero sí le recordaré una serie de medidas que ha de observar siempre, en toda ocasión. La primera es que tiene que llevar un chaleco antibalas. Si no se lo dan, lo compra. En el mercado negro cuestan entre cuatrocientos y quinientos marcos alemanes. Recuerde llevar marcos, es la única moneda que admiten los que controlan las mafias.

—¿Las mafias?

—Sí, las mafias controlan todo lo que entra en Sarajevo. Un tercio de la ayuda humanitaria que se destina para los habitantes de la ciudad la requisan los serbios en las inspecciones que realizan por todo el país. Dicen que ellos tienen niños y que el embargo internacional también los ahoga. Si no se les da lo que piden, no dejan pasar el

convoy. Luego, en la propia ciudad, vienen los de las mafias locales, que también sacan tajada. Aquello es una puta merienda de negros, amigo, no lo olvide.

—Dice marcos… y ¿cómo los paso, en la cartera junto al pasaporte?

El legionario negó con energía.

—¡Por Dios, don Antonio! ¿Qué se cree usted, que va de turismo a Roma? Va a un país en guerra y para la mentalidad del serbio que sitia la ciudad, bastante agradecido tiene que estar con él por dejarle pasar vivo. No, el dinero ha de llevarlo en billetes pequeños, de 10, 20 y 50 marcos, máximo. No diga a nadie cuánto dinero ha metido. Ese será su seguro de vida. Con dinero allí se puede comprar todo. Todo, recuérdelo. Usted diga siempre que no tiene nada, que le advirtieron de que no lo llevara porque ACNUR le facilita todo lo necesario: manutención, alojamiento, lavandería, alguna llamada semanal a su casa... Si lo dice muy serio es posible que lo crean.

—Ya, pero, ¿cómo lo paso?, que no me lo ha dicho.

—Un sitio cojonudo es en los calcetines que lleve puestos, debajo de la planta del pie. Lo cachearán con absoluta seguridad, pero no le van a hacer quitar los zapatos. Nunca he visto que se lo hicieran a nadie. Además, eso lo tranquilizará, ya que siempre notará su dinero. También puede llevarlo dentro del cinturón. Ya sabe, un cinturón de los que llevan una cremallera por dentro. Lo que pasa es que ahí cabe poco dinero.

—¿Y algún otro lugar?

—Si es mañoso, puede llevarlo en la maleta o en un macuto, en un doble fondo que haya cosido con anterioridad. Lleve chocolate y alguna botella: JB, Jack Daniels o Johnnie Walker. A los serbios les encanta el alcohol. Se las quitarán, cuente con ello, pero será el cebo. Usted resístase, siéntase ultrajado, exagere, échele teatro pero sin pasarse. Que suene creíble. Se trata de que ellos queden convencidos de que le han hecho daño. No olvide meter varias cajetillas de cigarrillos americanos: Winston o Marlboro. ¡Ah!, y sobres con cromos de futbolistas. Diga que son para los niños bosnios. Se los quitarán también.

—Y, ¿una vez allí?

—Una vez allí permanezca siempre en edificios donde ponga bien visible la “U” y la “N”, ya sabe, Naciones Unidas en inglés, que los ingleses ponen las palabras al revés. Cuando salga a la calle: blindado. Siempre. Exíjalo. Le va la vida en ello.
Antonio sintió escalofríos. Hasta ese momento, la guerra eran fotos en periódicos e imágenes por televisión pero, desde que había empezado la conversación con Leal, se personificaba en un monstruo con cara de muerte.
—Si las circunstancias le hacen salir sin protección, recuerde que el mejor momento es cuando hay niebla. Tengo entendido que muchas mañanas Sarajevo amanece con una cierta neblina. Normal, está al fondo de un valle y bañada por un río. Eso es ideal porque los francotiradores no tienen buena visión y no suelen disparar, si acaso a ciegas, para acojonar a la población, pero sin puntería, de modo que es casi imposible que puedan acertar. A primera hora del día duermen la mona. Su hora preferida es por la tarde, según la posición que ocupen. Los que están en Grbavica tienen el sol a su espalda, no le digo más. Ahí tienen la ciudad a placer. No vaya a ir vestido como va ahora, que se ve a la legua que es una persona de dinero, con esos pantalones y esa chaqueta de tanta calidad, que lo veo desde aquí, sin mirar la etiqueta. Lleve ropa normal y en colores difusos: gris, marrón… siempre en tonalidades apagadas. No se ponga una camiseta roja o un jersey amarillo chillón. Es vital que su apariencia pase lo más inadvertida posible. Ah, y por la noche no piense que está a salvo. La mayoría de los fusiles que utilizan llevan visores con rayos infrarrojos, por lo que para usted es su noche, para ellos es su día.
Las consumiciones se habían terminado pero ninguno de los dos hizo intención de repetir.
—Camine siempre pegado a una pared. Ahora los cristales de las ventanas han dejado de ser un problema, porque ya no hay. Pero antes había, y estallaban cuando la fachada era alcanzada por un proyectil de mortero y se convertían en la peor de las metrallas. Imagínese una lluvia de puñales recién afilados. Vea lo que hace la gente. Si corren, corra, lo más rápido que pueda. Si se detienen en un cruce, haga lo mismo. Ellos sabrán más que usted, téngalo por seguro. No se recorte

en una ventana, aunque sea en un edificio de las Naciones Unidas. No sería la primera vez que se escapa una bala. Y las balas no tienen vuelta atrás ni piden perdón.

El legionario vio que su compañía palidecía.

—Me ha dicho que le cuente cosas, ¿no? Pues eso hago. ¿Quiere que siga?

—Por favor —respondió, al fin.

—Si alguna vez se encuentra en la calle con un herido, tendido o en un coche, no vaya a atenderlo, ni se le ocurra —al ver cómo Antonio fruncía el ceño, justificó su afirmación—. Esos hijos de puta suelen apuntar a la cabeza, y aciertan bastantes veces, pero en otras ocasiones lo que hacen es disparar a zonas no vitales, como son las piernas, adrede. El desdichado que recibe una bala queda postrado en el suelo, sobre un charco de sangre y chilla como un animal herido de muerte. Ellos saben que pronto irán a socorrerlo. Ahí es cuando actúan sin piedad y sobre varios blancos. O bien con balas antecedidas por trazadoras o con morterazos.

La cara de horror del arquitecto era patente.

—Don Antonio, usted no es militar, es arquitecto. No sé qué demonios va a hacer allí pero, si es lo que supongo, localice a la mujer que me entregó la carta y váyase de Sarajevo lo antes posible. Si puede estar dos días, mejor que tres; y si es uno, mejor todavía.

—Pero si localizo a la mujer y al niño, ¿cómo saldremos de la ciudad? Tengo entendido que está cercada por los serbios.

—No tan rodeada como parece. Hay un par de sitios por donde se puede salir y, si no, por el famoso túnel que se construyó debajo del aeropuerto. Lleva abierto cerca del año, pero su acceso no es libre. Aunque, con dinero, por allí sale hasta el orfeón donostiarra, instrumentos incluidos.

—Pero, ¿quién nos sacará?

—Hay algún mercado donde venden la ayuda humanitaria —al ver que el arquitecto elevaba las cejas, el legionario le aclaró—. Sí, amigo, una parte de esos suministros no se reparte, se vende. En las guerras es donde alguna gente se forra. Los buitres andan por los mercados, son sus lugares naturales. Dígales que tiene *algo* de dinero, *muy poco*.

Ya le digo, jamás muestre sus cartas. De todas maneras, le voy a dar alguna idea, por si le sirve.
El legionario bajó la voz y se acercó al visitante. Le susurró unas instrucciones que Antonio escuchó con sumo interés. En un determinado momento, el exesquiador se separó de él y le mostró una expresión de desconcierto.

—¿Y dónde quiere usted que consiga lo que me está sugiriendo?
—¿No me ha dicho que vive en Madrid? Para ser arquitecto le suponía con más imaginación. Si carece de ella, le aconsejo que se dé una vuelta por la Plaza Mayor. Seguro que en algún comercio le ayudarán en esto. ¡Ah, por cierto!, que no se me olvide. No se le vaya a ocurrir llevar una cámara de fotos, además sin ser periodista. Los chetniks pueden interpretar que usted es un espía, y lo matarán.
Camino de la salida, el legionario le dio un último consejo:
—Y lleve caramelos. A todos los niños les encantan. Ellos se lo van a pagar con la moneda que mejor manejan: su sonrisa.
Se despidieron en la puerta del Parador, lugar donde había un par de taxis a la espera de clientes. El sol se aproximaba al ocaso.
—José, le agradezco mucho todo lo que me ha dicho. Me cuidaré lo máximo que pueda e intentaré estar el mínimo tiempo posible en Sarajevo.
Con el tirador de la puerta trasera del taxi en la mano, y antes de meterse en él, el militar le deseó suerte, con la certeza de que eso era lo que más precisaría. La guerra era una selección natural, y en cualquier selección natural los primeros que mueren son los más débiles. De ahí que el arquitecto necesitara fortuna, y mucha. Toda.
El vuelo de regreso a Madrid salía a las diez y cuarto de la mañana. A Antonio, que siempre había querido viajar a Melilla para estudiar los edificios modernistas, no le apetecía salir del Parador y optó por pedir que le subieran la cena a la habitación. Solo quería dormir y que volaran las horas que tenía por delante.

El casco

Los dos socios se encontraban sentados a una de las mesas de la planta superior del Chester.
Hablaron de dinero.
—De momento llevo suficiente, no sé con lo que me voy a encontrar. Quique, todo es incertidumbre absoluta. ACNUR nos apoya porque nos consideran un servicio al refugiado, pero no sé cómo sacaré de allí a Emina y a Dino. Si es que los encuentro. Si es que viven.
Había llegado el momento. Dos días después, el equipo de cuatro personas de *Facilities Over the World* volaría hasta Split para iniciar la ruta por carretera que los llevaría a Sarajevo. Desde que se reunió en casa de su suegro para recibir sus parabienes se habían precipitado las novedades. La primera fue la publicidad que el equipo de comunicación de Conrado dio a la donación que el empresario realizó a la organización. Fue en el hotel Villamagna y a la misma acudió el alcalde capitalino y un secretario de Estado cuyo nombre Antonio olvidó. El evento fue cubierto por varios diarios, que dedicaron palabras de elogio a la altruista acción de uno de los personajes públicos más importantes del país. Al terminar, los periodistas pidieron al arquitecto que realizara unas declaraciones, a lo que accedió gustoso. Conrado se lo había pedido con insistencia, conocedor de lo poco que le gustaba todo eso a su yerno.
—La asignación económica aprobada nos la abonarán en España, en pesetas —detalló a su amigo.
—Y, ¿qué plan tienes? ¿Qué dirán los de la organización cuando los encuentres y os larguéis de allí? ¿Te preocupa?
El aludido apuró el café. Negó.
—Me trae sin cuidado. Diré que es un asunto personal y ya está. ¿Qué me van a hacer? ¿No pagarme? Pues que no me paguen. Me han abonado una pequeña cantidad para que comprara productos de aseo, un importe ínfimo respecto al que les ha donado mi suegro. Con mi incorporación al equipo ya han hecho suficiente negocio.
Sonrieron con esa expresión conocida de antiguo por ambos.

—¿Tienes miedo?
—No, respeto. El sentido del deber me quita el miedo.
—Y tu tío, ¿qué dice?
—Ya sabes cómo es Gerardo, siempre tan cáustico con sus sentencias, pero está contento. Yo sé que está contento porque, aunque sabe lo peligroso que es, también es conocedor de cuál es mi obligación. Siempre me lo recordó. Si hago este viaje, si he recibido ese empuje que quizá me faltaba a mí, ha sido por él.
—¿Y Marta?
—Eso ha sido lo peor. En octubre cumplirá nueve años y ya hace preguntas. Ve la televisión y oye cosas. El sábado pasado representó en su colegio una obra de ballet, El Lago de los Cisnes, adaptada a niños de su edad. Fue algo hermoso, lo más hermoso que he visto relacionado con ella. Disfruté y me emocioné a partes iguales. No sé cómo lo hicieron las demás porque yo solo tuve ojos para ella. Ni hice fotos ni vídeo porque no quise perderme ni un solo detalle y preferí memorizar cada una de sus expresiones, como cuando subía en los telesillas por encima de las pistas que tenía que bajar después y me aprendía la posición de cada puerta que tenía que atravesar.
Jugueteó con la taza, ya vacía, mientras su amigo se mantenía en silencio.
—Anoche hablé con ella, antes de que se acostara, y le expliqué lo que va a hacer su padre.
—¿Y?
Antonio titubeó.
—Se lo vestí como se lo tengo que vestir. Le expliqué lo que es una labor humanitaria, que hay que ayudar a quienes menos tienen, que hay niños que viven en casas que están muy mal y que su padre tiene que viajar hasta un sitio lejano para, en compañía de otros, trabajar para que esas casas no se caigan. Y, después de llorar un rato, ¿sabes lo que me dijo? —el amigo negó—. Que siempre que fuera a trabajar, llevara casco, que lo hiciera por ella.
Clavó el codo en la mesa y se tapó la cara con la mano. Enrique respetó el momento.

Luis y Sofía Argüelles

Otra vez en un aeropuerto para viajar a los Balcanes. Hacía diez años voló directo desde Ginebra a Sarajevo y en esta ocasión sería desde Madrid a Split, en la costa dálmata croata, centro logístico de actuación de todas las fuerzas relacionadas con la ONU que operaban en Bosnia: UNPROFOR, UNMO´s[6], UNCIV-POL[7] y UNHCR, esta última más conocida en España por las siglas ACNUR.

En la salida de vuelos internacionales, y a iniciativa de Conrado, se citaron varios periodistas que acudieron a cubrir el momento de la despedida del grupo. El director del equipo era un tal Henry Williams, natural de Tennessee, que solo chapurreaba varias palabras de español. El técnico llegaría al metro noventa centímetros y era tan rubio que parecía albino. Estaba designado por la central de la organización y era experto en instalaciones eléctricas de alta tensión. Él fue quien se encargó de buscar a los otros dos miembros: un padre y una hija, arquitectos también, Luis y Sofía Argüelles. Ambos se habían licenciado en la Escuela de Arquitectura de Valencia. Él trabajaba en una constructora que quebró y se quedó en paro. Todavía le quedaban unos años para alcanzar la jubilación. Ella había finalizado sus estudios el curso anterior y solo había colaborado de becaria en un estudio de la valenciana calle Colón; poco bagaje.

Azucena lucía un llamativo conjunto primaveral de Versace, de falda larga amplia y chaquetilla corta a juego, y posó junto a su marido, ambos con rostro serio porque la ocasión no se prestaba a excesivas sonrisas. Se dieron un beso que fue recogido por los flashes de los fotógrafos y la madre de su hija no evitó emocionarse cuando se separaron. Los sentimientos afectivos de pareja habían desaparecido, pero aquel que se marchaba a Sarajevo era el padre de su única hija, y se iba a un lugar en guerra donde moría gente a diario, a razón de una media de diez. Su expresión no podía albergar ni un atisbo de felicidad; al contrario.

—Ten cuidado y ten suerte. Las dos cosas —le pidió, al oído.

—Tú cuida a Marta por los dos durante mi ausencia. A la vuelta,

arreglaremos todo de la mejor manera —musitó. Ella asintió.

El avión alcanzó la altitud de crucero diez minutos después de despegar, momento en el que se apagaron las luces que obligaban a llevar el cinturón de seguridad abrochado. Henry pidió a la azafata un botellín de ginebra que combinó con una cola. Luis intentó dormitar mientras que Antonio y Sofía mantenían una conversación fluida desde que tomaron asiento. La joven ocultaba sus nervios con la palabra, o con el exceso de ella, y lanzó a Antonio una batería de preguntas que iban desde el ámbito profesional al personal.

La valenciana era una joven de pelo lacio que llevaba un vaquero sencillo que le quedaba algo grande, como la camisa blanca. Antonio entendió que debía de haber perdido peso durante la última temporada.

—¿Se me nota que estoy nerviosa? Sí, la verdad es que sí lo estoy, y no porque me dé miedo mi desempeño profesional, sino por la circunstancia.

El exesquiador dejó que siguiera hablando. Pensó que cada uno exterioriza sus desasosiegos como puede.

Al sobrevolar las nubes italianas el oscense creyó que era momento de averiguar algo más sobre *Facilities Over the World*.

—Henry habló con el Colegio de Arquitectos de Valencia y preguntó si conocían a un profesional experimentado que se hubiera quedado en el paro, dado que suponía que sería más difícil sumar al proyecto a alguien que tuviera un trabajo estable. Salió el nombre de tres o cuatro pero ninguno habla inglés y alemán como mi padre. De ahí su selección. Yo no sé alemán pero tengo buen nivel de inglés. Pero, y lo tuyo, ¿cómo es que un Premio Nacional de Arquitectura deja todo para viajar a Sarajevo?

Antonio se extendió en un discurso ya preparado sobre la solidaridad hacia un pueblo oprimido, la apatía de Occidente ante el genocidio que sufrían los bosnios en su propia casa y que no quería vivir el resto de su vida con ese peso sobre su conciencia, *el peso de la inacción y la vergüenza*, puntualizó.

—Hay momentos, Sofía, en los que uno ha de elegir entre seguir en su mundo cómodo y tranquilo o ayudar a los demás a costa de

rodearse de inconvenientes e, incluso, peligros. Yo he elegido lo segundo.

Sofía lo miraba embobada pues jamás imaginó que estaría sentada tres horas junto a un prodigio de la profesión. Le habría gustado preguntarle de todo, pero prefirió no agotarlo. Tiempo tendrían en Sarajevo. Suponía.

—Oye, ¿qué más sabéis tú o tu padre sobre esta organización? Yo acudí a ellos a instancias de *Médicos sin Fronteras*.

—Ya te he contado que él estaba sin trabajo y pagan con generosidad, como supongo que sabrás. A mí este viaje me viene de maravilla para mi currículum. Cuando no tienes nada… cualquier cosa me sirve.

Antonio había hecho alguna averiguación por su cuenta y poca información había conseguido sobre la organización humanitaria que lo llevaba a Sarajevo, excepto que habían actuado en las violentas inundaciones en Bangladesh del año 1988 o en Namibia, al alcanzar su independencia en 1990, pero ninguna referencia más. «Tampoco te preocupes muchacho —se dijo a sí mismo—. Donde hayan trabajado te debe traer sin cuidado. Esta organización te ha permitido conseguir lo que ansiabas, que era viajar a Sarajevo. Una vez allí, localizas a tu gente y te marchas. Sin más. Y, por supuesto, sin ningún remordimiento».

La llegada al aeropuerto de Split no se pareció en absoluto a las realizadas con anterioridad a otros aeródromos. Al tomar tierra, y mientras el avión realizaba la maniobra de aproximación a la terminal, observó a través de la ventanilla a numerosos vehículos militares, algo nuevo y que no había visto en los aeropuertos que visitó durante sus años como esquiador de élite.

Nada más bajarse del aparato, Henry les pidió que recogieran su equipaje y se dirigieran a la salida, donde los esperaban para llevarlos a una instalación militar en la que pernoctarían y desde donde saldrían hacia Sarajevo al día siguiente, antes del alba.

Los cuatro miembros del equipo fueron recogidos por un vehículo

blanco con las letras UN serigrafiadas en los laterales y el capó, así como con la banderola azul de la ONU en lo más alto de la antena de radio. Sofía no podía ocultar la ansiedad que le producía la situación y algo habló con su padre.

—No te preocupes. Ahora, en el cuartel, buscamos un médico para que te dé algo para que puedas dormir.

Henry se había sentado junto al soldado que llevaba el pesado Land Rover por las calles de la localidad portuaria con relativa soltura. Su conversación debía de ser amena, a juzgar por sus caras, opuestas a las de la familia valenciana.

La instalación a la que aludía el norteamericano constaba de varias carpas de campaña montadas sobre los muelles del puerto, donde se apreciaba un trasiego continuo de vehículos, tanto militares como civiles, así como camiones de gran tonelaje, incluso tráileres. Mezclados en aquel ambiente se veían soldados de uniforme junto a personas de paisano que cargaban grandes fardos de contenido desconocido. También vio algunos puestecillos donde vendían objetos variopintos como chalecos antibalas, cascos de distintos modelos, botas robustas, indumentaria de camuflaje, mantas, pasamontañas, equipos médicos portátiles, machetes, catanas, puños americanos, bengalas, navajas… Aquello era un inmenso bazar donde equipaban al primero que llegaba de todo lo necesario para realizar un viaje temático a un lugar de muerte y destrucción.

—Oiga, si quiere le puedo ofrecer algo, algo bueno —un hombrecillo con chaqueta raída y con barba de varios días lo llamaba desde uno de los puestos. Mezclaba palabras en inglés y alemán. Con una seña le quiso mostrar algo que tenía en el interior. Al momento, le enseñó, de lejos, un fusil que al español le pareció imponente y peligroso—. Mil quinientos, pero para usted, mil doscientos —cuando vio que el potencial comprador no le hacía el caso que a él le gustaría, chilló—. ¡Mil!

A Antonio le hubiera gustado husmear más en aquel ambiente, pero no quería separarse de su equipaje, el cual cargaba en todo momento, ni quería *pisar* más sus billetes. Siguiendo las instrucciones recibidas del legionario en el Parador de Melilla, llevaba su dinero

camuflado en varios lugares. Entre otros: entre la planta del pie y los calcetines, en un doble forro que había cosido en el fondo de su mochila y en una pequeña bolsa que llevaba debajo del calzoncillo. Si lo cacheaban, dudaba que el celo los llevara a palpar sus partes más íntimas.

De repente escucharon un par de disparos que sobresaltaron al grupo. Sofía pegó un brinco. Volvieron las cabezas al lugar de donde procedía el ruido y vieron a un paisano que acababa de disparar con un revólver a la chapa de un turismo desocupado. Varios hombres habían contemplado la acción, con gesto aburrido y rutinario.

—Dos dólares —especificó Henry, lacónico y sin dar importancia a lo acontecido, como el resto de personas.

—¿Dos dólares? —preguntó Antonio, todavía asustado por unas detonaciones no esperadas.

—Sí, hay miserables que cobran un dólar por cada bala que disparan a los coches de algún imbécil que quiere presumir después de haber estado en una zona en guerra. Son de los que dicen que se han jugado la vida y, hasta es posible, que el dueño de ese coche ni salga de Split y solo vea Bosnia por televisión.

Les ofrecieron una cena cuartelera en un ruidoso comedor comunitario donde unos cocineros llenaban los platos de quienes se acercaban a meter en su cuerpo algo caliente antes de acostarse. Sofía y Antonio no probaron nada y Luis solo unas cucharadas. A Henry no lo vieron hasta que salió de algún lugar del fondo de la nave separado del resto por unas cortinas que llegaban al suelo. Charlaba animado con un oficial egipcio.

La noche la pasaron en unas camaretas de cuatro literas. Antonio ocupó una de las inferiores para no separarse de su mochila. Sofía estuvo en una zona donde solo había mujeres.

Se levantaron a las cinco horas de haberse acostado, de noche.

—Amigos, nos vamos ya —mandó el norteamericano—. En cuanto os toméis ese café —matizó, mientras señalaba a una mesa donde había varias tazas metálicas humeantes. Sofía miró a Antonio.

—Algo tendremos que tomar. ¿Qué tal has dormido?

—No he dormido ni un minuto —reconoció la joven.

Antes de subirse en el todoterreno, se acercó un oficial francés con unos papeles en la mano:

—No pueden viajar en nuestra compañía sin antes firmar esta documentación.

Eran unos impresos que Antonio no había visto antes, escritos en francés, inglés y serbo-croata. En síntesis se decía que UNPROFOR no se hacía responsable de la seguridad de los firmantes y que viajaban a Bosnia bajo su absoluta y única responsabilidad. Los cuatro estamparon su rúbrica.

El convoy ya se había formado. En cabeza de la comitiva circularía un VEC[8] de tres ejes por cuya torreta sobresalía un soldado junto a un cañón estrecho pero largo. Antonio calculó que mediría los dos metros. Después seguían tres camiones de dos ejes y seis neumáticos cada uno cargados al límite con grandes cajas con las siglas UNHCR. A continuación seguían ellos, en el mismo vehículo que los recogió el día anterior en el aeropuerto, luego un BMR[9], similar al que abría la caravana pero sin cañón, otros tres camiones y, en último lugar, otro VEC igual que el que abría paso. Un total de diez vehículos emprendía un camino, familiar para la mayoría de sus miembros, pero que suponía una incógnita para Antonio Escartín, un interrogante que sabía que era demasiado peligroso pero al que no podía renunciar.

El Neretva

El convoy recorría carreteras croatas, nación que ya no estaba en guerra con Bosnia y que mantenía con Serbia hostilidades pero en la zona de la Krajina, alejada con claridad de donde se encontraban. No sufrirían ningún sobresalto mientras se mantuvieran por el Sur del país. El panorama que las primeras luces del alba les permitió apreciar era mediterráneo, con pinos y matorral bajo que se asomaba a la calzada por donde no circulaba tráfico, nada más que se cruzaban con algún coche aislado. La carretera discurría apartada de la costa,

bordeando la montaña a una considerable altura sobre el nivel del mar. Antonio sentía curiosidad por el paisaje y no reparó en que Sofía, que ocupaba el centro del asiento trasero, se había dormido sobre su hombro. Su padre, sentado junto a la otra ventanilla, observaba también el exterior. Nadie cruzaba palabra alguna.

Al virar al norte abandonaron el Mediterráneo y fue cuando pasaron por alguna edificación aislada. Al oscense le llamó la atención las huellas de guerra que se apreciaban con excesiva proximidad: ventanas quemadas, sin cristales, techos caídos, pequeños boquetes en la fachada fruto, seguro, del impacto de balas o de la metralla, y cementerios. Por doquier se asomaban a la carretera pequeños espacios llenos de cruces blancas con aspecto de haber sido colocadas en fechas recientes: Croacia había ganado su independencia pero a costa del doloroso trauma de perder población.

Antonio volvió la cabeza y calculó que los cien metros que los separaban del vehículo blindado que los seguía se mantenían desde que se marcharon de Split, sin haber variado esa distancia de forma sustancial durante todo el recorrido.

El convoy se había olvidado del mar y ahora circulaba junto a las caudalosas aguas del Neretva, uno de los ríos más importantes de la vertiente. Según un plano que había consultado antes de partir, no abandonarían el río hasta Jablanica, lugar de nacimiento de Emina, según recordaba.

Llegaron a los aledaños de Metković, última población croata antes de entrar en Bosnia y Herzegovina. Estacionaron en una explanada a orillas del río, en su margen izquierda. El soldado francés que conducía el vehículo habló por radio con la persona que comandaba el convoy, que viajaba en el primer blindado, y comentó:

—Paramos media hora para estirar las piernas y tomar algo. A partir de ahora empieza lo divertido —sonrió con una expresión forzada e irónica.

Al lado de la carretera se veían varios bares donde entraron los soldados que viajaban en los vehículos militares y los choferes de los

seis camiones, todos tan similares que parecían protagonistas de una película de las mil y una noches: vestían chilabas y lucían largas barbas negras, descuidadas. Un par de soldados se quedaron en el exterior del convoy, blandiendo su subfusil. Todos llevaban puesto el chaleco antibalas.

Sofía eligió quedarse en el interior del vehículo.

Treinta minutos después, los soldados y los conductores volvieron a sus puestos. El norteamericano se dirigió hacia la trasera del todoterreno que ocupaban y abrió el portón.

—¡Vamos, ha llegado el momento de ponérselos! —ordenó en inglés, idioma que no había abandonado en ningún momento.

Los cuatro miembros del equipo se ajustaron los chalecos que les acababan de entregar. Henry ayudó uno a uno a colocárselo. Demostró poseer experiencia en la tarea. Nunca Antonio podía haber supuesto que aquello pesara tanto. Eran marrones y, si no nuevos, sí se veían bien cuidados. Llevaban unas correas que los ceñían a la cintura y contaban con unas pequeñas planchas metálicas a la altura del cuello para protegerlos de posibles impactos, tanto de balas como de metralla. Con los chalecos, las tres personas que ocupaban el asiento trasero entraban con dificultad. Tuvieron que apretarse. Al mirar a Sofía comprendió lo que pasaba pues la palidez de su tez revelaba su estado de ánimo.

—¿Tranquila?

La valenciana no respondió. Cerró los ojos. Su padre la abrazó por el hombro, momento en el que el vehículo dio el primer envite. Estaban a escasos metros de la frontera de Bosnia.

Dado que ellos seguían la estela del tercer camión del convoy, carecían de la visión global de la situación, por lo que circulaban como si llevaran una visera que solo les permitiera vislumbrar la realidad de los cien metros que tenían por delante. Para su desgracia, los cinco ocupantes vieron encenderse las luces de freno del camión que les precedía: parada. Impávidos y bajo un tenso silencio, espeso y cortante, contemplaron a dos columnas de soldados serbios que caminaban con parsimonia por ambos lados de la carretera pero siempre sobre asfalto. Comprobaron sus acreditaciones. Cinco minutos

después reanudaron la marcha.

La carretera trazaba junto al Neretva curvas abiertas que ayudaban a desdramatizar el momento: la visión de espacios amplios siempre era un elemento más tranquilizador. El sol ya se había levantado sobre las montañas, soberano, y azotaba con fuerza el lado derecho del vehículo.

Las luces de freno del camión delantero volvieron a encenderse, lo que anticipaba una nueva detención.

—Me temo que esto es un control de paramilitares serbios —presintió Henry.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —preguntó Luis Argüelles, temeroso.

—Eso quiere decir que, si sabe rezar, rece.

Los ocupantes se mantuvieron en silencio. Antonio buscó la mano de Sofía, que temblaba con claridad. La joven había cerrado los ojos. Intentó transmitirle tranquilidad; aunque, con certeza, no lo consiguió.

Dada la posición en la que había quedado el todoterreno, por el lado izquierdo del vehículo tanto el soldado francés conductor como Antonio podían distinguir parte de lo que sucedía en la cabeza del convoy. Varios *cascos azules* se habían apeado y hablaban de forma inamistosa con un grupo de soldados con ropa de camuflaje.

La tensión aumentaba hasta el punto en el que sonó un disparo, sin que ninguno de los ocupantes supiera quién había sido el autor. Sofía y Luis pegaron un brinco en el asiento. Antonio procuró mantener la compostura. Mientras, el conductor y Henry se mostraban más tranquilos.

Volvió a mirar hacia la cabeza del convoy y confirmó que estaban descargando cajas de uno de los camiones delanteros. Varios hombres aparecieron por los laterales del vehículo. Uno llevaba una gorra militar con un escudo donde se distinguía con claridad el águila bicéfala, símbolo de Serbia. Lo golpearon con los extremos de sus armas que generaban un desagradable sonido metálico amplificado al llevar las ventanillas cerradas. Uno de ellos hizo ademán de beber, después de ordenar a Henry que bajara el cristal. Este se volvió hacia

los que ocupaban la parte trasera del vehículo.

—Supongo que alguno llevará cigarrillos o una botella de alcohol. ¿No? Yo le daré una de Jack Daniels que he traído para calmar los ánimos. Algo de esto ya me habían contado los de *Médicos sin Fronteras*.

—En la mochila yo llevo una, y también unas cajetillas de Winston —concretó Antonio.

Entregaron al desconocido dos botellas y algo de tabaco. Ya nadie apuntaba al vehículo. Cinco minutos después, los soldados regresaron a la zona delantera del convoy.

Reanudaron la marcha. Al pasar por la zona de la discusión, comprobaron que habían descargado por lo menos veinte cajas de las que llevaban en los camiones. Los soldados estaban verificando su contenido.

—Pero eso, ¿no era la ayuda humanitaria para Sarajevo? —Antonio quiso saber, en inglés. Le contestó el conductor:

—Siempre pasa. En todos los convoyes que escoltamos hacia la capital bosnia nos asaltan serbios, que quieren quedarse con una parte. Dicen que ellos también sufren embargos y que también tienen niños que alimentar.

—Y el alcohol y los cigarrillos, ¿también son para los niños? —se cuestionó. Nadie respondió.

Continuaron camino y llegaron a Počitelj, una pequeña población también situada a orillas del Neretva, río que no habían abandonado en ningún momento. La entrada estaba ocupada por un cementerio con cruces cristianas, ortodoxas y tablones con letras y números escritos con pintura negra. Una mujer, con la cabeza cubierta con un pañuelo oscuro, acababa de cruzar la puerta baja de madera. Las pocas viviendas que quedaban en pie habían sido arrasadas, con huellas de impactos de granadas y de metralla en sus fachadas. Era seguro que no quedaría un cristal entero. Alguna todavía humeaba. De forma inesperada, Luis agarró la cabeza de su hija y la llevó a su regazo. Antonio comprendió, unos metros más adelante, la razón de

aquella acción: un anciano escuálido pendía de una soga desde lo más alto de una farola. En su cara los pájaros ya habían encontrado alimento. Sobre el pecho llevaba un cartel escrito en caracteres cirílicos que ninguno de los ocupantes supo traducir.

Continuaron la marcha sin detenerse. El Neretva trazó unos meandros al final de los cuales se encontraron con la pequeña población de Žitomislići. Varios niños y alguna mujer se acercaron a la caravana, descalzos y con las palmas de las manos abiertas al cielo. Ninguno sonreía. Sus caras eran de pesadilla. A la izquierda, apostados junto al camino, dos carros de combate serbios T-55 intimidaban a los viajeros. Varios hombres con ropaje de campaña y también sin símbolos militares miraban aburridos el paso del convoy apoyados sobre aquellos monstruos metálicos. De sus bocas colgaban sendos cigarrillos humeantes. Los Kalashnikov los sujetaban sin gana alguna. Apáticos.

A la salida del pueblo comprobaron que se producía otra parada. En esa ocasión, los paramilitares serbios exigieron que el camión del que se tenían que descargar las cajas fuera el que les precedía. Abrieron el portón y retiraron la lona. Dos hombres subieron a bordo y comenzaron a entregar paquetes a los compañeros que se habían quedado a pie de carretera. Calculó que descargarían una docena de bultos, por lo menos.

—¿Qué llevan ahí? —inquirió al soldado, en francés.

—Leche en polvo, sacos de arroz, a veces medicinas, mantas… cosas así —indicó, sin soltar las manos del volante.

Los serbios abrían con violencia los embalajes y verificaban su contenido. En ocasiones, al ver lo que llevaban, pegaban una patada a la caja y tiraban todo el interior sobre la calzada.

Por la parte delantera llegó un oficial de UNPROFOR, Antonio entendió que era el que comandaba el convoy, escoltado por dos soldados subfusil en ristre. Los tres eran franceses. Uno de los serbios se encaró con él, pero el militar galo se mantuvo firme. El que parecía que mandaba a los invasores se dirigió a ellos a chillidos. Se llevaron las cajas que habían bajado y dejaron libre el camino. Miraron con desdén al vehículo donde viajaban los miembros de *Facilities Over the*

World, pero no se acercaron a ellos.

—¿Cuántos más pueden quedar de estos? —sondeó Sofía, una vez reanudada la marcha y con un hilo de voz.

—Debemos de estar cerca de Mostar y, desde que finalizó el conflicto con los croatas, la situación allí está bastante tranquila. Además, es una ciudad controlada por sus soldados.

—¿Por nuestros soldados? —Luis se extrañó.

—Sí, por miembros del Ejército español, por supuesto al servicio de las Naciones Unidas, como todos los que estamos por aquí —informó el chofer. A Antonio le brotó un suspiro de recuerdo al legionario José Leal.

La carretera se encerraba entre unos cañones que ahogaban al grupo. Antonio sabía que Bosnia era un territorio abrupto y era ahora cuando empezaba a constatarlo. Las pocas edificaciones que dejaban en los laterales de la calzada se encontraban vacías y, en su mayor parte, incendiadas. También se asomaban al camino varios vehículos carbonizados y alguno de ellos volteado. La vida había desaparecido y no eran capaces de encontrar persona alguna que diera signos de ella. Tampoco vieron más cadáveres.

La capital de Herzegovina los recibió a la una del mediodía. El sol azotaba la histórica población, testigo de numerosas batallas. De la última todavía no se había cumplido un año. Antonio no podía calcular cuántas toneladas de artefactos habían caído sobre aquellos edificios como para haber conseguido una ruina semejante, palpable desde la primera construcción, donde los ventanales se habían reducido a cuencas vacías y ennegrecidas, carentes de vida, de espíritu.

—Pues si aquí, en Mostar, los arquitectos vais a tener trabajo, miedo me da pensar el que tendréis en Sarajevo. Por lo menos en esta ciudad, según dicen, la guerra ha terminado —comentó el francés.

El convoy estacionó en una de las plazas que se abrían en la margen derecha del Neretva. Se veían varios vehículos con las siglas UN negras serigrafiadas en las chapas blancas y unos *cascos azules* les

dieron la bienvenida. Mostar estaba bajo protección española y, después de los turnos de legionarios, ahora correspondía a los paracaidistas de Alcalá de Henares prestar apoyo logístico y humanitario a la población civil. A veces se producía un relevo de soldados en el convoy, y eran los franceses quienes regresaban a Split en otros vehículos de transporte de tropas mientras los españoles continuaban hasta Sarajevo, aunque no en aquella ocasión.

Diez minutos después Sofía y Luis charlaban de forma distendida con un sargento y dos caballeros paracaidistas, que lucían sus boinas azules con donosura. Antonio no había visto tan relajada a la joven arquitecta desde que partieron de Barajas. El sentirse rodeada de compatriotas armados en aquel entorno tan hostil le había otorgado una tranquilidad de ánimo que se reflejaba con claridad en su rostro. Él también aprovechó para sonsacar algo de información a otros dos militares españoles. Preguntó si era posible que encontraran más controles de paramilitares serbios.

—Es mejor que no lo penséis. Una cosa son los controles del ejército regular serbio, que suelen estar al final del recorrido, antes de llegar a Ilidža, ya al lado de Sarajevo, y otros los de las pirañas de los paramilitares, llamados chetniks, que actúan como manadas de lobos. Esos sí que son peligrosos. La mayoría son delincuentes que excarceló Milošević o mercenarios llegados desde Rusia o Ucrania y que están al servicio de Karadžić y de Mladić, aunque ya no los dominan ni ellos.

¡Luces rojas!

Media hora después les ordenaron que subieran a los vehículos y que continuaran camino. La intención del oficial francés al mando era llegar al destino a las cuatro de la tarde, descargar e iniciar el regreso para alcanzar la frontera de Metković antes de que fuera noche cerrada. Los controles serbios para los convoyes de vuelta solo se limitaban a confirmar que no viajara nadie que no correspondiera, por lo que eran más fluidos. Ya no había mercancía que rapiñar.

Siguieron ruta, siempre al norte, Neretva arriba que, kilómetro a

kilómetro, perdía caudal y anchura. La garganta se estrechaba cada vez más hasta asfixiar la carretera y, por lógica, a los viajeros. Dentro del todoterreno el silencio era absoluto. A Sofía la parada le había resultado balsámica. Ahora se encontraba más despierta e interesada. Su padre mantenía el mismo rictus de tensión que pareció haber nacido con él y Antonio se preguntaba si en el próximo control se encontrarían con militares o con paramilitares.

Una hora después de haber partido, el convoy llegó a Jablanica, población que atravesaron sin efectuar parada. La carretera discurrió junto a uno de los destacamentos de la ONU que estaba al cargo de soldados españoles. Todos los laterales estaban protegidos con sacos terreros. Los vehículos se saludaron con varios pitidos. El oscense no pudo por menos que imaginar a Emina con dos o tres años, de correteos por aquellas calles, en ese momento vacías y sembradas de cascotes, y sin nadie que saliera al paso del convoy, ni siquiera niños a pedir comida. La mayoría de las viviendas se veían abandonadas o destruidas, sin ventanas, ahumadas por encima de los dinteles y casi todas sin puertas. Solo alcanzó a ver un vehículo en condiciones de uso. El resto se hallaban destruidos, como si hubieran recibido fuertes impactos. Antonio supuso que los carros de combate T-55 de los serbios habían pasado por allí.

Dejaron el curso del Neretva, convertido ya en torrente de montaña, y viraron hacia el este para llegar a Konjic. Antes de alcanzar la pequeña población comprobaron de nuevo la temida imagen de iluminarse las luces de freno del camión que los precedía. Detuvieron la marcha y verificaron con horror que en aquella ocasión les habían obligado a pararse un número de paramilitares que rondaría, mínimo, la centena. En un instante, los chetniks fueron saliendo de los lugares donde habían estado apostados y rodearon los vehículos por ambos lados. Antonio constató que algunos llevaban al hombro unos grandes cilindros metálicos verdes, con boca ancha, de un metro de longitud. Supuso que serían armas anticarro. Alguno llevaba gafas de sol y otros se cubrían las cabezas con pasamontañas

negro que solo permitían ver los ojos gracias a una abertura alargada. No faltaban ni las boinas granates ni las botas negras altas ni las chapas con las imágenes de los siempre inquietantes escorpiones rodeados de los colores blanco, rojo y azul. Sin recato alguno, cada uno de los tres vehículos blindados era apuntado por varios de esos artefactos.

Sin que se apeara ningún *casco azul*, varios hombres subieron a los camiones y se llevaron las cajas que se les antojaron, siempre después de abrirlas y examinar su contenido. Uno de los serbios se acercó al todoterreno y marcó el gesto universal de querer beber.

—¿Cuántas botellas llevas, esquiador? —indagó Henry.

—Dos más.

—Yo también. Vamos a darles alguna, y a ver si se quedan satisfechos. Espero que sí.

Rebuscaron en sus mochilas y le mostraron una de JB y otra de Johnnie Walker, que entregaron después de bajar la ventanilla. El hombre se marchó con ellas hacia la zona delantera del convoy.

Sonó un silbato y todos los paramilitares se replegaron a los laterales, de modo que la carretera quedó libre. El convoy continuó su camino rumbo al noreste. Según los cálculos, restaba ya tan solo una hora de viaje. Sofía había iniciado un rezo y su padre la tenía tomada de la mano. Henry charlaba algo con el conductor.

Los kilómetros seguían sin paradas. La caravana fluía ligera por la estrecha carretera sin que se presentara motivo alguno para detenerse.

—Hoy estamos teniendo suerte —comentó el conductor—. Es posible que ya no tengamos más controles. El problema es que entre Tarčin e Ilidža la carretera está minada por lo que tenemos que desviarnos por una pista de montaña angosta para llegar al destino final, pero hace días que no llueve y el estado del firme será aceptable.

El chofer se confundió. Delante se les apareció un panorama sobrecogedor. A cien o doscientos metros de donde se encontraban, a ambos lados del asfalto, se distinguían con claridad distintos vehículos militares serbios que enarbolaban la bandera con el águila bicéfala y su corona. Se mezclaban hombres con uniformes militares diversos

con otros que vestían de paisano. Todos cargaban aparatosas armas cuyos modelos desconocían los arquitectos viajeros.

Como si asistiera a un macabro partido de tenis, los ojos de Antonio viraban desde la visión de la parte izquierda de la carretera a la derecha, sin poder intuir por dónde llegaría el problema. Y, en cada pasada, se detenían unas décimas de segundo en las luces de freno del camión delantero, a la vez que anhelaba que no se encendieran.

¡Luces rojas! Nudo en la garganta del oscense. Sobresalto de Sofía. Acomodo nervioso de Henry en su asiento. Silencio de Luis y del chofer francés.

Varios militares uniformados aparecieron en fila por los laterales, en una maniobra ya conocida. Al llegar a su vehículo, uno de ellos apremió con la mano:

—*Reisepass!*

—Nos pide los pasaportes —tradujo Luis, que era el único de los viajeros que sabía alemán.

Bajaron las dos ventanillas delanteras y entregaron los documentos al soldado que se los pedía, el cual iba acompañado de otros cinco militares que apuntaban a las cabezas de los ocupantes, cada uno a uno. En algún lugar había leído que los serbios se veían obligados a demostrar ante sus compañeros su exacerbado nacionalismo, y que las conductas tibias estaban castigadas con severidad. De ahí la retadora e intimidatoria actitud de aquella chusma.

El hombre se tomó su tiempo en revisar las identidades y los salvoconductos. Después, preguntó la razón del viaje, también en alemán. Luis Argüelles habló por todos y detalló las profesiones y el cometido general.

—*War jemand vorher in Sarajevo?*

La pregunta la había formulado al mismo tiempo que señalaba a los cuatro civiles y sin apuntar con el dedo al conductor.

Antonio percibió que la cuestión había calado en su colega. Esperó ansioso la traducción. Sintió un escalofrío cuando notó que el

valenciano se removía en el asiento.

—¿Qué dice este? —quiso enterarse Henry Williams.

—Quiere saber si alguno de nosotros ha estado antes en Sarajevo.

Se estableció un silencio en el vehículo. Tanto el norteamericano como los valencianos conocían la historia personal del exesquiador.

—Es mejor que digamos la verdad. Lo tuyo, Antonio, lo pueden comprobar con facilidad, aunque en tu pasaporte ya no haya sellos de cuando estuviste en las Olimpiadas. Supongo que tendrás un documento nuevo —intuyó el de Tennessee.

Estaba en lo cierto. El pasaporte que utilizó para entrar en Sarajevo en febrero de 1984 ya no era el mismo documento que portaba por haberlo renovado incluso dos veces.

—Luis, dile que yo representé a mi país en las Olimpiadas, pero que no he vuelto a Yugoslavia desde entonces.

El valenciano hizo la traducción. El militar la escuchó sin inmutarse. Agachó la cabeza para tener mejor visión del interior. Se incorporó y pegó unos chillidos. Al momento, llegó otro militar, este con un distintivo amarillo en las hombreras de su guerrera desabotonada. El recién llegado tomó un intercomunicador y susurró algo mientras no apartaba los ojos de Antonio. Por señas, ordenó al chofer que orillara el vehículo.

—Joder, joder, joder, ¿quién coño es usted? —se lamentó el francés, a la vez que daba un par de golpes al volante. Ese apartamiento solo podía conllevar contingencias imprevisibles para el grupo.

Con expresión de terror vieron que el convoy se ponía otra vez en marcha y que, no solo los vehículos que circulaban delante, sino los dos blindados y los tres camiones que los seguían emprendían la ruta hacia Sarajevo, ciudad que se encontraba nada más que a dos kilómetros. Tres minutos después, el todoterreno de las Naciones Unidas se había quedado solo y rodeado por docenas de militares serbios. Sin que les ofrecieran explicación alguna, se mantuvieron en

esa situación por lo menos quince minutos más. Todos en sus asientos, excepto Antonio, al que le habían obligado a salir, quitarse el chaleco antibalas y permanecer de pie. En ese tiempo, varios soldados montaban guardia al lado del Land Rover, aunque sin mostrar sus armas.

Por delante, y escoltado por varios hombres, apareció un sujeto que marcaba una señal a sus subordinados, con la mano derecha hacia arriba y los dedos corazón, índice y pulgar estirados. Los demás le correspondieron. Era más alto que él, de complexión recia, con hombros anchos sobre los que lucía unas hombreras con una estrella, músculos trabajados, quizá más endurecidos que cuando lo vio por primera vez. Seguía con el pelo rapado, al modo de un marine norteamericano. Tampoco le había cambiado el tamaño de la boca, ni la anchura de sus labios, aunque ahora estaban cuarteados. Lo que sí había evolucionado en su cabeza, además de la ostentosa águila bicéfala que se había tatuado en uno de los laterales de su cuello, y de la papada que colgaba debajo del mentón, era su mirada. Si hacía diez años era bravucona, la de ahora estaba revestida de odio exacerbado y beligerancia. En las Olimpiadas había sido uno de los porteros del equipo yugoslavo de hockey sobre hielo. Era Miroslav. No cabía duda alguna. Como magnífico dibujante que era, Antonio también poseía buenas dotes de fisonomista, y reconoció sin posibilidad de equívoco al hombre que tantas veces molestaba a Emina durante aquellos Juegos y, supuso, también antes y después. Seguro que no fue fácil para ella pararle los pies.

El hombre se acercó hasta situarse a escasos centímetros de su cara. El español percibió el hedor que desprendía un cuerpo que llevaría semanas sin lavarse. Cuando abrió la boca para hablar, a Antonio le pareció que acababa de meter la cabeza en un inodoro atrancado. El serbio lo calibró con su mirada y rebuscó en su memoria. Le habían dicho que en el convoy viajaba un español que había estado en las Olimpiadas, y sentía morbosa curiosidad por saber quién era y si sería aquel que le quitó a la mujer sobre quien puso sus ojos. Acertó. Masculló unas palabras a la vez que mostró una sonrisa nerviosa que le llevó a que sus labios temblaran como si tuvieran un

arrebato de frío.

Luis intuyó que sus servicios eran necesarios, aunque nadie se lo había solicitado.

—Dice que os volvéis a ver.

¡Lo había reconocido! El hombre sabía quién era ese que tenía delante, ese que fue elegido por Emina, la miembro más bella y deseada de la delegación yugoslava que prefería pasar las tardes libres con un extranjero antes que con un compatriota. Ese que estaba ahora a su merced le había robado su apetencia, su capricho, la hembra que creía suya. Y ahora, diez años después, volvían a estar frente a frente, aunque en manifiesta desigualdad.

Volvió a hablar y Luis tradujo de nuevo.

—Dice que qué has venido a hacer.

Sin esperar respuesta, el serbio apretó los labios y, de un rápido movimiento, agarró el pelo de Antonio y movió su cabeza con furia. La golpeó contra la chapa. Sofía chilló pero su padre le tapó la boca. De otro fuerte meneo lo tiró al suelo. Se contuvo de patearlo. Vociferó varias órdenes a sus subordinados. Estos preguntaron por señas cuál era el equipaje del esquiador. Tomaron su mochila y dos soldados comenzaron a extraer su contenido, como hienas a las que han dado vía libre para apoderarse de aquello que quisieran. Se quedaron con la botella de JB y con todas las cajetillas que encontraron. El resto lo tiraron al asfalto. La poca ropa que llevaba y los objetos de aseo personal quedaron diseminados por doquier, y también unos pequeños cochecitos que llevaba para su hijo, si lo encontraba. Con otra orden, le colocaron con las manos apoyadas al coche y las piernas separadas. Un hombre lo cacheó hasta llegar a los tobillos. Para su fortuna, no le palparon sus partes íntimas. Por señas, le ordenó que se quitara el reloj de pulsera. Lo tomó con sonrisa bobalicona y se lo guardó en uno de los bolsillos de su guerrera, después de mostrarlo ante los demás como si de un trofeo de caza se tratara.

Pero no todo quedó ahí.

Al fijarse en él, uno de los soldados le ordenó que se quitara el

cinturón. Con un nudo que le impedía respirar, Antonio se lo entregó, trémulo. Quien se lo había pedido conocía que una de las maneras de meter dinero en Sarajevo era ese método. Descubrió el pequeño botín con aire de satisfacción. Extrajo los cuatro billetes de 100 marcos alemanes que ocultaba y, al finalizar el expolio, se lo tiró a la cara, ya vacío.

Miroslav, que se mantuvo como espectador, volvió a intervenir. Su voz era pausada, con énfasis en determinados vocablos y sin dejar de mostrar la expresión de resentimiento que había llegado con él.

Luis repitió su papel de improvisado traductor.

—Dice que sabe dónde está Emina, Emina y todos. Que ellos controlan lo que pasa ahí abajo, en Sarajevo, y que son los dueños de sus vidas. A partir de ahora, también serán dueños de las nuestras. En especial de la tuya —el arquitecto valenciano procuró que no se notara en exceso que su garganta se había quedado seca.

Lo retó con la mirada y se volvió ciento ochenta grados. Con el fuerte puño derecho golpeó el centro del capó, el cual quedó con un ligero bollo. Por medio de un movimiento seco de la mano ordenó que el vehículo continuara. Antonio se apresuró a recoger su equipaje que habían tirado por el asfalto. Uno de los soldados intentó apoderarse del bote de espuma de afeitar y de un frasco de colonia, pero el español, valiente y decidido, le arrebató el bote, con violencia. Todos los militares soltaron una carcajada al mismo tiempo que se echaban sus armas a la espalda.

Al llegar a la zona del aeropuerto escucharon las primeras detonaciones, lejanas, a la vez que observaban las polvaredas que se levantaban en varios edificios. No cabía duda alguna: esas construcciones acababan de ser impactadas por disparos de mortero. El todoterreno de la UN entraba en Sarajevo. Ante los ojos de Antonio se abría la Divina Comedia.

Regreso a Sarajevo

Mientras el vehículo dejaba a su derecha el aeropuerto, Antonio

recordó su llegada a la ciudad hacía diez años. ¡Qué diferente era todo! Un aeródromo remodelado, unos edificios pintados, íntegros, unas ventanas con cristales, unas calles diáfanas, con tranvías relucientes que discurrían por sus raíles. La ilusión de aquel grupo de compañeros y amigos deportistas se había tornado en la desagradable tensión que se palpaba en el Land Rover de las Naciones Unidas. El chofer circulaba lo más rápido que podía y anhelaba que los sitiadores no tuvieran interés en ellos, que estuvieran aburridos o que tuvieran un ataque de compromiso hacia las resoluciones aprobadas, que decretaban una tregua tanto al uso de armas pesadas como a las acciones de los francotiradores.

Enfilaron a toda velocidad Zmaja od Bosne, a la que los sarajevitas habían rebautizado como *Avenida de los francotiradores*, o *Sniper Alley*. El conductor ya estaba acostumbrado, pero los otros cuatro ocupantes habrían deseado evitar contemplar un panorama tan desolador como aquel. La vía era ancha, con varios carriles por sentido y espaciosas aceras. En el centro, en su momento hubo unos setos verdes cuidados y estéticos, según recordaba de cuando lo llevó Emina en su pequeño Yugo. Ahora aquello se asimilaba a un horror continuo: tranvías destrozados, quemados y convertidos en amasijos de hierros retorcidos, cables de la catenaria transformados en barreras mortales para la circulación rodada, coches atravesados, chamuscados después de haber sufrido incendios que nadie apagó, y bultos diversos por doquier, además de cascotes y restos de fachadas que se habían precipitado a la calzada. La visión de los edificios era pavorosa: todos los inmuebles estaban afectados, bien por el picoteo de la metralla, bien por los efectos directos de los impactos, que abrían boquetes a través de los cuales se apreciaban con nitidez sus interiores. No había cristal alguno que hubiera soportado los más de dos años de cerco a razón de una media superior a los trescientos impactos de granadas diarios. Si alguna vez hubo algún árbol, eso ya formaba parte de la historia de la ciudad.

A la altura del parlamento el todoterreno viró a la derecha y atravesó el Miljacka por uno de sus puentes. A Antonio le pegó un vuelco el corazón al encontrarse de frente con el recinto deportivo

Skenderija, al cual asistió junto a Emina para presenciar aquel partido de hockey sobre hielo. Quizá fue allí, viéndola chillar y vibrar con el juego trepidante de ese peculiar deporte cuando se terminó de enamorar de ella. Le gustó recordar el momento.

Al lado de la pista de hielo las fuerzas de UNPROFOR habían levantado una estructura que servía de base para sus tropas, un galpón que se convertía en la despensa de la ONU en la ciudad. Era el final del viaje iniciado de noche en Split.

El chofer estacionó el vehículo en el norte del pequeño edificio, protegido del alcance de los francotiradores. Un sargento se acercó al grupo y charló con el conductor: el pobre estaba extenuado. Este le contó cómo fue el último control.

—Veo que ha entrado en Sarajevo con mal pie —opinó el militar. Antonio no supo qué responder porque se sentía culpable. Se apearon todos y comenzaron a sacar del vehículo sus mochilas y el material técnico que habían llevado.

El movimiento en el lugar era frenético. Los camiones a los que habían acompañado acababan de descargar y se disponían a iniciar el regreso a Croacia. La intención era que, con otros conductores y *cascos azules* de refresco, retornaran a Split al punto de proveerse de una nueva remesa de material humanitario que llegaría al día siguiente a la ciudad sitiada. Y así, jornada tras jornada. Sin descanso.

En el recinto el oscense distinguió una miscelánea de personas que iban desde soldados con casco a otros con boina, siempre azul, civiles, alguno con bata blanca, todas en movimiento apresurado. Eso sí, hasta donde le alcanzaban los ojos, solo vio hombres. Como es habitual en las instalaciones militares, la decoración era inexistente. En los laterales se veían alineadas varias filas de bidones, unos blancos y otros con aspecto sucio, y numerosas cajas de todos los tamaños. Las paredes estaban descascarilladas.

—Vosotros, ocupad aquella zona, hasta que os digan desde el gobierno cuál será vuestra ubicación permanente —organizó el sargento francés que los recibió. Y añadió—: Bueno, permanente aquí

no hay nada.

Los cuatro miembros de la organización se dirigieron hasta una de las esquinas, donde había unas puertas que comunicaban con unas habitaciones. Cada uno portaba su mochila según su estado de ánimo o sus fuerzas. Así, el macuto de Henry parecía estar cargado de plumas en tanto que el de Sofía podía haber estado lleno de piedras. Antonio se ofreció para ayudarla.

—No, gracias. De verdad que puedo —la joven se sobrepuso. En modo alguno deseaba ser un lastre para nadie.

—Me han dicho que nos darán de cenar a las ocho. Nos vemos en un rato —afirmó el norteamericano—. Y tú, ve a la cocina a ver si te dan un par de hielos para que ese golpe no vaya a más —sugirió al exesquiador.

Entraron en una gran sala donde se habían colocado numerosas literas con aspecto de nuevas y limpias. A diferencia de lo que sucedió en Split, donde las habitaciones de las mujeres y de los hombres estaban diferenciadas, en Sarajevo las instalaciones eran de uso general. En uno de los lados había una fila de taquillas, alguna de ellas con la puerta abierta, otras con candados. Sentados a unas mesas centrales, varios militares comentaban pormenores. Algunos de ellos, hombres de tez oscura, hablaban en árabe. Antonio se fijó en que en su uniforme llevaban serigrafiada la bandera de Egipto. Tres franceses charlaban mientras limpiaban sus botas. Uno de ellos se dirigió a los recién llegados, en su idioma.

—Vosotros, ¿qué sois, periodistas? ¿Por qué no habéis ido al Holiday Inn?

Henry se acercó y comenzó a conversar con ellos. Desde unos metros de distancia, el oscense escuchaba la conversación.

—Tenéis suerte. En realidad, la tenemos todos. Desde febrero parece que vivimos una tregua, rara, discontinua, pero no tiene nada que ver, por lo que me han asegurado, con lo que pasaba aquí hasta lo del mercado —el oscense recordaba el atentado que se perpetró en febrero de ese año en Markale que tantas víctimas causó—. Yo creo que allí se asustaron hasta los serbios de Belgrado. Aquello fue una carnicería. Desde entonces, Milošević y Karadžić se encuentran más

distanciados, o eso parece.

Cenaron en una gran sala con mesas centrales donde soldados y civiles se sentaban después de haber recibido el rancho que les proporcionaban unos cocineros. A su lado, Sofía comentaba algo con su padre, que mantenía el rictus habitual.

—Antonio, ¿puedo preguntarte quién es Emina? —escudriñó el arquitecto valenciano.

El aludido sintió una sacudida en su cuerpo.

—¿Emina?

—Sí, el nombre ese que dijo el bestia aquel que se encaró contigo. Alardeó de que sabía dónde estaba Emina. ¿Tú sabes quién es esa persona?

Terminó de masticar el trozo de filete que se había metido en su boca, tiempo que aprovechó para pensar una respuesta convincente.

—¿Qué nombre dices, Emina? No, no sé qué puede ser Emina. Me suena a nombre de mujer, pero más porque termina en *a* que en otra cosa, porque nunca antes había oído que alguien se llamara así. Emina, Emina… —Antonio puso cara de desconocimiento—. No, no me suena. Se ha tenido que confundir con otra persona.

Narija, Marija, Merija…

Al día siguiente se despertaron temprano, y no porque durante la noche hubiera habido actividad artillera serbia. La velada discurrió tranquila y nada más que se escucharon dos o tres detonaciones que Antonio integró en sus sueños. Para quien resultó más larga fue para Sofía, que no conseguía encontrar un momento de sosiego desde que abandonaron Madrid. La muchacha no había logrado descansar ni un instante, algo que se reflejaba en su mirada, perdida y vacía, así como en sus movimientos, lentos, mecánicos, carentes de nervio. Su padre la acompañó al comedor donde les sirvieron un desayuno en el que no faltaron los zumos, las galletas, la leche y el café. Aquellos hombres podían considerarse unos privilegiados, los habitantes de una isla de abundancia rodeada de un océano de privaciones.

—Ayer me dijeron que hoy vendrá un representante gubernamental de parte de Haris Silajdzic a hablar con nosotros, a ver de qué manera podemos colaborar con ellos —anunció el de Tennessee, en referencia al primer ministro bosnio.

—Pero, ¿es que no hay arquitectos en Bosnia? —quiso saber Luis Argüelles—. Es algo que me pregunto desde el primer día.

—Claro que hay o, mejor dicho, claro que hubo —aseguró Henry —. El problema es que una gran mayoría emigró de la zona al empezar todo esto. Aunque se decía que nadie tocaría Sarajevo por su inherente carácter multicultural, la realidad es que cuando comenzó la guerra en Croacia, una gran parte de los titulados superiores emigraron a Italia, Austria y Alemania. Y luego están quienes han sido reclutados a la fuerza por la Armija, ya sabéis, el ejército musulmán bosnio. Hay bestias que no atienden a razones y cuando ven a un hombre en edad de empuñar un fusil, lo alistan bajo pena de ser fusilado. Total, que han quedado solo unos pocos para todo Sarajevo. Un Sarajevo que se cae en pedazos, como me habían dicho y hemos podido comprobar.

Sofía solo era capaz de mantener la mirada en el tazón de café con leche que tenía delante. Henry se percató de ello.

—Corazón, ¿qué te pasa? Ya sabíamos dónde veníamos —la valenciana se limitó a asentir, por educación. Marcó una perezosa mueca de desganada sonrisa.

Pasaron la mañana sin novedades, y el mediodía; y también la tarde. Nadie del gobierno se acercó por las instalaciones de Naciones Unidas. Los cuatro mataron el tiempo de charla con el primero que encontraron por su lado, fuera personal de *Médicos sin Fronteras*, soldados o civiles. En su horizonte de atención, Antonio solo tenía fijado al último colectivo, aquellos que no llevaban uniforme. Todos a quienes preguntó eran personas designadas por el gobierno para colaborar en la distribución del material que llegaba en los convoyes humanitarios, los cuales cargaban en pequeñas furgonetas que después, en teoría, se dirigían a los distintos puntos de reparto. Un par de hombres se encargaban de dirigir las operaciones y, en ocasiones, enviaban algún bulto a un vehículo particular. El trabajo físico lo

realizaba gente mayor de sesenta años.

—¿Es usted periodista? —preguntó en francés a uno que vio que no hacía nada más que observar la escena. Ante el rostro de incredulidad que le mostraba, preguntó de nuevo, en inglés. El hombre se encogió de hombros y abandonó el lugar, a paso cansado.

Luis vio la situación y se levantó para ponerse a su lado.

—Si te puedo ayudar… Ya me habían dicho que el segundo idioma de los bosnios jóvenes es el alemán, dado que muchos trabajan allí, y más desde que cayó el famoso muro. El de la gente mayor es el ruso, parece ser.

—No hace falta. Es que me aburro y no sé qué hacer —fue lo que se le ocurrió argumentar. La búsqueda de Emina era algo indelegable que tenía que mantener en secreto.

La desesperación del grupo se incrementó con un segundo día de inactividad. Después de comer presenciaron la llegada de un nuevo convoy de vehículos. La maniobra fue similar a la del día anterior. En media hora las cajas que habían sobrevivido al saqueo serbio estaban apiladas en los lugares correspondientes y la expedición, ya más ligera, emprendía el regreso a Croacia.

Antonio miraba sin descanso a todos los civiles esperando ver a alguno con una cámara, un micrófono o una libreta de notas; un profesional con una tela sobre su chaleco antibalas en donde se leyera la palabra *PRESS* o las letras *TV*.

Fue al tercer día, y después de que Henry les informara de que antes de comer se desplazarían al hospital Koševo para verificar su situación estructural, cuando vio llegar a un par de jóvenes con las indumentarias soñadas. Se acercó a uno de ellos, que llevaba al hombro una cámara de vídeo. Después de darse a conocer y nombrar la organización que los había llevado allí, les lanzó varias preguntas cuya respuesta ansiaba conocer.

—¿Dónde estáis alojados, en el Holiday Inn?

—Sí, amigo. Es el único hotel abierto en Sarajevo, aunque lo deberían cerrar —respondió un hombre canoso de carnes magras, con

acento germano—. Aquello es un infierno. Basta ver cómo está la fachada sur para darse cuenta de que ese edificio no es un lugar donde se pueda vivir. Digamos que es un parapeto grande, poco más. No es un sitio seguro.

Le contó que ellos eran corresponsales de la cadena austriaca de televisión ORF, y que habían llegado hacía una semana.

—¿No tenéis traductor?

—Sí, es esa de ahí —señaló a una cincuentona delgada que cubría su pelo con un pañuelo negro y charlaba con un par de soldados—. Me ha dicho su nombre un par de veces pero no soy capaz de recordarlo: Narija, Marija, Merija… por ahí. Eso sí, habla alemán con soltura y también inglés. Es de aquí, de Sarajevo.

—¿Os importa si hablo con ella?

—A mí me da igual. Ahora bien, en cuanto se quede libre el comandante ucraniano quiero hacerle unas preguntas, y entonces será cuando la necesite. El *deadline*[10] la tengo en tres horas.

Sin dilación, Antonio se dirigió al lugar donde estaba la traductora. La mujer le sonrió y le mostró un rostro afable a pesar de no saber quién era. El español le habló en inglés. Esta le respondió en el mismo idioma.

—Marija, así es como me llamo, aunque sé que para vosotros la mayoría de nuestros nombres no son fáciles de retener.

El exesquiador solo tenía una cuestión que necesitaba respuesta, nada más que una.

—No lo sé. No sé quién es esa mujer que dices —confesó la bosniaca, después de ver la foto que, con disimulo, Antonio le mostró de Emina—. Yo llevo tan solo una semana como traductora de esta gente. Antes ayudaba al gobierno en el reparto de las cosas que traen los de UNPROFOR. Si la encuentro, le digo que aquí hay alguien que pregunta por ella. A ver, ¿me puedes repetir cómo te llamas?

Volvió al lugar donde el periodista austriaco aguardaba al militar ucraniano. Entretenía la espera de charla con el cámara.

—Oye, ¿te puedo pedir un favor? Cuando regreses, ¿me llevarías

en tu coche al hotel?

—Yo no soy una agencia de turismo. Habla con el militar que nos trajo, que es el que manda. Si fuera mi coche, encantado. Pero no es el caso.

Le señaló dónde se encontraba y se marchó hacia él, sin reparar en que alguien le estaba buscando. Al llegar junto al conductor egipcio, le preguntó en francés y en inglés, atolondrado, si podía meterlo en su blindado para llevarlo al Holiday Inn. El otro lo miró tan extrañado que comenzó a negar.

—Eso que llevo no es mío. Yo no puedo meter sin autorización a otra gente distinta de la que he sacado del hotel.

Iba a preguntar por el lugar donde se encontraba su superior en el momento en el que escuchó un chillido con su nombre, pronunciado con torpeza. Reconoció la voz y musitó algún improperio.

—Antonio, vamos —a lo lejos, Henry lo apremiaba para que se reuniera con ellos. El blindado de UNPROFOR que los llevaría hasta el hospital Koševo acababa de llegar y tenían que partir de forma inmediata.

El Hospital Koševo

El corto trayecto que recorrieron hasta llegar a Koševo se les hizo pesado, pues viajaban en un vehículo que no tenía iluminación natural alguna lo que conllevaba una desorientación importante para todo el equipo. Solo se colaba algo de luz por la ventanilla delantera del blindado, un trozo de cristal a prueba de balas que mediría cuarenta centímetros de largo por dos o tres de ancho. La torreta iba cerrada porque, aunque a partir del ataque al mercado en febrero pasado y el subsiguiente ultimátum de la OTAN, se llevaban viviendo varios meses de relativa calma, todavía se producía algún episodio de violencia, materializado en disparos aislados de francotiradores y media docena de impactos de mortero al día.

El hospital de Koševo era el mayor de Sarajevo, y se encontraba ubicado en el Norte de la ciudad y próximo al estadio olímpico donde

se celebró la ceremonia de apertura de los Juegos de 1984. Antonio pasó a su lado sin ser consciente de la cercanía a uno de los lugares más queridos en su historia personal más íntima. Aparcaron cerca de las urgencias. Los cuatro se apearon y entre Antonio y Henry cargaron con una caja metálica que los había acompañado desde Split. El blindado inició el camino de regreso. En una de las puertas laterales los esperaba un hombre con abundante alopecia que sonreía con una expresión formal sin que tuviera ánimo de mostrar mayor alegría por el encuentro.

—Soy el doctor Ibrahim Dzeko, jefe de digestivo del hospital Koševo. Me habría gustado darles la bienvenida de otra manera. Por favor.

El hombre les pidió entrar en el recinto. A diferencia de los recién llegados, el médico no cubría su cuerpo con un chaleco antibalas.

—Yo no podría trabajar con ese hierro puesto. Si tengo la mala suerte de que la muerte se acuerde de mí, quienes tengan que cargar con mi cuerpo no tendrán que recorrer muchos metros hasta el depósito de cadáveres —apuntó a un pequeño edificio gris sin aberturas situado al otro lado de la calle—. Ya saben, vamos a caminar guardándonos de las ventanas que dan al este, que son las más peligrosas.

El centro médico era un formidable edificio de varias plantas y grandes ventanales en el cual no quedaba un solo cristal encastrado en sus marcos. Las huellas de los ataques serbios se contaban por centenares, sobre todo en la fachada más próxima a las montañas. En su día la construcción sería blanca pero el exterior se había ennegrecido por los efectos de la pólvora. La amplia entrada a las urgencias tenía una marquesina de protección que había sido derribada por uno de los lados. La habían inutilizado con unos coches viejos debajo de la precaria construcción.

Tres horas después, y en un despacho del sótano, se reunían los cuatro miembros de *Facilities Over the World* con el doctor Dzeko y otros dos ayudantes suyos.

—Si la situación no se agrava, y no tienen que utilizar las plantas superiores y las que dan al este, el hospital no presenta, a priori, graves problemas estructurales, a excepción del lado norte del edificio, también muy castigado y que, con buen criterio, ustedes ya han inutilizado —consideró Luis Argüelles.

—Pero tenemos que colocar testigos —advirtió Escartín—. Hemos visto varias grietas que no sabemos si van a más o se han estabilizado. Necesitamos yeso.

—Dudo que UNPROFOR o ACNUR vayan a facilitarnos yeso —temió Dzeko—. Para que se haga una idea, en el momento de entablillar a alguien, como no tenemos de nada, ha habido que sujetar los miembros con tablas y alambres apretados al máximo, incluso con cuerdas. No, señor arquitecto, en Sarajevo no hay yeso para lo que dicen ustedes.

Siguieron hablando de la situación del hospital y llegaron a la conclusión colectiva de que el estado médico en la ciudad era mejor ahora que el vivido en los dos años precedentes, y que si no se agravaban las hostilidades, la estructura aguantaría sin necesidad de asegurarla con puntales.

—Me alegro de lo que dicen —comentó el doctor—. Si ya les he dicho que no tenemos ni yeso ni escayola, más difícil va a ser que en los Hércules o en los convoyes desde Split o desde Zagreb nos vayan a traer esos objetos tan pesados.

—Aunque no tenemos nada para colocar los testigos que nos indiquen si las grietas ceden, podemos señalar las que consideremos más relevantes y anotar su anchura por medio de una regla. Días después, repetimos la medición y ahí podremos verificar si se mantienen estables o si se abren.

Todos los presentes aprobaron con un asentimiento el correcto razonamiento de Sofía.

—¿Tenemos un plano del hospital, doctor Dzeko? —intervino Antonio.

El director de digestivo miró a uno de sus ayudantes y este respondió con un asentimiento.

Antes de finalizar, y ante las preguntas de Henry, le confirmaron que el hospital contaba en sus sótanos con un generador alimentado por gasóleo que garantizaba el suministro de energía, siempre que la demanda no fuera excesiva.

—El problema lo tuvimos el año pasado, cuando los ataques eran continuos y no dábamos abasto —informó uno de los ayudantes—. Se registraron muertes porque no pudimos asistir a pacientes que necesitaban diálisis o incluso a bebés que precisaban incubadoras. Si la demanda interior no se incrementa con la necesidad de operaciones urgentes, con el suministro actual, tendremos. Aquella fue una situación terrible que, como siempre, tuvimos que afrontar nosotros solos. Mientras, en Occidente, se nos veía por televisión, dos minutos en la sección de noticias y antes de los partidos de fútbol, siempre con un cubalibre en la mano y tirados en el sofá, ¿no?

El ácido comentario del médico ayudante propició unos instantes de tenso silencio. Fue el arquitecto oscense quien lo rompió.

—No todo el mundo, doctor, no todo el mundo. No nos eche la culpa a nosotros, que hemos dejado muchas cosas en nuestros países para venir a ayudarlos.

—Señores, la idea de poner en seguimiento las principales grietas me parece un éxito —Dzeko quiso finalizar con la incómoda situación suscitada—. No sé cuánto tiempo necesitarán, pero les propongo que se queden en el hospital mientras duren esas comprobaciones. Los sótanos son seguros. Bueno, eso lo tendrán que ratificar ustedes —esbozó una mueca de sonrisa apagada—, y podemos darles algo de alimentación. Ningún lujo, pero no se quedarán con hambre.

Les facilitaron folios, bolígrafos, lápices y varias reglas de uso escolar. Ellos habían llevado cuatro plomadas, seis niveles, guantes robustos, flexómetros, un compás de madera, un metro plegable por secciones, calibres, captadores de temperatura y dos escuadras de cincuenta centímetros de lado. Los destornilladores, alicates y otras herramientas se quedaron en la caja metálica. Se repartieron en dos equipos. Uno lo componía padre e hija y el otro el norteamericano y Antonio.

Este se sintió útil para los sarajevitas con el trabajo que iba a emprender, pero volvió a pensar en Emina y en qué lugar se podría encontrar de la ciudad. «¿Y si siguiera de traductora con algún periodista y a ese profesional le diera por visitar el mayor hospital de la ciudad?», pensó con encendida expectación.

La reunión

Las mediciones les llevaron dos días, dado que el hospital era mucho mayor de lo que parecía desde fuera y, además, observaron numerosas zonas donde el número de grietas era significativo. Por la propia lógica física de las aberturas provocadas por las ondas expansivas de las granadas o por los impactos directos, la anchura que presentaban era variable, por lo que no solo tenían que anotar los milímetros de separación en el centro sino también en los extremos. Al margen de en unos folios, pintaron con lápiz en las paredes la cifra, la fecha y la hora.

Esta labor les permitió recorrer el centro hospitalario, lo que provocó una inapetencia generalizada. Aunque habían procurado limpiarlos, dada la carestía de agua que sufría la ciudad, los pasillos, sobre todo los más próximos a las puertas de entrada y a las áreas de urgencias y quirófanos, presentaban zonas con una capa rojiza que revolvía el estómago. La ausencia de cristales había hecho que cubrieran las ventanas de un lateral con plásticos sujetos con cintas aislantes y clavos a las paredes, para evitar las corrientes. En el mes en el que se encontraban, la temperatura era agradable, incluso de noche, pero Antonio no quiso imaginar cómo se habían vivido los dos inviernos que llevaban de guerra. A él no se le había olvidado la crudeza de su clima.

Durante la última tarde, Henry Williams revisó las instalaciones eléctricas y tomó nota de las mejoras que había que introducir para que estas se mantuvieran en funcionamiento durante los próximos meses. Se necesitaban fusibles, relés, diferenciales y disyuntores. También pidió baterías, pero ya le anticiparon que en modo alguno

iban a conseguirlas.

—Por lo menos que traigan las cosas pequeñas que caben en un par de cajas que se pueden meter en cualquier avión.

Una hora antes de que regresara el blindado para recogerlos, se cruzó por uno de los pasillos con alguien que lo reconoció al momento. Antonio también supo quién era la persona que le abría los brazos para envolverlo en una expresión paternal.

—Mi amigo, veo que lo ha conseguido.

El doctor Mengíbar llevaba una bata que fue blanca hacía varias semanas, pero que la falta de higiene la había tornado en una coloración cenicienta enfrentada a la inmaculada que vestía en la sede madrileña de *Médicos sin Fronteras*.

Antonio reaccionó rápido. Cerca de ellos se encontraban los otros tres miembros del equipo. Ninguno sabía las verdaderas intenciones de su viaje a Sarajevo. Emilio Mengíbar sí las conocía porque tuvo que contárselo para justificar su exacerbado interés en ir a Bosnia. Se lo llevó a un aparte y procuró hablar lo más bajo que pudo.

—He venido a Sarajevo y me alegro de haberlo hecho, y no por aquella mujer y el niño. Me he enterado de que se marcharon hará unos meses a Módena —fue la primera población que se le ocurrió—. Están fuera de peligro. Pero yo me voy a quedar con el equipo hasta que nos digan. El gobierno nos necesita porque se han quedado sin arquitectos. Creo que, una vez que terminemos en el hospital, iremos al edificio de Presidencia, que también ha sido objeto de numerosos impactos.

—Yo llegué hace quince días y estaré aquí un mes más. La situación ha cambiado desde lo de febrero, y mucho. No vamos a decir que Sarajevo ahora es un balneario pero, comparado con lo que fue, no tiene nada que ver.

Siguieron de charla unos minutos más hasta que se despidieron con un fuerte abrazo.

Una hora después regresaban al tedio del depósito central de Naciones Unidas, donde tomaron la primera ducha desde que llegaron a Sarajevo. Antes de la cena, Antonio continuó escrutando a los civiles

que se movían por el lugar, algunos sin cometido concreto.

Hubo alguien que llamó su atención. Se trataba de un hombre de corta estatura, moreno con un bigote canoso y vestido como un indigente, con una chaqueta vieja y unos pantalones que le quedaban demasiado largos y cuyos bajos se pisaba con los zapatos, y tuvo una idea, rocambolesca, difícil, peligrosa, pero seguro que válida. Se acercó a él e intentó cruzar unas palabras. Este lo miró con recelo.

—Y, ¿qué quiere de mí? Seguro que eso que me cuenta de que ha estado en el hospital de Koševo y que es arquitecto es muy interesante, pero usted busca algo más de mí.

—¿Qué sabe de los traductores que colaboran con los periodistas?

—¿Que qué sé? Pues lo que saben todos, que siempre son mujeres, que muchas se acuestan con los corresponsales a cambio de algunos marcos o de cigarrillos o botellas de bourbon que luego cambian a cualquier desalmado en la primera esquina que se encuentran, que comen y cenan gratis en el Holiday Inn y que a veces se juegan la vida junto a los reporteros. Luego hay otras, las que buscan marido que las saque de aquí.

Antonio enarcó las cejas.

—Sí, no se haga el inocente. Más de una de esas mujeres ha engatusado al primer soldado o periodista que ha pillado y se ha casado con él para que la saque de Sarajevo. Luego, en destino, en Italia, en Francia o donde sea, le abandonará. Vamos, lo de siempre. ¿Qué más quiere usted saber?

Antonio intentó que al tragar saliva no se notara la desazón que le habían provocado las punzantes palabras de ese hombre.

—Y, ¿por qué dice usted que siempre son mujeres? —se interesó. La pregunta se había formulado en inglés, dado que era el único idioma foráneo que, aunque con alguna dificultad, manejaba el hombre.

—Porque los hombres en edad de empuñar armas están en la Armija —ante la mirada inquisitiva del arquitecto, el bosnio optó por

contestar con una frase justificativa ya aprendida—. A mí no me mire, yo estoy aquí por instrucciones del gobierno.

—Y usted, ¿conoce a muchas traductoras?

Respondió que no conocería a más de media docena. Antonio le mostró la foto de Emina, pronunciando también su nombre y apellido. El individuo negó.

—¿Y podría ir yo al Holiday Inn? Igual la veo allí.

El otro se apartó de él y soltó una risotada estentórea fuera de lugar. Varias personas los miraron.

—Amigo, no sabe usted lo que está diciendo. Pretender ir desde aquí al hotel es un suicidio y es joven para ello, por mucho interés que tenga en esa mujer. Incluso, puede que no esté allí. Las traductoras también van a sus casas. Olvídelo. Todavía, si me hablara de Baščaršija, el asunto sería diferente. Es un sitio más alejado, pero los edificios están más pegados entre sí y hay menos posibilidades de que los *snipers* se fijen en usted pero, aun así, necesitaría que alguien lo lleve para no perderse. De todas maneras, desengáñese. No se puede salir de aquí sin exponerse. Esos serbios hijos de la gran puta no descansan, ni de día ni de noche.

—¿De noche? —El legionario ya le habló de que el peligro de los disparos se extendía también cuando el sol se había ocultado.

—Claro, de noche. Algunos Zastava M76 tienen mira de visión nocturna. ¿Qué se ha creído?

Desalentado por la conversación, regresó a la zona donde descansaban sus compañeros de viaje.

—¿Algún problema, además de los que ya tenemos? —preguntó el norteamericano. Antonio negó sin palabras—. Me han dicho que mañana por la tarde vendrá un representante del gobierno, que tienen que proponernos algo. Y no me gusta.

Luis y Sofía levantaron la cabeza de la partida de ajedrez que jugaban a instancias del padre, que deseaba entretener a su hija con alguna actividad intelectual.

—No me miréis así. Digo que no me gusta, pero nada más. Nada más porque no sé nada más. Mañana nos dirán. Recordemos que estamos aquí auspiciados por las Naciones Unidas al servicio del

presidente Izetbegović y de su gobierno. Y ellos son quienes disponen de nuestro tiempo.

Después de la cena fue la valenciana quien retó al exesquiador a una partida.

—Sé las reglas, pero he de confesar que no juego desde que iba al colegio —alegó el oscense.

En menos de diez movimientos, la muchacha desplegó varias piezas que demostraron que el ajedrez era una de sus pasiones. Después de comerle dos peones seguidos, y aprovechando que nadie los oía, desveló la verdadera razón de la propuesta de partida.

—¿Cómo es Emina?

Su interlocutor sintió que un fino puñal se clavaba en su costado. Soltó un indisimulado respingo.

—A mí no me engañas como engañaste a mi padre cuando te lo preguntó. La reacción de aquel hombre que te pegó venía por una mujer. Eso olía a venganza personal —la joven hablaba sin levantar la vista del tablero.

La garganta de Antonio se estrechó y notó que le costaba trabajo tragar saliva.

—Aquí todos estamos por algo, no vayas a pensar.

—No entiendo lo que dices.

—Sí, Antonio, sí lo entiendes y, por favor, vigila tu alfil, no lo dejes sin protección —cobró la pieza de forma mecánica, sin exteriorizar júbilo ni autosuficiencia—. Mi padre quiso venir porque la situación en mi casa se ha deteriorado desde que dejó de trabajar. Él se marchaba de buena mañana y regresaba de noche pero, desde que se quedó en el paro, mi madre y él se ven a todas horas y no paran de discutir. Antes cada uno tenía su espacio y eso lo han perdido.

El contrincante de la valenciana se dio cuenta de que tenía delante un tablero lleno de piezas sin que hubiera diseñado ni una estrategia defensiva ni una ofensiva. Las movía por impulso. El resultado final de la partida era tan previsible que solo era cuestión de tiempo. La joven le ganó un caballo.

—Yo estoy aquí para adquirir experiencia profesional, eso es verdad, pero también porque me quería marchar de Valencia. Acababa de romper con un novio con el que estuve cuatro años y necesitaba dar a mi vida otro aire. Surgió esto y… ya ves. Cuando le pedí a mi padre venir me dijo que estaba loca, que cómo me iba a llevar a una guerra. Pero yo insistí. Me conoce bien y sabe que mis decisiones son firmes. Aunque Bosnia acabe con mi salud, creo que merece la pena. Y del americano, prefiero no hablar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú no eres mujer y porque has demostrado ser un caballero, pero él es un cerdo que me desnuda cada vez que me mira. Procura buscarme las vueltas para quedarse en algún momento solo conmigo y ya no sé cuántas veces me he tenido que refugiar en mi padre o en ti para espantarlo —ante la incredulidad de Antonio, la joven amplió información—. Sí, aunque tú no te hayas dado cuenta, porque te habrán dado el Premio Nacional de Arquitectura por ser muy listo, pero en otras cosas se te ve con poco mundo. Yo creo que ese es una especie de mercenario que ha venido aquí por dinero, por mucho dinero. Basta verlo, siempre bebiendo alcohol. A saber qué habrá negociado para él. Jaque.

Antonio intentó concentrarse en la partida que, a esas alturas, reflejaba ya una clara situación adversa. Se dio cuenta de que la interposición de un alfil desbarataba los planes de ataque de la rival.

—Muy bien —movió una torre y generó un nuevo jaque, que también fue solventado a su favor, esta vez con un movimiento del rey —. Algo me dice, Antonio, que esa Emina es alguien que conociste en Sarajevo cuando estuviste en las Olimpiadas, calculo yo. Ya sé que estás casado con una preciosidad de mujer, atractiva e inmensamente rica. Mi madre compra Lecturas y allí se os ve tan felices pero… demasiado felices. Tanta felicidad me extraña. Parece todo preparado, artificial.

La reina blanca se desplazó cuatro casillas en diagonal para cobrar una torre negra. Esta vez el jaque era mate. Se cruzaron las miradas por primera vez desde que comenzaron el juego.

—Búscala, Antonio, búscala. Yo también me aburro aquí y me

dedico a mirar a la gente, y veo que no paras de hablar con unos y con otros. Busca a esa Emina. Para que vengas aquí a por ella, tal y como está ahora Sarajevo, esa mujer debe de ser la hostia. Dudo que alguna vez encuentre a un hombre que haga por mí lo que tú estás haciendo por ella. Búscala, búscala porque seguro que merece la pena, y sácala de aquí.

Luis Argüelles se acercó por la mesa donde se había disputado la partida.

—¡Caray, Sofía!, veo que nuestro amigo Antonio ha durado menos que yo, que ya es decir.

—Quizá es que estaba cansado —le disculpó la joven—. Si te parece, la revancha la echamos otro día.

El exesquiador asintió sin pronunciar palabra alguna y sin cruzar la mirada, ni con el padre ni con la hija. No tenía valor para ello.

Mostar

No fue al día siguiente cuando recibieron la visita esperada sino dos días después. El grupo pasó otra jornada aburrida en un lugar que ya conocían a la perfección: mismos trasiegos, mismas rutinas, mismas comidas, mismos sonidos de explosiones… Los soldados franceses comentaban pormenores de los equipos de su liga de fútbol y los egipcios rezaban cinco veces al día sobre las esterillas de oración. Antonio se dedicó a poner en práctica lo que mejor sabía: mirar, buscar, esperar. Tuvo mala fortuna porque en el recinto de las Naciones Unidas no entró ningún periodista, o eso le pareció, ni pasó alguien cuya cara le fuera desconocida. Sí vio al hombre con el que entabló una esquiva conversación sobre reporteros, con un papel difuso en aquel entramado organizativo, sin una función clara a la vez que ofrecía una cierta sensación de querer pasar inadvertido, de desear que transcurriera el tiempo. Siempre alejado de la gente y sin cometido concreto.

—Nos tienen que disculpar. Quedamos en venir ayer pero, ya saben, estamos en guerra. Disculpen de nuevo —el desconocido

ofreció sus excusas en un inglés correcto, académico.

Quien acababa de arribar era un hombre de unos cuarenta años que vestía un traje marrón algo desaliñado y corbata verde sobre una camisa en la que no se había abrochado el último botón. Llegaba acompañado de otra persona con un aspecto similar, solo que con corbata color mostaza. Ambos lucían un abundante pelo rubio. Habían llegado en un vehículo blindado de UNPROFOR.

—Ya nos hemos enterado de su labor en nuestro mayor hospital. Se lo agradecemos mucho. Díganme, ¿aguantará la estructura?

Luis Argüelles, como el arquitecto más veterano del grupo, comenzó a exponer su teoría, que fue escuchada con palpable interés por los dos representantes gubernamentales. Antonio también aportó alguna opinión que recibió el asentimiento de los bosnios.

—Nos alegramos de lo que nos cuentan. Respecto al tema de la energía, todo depende de los de siempre, de los de las montañas —el hombre levantó el dedo índice de su mano derecha, apuntó al cielo y trazó unos lentos círculos en el aire—. Ya sabemos que si hay más necesidades asistenciales, el hospital no tendrá capacidad para generar suficiente energía para su propio consumo. Estamos en negociaciones con Naciones Unidas para el envío de dos generadores más y su correspondiente dotación de combustible pero, recordemos, sufrimos un embargo que alcanza hasta esas cosas que son de primera necesidad para una sociedad —se mostró desconcertado—. Y no sabemos qué puede pasar mañana.

Después de hablar sobre la situación del hospital Koševo, los dos políticos se miraron durante un instante que al grupo le pareció excesivo. Algo más tenían que contar.

—Como le comenté, señor Williams, además de evaluar el hospital, queríamos que comprobaran las estructuras de más edificios, con mención especial al palacio presidencial, por su simbología. Pero hemos hablado con el presidente Izetbegović y se han fijado nuevas prioridades —Antonio notó que sus pulsaciones se aceleraban—. No tiene sentido que malgastemos energías en defender la parte visible de un edificio en el cual la vida se registra en los sótanos. Si los serbios quieren gastar su munición en intentar destruirlo, que sigan en ello,

pero no van a causar ni una sola víctima sarajevita.

Después de volver a mirarse, el que parecía mandar en la pareja continuó.

—La realidad es que no sabemos qué va a pasar con Sarajevo. Ya saben ustedes que la ciudad está declarada por parte de UNPROFOR como una de las seis zonas seguras de nuestro país, junto a Srebrenica, Gorazde, Tuzla, Zepa y Bihac. Pero eso no significa que no vaya a haber hostilidades en otras zonas de nuestro país. Una de ellas es Herzegovina, cuya capital es Mostar, como conocen. Allí hemos llegado a unos acuerdos con los croatas de Tudjman que parecen definitivos. Los enfrentamientos ocurridos durante los dos años anteriores ya han finalizado. Por lo tanto, ahora tenemos que afrontar la tarea de reconstruir la ciudad. Sarajevo debe esperar a que finalicen por completo los enfrentamientos y que el *Grupo de Contacto* concluya su labor. Ojalá.

—¿Eso quiere decir que nos trasladamos de Sarajevo a Mostar? —quiso concretar el norteamericano.

—Correcto —ratificó el acompañante que, hasta ese momento, se había mantenido más callado.

Sofía resopló y su padre le agarró la mano. La muchacha cerró los ojos y se arrellanó en el asiento. No podía haber escuchado mejor música.

—Nosotros hemos venido a ayudar a los bosnios en aquello que más necesiten —recordó Luis Argüelles, como si fuera una declaración solemne—. Si es en Mostar donde se piensa que podemos aportar más, no tenemos nada que añadir. Pero, ¿y las marcas que dejamos en el hospital? ¿Y los croquis?

—No se preocupen por ello, hemos buscado a algún arquitecto local que puede seguir el trabajo. Ustedes han hecho lo más difícil. Si vemos que las grietas aumentan de tamaño, inhabilitaremos la parte del centro donde se dé esa circunstancia.

Los dos bosnios se fijaron en que una persona no había reaccionado con la noticia. Quisieron saber el porqué.

—Yo quise venir a Sarajevo porque entendí que era el lugar donde más ayuda podía prestar, pero si aquí no tenemos medios y hay un sitio en este país donde ya ha finalizado la guerra y podemos trabajar con mayor eficacia para ayudar a la población local, me parece una idea fantástica.

—Me alegro de que sea esa su reacción, señor Escartín. Viajarán acompañados de dos arquitectos sarajevitas que hemos rescatado de nuestro propio ejército, y que colaborarán con ustedes. Los destacamentos que hay en Mostar están formados por españoles y, según dice todo el mundo, realizan una labor envidiable, Seguro que eso también hará que ustedes trabajen más cómodos.

—¿Cuándo partiremos? —preguntó el norteamericano.

—Mañana. Ya está dicho al comandante de UNPROFOR y les va a proporcionar un blindado para que puedan viajar con seguridad. También los acompañará un VEC que irá en cabeza. Los serbios no se atreven con convoyes tan pequeños formados solo por vehículos militares blindados.

Se despidieron en la zona de salida y, una vez solos, Sofía se abrazó a su padre y siguió después con Henry y Antonio. La joven arquitecta mostraba una amplia sonrisa. Marcharse de Sarajevo era una liberación para ella. La mayoría de los días no soportaba tanta tensión y uno de los médicos de Cruz Roja le administraba tranquilizantes.

El oscense disimuló lo mejor que pudo y expresó por su boca lo opuesto a sus pensamientos.

—A mí me apetece mucho lo que nos han dicho. En Koševo poco podíamos hacer. Aquí no nos van a mandar materiales. Si no tienen ni para comer, como para traer ferrallas. Seguro que en Mostar podremos disponer de vigas y puntales. Tengo entendido que es una ciudad con aeropuerto y, además, está más cerca de la frontera croata, por lo que las perspectivas de transporte de material serán mayores.

—Si me quedara alguna botella, sería el momento de celebrarlo —Henry se contrarió—, pero ya no tengo nada. Al marcharse me han dicho que estarán por aquí sobre las siete de la mañana. Debemos ir a guardar las cosas en las mochilas. Después tomaremos nuestra última

cena en Sarajevo.

Sofía y Antonio se cruzaron una mirada que solo ellos entendieron.

Lo que les acababan de decir desbarataba los planes del oscense. Marcharse de Sarajevo conllevaba abandonar la posibilidad de encontrar a Emina y a Dino, quizá para siempre, una Emina que vivía pues así se lo había ratificado Miroslav durante el encontrón que tuvo con él antes de entrar en la ciudad. No se quería engañar, la complicada movilidad en Bosnia impediría cualquier desplazamiento entre las dos ciudades, de modo que no había mucha diferencia entre estar en Mostar o en Madrid.

No, no podía consentir marcharse de la ciudad y ya había pensado en un plan alternativo, algo que tenía que poner en marcha de forma inmediata.

Unas monedas de oro

Una vez que se quedó solo, se dio una vuelta por el recinto para buscar a quien le iba a ayudar. Lo encontró de charla con un soldado ucraniano. El hombre se extrañó al ver al arquitecto dirigirse a él.

—¿Podemos hablar?

Se despidió del militar y le preguntó qué quería de él.

—Ya sabes que en este lugar pasamos mucho tiempo, demasiado y, será por mi profesión, pero me gusta mirar, y miro.

El hombre desconfió de los comentarios del español. Se frotó las manos pero siguió atento a sus palabras.

—¿Te acuerdas que el otro día te pedí ir al hotel Holiday Inn? —El hombre concedió, despacio y con cautela—. Pues he desistido, tienes razón. Es muy peligroso. Entonces, pensé en lo que me dijiste y, sí, estoy de acuerdo contigo.

—Dígame adonde quiere llegar —exigió, con la misma expresión de recelo que dibujaba en su cara cada vez que hablaba con el

exesquiador.

—Vamos a un sitio más discreto —pidió, después de mirar a ambos lados y volver la cabeza.

Antonio ya había reparado en que en el lado oeste de la instalación había varias habitaciones acristaladas que solían estar libres, tanto de ocupantes como de ojos indiscretos. Le indicó el lugar con la mirada y hacia él se dirigieron los dos. El español portaba una pequeña bolsa de la que no se separaba en ningún momento. El hombre lo siguió en actitud escamada. Al cerrar la puerta le pidió que se pusiera de espaldas a la entrada para que así nadie viera lo que le iba a mostrar.

—Aquí estamos solos. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué más da cómo me llame? Dígame qué quiere de mí, y rápido.

—Quiero que me lleves a Baščaršija.

Al escuchar el nombre del barrio turco de Sarajevo, el hombre hizo ademán de levantarse, pero fue sujetado por el arquitecto.

—Espera.

Temeroso, volvió a sentarse.

—Tengo que ir a una casa, y no sé cuál es la dirección exacta, pero sí sé por qué zona está. En cuanto la vea, la reconoceré. Era cerca de una plaza con una especie de cilindro redondo de unos cuatro metros de altura, de madera, y coronado por una pequeña estructura, también de madera, como un capitel. Aunque no es un cilindro porque tiene lados, seis u ocho —el español no sabía cómo se decía en inglés *prisma hexagonal* u *octogonal*—. Creo que es un lugar famoso aquí, en Sarajevo, y uno de los símbolos de la ciudad. Seguro que lo conoces —el hombre asintió.

—Se llama el Sebilj.

—Sí, eso. Necesito que me lleves a esa plaza. Desde allí encontraré la casa que busco con total certeza, me oriento bien, incluso de noche.

El desconocido lo miró con una expresión que se movía entre la sorpresa y el escepticismo. Se mantuvo inmóvil. Era evidente que en aquella exposición faltaba algo.

—Ya sé que estas cosas no se hacen gratis. Estoy dispuesto a recompensarte.

—Mire, señor español —el hombre comenzó a hablar en un hilo de voz, como si temiera que en aquel despacho hubieran instalado micrófonos—. La recompensa tiene que ser alta, muy alta. Como ve, estoy en edad de empuñar un fusil, y si me pilla alguien de la Armija por la calle seguro que me meten en el ejército. ¿Me explico? Llevo demasiado tiempo escabulléndome gracias a mis contactos, pero no quiero tentar a la fortuna. Además, está el toque de queda, se lo recuerdo, y patrullas que se encargan de que se cumpla.

Había llegado el momento. Con cuidado de que no los vieran, Antonio abrió la bolsa y extrajo un pañuelo. Lo desdobló. El hombre pegó un salto al ver refulgir el oro.

—Tengo aquí diez monedas. Cada una pesa ocho gramos. Si me llevas donde te he dicho, son tuyas. Es lo único que tengo —era mentira, ya había retirado otras más, sin contar con el dinero en efectivo, pero lo anunció con una convicción tal que el desconocido le creyó, o eso le pareció.

Su interlocutor no podía sujetar la agitada respiración que experimentaba.

—Tengo que prepararlo, y no será fácil. En unos días le diré.

Antonio negó, despacio pero con determinación inequívoca.

—Tiene que ser esta noche. A las seis de la mañana seré un hombre muerto.

—Si lo hacemos esta noche, el muerto seré yo.

—Tienes que elegir: hoy o nunca. Mañana unos blindados nos llevarán a Mostar, y estas monedas se vendrán conmigo. Pierdes tú y pierdo yo.

El hombre comenzó a sudar. Por un acto reflejo, el párpado de su ojo izquierdo comenzó a oscilar en contra de su voluntad. Asintió.

—Necesito que me dé las monedas, ahora.

—Ni lo sueñes. Te las daré cuando me dejes en esa plaza. A partir de ese momento, serás un hombre rico. He hecho mis cálculos y

esas monedas las puedes convertir en muchos marcos alemanes. Y con ese dinero, en época de guerra tan avanzada como tenéis aquí, te puedes transformar en un auténtico amo. Podemos salir a las tres de la madrugada. No conozco las distancias con precisión, pero calculo que en una hora u hora y media puedes estar aquí de regreso.

Se quedó pensativo.

—Necesito una muestra de su voluntad. Me ha de dar una de esas monedas y 200 marcos.

—Ni hablar.

—Una de esas monedas y 200 marcos. Seguro que si rebusca bien en los bolsillos encontrará esos marcos que le digo. Me da igual que sea en billetes de 10. Si no, no hay trato. Dice que a las seis de la mañana será hombre muerto. Le ofrezco la salvación por muy poco dinero. Usted elige.

La reacción de Antonio tardó en llegar. No se fiaba de aquel sujeto, pero pretender encontrar la vivienda de Emina él solo, en una ciudad desconocida, de noche y con un toque de queda vigente, era una quimera. No se veía capaz ni de abandonar el recinto.

—Como me la juegues, te aseguro que te arrepentirás. Ya ves que he venido a Sarajevo con una organización auspiciada por las Naciones Unidas. Tengo mis contactos en el gobierno, ya lo has comprobado hoy. Con lo que me has contado, me basta hablar con quien sé para que mañana estés en medio del monte, expuesto a los serbios y con cuidado de no pisar una mina, que creo que hay más de una. ¿No? —faroleó con éxito, a juzgar por la reacción del individuo.

Rebuscó en la bolsa y extrajo dos billetes de 100 marcos que le entregó junto a una de las monedas.

—El recibo se lo doy otro día —ironizó—. Atento. Esté preparado a las tres de la madrugada, en punto, hasta con el calzado puesto. Me acercaré por donde duerme y le haré una señal. Ya veremos por qué puerta salimos.

El hombre se guardó el soborno en un bolsillo y se levantó sin mediar palabra. Según salía del despacho comenzó a esbozar una sonrisa que no podía reprimir. Alguien había dicho que las guerras son épocas de grandes oportunidades, y no había duda alguna de que la

que se le acababa de presentar era la mejor de todas. Con la familia emigrada en Alemania, y él escaqueado de sus obligaciones militares sin correr excesivos riesgos, ahora le llegaba una persona que le iba a regalar mucho dinero. No era tan ingenuo como para creer que ese arquitecto español había llegado a Sarajevo con lo puesto, nadie lo hacía. Estaba convencido de que las monedas que le entregaría formaban parte de un buen botín al que no iba a renunciar. Sabía dónde encontrar un machete, afilado y capaz de realizar su cometido con precisión, silencio y en una sola maniobra. La destreza la pondría él, no sería la primera vez. La noche sería su aliada, la mejor de todas: cómplice y muda para siempre.

La salida

Desde que había nacido, nunca antes Antonio había pasado una velada así. A las diez de la noche se apagaron las luces generales y cada una de las personas que no tenía servicio ocupaba su aposento, tanto los militares como los civiles que pernoctaban en las instalaciones de la ONU. No había llevado ningún despertador a Bosnia y el reloj que compró después de que el suyo se lo robaran tampoco tenía forma alguna de avisarlo. Por lo tanto, la única posibilidad que le quedaba para despertarse a las tres de la madrugada era no dormirse. Tapado con una manta cuartelera y sobre la misma funda de almohada limpia que les entregaron al llegar, el español no encontró mejor manera de matar el tiempo que la de revivir con los ojos abiertos o medio entornados los mejores momentos de su vida. Empezaron a salir nombres y situaciones que iban desde sus hijos Dino y Marta a Emina. También repasó los años en el Centro Nacional de Promesas, los innumerables viajes de esquí, las clases en la Escuela, los exámenes, las charlas con su madre, las tardes durante las Navidades en el taller de la tienda de Formigal liado con las fijaciones desajustadas, las largas noches de estudio en casa de Gerardo, sus dibujos ante las modelos naturales… Le pareció que era la mejor manera de combatir el impertinente sueño que quería apoderarse de

su consciencia y al que no podía sucumbir.

Cada tanto confirmaba la hora en el reloj. A partir de las dos y media comenzó a ponerse nervioso, tensión que creció al máximo a medida que se acercaban las tres. A y diez vio que una sombra le marcaba una seña. Se levantó con el mayor cuidado posible y agarró la mochila que había colocado debajo de la cama. Dejó el chaleco antibalas. Pensó que todos dormían pero se confundió. La cabeza de Sofía se incorporó. Se acercó a ella.

—Me gustaría conocer a esa mujer —las palabras de la valenciana eran un débil susurro—. Espero que te merezca. Suerte, Antonio, suerte y que te proteja la Virgen de los Desamparados. Rezaré por ti.

Abandonó la zona de las literas y se unió al desconocido.

—Vamos a salir por una de las puertas que dan al este, el lado más peligroso —musitó el que iba a ejercer de guía—. Está de guardia un soldado egipcio. Ahora supongo que ya se imaginará para qué le he pedido 200 marcos —Antonio supuso que, seguro, lo solucionó por la mitad, como mucho.

Al llegar a la salida, el militar les facilitó el paso y el guía le dio un par de palmaditas en el brazo. La puerta, como todas, estaba rodeada de sacos terreros apilados.

—Tenemos una hora, máximo. En hora y media cambian de turno y no sé quién será el que venga y cómo será de negociador, y yo tengo que volver. Vamos —ordenó, en un tono de voz casi inaudible.

La pareja se hallaba en la calle. La noche era cerrada, sin nubes y con un cielo estrellado que le pareció a Antonio algo hermoso, de no ser por lo peligroso de la situación que iba a vivir. No hacía excesivo frío y el silencio era absoluto.

—¡Ahora!

El hombre comenzó a correr seguido por Antonio, que se había ajustado la mochila a su espalda. Doblaron a la izquierda y enfilaron un puente sobre el Miljacka. Lo cruzaron con el cuerpo pegado al entramado metálico, moviéndose de lado. Al finalizar, se quedó en cuclillas. El arquitecto lo imitó. El hedor que subía del río era vomitivo. Al español le habían contado que se encontraba lleno de

cadáveres en descomposición. En ese momento comprobó la exactitud de aquella afirmación que había puesto en duda cuando se la refirieron.

—Bien, ya estamos en la otra orilla y, de momento, no hemos visto patrullas —la respiración era algo agitada, más que por el esfuerzo, por la tensión—. Sigamos. Ahora va a ser lo más peligroso porque hay que alcanzar ese edificio por el costado y las calles abiertas son las peores.

El hombre se incorporó y comenzó a correr con una velocidad galopante, impulsándose con los brazos. Antonio, que se mantenía en forma a pesar de que hacía poco deporte, lo siguió sin separarse de él más de cinco o seis metros. En unos segundos alcanzaron un portal abierto, por donde entró el guía. Esperó a que llegara el español. Descansaron unos instantes. El hombre señaló un enorme boquete que alguien había practicado en uno de los laterales.

—Vamos, por aquí.

Para su sorpresa, se acababan de meter en el interior de una vivienda vacía. El hombre sacó una linterna y le fue iluminando para evitar que tropezaran, aunque ya no había mueble alguno ni enseres. Los domicilios habían sido saqueados y se habían creado unos corredores de fortuna para que la gente se desplazara por ellos y evitar así los incuestionables peligros que presentaban los movimientos por el exterior.

Al finalizar el bloque se detuvieron unos instantes en el umbral del nuevo portal al que habían llegado desde dentro de la manzana.

—Ahora vamos a atravesar la calle, y es transversal al río, por lo tanto, de las más peligrosas. Sígame.

Sin mediar más palabra emprendió otra carrera sobre cascotes y cristales rotos, que crujían a su paso. Dejaron de un lado una furgoneta carbonizada que yacía en el centro de la calzada, como un cadáver que nadie quisiera enterrar. Alcanzaron el nuevo portal.

Por lógica, él tenía que ir delante, por lo que la maniobra con el machete iba a dificultarse pero, con las demostraciones de movilidad

nocturna y felina que evidenciaba, estaba convencido de que se había ganado la confianza del español. Acertaba.

—Tenemos que atravesar otra manzana, que está igual que todas, abierta por su interior. Esta es de un colegio. Nos quedan tres más para llegar a Baščaršija, aunque en alguna ocasión tendremos que ir por la calle trasera. En el edificio de la universidad no han practicado corredores. No lo entiendo. Una vez en el barrio —prosiguió, con la respiración dificultosa—, las viviendas son más pequeñas y están habitadas, pero nos podremos mover con mayor facilidad, aunque vayamos por el exterior. Están más juntas y ahí los francotiradores no tienen visibilidad. Ellos eligen blancos más fáciles. Toma tú la linterna y ve delante, que no me fio de que nos siga una patrulla y tengo que estar alerta.

Antonio empuñó la Maglite e iluminó el boquete, como había hecho el guía. Más deprisa de lo que se podía imaginar, pasó de habitación en habitación sin necesidad de agacharse porque las aberturas eran anchas y poseían una altura suficiente. A pocos metros de él, alguien se palpaba de nuevo el machete. Lo utilizaría nada más entrar en la siguiente manzana. La mochila que llevaba el español seguro que iba a convertirlo en alguien capaz de abandonar Sarajevo, y con mucho dinero encima.

La pareja pasaba estancia tras estancia, así hasta llegar a otro portal y a otra calle, igual que todas, destrozada. Enfrente, un nuevo acceso que parecía llamarlos. Corrió lo más rápido que pudo, medio agachado para ofrecer la menor superficie posible a un *snajperist* con fusil de visión nocturna. Alcanzó su destino con facilidad. Al momento, llegó el guía. Antonio preguntó si seguían y el hombre respondió que sí, que adelante. «No llegarás vivo a la siguiente calle», pensó el bosnio.

Nada más adentrarse en el nuevo vestíbulo, se abrió una de las puertas de otro piso y la pareja sintió que la noche se había vuelto día. Cinco potentes linternas los enfocaban a la cara, a los ojos, con clara intención de cegarlos. Una fuerte voz de hombre pronunció una

palabra, una sola cuyo significado entendió a la perfección uno de ellos. Antonio, por mimetismo, también levantó las manos.

—*Stani!*

Los portadores de las linternas iban armados con una pistola excepto una silueta, que llevaba un fusil colgado a la espalda. Vestían ropa de camuflaje y boina verde. Se desplegaron en semicírculo, siempre en el interior del portal. Uno de ellos, que llevaba un distintivo en las hombreras que el español no alcanzó a distinguir, pronunció unas palabras que el arquitecto supuso serían en serbocroata. El guía respondió de forma atropellada. El militar mandó silencio. Con nervios crecientes, Antonio comprobó que la linterna de la persona que había hablado lo enfocaba a los ojos a una distancia cada vez menor: el desconocido se estaba acercando. El portador de la luz volvió a hablar y el guía hizo de intérprete.

—Pregunta su nombre.

Antonio respondió con su filiación completa, profesión e indicó, además, que estaba en Sarajevo en una misión de Naciones Unidas. El otro traducía, conforme hablaba. Después, añadió algo que el español no entendió.

El militar apagó la linterna. Ordenó a sus hombres unas consignas. Todos lo atendieron menos la persona del fusil, que se mantenía inmóvil, en retaguardia. En ese momento, el arquitecto reparó en que esa figura correspondía a una mujer. Se abalanzaron sobre el guía y le propinaron varios golpes y rodillazos. El pobre diablo cayó al suelo donde recibió unas patadas más. Con la boca ensangrentada y quejándose de dolores, lo esposaron con las manos a la espalda y se lo llevaron a la calle, de los pelos. En el portal se habían quedado solos el militar, el arquitecto y la mujer desconocida, la cual se había mantenido al margen. Antonio entendió que le preguntaba si hablaba alemán.

—No, no hablo alemán. *Je parle français, I speak English*. Soy español.

El hombre lo miró y sonrió. Se guardó la pistola en la cartuchera. Volvió a encender la linterna pero, en esa ocasión, en vez de enfocar al oscense, se enfocó a sí mismo. Sobre su cara se

generaron unas sombras duras y desagradables. Antonio notó un vuelco en el corazón al reconocer unos rasgos, nuevos pero familiares. Si esa persona era quien creía, la mujer que lo acompañaba tenía que ser… Se volvió hacia ella y no fue capaz de dominarse:

—¡Emina!

La desconocida encendió su linterna y se iluminó su cara. Antonio sufrió una decepción.

—Ya sé que eres español —afirmó el militar, en un inglés rudimentario pero suficiente—. Yo soy Eldar. Emina es mi hermana. Ella es Jelena, mi novia y una de las mejores contrafrancotiradoras de la Armija. Vamos a casa.

El Sebilj

El trío caminaba en silencio. La linterna que portaba Eldar permitía que el grupo se abriera paso con soltura a través del interior del edificio. Al llegar al portal, el bosnio le informó de que tenían que salir a la calle pues el resto de edificios no estaban horadados.

—Ya estamos cerca de Baščaršija, y eso es bueno para nosotros. Vamos.

Eldar iba en cabeza y Jelena cerraba el grupo. Después de avanzar por unas calles y girar en alguna esquina, alcanzaron una plaza que a Antonio le resultó familiar: era donde se levantaba el Sebilj, la fuente musulmana símbolo de la ciudad. Si le dejaran solo, el español habría sido capaz de llegar desde allí a la casa de Emina.

—Esta plaza antes estaba llena de palomas —evocó Eldar—, pero desde que empezó la guerra ya no queda ni una. Todas han acabado en nuestros estómagos. En el río, antes también había peces. Antes. Y por las calles de Sarajevo vagaban perros y gatos. Antes.

Se apoyó en una pared y encendió un cigarrillo. Le ofreció a Antonio.

—En Sarajevo nunca ofrecemos tabaco a nadie, es algo demasiado valioso, pero contigo haré una excepción, aunque supongo que no fumarás —el gesto del exesquiador confirmó su sospecha.

Después de la primera calada, continuó hablando—. Te preguntarás quiénes somos nosotros. Entre otras cosas, nos dedicamos a reclutar a los cobardes que no se quieren alistar voluntarios, como tu amigo. Alguien de dentro nos había dicho que ese tío iba a salir con una persona, pero no me podía haber imaginado que ibas a ser tú. No sabíamos que estabas en Sarajevo.

—Ese no es mi amigo. Lo contraté para que me trajera justo aquí. Desde este lugar sé llegar a vuestra casa.

Eldar sonrió.

—Ha sido una casualidad encontrarte. Lo último que nos podíamos imaginar era que esta noche íbamos a pescar dos piezas muy distintas. La una, la de un delincuente; la otra, la del padre de mi sobrino.

—¿Dónde está Dino? —la pregunta fue formulada con ansia, con imperativa necesidad de información ya que hasta ese momento no le había parecido oportuno interesarse por su familia. El bosnio volvió a sonreír, ante la pasividad de la mujer, que se limitaba a mirar en todas direcciones.

—¿Dino? Vamos, todavía tenemos unos minutos hasta llegar a casa. Aunque dices que sabes llegar tú solo, vamos a escoltarte.

Apagó el cigarrillo contra la pared y guardó en la cajetilla el generoso trozo que restaba. Cruzó una fugaz mirada con Jelena y, sin palabras, ambos iniciaron la marcha. Antonio los siguió.

Avanzaron por el lateral este de la plaza, en silencio, y atravesaron el lugar donde se ubicaba la fuente. Cruzaron a la carrera una calle que cortaba su ruta. Se incorporaron en los andares: el peligro más relevante había pasado.

Cinco minutos después, el trío divisó la vivienda de Emina. Antonio no podía creer que estuviera tan cerca de su casa, de uno de los lugares donde se enamoró de ella y del sitio en el que, parecía, se encontraba Dino, su hijo, de quien no tenía noticia desde hacía más de dos años.

Tras una pequeña carrera, llegaron junto al edificio y se presentaron delante de las escaleras.

—Nosotros te dejamos aquí. Supongo que te acuerdas de cuál es

nuestro piso. Si tienes un mechero podrás llegar a él sin problema. Si no lo tienes, ten cuidado. Arriba no hagas ruido. Jelena y yo tenemos que regresar a seguir buscando traidores que eluden su responsabilidad.

Sin más explicaciones, se dieron la vuelta y en unos segundos se perdieron en la noche. Las pupilas del español llevaban muchos minutos sin recibir impactos luminosos cegadores y se habían agrandado al límite, por lo que su visión era aceptable. Descendió los peldaños y abrió el portal. Llegó al vestíbulo y, a tientas, alcanzó las escaleras. A pesar de haber estado solo una vez, y hacía de aquello diez años, su cerebro de esquiador alpino le llevaba a reconocer los espacios con precisión, incluso los cerrados y angostos. Ascendió escalón a escalón. Al llegar al primer piso constató que la puerta de la derecha estaba abierta. Parecía que la vivienda estaba vacía. Creyó recordar que pertenecía a una familia serbia.

Alcanzó el último piso. No necesitó llamar porque la hoja se encontraba entornada. Desde el interior se escapaba el leve resplandor de una pálida fuente de iluminación que rápido asoció con una vela, y un fuerte olor corporal, como si en aquella vivienda hubiera mucha gente.

Eran las cuatro de la madrugada.

El nº 20 de Prijepoljševa

Apoyó la mano en la madera y la empujó con suavidad. Lo primero que tenía delante era el pequeño pasillo que hacía las veces de distribuidor. Si la memoria no lo traicionaba, el domicilio era de dos piezas y un salón, además del baño y de la pequeña cocina. Se movía sigiloso, con pasos poco marcados y de puntillas. Pronto escuchó respiraciones. Se asomó a una de las habitaciones y comprobó, gracias al pequeño resplandor de una vela, que tres personas dormían en colchones diseminados por el suelo. Se agachó junto a una de ellas que, al sentir una presencia extraña, pegó un respingo y se incorporó. La longitud del pelo delató su sexo: era una

niña de once o doce años, quizá trece. Los dos se miraron en la penumbra, desconcertados. Ella preguntó, en voz queda, algo que Antonio no entendió.

—Dino —fue el único vocablo que pronunció el español.

—¿Dino? —la respuesta vino en forma de pregunta. La niña se apartó el pelo de la cara y se levantó, despacio. Lo tomó de la mano y lo llevó de nuevo al pasillo. Camino de la otra habitación, distinguió el salón, donde dormirían otros cinco o seis, sin saber si eran adultos o niños, alguno soltando un ligero ronquido.

—Dino —la pequeña guía, que dormía vestida, señaló una habitación. Era la única que tenía la puerta cerrada y al español le pareció que era la de Emina. Dejó a Antonio en el umbral y la criatura regresó a su jergón.

Con sigilo, giró el picaporte. La puerta cedió, despacio. La única claridad que se percibía era la proveniente de la calle y que entraba por la ventana abierta. El español distinguió dos camas, ambas con sendos bultos, uno más grande que otro. Se acercó al más pequeño y se quedó a escasos centímetros de él. Quien tenía delante, pero no veía, era alguien que respiraba con tranquilidad, quizá mecido por algún plácido sueño. Activó su olfato y, a pesar del tiempo transcurrido y de la suciedad de la colcha que lo cubría, reconoció la fuerza de los lazos de sangre. Puso la mano en el hombro y lo meneó con mimo. El cuerpo se removió. Antonio notó que su corazón se aceleraba. El niño abrió los ojos y se encontró con la cara de alguien familiar que le sonreía. Tardó un instante en reconocerlo:

—¡Papá! —el muchachillo se incorporó y se lanzó al cuerpo de su padre como lo haría un tigre sobre su presa— ¡Papá! ¡Papá!

El abrazo que se dieron solo fue interrumpido por una luz nueva: un mechero iluminaba la estancia hasta que la llama del encendedor fue sustituida por la de una vela.

—¿Antonio? —el español reconoció la voz de Damir, el padre de Emina.

El nieto y el recién llegado se aferraban con la sensación de recuperar algo que creían perdido, quizá para siempre. Después del abrazo, comenzaron los besos.

—Papá, tú en Sarajevo. ¡En Sarajevo! ¡Tú aquí! —el chaval se esforzaba por hablar español— ¡Qué bien, qué bien!

Se volvieron a abrazar en tanto Damir los miraba desde su nueva posición, incorporado y con los pies en el suelo, testigo de un encuentro tan insospechado que, a pesar del mensaje que le enviaban sus ojos, no podía creer.

Dino se soltó de su padre y abandonó la habitación. Salió al pasillo y comenzó a chillar unas palabras que el español no entendió. Al momento comenzaron a entrar en la estancia varios niños, de todas las edades. En instantes, a pesar de la hora, Antonio se vio rodeado de otros once pequeños, según contó. La mayor, por lo menos la más alta, era la niña que le había llevado a la habitación de su hijo. El resto eran personitas que tendrían desde los cinco o seis años hasta los diez, como la edad que su hijo cumpliría en noviembre de ese año.

El pequeño comenzó a ejercer de anfitrión y recitó una serie de nombres, todos nuevos para el español, mientras señalaba a cada uno. Al escucharlo, los aludidos esbozaban una pequeña sonrisa, alguno levantaba la mano para hacerse notar. Los más pequeños estaban en ropa interior y no podían ocultar en sus caras el sueño que les invadía. Damir dio un par de palmadas y los habitantes de la casa regresaron a sus habitaciones, que no eran otras que el dormitorio del matrimonio, el salón y la cocina. Una vez que se quedaron solos, el abuelo le preguntó algo que el español no entendió. Su hijo hizo de traductor.

—Dice que cómo venir tú.

—Dile que he venido a por ti y a por tu madre. ¿Dónde está ella ahora?

—¿Mamá? Mamá no aquí.

—Ya, ya veo que no está mamá. Pero, ¿dónde está mamá?

—Mamá no está —finalizó la frase y envolvió de nuevo a su padre con sus brazos que, en esos dos años, se habían desarrollado a lo largo, pero no en diámetro.

Antonio intentó calmarse. No era fácil mantener una conversación con alguien que solo tenía unas nociones de su idioma aunque mucha voluntad. Faltaba la traductora.

—Mamá no está.

—Ya, ya lo sé, Dino. Ya sé que mamá no está ahora aquí, pero ¿dónde está mamá?

El pequeño se encogió de hombros.

—No sé. Mamá viene hoy, mañana… no sé. Viene…

La situación era desesperante pero procuró no perder la paciencia. Aquello parecía un jeroglífico hablado. No se le ocurrió nada más que abrazarlo y permitir que el sentimiento hablara más que la voz. Mientras, a lo lejos se escucharon un par de explosiones que le recordaron dónde se encontraba, en qué lugar del planeta había llevado a su persona con un objetivo determinado. Ahora, junto a Dino, sabía que estaba más cerca de conseguirlo.

Damir pronunció unas palabras y su hijo volvió a ejercer de traductor.

—Abuelo dice que ahora es hora dormir. En dos horas, sol en ventana. Dormir. ¿Dormir conmigo?

Dino se desplazó en su pequeña cama individual. Antes de que Damir apagara la vela de un soplido, lo último que vieron los ojos de Antonio fue la carita de su hijo al moverse para dejarle sitio. Lo tapó con la colcha y la manta y él se quedó a su lado. Lo besó y le susurró, lo más bajo que pudo:

—Tienes que dormirte. Papá está a tu lado. Papá nunca se va a separar de ti. Nunca.

El pequeño suspiró y cerró los ojos. A lo lejos, se escuchó una nueva explosión. Y luego otra.

La destilería

Si se lo hubieran anticipado, habría negado mil veces que, en aquella situación, había sido capaz de cristalizar un sueño tan profundo que no se enteró de que la vida había entrado de golpe en la vivienda y que la noche era solo un recuerdo próximo. Al desperezarse comprobó que se hallaba solo en la habitación de Emina, ahora usada por su hijo y Damir. Miró en derredor y sintió una punzada en su corazón cuando vio que los anaqueles donde colocaba los libros que con tanto interés

adquiría y leía ahora se hallaban vacíos. Temió por su destino. Tampoco había rastro de los dos cuadros al óleo que recordaba pero sí se sorprendió al ver colgados en la pared, y sujetos con chinchetas, los dibujos que les había hecho. Habría por lo menos dos docenas, desde el primero, trazado en el café del primer encuentro, hasta uno que realizó a Emina y a Dino a pesar del balanceo de una de las golondrinas del puerto de Barcelona. Solo faltaba el que le dibujó desnuda en casa de Selma. En una de las esquinas seguía el *Cobi* que regaló a su hijo la última vez que lo vio. Se emocionó al recordar su cara cuando recibió el muñeco en el aeropuerto de Barcelona.

Se escuchaba jaleo y se levantó algo desorientado. Al entrar en el salón, se encontró al abuelo, sentado sobre una silla metálica, con un libro infantil en la mano, mientras leía algo a todos los niños. Al verlo, Dino se levantó y corrió a abrazarlo de nuevo.

—¡Papá! ¿Dormir bien?

Ahora que lo tenía a su lado, con buena luz, comprobó que su hijo había crecido varios centímetros desde la última vez que estuvo a su vera. Damir interrumpió la lectura pero Antonio pidió que continuara. Se dirigió hacia donde había dejado la mochila y sacó varias chocolatinas que había conseguido en el cuartel de UNPROFOR. Eran para su hijo, solo para su hijo, pero Sarajevo vivía una situación donde, intuía, la palabra *solidaridad* iba a cobrar especial sentido. Por lo menos el tiempo que estuviera allí. Las devoraron con ansia.

Al finalizar las lecturas, todos los pequeños salieron a la calle. Ellos con una pelota y ellas con una cuerda para saltar a la comba. Dino pidió a su padre que los acompañara.

—¿No es peligroso?

—No, peligro no —su hijo hizo ademán de empuñar un rifle y de disparar, a la vez que negaba con la mano. Le hacía ver que los *snipers* no llegaban hasta donde ellos se encontraban, que estaban a salvo. Los pequeños habían montado con piedras un minúsculo campo de fútbol y correteaban de un lado a otro tras la pelota, ajenos a la pavorosa tragedia en la que vivían. Antonio se unió a uno de los equipos.

A la media hora de estar en la calle, el español vio llegar a Eldar. Caminaba solo, con el fusil al hombro. Al contemplar la situación, el

bosnio no evitó mostrar una sonrisa.
—¿Quién ha venido a Bosnia, un esquiador o Romário?
Se abrazaron en una situación distinta a la vivida hacía tan solo unas horas. Al ver llegar al militar, los niños interrumpieron sus juegos y corrieron a rodearlo. Este sacó de la pequeña mochila que llevaba a la espalda unos cuantos Toblerones que repartió ante la algarabía general. Exclamó algo en bosnio que Antonio no entendió. Supuso, por lo que pasó después, que les pidió que partieran cada barra en varias unidades pues no había llevado suficientes para todos. Los vieron regresar a sus juegos.
—¿Qué te ha pasado en la cabeza? Tienes una herida.
—Una tontería. Me golpeé al entrar en un blindado. Son más duros que mi cabeza —el español no quiso desvelar la realidad del desgraciado encuentro con Miroslav.
—¿Has visto a tu hijo? Como todos los niños de Sarajevo, está muy delgado, pero ha crecido en estos meses —comentó, siempre en su inglés precario pero esforzado.
—Lo que no he conseguido saber nada es de su madre. ¿Dónde está Emina? —indagó, con algo de miedo.
—¿Emina? Emina trabaja como traductora para los periodistas desplazados a Sarajevo. Como vienen y van, no pasa muchas semanas con el mismo. Ahora creo que está con uno de un periódico sueco, no sé cuál. Suele estar en el Holiday Inn, que es donde se hospeda esa gente. A veces está una semana sin venir pero, cuando regresa, siempre trae cosas para los niños y algo de comida para la casa. Es una de las ventajas de trabajar con esos, además de que pagan con generosidad para lo que son nuestros sueldos. Y en marcos.
El bosnio extrajo el trozo de cigarrillo que guardó en la cajetilla la noche anterior y lo prendió con un encendedor de pedernal. En la primera calada cerró los ojos y aspiró en profundidad.
—¿Y todos estos niños? ¿De quién son?
—Estos niños están a cargo de nosotros. Algunos son huérfanos de padre y madre. En otras ocasiones, su padre o su madre habían huido de Sarajevo en los primeros momentos de la guerra y el que quedó ha muerto, o estaban con gente que no se puede hacer cargo de ellos,

como abuelos muy mayores o enfermos. Estamos pendientes de una evacuación que se puede producir en cualquier momento. Se está en negociaciones con el gobierno alemán. Mientras estén aquí, procuro que no les falte un vaso de leche cada día, alguna cucharada de Maizena y fruta, un par de piezas a la semana. Por lo demás, ya los ves, ellos solo piensan en jugar.

Ajenos a la conversación, los niños seguían con sus actividades, todos mezclados: dos chicos movían la comba para que una niña saltara entretanto otra niña pegaba patadas al balón con bastante acierto.
—Y, ¿no van a clase?
—A veces viene el profesor y los junta en el salón. Salir de esta zona es demasiado peligroso y no queremos que se expongan, aunque ahora vivamos un alto el fuego que parece que, más o menos, se respeta. Preferimos que sean niños analfabetos que niños muertos o sin piernas o brazos. Lo uno se podrá arreglar con el tiempo. Lo otro, no. Los serbios no distinguen entre adultos y niños. Ya han muerto más de mil menores, solo en Sarajevo. En esta guerra la población civil no es una víctima indirecta, sino el objetivo en sí mismo. Otras veces —siguió Eldar—, nos encontramos con bebés que han sido repudiados por sus madres después de haber quedado preñadas tras las violaciones de los serbios. En los pueblos, a la gente de Mladić no se le escapa una. Como muchas están en edad fértil, un buen número quedan embarazadas, y una gran parte de ellas no quieren exponerse a un aborto y tampoco quieren saber nada de la criatura.
Apuró el cigarrillo hasta llegar al filtro. Lo tiró al suelo y lo aplastó con la bota.
—¿Y Jelena?
—Por ahí. Jamás dice a nadie, ni siquiera a mí, dónde se instalan para trabajar. En Sarajevo hay simpatizantes ocultos de Karadžić, e informan a los de las montañas de nuestros movimientos. Ella es serbia, sus padres son de Belgrado, pero nació en Sarajevo y odia a Milošević y a Karadžić, aunque la persona que más desearía tener en la mira de su rifle es a Mladić. Ya ves, hasta que empezó todo esto,

nunca antes habíamos imaginado que para vivir tuviéramos que matar.

—¿Una serbia disparando a un serbio?

—Esto es Sarajevo. Una ciudad independiente de la etnia de procedencia de cada uno. Siempre fue ejemplo de respeto, de tolerancia, hermandad y convivencia. Sarajevo es un sentimiento. Sé que no es fácil de entender.

El bosnio elevó las cejas, como epílogo a su explicación. Antonio había prejuzgado con negatividad el nivel de inglés de su interlocutor, pero se sorprendió conforme pasaban los minutos.

—Me voy a marchar a dormir un rato, hasta la hora de comer. Hace unos días conseguí algo de carne y mi padre cocinará un caldo.

—Y ¿no puedo ir yo a buscar a tu hermana?

Eldar mostró una sonrisa complaciente.

—¿Estás loco? ¿Sabes la distancia que hay entre nuestra casa y el hotel? Además, se encuentra en el peor sitio de Sarajevo, en plena *Sniper Alley*. Es un suicidio. Lleva varios días sin venir. Es posible que regrese entre hoy o mañana. Pasado como mucho. No puede estar demasiado tiempo sin ver a su hijo.

El militar bosnio se dirigió al edificio. Al ver que Antonio se quedaba solo, Dino lo llamó con las manos puestas como si estas fueran un altavoz:

—¡Papá! ¡Jugar, jugar! ¡Tú, portero!

Media hora después de estar con los niños, entró de nuevo en el edificio y subió al piso. Con la claridad del día apreció en detalle y con tranquilidad su calamitoso estado. Confirmó que la mayoría de los libros del salón y los que Emina tenía en su habitación habían desaparecido. Solo quedaban unos cuantos volúmenes apilados en una esquina. No vio igualmente ni la mesa grande ni las sillas que la rodeaban. Recordaba que eran de madera. Quien sí seguía presidiendo la estancia más importante de la vivienda era la imagen de Tito, tal y como sucedía en 1984, aunque ahora se encontraba más descolorida. La televisión aquella tan flamante que Emina había regalado a sus padres tampoco estaba, así como las camas, excepto las dos que todavía continuaban en la habitación de su mujer. Los cacharros que quedaban en la cocina se encontraban apilados sobre una mesa de mármol: también habían desaparecido los muebles, tanto los altos como los bajos.

Sentado en su silla, Damir escuchaba en bajo la radio. Al verlo, le sonrió, le señaló el cable y le dijo algo. Si Antonio hubiera sabido

bosnio, habría entendido que le contaba que, en ese momento, disponía de luz eléctrica y que por ello podía escuchar las noticias de Radio Sarajevo sin consumir pilas. El viejo partisano señaló un marco en el que se veía a su mujer, muy sonriente, en una foto que tenía ya muchos años. La expresión de nostalgia que mostró no necesitaba traducción.

Brujuleó por el salón y vio que sobre los jergones había varios cuentos y algún libro de texto. Tomó uno de matemáticas y comprobó que las cuentas y las operaciones hablaban un idioma universal: los quebrados eran iguales en cualquier lengua, como la geometría y las raíces cuadradas. Ojeó un gran atlas geográfico, lleno de fotos, y algunos libros de literatura de los que no entendió ni un solo vocablo. También vio un Corán. Volvió a salir a la calle y se sentó sobre una piedra. Sarajevo. Por fin había llegado a Sarajevo. Vio a lo lejos a Dino y recibió una nueva lección de vida que se abría paso, de ganas de continuar existiendo en un lugar donde el mundo se había trastornado. Permaneció unos minutos con la agradable visión del juego de los niños, esas doce criaturas que no entendían otra necesidad que la de disfrutar.

La niña rubia de pelo largo que conoció en primer lugar mandó al grupo regresar al edificio. Era indudable que era la lideresa de toda la chiquillería. Con goterones de sudor entraron en la vivienda y se dirigieron al salón. Se tiraron sobre los colchones y se pusieron a leer los tebeos, sin hablar para no molestar a Eldar, que dormía en la cama de su sobrino. Damir apagó la radio y fue a la cocina a preparar el caldo. Cada niño tenía su vaso, su plato y su cubierto, los cuales no lavaban por carecer de agua corriente. Comieron por turnos y, según terminaban, se marcharon a dormir una siesta o a leer a su jergón. El abuelo indicó algo a Dino y este se lo tradujo a su padre.

—Dice que, después de siesta, ir a por agua. Seis.

—Seis, ¿qué seis?

Dino señaló a su abuelo, a él, a su padre, a dos niños como él de altos y a la niña de pelo largo, cuyo nombre era Alma.

—¿Peligroso? —Antonio formuló una pregunta de fácil entendimiento.

—No, peligro, no. Un poco. Solo poco.

Junto a unos cubos metálicos que el español supuso que utilizarían para recoger agua de lluvia había varios bidones de plástico grisáceo. Los seis salieron a la calle en una demostración de madurez de los chavales ya que, a pesar de su corta edad, tenían que desempeñar labores de chicos mayores. Los niños llevaban un envase de diez litros cada uno, Damir otro similar, y Antonio cargaba con tres bidones de diez litros sobre una carretilla de madera, con una rueda que se mostraba frágil pero que, de momento, aguantaba en su eje. En la vivienda había trece personas, más Emina cuando llegara, Eldar y él, hacían dieciséis. Esperaban traer agua para dos días. El calor apretaba y el consumo se incrementaba.

A paso ligero el grupo salió a la calle y zigzagueó hasta enfilar una bajada que desembocaba en la plaza del Sebilj. En el camino coincidieron con un coche que se detuvo para recoger a un viandante que hacía autostop. Baščaršija era uno de los lugares más seguros de Sarajevo con respecto a los francotiradores, no así contra los morteros, que habían causado verdaderas matanzas en la zona, como la sucedida en febrero de ese año en el mercado de Markale.

Continuaron hasta llegar a la trasera de la biblioteca, edificio destrozado por el fuego que se produjo al impactar en él proyectiles incendiarios lanzados por las tropas de Mladić. Damir, a pesar de la edad, se movía con agilidad. Cuando se situaron en una esquina del edificio, levantó la mano y mandó parar al grupo. Alguien había clavado un cartel de madera con la leyenda, escrita en unos torpes trazos con pintura negra, *Pazi Snajper*[11]. Indicó algo a su nieto y este tradujo:

—Abuelo dice que cruzar el río es peligro. Correr. ¿Tú podrás?

Antonio asintió. Miró la cara de preocupación del grupo. Ellos eran los mayores y les tocaba arriesgarse por los más pequeños.

—*Hajdemo!* —chilló el pequeño Dino.

Como si fueran búfalos en estampida, los seis corrieron todo lo rápido que podían sobre el puente que cruzaba el Miljacka. Los bidones que llevaba el español sobre la carretilla botaban sobre el metal pero no se

cayeron gracias a las cuerdas que los sujetaban. Antes de llegar al final se escucharon varios disparos que parecían proceder de la nada, de un lugar invisible desde donde alguien repartía muerte de forma indiscriminada. La gente chilló y corrió hacia donde pudo. El más pequeño del grupo tropezó y quedó tirado en el suelo, junto al envase que portaba. Alma y Damir, que se encontraban a su lado, corrieron a levantarlo y lo ayudaron a finalizar el cruce del río. Antonio se hallaba a varios metros de la escena, por delante. Una de las balas impactó en uno de los bidones que alguien había abandonado en la desbandada, y lo desplazó varios metros. Llevado en volandas por sus salvadores, consiguió alcanzar una edificación en la margen izquierda que les sirvió de parapeto, y donde aguardaban los otros tres miembros de la expedición con el terror dibujado en sus ojos. El niño, al encontrarse seguro, miró a todos y esbozó una sonrisa. En unos minutos había ganado varios años de madurez. Damir abrazó al muchachillo e intentó contener las lágrimas. No había pasado nada. Habían tenido suerte.

Continuaron pegados a las paredes de los edificios. Empezaron a escuchar el murmullo de un gentío hasta que llegaron a un punto en el que tres personas, también con garrafas, hacían cola junto a una esquina. Damir se asomó, junto a Dino. Regresaron al instante y el abuelo pidió al nieto que hiciera otra vez de traductor:

—Dos horas —el pequeño extendió la mano y osciló la palma.

La espera fue más dura de lo que imaginó. Avanzaban lentos ya que la gente apuraba los envases hasta los bordes y, además, aprovechaban para beber algo de los grifos que salían del pozo donde instalaron, años atrás, la destilería de la cerveza Sarajevsko, uno de los símbolos de la ciudad. El público era tan variopinto que sería imposible fijar un patrón determinado. Había hombres y mujeres, niños y niñas, ancianos que se apoyaban en un bastón y que solo portaban un par de botellas y otros que cargaban como podían envases de mayor cabida. Alguno llevaba una bicicleta a la que había acoplado una plataforma sobre la rueda trasera para poder cargar algún bidón más. Unas mujeres llevaban un pañuelo sobre la cabeza, algún hombre lucía barbas negras cardadas. Tampoco faltaban las minifaldas de

longitudes variadas ni las chilabas. Sarajevo era una ciudad de cruces culturales y la cola para recoger agua era su mejor reflejo. A medida que se acercaban a los caños, vieron a varios *cascos azules* dispuestos a mantener el orden, algo innecesario por el civismo que mostraban los sarajevitas, incluso bajo aquel ambiente de tensión máxima.

Alguien había construido un artilugio para convertir un caño en cinco fuentes independientes y así aligerar la espera. Con destreza, los niños llenaban sus recipientes y Alma y Dino ayudaron a Antonio con sus tres bidones. Los colocaron sobre la carretilla y volvieron a atarlos con cierta maña.

El regreso fue similar aunque esta vez no hubo disparos: carrera alocada para cruzar el río y después algo de tranquilidad hasta alcanzar la fuente musulmana. Desde allí a su casa, Antonio casi lo pudo considerar un paseo.

«Sarajevo vive un alto el fuego que puede quebrarse en cualquier momento —razonó el español—. Tengo que sacar a Dino y a Emina de este infierno, como sea. No puedo consentir que se jueguen la vida cada día, incluso para cubrir las necesidades más elementales, como la de beber un vaso de agua. Y eso que hay una tregua», remató.

Un sueño de madrugada

Eldar se había marchado de nuevo. Los niños de la casa jugaban con unos cochecitos mientras las niñas vestían y desvestían a unas viejas muñecas. Dino y otro amiguito estaban con un libro de matemáticas. Antonio se acercó a ellos. Tomó un trozo de lápiz y dibujó en uno de los márgenes, ya que intuyó que tenían dificultades para calcular el área de un círculo. Ambos lo miraron con sonrisa de satisfacción. No se habían necesitado palabras para resolver un problema, elemental para el maestro ocasional; complicado para los alumnos sin escuela.

Cenaron unos pequeños bocadillos que Damir les preparó ayudado por Alma y por otra niña, que hacían labores de amas de casa. El que tuvieran corriente eléctrica era algo que no dependía de ellos sino de los sitiadores de la ciudad, que la manejaban a su antojo. Aquella

noche no había y la ocultación del sol marcó el momento de ir a la cama. El español se quedó un tiempo más en la calle, sentado junto al padre de Emina. Ambos lamentaron no poderse comunicar. El hombre le contó algo mientras señalaba con el dedo índice las montañas que rodeaban Sarajevo. Él hablaba y hablaba y, por la expresión de su rostro, Antonio entendió o quiso entender que le transmitía el temor que sufría la ciudad al encontrarse rodeada de hombres armados desde lugares elevados. A lo lejos escucharon alguna explosión. Por toda la prensa que había leído en los dos años que llevaba el sitio, el arquitecto pensaba que la violencia con la que iba a encontrarse sería mayor, pero recordaba que se había establecido una tregua que, por lo que se veía, era respetada, por lo menos de forma parcial.

Cansados de las emociones, Damir y Antonio entraron en la vivienda y el español se tumbó junto a su hijo, que dormía con la placidez que da la inocencia. Al sentirlo cerca, el pequeño lo abrazó. «He tenido que venir tan lejos de mi entorno habitual para darme cuenta de que hay alguien que me necesita más que nada», pensó, antes de dormirse.

Tuvo suerte. El sueño lo acunó en instantes y los músculos y el entendimiento se fueron ablandando hasta que quedó mecido por un agradable estado de serenidad. La respiración se espació y la relajación fue absoluta. En la onírica placidez sintió el olor que desprendía el cuerpo de Emina, el tacto de sus manos y la suavidad de su presencia. «¡Emina! ¡Emina!». Desde hacía dos años no había notado algo igual, parecía que volvía a estar con ella. No podía ser verdad, estaba dormido pero ella estaba ahí, con él. Quiso suspirar, pero no pudo; algo se lo impedía. Quiso hablar, pero no pudo; algo se lo impedía. Quiso abrir los ojos y sí lo consiguió. La tersura de la mano de la mujer que más había amado en su vida le estaba tapando la boca. Se incorporó de súbito y, con la mano libre, Emina le mandó silencio. Con la misma delicadeza con que había evitado que con el encuentro levantara la voz o soltara alguna exclamación de júbilo que despertara a toda la casa, la fue retirando despacio hasta liberarlo al completo. Allí estaba ella, delante de él, con una sonrisa como nunca antes había imaginado, iluminada por la débil penumbra que se colaba por la contraventana entornada. Era ella, más delgada y con

menor brío en la mirada, pero era ella.

—Ven —le susurró.

Con cuidado de no despertar a Dino, que no se había enterado del regreso de su madre, y guiado por la mano de la bosniaca, la pareja salió del piso. Bajaron con cuidado las escaleras y en el exterior, y con libertad de movimientos, Antonio envolvió el deseado cuerpo de su mujer como haría la hiedra aquella de la canción de Paloma San Basilio. Se besaron en silencio, con mesura, con pasión, con mesura, otra vez con pasión, en las caras, en las bocas, en los pómulos, en los cuellos. Sonrieron. Se separaron unos instantes y constataron de nuevo las identidades, al igual que si realizaran un control, una confirmación de analogías. Sí, eran ellos. En Sarajevo, donde el español volvió a nacer.

—Antonio, estás loco —el volumen de voz de Emina era tal que sus palabras serían inaudibles para alguien que estuviera a más de un metro de la pareja—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir?

Él no oía. Se encontraba embriagado por la situación. Había perdido la voluntad, la cognición, la capacidad de razonamiento. Solo pronunciaba el nombre de la mujer, nada más. Las manos se movían con vida propia.

—Antonio, por favor, ¿qué haces? —preguntó, en español, en el mismo hilo de voz, al comprobar la erección del miembro que se clavaba en su muslo y al certificar las intenciones de su amante.

—Emina...

La madrugada del 24 de mayo de 1994 se presentaba con una temperatura cómplice. Parecía que hasta la meteorología y la ausencia de explosiones querían sumarse al anhelado reencuentro de la pareja. Ella se quitó el jersey y se retiró el sujetador. Él se volvió loco cuando la ayudó a bajarse los pantalones. «Antonio, esto no puede ser». El español ya no hablaba. La desnudó sobre la hierba en la que la chiquillería jugaba al fútbol y se adentró en su cuerpo sin tener más conciencia que el propio instinto que lo azuzaba hasta alcanzar la plenitud deseada. Esa piel, esa boca, ese olor, esos besos. Sudó, sudaron, gritaron sin que nadie los oyera, ni ellos mismos, temblaron, de emoción, de frío. Las piernas dejaron de responder. Punto final. No.

Punto final, no. Aquello tenía que ser un punto y aparte.

La propuesta

—Había pensado muchas veces cómo sería el reencuentro pero jamás imaginé que, antes de hablar, hiciésemos el amor —confesó Antonio.
La pareja se encontraba apoyada en la barandilla que conducía hacia el edificio de la vivienda de Emina. Esa noche ni una sola nube había visitado Sarajevo, por lo que las estrellas y una luna menguante, convertida en un brillante hilo curvo dibujado en el cielo, eran los únicos testigos del momento.
—Me tendrás que contar cosas… —sugirió, en un español bien construido y con poco acento que sorprendió al arquitecto.
Empezaron a hablar acurrucados y cubiertos con una cazadora. Primero fue Antonio, que relató la decisión que tomó en febrero de regresar a Sarajevo a buscarla a ella y a su hijo y cómo, una canción romántica de una cantante madrileña, pudo ser el detonante que desencadenara los acontecimientos.
—¿Por qué no me hablaste de Dino en la carta? No te puedes imaginar lo preocupado que he estado pensando que le hubiera podido pasar algo malo y no me lo quisieras contar.
—Déjame que te hable de la carta, por favor. Iba mucho por Skenderija, por si llegaba algún convoy de UNPROFOR custodiado por soldados españoles, ya que casi siempre eran franceses —comenzó ella —. Los de tu país vinieron pocas veces, pero tuve suerte. La tenía escrita desde hacía un tiempo, y pensé mucho si hablar de Dino o no hablarte. Dudé. Al final me decidí por no hablarte de él. Si lo hubiera hecho, habría tenido la sensación de que te estaba forzando a venir, y eso era lo que no quería que pasara. Contarte de él, y mandarte besos suyos o, incluso, pedirle que escribiera algo habría sido como pedirte a chillidos que vinieras. Sé lo que le quieres, como él te quiere a ti. No hay día que no le hable de su padre, de lo cariñoso y bueno que es. No sé si hice mal o no. Si la omisión ha causado en ti mayor preocupación todavía, me tienes que perdonar, no lo hice con mala intención, al

contrario. De hecho, me arrepentí de habértela mandado. Sarajevo es el lugar más peligroso del planeta, aunque en estos días estemos en un alto el fuego que nadie respeta y que no se sabe lo que va a durar.

Antonio se dio por satisfecho con la explicación. Ella estaba bien. Dino estaba bien. Por tanto, era un asunto para olvidar. En su lugar, él no sabría qué habría hecho.

—Sigue, por favor.

—La carta se la podía haber dado a algún periodista español, pero me fio más de un militar que de un periodista, no me digas por qué. Una tarde me sobresalté al ver que unos soldados llevaban la bandera de España en su uniforme. Me fijé en el que parecía más honrado, el que tuviera más cara de buena persona, y veo que elegí bien.

—¿Y tu madre? No la he visto en el piso y, por favor, no me des noticias malas.

—No, no hay malas noticias que dar. Ella está en Génova. Se marchó allí a cuidar a una hermana que está enferma, antes de que empezara la guerra, y le hemos dicho que no regrese. Cuando podemos la enviamos alguna carta y ella consigue hacerle saber a Eldar que está bien, que nos echa mucho de menos. Es mejor que siga allí.

Volvió Antonio con el relato de las gestiones hechas para llegar a Bosnia, las conversaciones con Tico Medina, con el teniente coronel del Ejército del Aire y con el doctor Mengíbar, de *Médicos sin Fronteras*. Por fin, le habló de la organización que lo fichó y del largo y azaroso viaje desde Split, aunque silenció el funesto encontronazo con Miroslav. Ella se fijó en la herida de su frente pero él restó importancia.

—Pero yo no he venido a Sarajevo a realizar labores de arquitecto, esa ha sido la excusa ante todos. Os tenía que encontrar a Dino y a ti. Estaba dispuesto a venir yo solo hasta tu casa, pero tenía que llegar hasta la fuente musulmana, que no sabía dónde estaba, y por esa razón contraté a un hombre sin escrúpulos pero que me sería útil. El destino hizo que me encontrara con tu hermano. Bueno, que tu hermano me encontrara a mí. Tu hermano y su novia.

—Sí, Jelena es una mujer a la que admiro. Es valiente, íntegra, con firmes convicciones. Es la que más se expone de todos nosotros. Los serbios saben quiénes son los contrafrancotiradores de la Armija, y ella tiene asumido que su nombre figurará cualquier día en las listas de muertos.
—Ayer tu hermano me dijo que Jelena es serbia.
—Sí. Aunque sus padres son de Belgrado, ella nació en Sarajevo. Se ha criado en Baščaršija.
—Pero, si es serbia, ¿qué hace en Sarajevo defendiendo la ciudad del ataque de los serbios? Ya se lo pregunté a tu hermano, pero no entendí bien su respuesta, aunque él intentó explicarse.
—Sé que esto no lo entendéis los extranjeros. En este tiempo muchos periodistas me han preguntado lo mismo que tú. Tú, como ellos, no entendéis que un serbio defienda Sarajevo de los serbios. Antes de la guerra, un tercio de los habitantes de la ciudad eran serbios, más o menos, y también había croatas y judíos. Pero todos somos sarajevitas y defendemos nuestra ciudad, queremos que vuelva a ser como era antes, un lugar donde personas de distintas procedencias vivíamos en paz, en paz y prosperidad. ¿Entiendes? Sé que no es fácil asumir, ¿se dice así? —Antonio asintió—, que un serbio quiera matar a otro serbio, pero no todos los serbios son asesinos. Es algo que también hemos tenido que aprender. No todos están a lo que dice Karadžić, que está loco y quiere dividir Sarajevo, desde Grbavica hacia el norte. ¿Te imaginas que Sarajevo acabara como estuvo Berlín, con un muro de separación? Eso sí, la gente ha saqueado la mayoría de las viviendas de los serbios que huyeron de Sarajevo, como la de mis vecinos del primero. Ya has visto que la vivienda está abierta. Dentro no hay nada. Un día vinieron unos y se llevaron hasta el suelo, que era de madera. Me extraña que dejaran la puerta de entrada, que seguro que también arde bien.

Emina le explicó cómo fueron los orígenes de todo, desde la aprobación de la independencia de Bosnia y Herzegovina hasta el reconocimiento de la misma por parte de los Estados Unidos de

América y de la Comunidad Económica Europea.

—Se llamaban Olga y Suada. Fueron las dos primeras víctimas de los paramilitares serbios en Sarajevo. Las asesinaron el 5 de abril del 92. A partir de ahí todo fue de mal en peor: barricadas, cierre del aeropuerto, enfrentamientos entre nosotros, bombardeos, aislamiento, hambre, muerte. En mayo apareció en nuestra vida el nombre de Mladić, alguien a quien espero que Jelena o alguno de sus compañeros ponga una bala entre las cejas.

Después le contó que a partir de aquel verano comenzaron a llegar miles de refugiados de las afueras de la ciudad.

—Cuentan historias terroríficas sobre los campos de concentración que habían construido los serbios. También nos hablaban de los arrestos, palizas, saqueos y asesinatos a sangre fría. Y de las violaciones. Un día hablé con una muchacha que recordó entre sollozos cómo las habían rodeado a ella y a sus vecinas entre diez salvajes y que, después de pegarles golpes y patadas, las tiraron al suelo y las violaron uno tras otro. A una que estaba con la regla le pegaron un tiro delante de las otras y de su madre, que emitía unos chillidos que no eran humanos. Antes de marcharse, uno agarró la cabeza de la madre, que estaba abrazada al cadáver de su hija, y le recordó, el muy canalla, que la dejaba viva para que contara a todo el mundo lo que había visto.

Emina se quedó en silencio. Como cuando veían jugar a Dino en aquellos encuentros esporádicos que mantenía la familia. Ella estaba apoyada en su cuerpo y él solo se limitaba a acariciar su antebrazo. Los dos miraban en la misma dirección.

—Sarajevo se llenó de embarazadas. Yo no puedo entender cómo un hombre puede excitarse ante una chiquilla que pega patadas, chilla, llora, ruega, se resiste… Con lo bello que es cuando es tu deseo y lo salvaje que lo convierten esos monstruos.

Apareció el llanto. Antonio la abrazó y se acercó a su cara. Besó las mejillas, humedecidas por las lágrimas. El español supuso que ya debían de haberse aprendido el camino, de lo habituales que tenían que ser.

—Para aparentar fuerza ante los demás, necesito ser débil contigo. Es

la primera vez que lloro delante de alguien. Siempre lo hago en soledad.

Se volvió y abrazó a su *marido*. Estuvieron en silencio hasta que Emina lo besó de nuevo. Los nuevos contactos físicos los fueron animando a la vez que afloraba el hambre atrasada de la pareja.

—Vamos, venga, otra vez, por favor. Te necesito —murmuró, al oído.

Al retirar la cazadora, Antonio se fijó en lo que tenía escrito con bolígrafo en el antebrazo derecho: *0-*. Ella se dio cuenta.

—Es mi grupo sanguíneo. Muchos lo llevamos escrito en algún lugar visible del cuerpo, normalmente en los brazos, por si nos tienen que llevar al Koševo. Vamos, que tenemos trabajo pendiente… —la respiración se agitó y los ojos se cerraron. La fuerza de la bosniaca seguía igual de rotunda que cuando la conoció, y el español perdió de nuevo el control de la situación. Ella también.

—¿Y los libros? ¿Qué ha pasado con los libros que había en tu casa, tanto los del salón como los de tu habitación? —inquirió, después de una segunda relación que dejó al español con las piernas convertidas en dos trapos alargados e inservibles.

—No necesito decirte el frío que hace en Sarajevo durante el invierno, durante nuestros largos inviernos. Tú conociste uno de ellos. Los serbios nos tienen cortado el gas y ya has visto cómo están los árboles, los pocos que quedan. Mira mis manos —le mostró las palmas, con unas callosidades que no existían cuando la vio por última vez—. ¿Sabías que las sierras se han convertido en objetos muy cotizados? En el primer invierno, el del 92, respetamos los troncos y nos conformamos con las ramas. Más de uno se jugó la vida subido a una escalera. En el del 93 tuvimos que elegir entre la vida humana o la vegetal, pero no hubo suficiente… *carburant*, y hubo que emprenderla con los libros. Perdona, es que hay muchas palabras que todavía no sé decir en español y me refugio en el francés. Parece que no aprendimos de lo que hicieron los serbios con la Biblioteca, aquella que te enseñé cuando las Olimpiadas. La destruyeron en el primer verano. Parecía que Sarajevo se había inundado de nieve negra. Fue como si hubiera

vuelto a arder la biblioteca de Alejandría. Lloramos todos con aquello. Esta gente nos quiere quitar nuestro patrimonio, Antonio, y nuestra historia, pero no lo van a conseguir. Quienes nos atacan están enfrentados a la democracia y a la cultura. Quiero que la ciudad vuelva a ser la que tú conociste, aquella que paseábamos en mi Yugo.

—¿Qué ha sido de él?

—Me lo convirtieron en un… *pâte* de hierros quemados. Fue al principio y se llevó una de las primeras granadas que lanzaron. Menos mal que estaba aparcado y que no había nadie en su interior. Ahora sirve de… *parapet*, tampoco sé cómo se dice en español. Mira, alguna utilidad tiene. Quizá ha evitado que alguien recibiera una bala.

—¿Y vuestro español, el de Dino y el tuyo? ¿Cómo es que lo hablas tan fluido?

—Por mi trabajo. Me enteré de que los periodistas que llegaban a Sarajevo, que se alojan todos en el Holiday Inn, necesitaban guías e intérpretes. Era un trabajo bien pagado, en marcos, y que me permitía no solo a mí poder comer y cenar, sino también llevarme comida a mi casa. He trabajado con muchos en estos dos años pero, siempre que he podido, he procurado que fuera con españoles. En Sarajevo te encuentras a gente que habla ruso, alemán e inglés, también italiano, pero pocos que hablen español. Es verdad que los periodistas hablan inglés pero, ¿a quién no le gusta que le hablen en su idioma? Era mi herramienta diaria. Además, no se me pasó por la cabeza quemar los libros que tenía en español. Era también una manera de seguir unida a ti. Conservo todos, hasta El Quijote que me compraste en Barcelona, que alguna vez empezaré a leer, cuando me arme de valor, así como los diccionarios. Y a Dino le daba clase cuando podía. Siempre será el idioma de su padre, aunque pensara que a su padre ya no le iba a volver a ver.

—¿De verdad que pensaste que nunca iba a haber venido a buscarte?

Negó, lánguida. Lo besó. Con la mano le acarició la cara y le sonrió.

—No sé nada. No sé si algún día terminará esto. Llevamos ya más de dos años, y mira.

Antonio no podía haber imaginado que cuando leía las crónicas en los periódicos españoles, estas eran factibles gracias a la mujer

protagonista de todos sus pensamientos.
Escucharon un par de explosiones y varios disparos sueltos, lejanos.
—Cuando matan a una persona, matan a la ciudad —afirmó, mientras se acurrucaba de nuevo en el regazo de Antonio.
—Nos tenemos que marchar de aquí. Lo antes posible.
Aquella frase se clavó en los oídos de Emina como si hubiera sido disparada por un mortero de 120 milímetros y cayera a medio metro de sus orejas.

—¿Marcharnos? —preguntó al vacío, sin volverse, en tanto mantenía la mirada en el infinito.
—Sí, marcharnos de Sarajevo. Tú, Dino y yo. Tengo dinero y he oído que, en una guerra, con dinero y contactos se puede conseguir todo. Yo pongo lo primero; seguro que tú podrás encargarte de lo segundo.
Con calma, Emina se fue separando de él y se incorporó. Caminó dos pasos, tres, hacia adelante. Seguía de espaldas y con los brazos cruzados. Avanzó otros dos, despacio. Se volvió con lentitud. A pesar de que la única claridad existente era la proveniente del firmamento, Antonio percibió con nitidez la furia que se apoderó del rostro de la bosniaca.
Rauda, se dirigió a él. Se agachó y se colocó a su altura.
—Mira bien, Antonio. Yo no me voy a ir de Sarajevo, ni ahora ni después; ni contigo ni sola. Nadie me va a apartar de mi ciudad, en la que nací, en la que me crie y en la que he sido feliz —el tono de voz era quedo. La cólera producida por la propuesta del español no se trasladaba al volumen de sus palabras—. Esta gente quiere dividirnos. Si no lo hice en los inicios de esta maldita guerra, no voy a marcharme ahora.
Antonio intentó tomarla de la mano y Emina la rechazó, con claridad.
—No, señor arquitecto, no. Cada bomba que cae en Sarajevo me da más fuerzas para luchar. Ya sé que tú estas cosas no las vas a entender. Si me hubiera querido marchar, lo habría hecho al principio del cerco o en cualquier momento. Eldar es un mando importante de la Armija. Me habría sacado, nos habría sacado a Dino y a mí en el

momento en el que yo dijera; sin pagar nada, por supuesto. Pero no. El Sarajevo por el que lucho, luchamos, tanto mi padre como yo, es mi hogar, nuestro hogar. Dárselo a los hombres de las montañas sería regalárselo de por vida. Y no lo voy a hacer. Jamás.

—Pero tienes que pensar en su seguridad. Es muy pequeño. No debe correr peligro.

Sin responderle, se incorporó y se encaminó a la casa.

—Voy a dormir. Tú vuelve con Dino. Yo me quedo en el salón. Seguro que encuentro un hueco donde los niños.

—Emina, espera —rogó, a la vez que también se ponía de pie.

—No, no espero. En un rato empezará a clarear. Mañana organizaremos tu marcha de la ciudad.

—¿Mi marcha de Sarajevo?

Se frenó y se volvió. Lo miró, aunque la oscuridad era tan marcada que ninguno de los dos podía verse los ojos.

—Este no es tu país. Allí habéis sabido construir una democracia, que también costó sus vidas, ya sé que no fue fácil. Os envidio. Pero esta no es tu guerra, Antonio. En esta guerra no deben morir personas como tú.

Luna nueva

La mañana del día siguiente transcurrió similar a la jornada anterior. Después del desayuno, los niños se volvieron a marchar al pequeño prado a jugar al fútbol y las niñas salieron afuera, donde montaron una especie de comedor de muñecas donde los alimentos eran pequeñas piedras y hierba desmenuzada que ponían sobre unos pequeños platitos de plástico.

La fuerte luz del día no trataba el rostro de Emina con generosidad. La mujer, que trabajaba en la cocina junto a su padre, mostraba una apariencia más fina, con alguna bolsa bajo los ojos. Las venas del cuello se marcaban con desagradable claridad y el pantalón le estaba más holgado que cuando se lo compró, supuso el español, acostumbrado a verla siempre con ropa ceñida. Por el pelo asomaba

alguna cana aislada y los hombros se habían cargado con el peso de la preocupación y la zozobra. Antonio, en el umbral de la puerta, confirmaba las sospechas que le transmitieron sus manos cuando la poseyó la noche anterior: desde que la vio por última vez, Emina tenía que haber perdido entre diez y quince kilos.

El abuelo de Dino le preguntó algo que él no entendió. Su hija hizo de traductora.

—Mi padre quiere saber por qué has venido a Sarajevo con lo peligrosa que está la ciudad. ¿Qué le respondo? —los ojos de Emina se convirtieron en dos finas dagas. Levantó el mentón—. Dime, ¿qué le respondo?

Sin pronunciar palabra alguna, abandonó la casa y salió al exterior. Se sentó a ver jugar a los chiquillos. Volvieron a sonar varias explosiones que, para sorpresa del español, no perturbaron los juegos infantiles.

Emina salió al encuentro de Antonio con un vaso lleno de un líquido algo anaranjado.

—Toma. Media naranja me ha permitido que una docena de vasos de agua tengan algo de color. Así nos creemos que es un zumo de frutas.

Se sentó a su lado y lo agarró por el hombro.

—Me tienes que perdonar, Antonio. Anoche fui injusta contigo. Sé que me lo propusiste porque creías que era lo mejor para mí y para Dino. No puedo reprocharte que tú no te pongas en mi lugar. Es que estoy harta de que haya gente que diga que Sarajevo está ahora en Bolonia, Viena o Múnich, en alusión a la cantidad de habitantes de la ciudad que se marcharon cuando empezó todo.

—Yo tenía planes, Emina. Planes para nosotros. Planes en España. El día que vuelva a Madrid no será al chalé de mis suegros. Esa etapa ya se ha acabado. Ya no puedo seguir con esa farsa. Ya me he cansado de engañarme a mí mismo y engañar a Marta. No va a ser siempre menor de edad. Crecerá y podrá tomar sus propias decisiones. Tendré que hablar con ella, mucho, si me quiere escuchar.

—¿Cómo está?

Durante los siguientes minutos el español no paró de hablar de su pequeña, de cómo había crecido, de cuáles eran sus aficiones y de lo unido que se sentía a ella. La bosniaca lo escuchaba con verdadero

interés. No había sido una pregunta mecánica ni de compromiso.

—En octubre cumplirá nueve años —recordó, con sumo orgullo.

Se volvieron a quedar en silencio. Lo rompió la mujer, después de escuchar una explosión algo más cercana que las de otras ocasiones.

—Eso ha sido lanzado desde Grbavica —intuyó. Antonio no podía opinar pues él no conocía la ciudad con tanto detalle—. Sarajevo no puede morir. Si un día pasara, se extinguiría también la sociedad de ciudadanos, donde la… *diversité et tolérance* sean lo normal. No te puedes imaginar lo que me ayuda el haber estudiado historia. Antonio, Sarajevo es como Stalingrado, como Madrid, como Leningrado, como El Álamo, como el Alcázar de Toledo, sitios que tienen que resistir. Resistir para vencer.

—Ya te he contado que a mí me falta cultura de mi país, y seguro que tú conoces mejor la historia de España que yo, pero ahí estás mezclando cosas distintas. Me parece que el asedio a Madrid y lo del Alcázar son cuestiones diferentes.

—Sí, claro que son circunstancias distintas, pero ambas son ejemplo de lo que es resistencia. Y ambas salieron victoriosas. Madrid no fue tomado por los fascistas hasta varios años después y los comunistas no pudieron apropiarse del Alcázar de Toledo. Por cierto, eso está cerca de Madrid, ¿no? —su interlocutor asintió— ¿Tú sabes el asedio que sufrió Leningrado por parte de los alemanes? Se quedaron en las puertas, pero no lograron pasearse victoriosos por sus canales. Uno de los libros más gordos que tenía se llamaba Oh, Jerusalén!, no sé si lo has leído —como era de suponer, Antonio negó sin palabras—. Cuenta la historia de la creación del estado de Israel que, como te puedes imaginar, no me genera ninguna simpatía, pero me quedé con el hecho de cómo los israelíes defendieron la ciudad y no la abandonaron. Decían que su ejército tenía que defender hombres y mujeres, no muros de piedra sin habitantes. Por esa razón sus moradores no la abandonaron. Jerusalén era un símbolo. La Armija no va a abandonarnos porque nos está defendiendo a nosotros, a personas, no a un montón de casas vacías. ¿Lo entiendes, entiendes ahora por qué no puedo marcharme de esta ciudad?

Dino interrumpió la conversación.
—¡Papá! ¿Juegas con nosotros?
Sin gana alguna, el español se levantó y miró a Emina «¡Qué se le va a hacer!», se lamentó, sin abrir la boca y con la justificación dibujada en la mirada.
Después de comer, y mientras la chiquillería se echaba la siesta aunque casi ninguno durmiera, la pareja volvió a salir. Se ubicaron en un lateral del edificio, a la sombra. A lo lejos, alguien hacía sonar un acordeón.
—La semana pasada me confirmó Eldar que todos estos chicos se van a marchar pronto de Sarajevo. Por medio de la Cruz Roja los van a llevar a Alemania, donde hay muchas familias que se han ofrecido a darles casa y educación, por lo menos hasta que sean mayores de edad y puedan elegir entre quedarse allí o regresar a Bosnia. Espero que, para entonces, la guerra haya terminado. Otras veces ha sido la Benevolenjia quien se ha hecho cargo de ellos, pero eso siempre ha sido para los niños judíos. Hay muchos grupos de refugiados en Sarajevo. Una parte importante acaban en el hotel Europa, donde estaba el café al que te llevé cuando las Olimpiadas. Allí llegaron desplazados que venían de Foča y de Višegrad. En otras ocasiones la gente se ha metido en pisos que quedaron vacíos. Por venir, hasta vinieron croatas que huían de Vukovar, y aquí se han quedado.
—¿Y Dino?
Como si hubiera escuchado un insulto, Emina respondió con sequedad.
—Dino tiene madre, tío y abuelo. Dino se queda en Sarajevo. Abandonarlo no sería justo. Hay un sinnúmero de niños que no pueden marcharse de la ciudad y no hay que establecer distinciones. Y eso que podría marcharse a Génova, con mi madre. La echo mucho de menos —fue nombrarla y la bosniaca adoptó una expresión nostálgica que la condujo a rebajar el volumen de su voz y a que esta se hiciera más débil—. Es mi mejor amiga, una mujer muy culta, mucho más que mi padre. Me encantaba conversar con ella. Sabe lo que pienso solo con mirarme. Pero es mejor que siga allí, en Italia. Y, sobre lo del

dinero, ten en cuenta que entre lo que consigo sacar del hotel y lo que nos trae Eldar, no podemos quejarnos. En esta casa nunca ha faltado leche ni algo de fruta, aunque sea una pieza a la semana. Somos unos privilegiados.

Después hablaron de su antiguo trabajo en el rotativo y de la diferencia respecto al actual.

—¡Mi periódico!, ¡mi Oslobodenje! Fíjate, antes de la guerra tenía cincuenta páginas, y ahora solo tiene seis u ocho, pero sigue en la calle. Mis compañeros han dicho que el día que deje de salir el periódico, habrá muerto Sarajevo. Lo imprimen en el sótano porque los serbios destruyeron la sede. Pero ahora siento que mi trabajo es más importante, además de que esté mejor pagado. Antes me dedicaba a traer noticias del mundo a los sarajevitas. Ahora es justo al contrario. Ahora, gracias a los periodistas extranjeros, me dedico a llevar noticias de los sarajevitas hacia el mundo. ¿Ves la diferencia? Pero nadie nos hace caso.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Occidente y los americanos están consintiendo que nosotros vivamos… con terror.

—He leído en estos dos años que hay muchos *cascos azules* que han muerto. Entre ellos, varios españoles. No hables así. Por favor.

Emina lo miró. No se contuvo y le acarició la cara, algo que le encantaba.

—Tienes razón, no hablaré así.

Ella se recostó sobre su hombro y acomodó su cabeza. Llevaba más de dos años sin estar con el padre de su hijo. Ni con el padre de su hijo ni con ningún hombre. Algún periodista, sobre todo alemanes y austriacos, le habían hecho propuestas a cambio de generosas compensaciones, pero sus principios estaban por encima de varios cientos de francos o de un cartón de tabaco que, en el mercado negro, se transformaba en oro puro. Antonio era el hombre de su vida y a él se consagró desde el primer momento. Por eso, por lo que le quería, tenía que sacarlo de Sarajevo. Si a ella le pasaba algo, siempre estaría él para cuidar de Dino, pero si se quedaban los dos en la ciudad, y ambos caían, ¿quién se encargaría del pequeño?

Se volvieron a quedar en silencio y pensó que en dos días habría luna nueva y que se convertiría en el mejor momento para sacar al padre de su hijo de la ciudad. Le detalló la idea que había fraguado.

La despedida

Emina no se esperaba que la reacción de Antonio al pormenorizarle el plan de huida fuera tan airada.

—No, yo no me voy a marchar.

—Tú sí te vas a marchar porque aquí no debes estar. Yo no puedo atenderte, tengo un trabajo, y no es un trabajo cualquiera, es fundamental porque ayudo a los periodistas. Si ellos no hacen su cometido con eficacia, ¿cómo se enterará Occidente de cómo estamos aquí? ¿No valoras la importancia de lo que hago?

—Lo que tienes que hacer es pensar en nuestro hijo.

Aunque ambos intentaban contener la voz, los muchachillos se habían levantado de la siesta y se encontraban en el exterior, atraídos por los murmullos. Ni Antonio ni Emina se habían dado cuenta de que eran observados por casi todo el grupo, con Damir a la cabeza. Ninguno entendía palabra alguna excepto uno de los niños, aunque hablaban español tan rápido que solo comprendía un par de vocablos de cada diez, como mucho.

—Ya te he dicho que pienso en nuestro hijo. Tanto pienso que por ello no voy a abandonar la ciudad, porque sería dejarlo sin futuro, ya te lo he contado. Dino es bosnio, y la capital de Bosnia es Sarajevo. Nació aquí, en el hospital de Koševo, y aquí vivirá hasta cuando él quiera. Y, hasta que llegue ese día, yo soy quien decide. Y ya he tomado la decisión. ¿Es que no lo entiendes? ¿Tan mal me explico en tu idioma? ¿Te lo vuelvo a decir todo en francés?

Al reparar en la existencia de espectadores no deseados en la discusión, la mujer gritó a los chiquillos para que se marcharan de allí y se fueran a jugar. Quería hablar en soledad con Antonio, tenía que convencerlo para que se marchara y regresara a España. Optó por cambiar de estrategia. Se mantuvo unos instantes en silencio hasta que

lo tomó de la mano.
—Sé lo que me quieres. Ningún hombre habría hecho lo que tú has hecho por mí, por nosotros —lo besó varias veces. Estaba hundido. Su plan de evacuación de la ciudad había naufragado—. Si esta ciudad va a morir, no va a ser por los hombres de las montañas, sino por los del valle, por nosotros. Si todos nos marchamos, ellos bajarán y tomarán posesión de Sarajevo.
—Pero se va a quedar mucha gente. Tú no eres imprescindible.
—Nadie es imprescindible, pero yo tengo que estar con ellos, Antonio, yo con ellos. La solución no está en evacuar a las mujeres y a los niños de la ciudad. Está en hacerles frente e intentar llevar la vida lo más normal posible. Eso nos quieren quitar, pero no podemos dejar Sarajevo sin ella. Esa sería su victoria.
—Por favor, Emina, piensa con algo de lógica. Puedo entender que tú te quedes, pero Dino no puede correr riesgos, hay que pensar en su seguridad. Sabes como yo la de niños que han sido alcanzados por las bombas serbias, por los disparos de sus francotiradores. Déjame que me lo lleve a un lugar seguro donde pueda vivir en paz, estudiar…
—Dino es bosnio, y seguirá siendo bosnio. De palabra y de obra. Y, también te lo pido por favor, no busques coherencia en una guerra ni en el pensamiento de todos nosotros. Hay que haber nacido aquí para entendernos.
La terquedad del español había chocado con la cerrazón de la bosniaca. Al finalizar aquella tarde, Antonio tenía la certeza de que Emina no iba a marcharse de Sarajevo con él ni iba a permitir que se llevara a su hijo. Y no guardaba lógica que él se quedara en la ciudad. Solo existió una razón para moverlo de Madrid, amén de saber en qué situación se encontraba su pequeña familia. Ya los había visto. Ya sabía cómo estaban. Mal, muy mal, pero estaban. Además, y por lo que le había contado y él comprobaba, no pasaban tantas estrecheces como el resto de la población. Por ello acabó claudicando, también movido por las noticias últimas de la guerra. La matanza en el mercado de Markale de febrero había removido las somnolientas conciencias de los dirigentes de la Alianza Atlántica y, por fin, la aviación de la OTAN se había desplegado sobre las posiciones serbias

próximas a Sarajevo. La paz entre Bosnia y Croacia parecía definitiva. Todo apuntaba a que la guerra entraba en su fase final. Más o menos larga, pero ya se atisbaba la conclusión de la pesadilla. La tregua que comenzó desde aquel atentado había generado que la ciudad recibiera con razonable normalidad alimentos y medicinas. Ello había provocado, incluso, una caída de los precios ante el inesperado exceso de oferta. Algunas tiendas habían reabierto y el ánimo de la población se había mejorado.

Los dos días que pasaron todos juntos en el 20 de Prijepoljševa se constituyeron en una inusual convivencia multicultural. Entre los niños había serbios, bosnios y croatas que, a pesar de la procedencia de sus respectivas etnias, se entendían a la perfección a la hora de jugar y de aprender. Antonio les daba clase de matemáticas, por la tarde, después de la siesta, adaptando la materia a la capacidad de cada uno. También encontró papel y lápiz y los dibujó, uno a uno, algo que llenó de gozo a los pequeños al sentirse importantes al ver por primera vez en su vida su cara pintada en un folio. Compartían las imágenes y se reían con el resultado. Mientras uno posaba, el resto lo miraba embobados.

Otra mañana acudió con Emina, su padre y tres chavales, incluido Dino, a por agua a la destilería. Se fijó en un cartel que no había visto la primera vez: *Run or R.I.P*[12]. Tres horas después se encontraban con varias decenas de litros de agua pura procedente de las montañas que rodeaban Sarajevo. Antonio se encontraba feliz con aquella aportación a la colectividad.

Eldar había concretado a su hermana que el mejor momento para abandonar la ciudad sería a la una de la madrugada del viernes 27 de mayo. Esa noche había luna nueva y la visibilidad por parte de los *snipers* sería menor.

—Iremos a pie hasta la altura del hotel Europa. Desde allí lo montaremos en un coche y lo conduciremos a la entrada del túnel. Ya he informado a mi gente —contó a Emina.

Damir, con discreción, indicó a su hija que, mientras Antonio

estuviera en la casa, su nieto dormiría con él, amoldados junto a los niños. «Así estáis más cómodos», argumentó, aunque la verdadera razón era otra: «Así estáis solos». La pareja lo agradeció. Esperaban a que todos se durmieran para entregarse a aquello que más querían y necesitaban, ese contacto físico que tanta huella les dejó.

—Antonio, ¿mira que venir sin preservativos? Si lo sé, los habría comprado en el Holiday Inn, que allí circulan más que las botellas de ginebra. Más de uno escribe las crónicas de lo que pasa en la ciudad sin moverse del bar.

—Mi intención era estar aquí un día, dos, como máximo.

—Pues ten cuidado no me vayas a dejar otra vez embarazada, que si Sarajevo es un mal sitio para niños, peor es para bebés.

Ambos se volvieron a emocionar con una pequeña prenda íntima que conservaba de los encuentros de antes de la guerra. Ella al ponérsela para él. Él al verla con ella. No había mejor laberinto en toda la tierra que el cuerpo de la bosniaca, aunque ahora estuviera más escaso que cuando se encontraban en Barcelona.

—¿Cómo puedes aguantar tanto sin…? Es que no sé cómo se dice, ni en español ni en francés —le preguntó ella al finalizar.

—Te recuerdo que los deportistas tenemos un gran dominio de nuestro cuerpo. Y todavía no he perdido la forma.

Después afrontaron una conversación que no gustaba a ninguno de los dos.

—Mi hermano y su gente te van a sacar de Sarajevo por un túnel que empezó a funcionar hace casi un año. Aquí lo llamamos el túnel de la esperanza porque ha permitido que la ciudad siga recibiendo productos básicos a pesar del cerco. Por ahí se mueven a diario muchas personas que llevan y traen cosas, y se dice que entran docenas de toneladas diarias de suministros diversos: leche en polvo, vitaminas, penicilina, cereales, carne, fruta, conservas, aguardiente, compresas… ¿Tienes claustrofobia?

La cara de Antonio respondió la pregunta.

—Ya sé que eres un enamorado de los espacios abiertos, como todos los esquiadores, pero tendrás que ser fuerte. Creo que se tarda en recorrer como tres cuartos de hora. No es muy largo aunque

incómodo. A mí me recuerda al que construyeron los rusos en Leningrado, por debajo de un lago helado. Aquí es debajo de la pista del aeropuerto.

Antes de cenar, y en las horas previas a que la gente de Eldar llegara para acompañarlo al túnel que lo llevaría a Butmir, la zona libre del asedio serbio, el español le habló de un tema crucial.

—Si me van a llevar hasta Croacia, con algo de dinero que me quede será suficiente. Desde Split no me costará mucho regresar a España. Cuando estuve allí, vi que es una ciudad que lleva una vida bastante normal. Por lo tanto, lo que he traído te lo vas a quedar tú.

Con la puerta cerrada para no sufrir interrupciones, Antonio vació la mochila y descubrió el doble fondo que había confeccionado en el cual guardaba billetes de marcos alemanes.

—Y ahora viene lo mejor. Mira.

Con ayuda de un pequeño destornillador que incluyó en su equipaje, tomó el bote de espuma de afeitar, el mismo que le quiso robar aquel soldado serbio en el último control antes de entrar en la ciudad y, ante la mirada atónita de Emina, apalancó la parte central superior. Con la maniobra, el bote se había convertido en dos, a modo de una matrioska. Uno pequeño que contenía el producto químico y el cilindro que envolvía al primero, que dejaba un hueco en su parte inferior donde Antonio había colocado monedas de oro y unos billetes doblados para amortiguar el sonido de las piezas por si alguien lo movía.

—Esto es para que no os falte nada, ni a ti ni a Dino. Ni a tu padre, por supuesto.

La mujer se emocionó con lo que le entregaba.

—Cuídate, por Dios, por Alá o por quien quieras, pero cuídate y cuida a Dino.

Después de la cena vino el momento de las despedidas. Uno a uno, el español fue besando a todos los chiquillos. Alma no contuvo el llanto y pronunció unas palabras que Antonio no entendió.

—Ella dice ¡adiós, profesor! —tradujo el pequeño Dino, también con

lágrimas en los ojos—. Papá, te vas. ¿Por qué?

El padre lo tomó en volandas y, después de darle varios besos, le susurró al oído:

—Papá se marcha a España. Papá tiene que trabajar. Tú te quedas con mamá, con el abuelo Damir y con el tío Eldar. Papá pronto volverá a Sarajevo a por ti y te llevaré donde quieras. ¿Vale?

El niño asintió y, con todos los demás, se metió en el piso. Estrechó la mano del padre de Emina y después se dieron un fuerte abrazo.

—¡Salud y República! ¡Siempre! —exaltó, con el puño. Y añadió, también en español— ¡Venceremos!

La pareja volvía a quedarse sola, a la espera de que llegaran los compañeros de Eldar. Se sentaron en el suelo, junto a la escalera. A sus pies, Sarajevo era como una inmensa maqueta a la que alguien le había quitado la luz. Unas granadas lanzadas desde Trebević les recordaron la noche aquella durante las Olimpiadas en la que vieron los fuegos artificiales. ¡Qué diferencia! Con el resplandor se intuían los edificios, las calles, los puentes y el río, pero no se apreciaba nada con precisión. Permanecían tomados de la mano.

—Antes de final de año todo habrá terminado —aventuró la bosniaca —. Se ha creado un equipo llamado *Grupo de Contacto*, formado por Alemania, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia. Tengo mucha esperanza en esa comisión porque tengo que tener esperanza en esa comisión.

—Seguro —fue la escueta respuesta del español. Él carecía de fundamento para rebatir la afirmación.

Tras unos minutos de silencio, ella continuó hablando.

—Cuando pase todo quiero que me lleves a España. A Dino le hablo de España. Se conoce la geografía de tu país mejor que la de cualquiera de las antiguas repúblicas que componíamos Yugoslavia. Quiero que se vuelva a bañar en el mar de España. También con Marta. Quiero que se conozcan y que de mayores no se odien.

Escucharon unos pasos y distinguieron en la penumbra a dos hombres vestidos con ropa militar. Iban armados con rifles colgados a la espalda. La pareja se levantó. Él tomó la mochila. Ella cruzó unas palabras en bosnio. A uno de ellos lo conocía de otras ocasiones.

—Te dejo en las mejores manos. Este a quien he saludado es amigo de mi hermano desde niños, un hombre leal.
—Dime, ¿adónde quieres que te lleve de España?
—Antonio, tienes que marcharte ya.
—Dime, ¿dónde?
Ante el silencio recibido, el oscense enumeró varios lugares, al azar.
—Ya que conoces Barcelona, te tengo que llevar a Madrid, a Córdoba, que tiene una mezquita que te encantará, a Granada, por la Alhambra, y a otras ciudades. Y a la playa, eso sobre todo. A la Costa Brava.
—¿Y a Santiago de Compostela? Quiero hacer eso que llaman *Camino de Santiago*.
—Claro, también.
—Y a tus montañas. Nos tienes que llevar a esquiar a Formigal.
Se dieron un largo beso y ella le ayudó a colocarse la mochila a la espalda. Llevaría andados cinco pasos junto a los soldados de la Armija cuando oyó una voz que le pedía que se detuviera. Era Emina, que corría a su lado.
—Ya sabes dónde tienes tu familia, Antonio. Desde que te conocí jamás ha habido otro hombre, ni lo habrá. Nos veremos muy pronto. Me has regalado los tres mejores días de mi vida y me has dado fuerzas para aguantar todo lo que venga. Por favor, no te olvides de nosotros. No te olvides de Sarajevo.
Unos ojos acuosos vieron al trío perderse en la noche camino del centro de Baščaršija. El Sebilj, la fuente musulmana que refrescaba a los hombres y las bestias que llegaban a la ciudad, le dio su callada despedida.

El túnel

Las pupilas de las tres sombras se habían dilatado al máximo y permitían que se movieran por la calle con relativa seguridad. Tomaron una vía estrecha que discurría paralela al río. El toque de queda no siempre se respetaba por toda la población pero la misión de los dos soldados, esa noche, no era la de detener a nadie sino la de

llevar a alguien a la salvación. El momento más peligroso para el grupo era cuando llegaban a las esquinas y tenían que cruzar las calles transversales al río. A la orden de uno de ellos, emprendían una veloz carrera de pocos metros hasta considerarse de nuevo a salvo. Siguieron así hasta que llegaron al hotel Europa. Allí, junto a un Corsa, se encontraba de pie una figura conocida.

—Buenas noches, Antonio.

La voz de Eldar, en español, le infundió tranquilidad. El hermano de Emina se despidió de los dos subordinados y les cursó unas instrucciones que el arquitecto no entendió. Después, se dirigió a él.

—Prepárate para vivir emociones —el bosniaco había regresado al inglés—. Iremos en mi coche hasta las proximidades del túnel. Mientras circulemos por Maršala Tita viajaremos más o menos seguros. A partir de ahí será cuando habrá que ir más deprisa. Si los francotiradores nos disparan lo más normal es que me den a mí, porque ellos están a la izquierda en sentido de la marcha. Si fuéramos, por ejemplo, desde el Holiday Inn a Baščaršija, quien peligraría serías tú porque, en el puesto de copiloto, irías más cerca de ellos. Si pierdo el control del coche, espero que sepas hacerte con él. Por tu bien, porque yo ya estaré muerto. Si me dan, seguro que es en la cabeza.

Con tales augurios los dos hombres se metieron en el Opel Corsa. Antonio colocó la mochila entre sus piernas y se abrochó el cinturón de seguridad. Aun sin luz se dio cuenta de que el habitáculo estaba lleno de porquería. En el salpicadero le pareció ver que quedaban manchas de sangre.

—Para evitar que las luces nos puedan delatar, en Sarajevo tenemos quitados a todos los coches los fusibles de los intermitentes, de los frenos y de las luces interiores. Por supuesto, de noche circulamos sin faros ni pilotos traseros.

Eldar demostró ser un magnífico conductor. Movía el coche por el centro de la calzada a velocidad moderada. Al llegar a los cruces con las calles transversales al Miljacka aceleraba para minimizar el tiempo de exposición ante el enemigo. Antes de salir a la zona del

parlamento, al que las estrellas otorgaban una apariencia espectral, y de las dos torres gemelas, Momo y Uzeir, que simbolizaban la modernidad buscada en la década de los ochenta, detuvo el coche y miró en la penumbra a su acompañante.

—¿Preparado?

Antonio confirmó y se asió al agarradero existente encima de la puerta. El acelerador se pisó con fuerza y las ruedas chirriaron. El español intentó contener la respiración. La amplia avenida Zmaja od Bosne se abría ante ellos como una inmensa pista de aeropuerto. Eldar, concentrado en la conducción y con el volante sujeto por ambas manos, avanzaba a la vez que dejaba a un lado y a otro restos de chatarra ennegrecida que algún día fueron tranvías, camiones o coches. El estado del pavimento provocaba que pegaran pequeños botes, aunque no llegaron a caer en socavón alguno. No era la primera vez que el de la Armija recorría esa ruta.

Antes de lo que supuso llegaron al edificio de la televisión, erosionado por múltiples lugares por la artillería serbia. El conductor frenó y viró con violencia hacia la izquierda. Se detuvo un momento junto a un muro que ofrecía refugio contra las miras telescópicas de los francotiradores.

—Ya estamos cerca. Hemos tenido un viaje tranquilo. Ha habido suerte. Vamos a ver ahora cómo lo tengo yo al regresar. Esos hijos de puta se comunican con *walkies*. Entre la población hay serbios simpatizantes de Mladić que avisan a los francotiradores cuando alguna pieza se les puede poner a tiro. No encontramos otra explicación a lo que ha pasado en ocasiones. Han matado a gente nuestra importante, a veces clave.

Eldar le aseguraba que había sido un viaje sosegado aunque Antonio no compartía esa opinión, pero no la exteriorizó. El Corsa se metió por varias calles hasta llegar a un lugar donde había otras personas, rodeadas de paquetes.

—Ahí es.

Se apearon a la vez. Eldar gritó varias consignas que fueron

respondidas por unas voces. Al acercarse, el español comprobó que junto a un pequeño edificio había varias camionetas con cajas apiladas y un trasiego de gente que introducía y sacaba por un portón bultos de todos los tamaños.

El hermano de Emina habló con un joven vestido de paisano. Ambos miraron a Antonio. El nuevo asintió.

—Te dejo en buenas manos. Nikola es alguien de mi máxima confianza. Él te ayudará una vez que estéis en Butmir. Tú ve por donde te diga que, un rato después, se reunirá contigo después de que hayas atravesado el túnel.

Se abrazaron con fuerza. El bosnio aprovechó para darle un sobre cerrado.

—Siempre que puedo, aprovecho con alguien que se marcha de Sarajevo para hacer llegar una carta a mi madre. Ella solo sabe de nosotros por estas pocas letras que le escribimos de vez en cuando. Solo tienes que ponerle sello y llevarla a un buzón. Hazlo mejor desde España. La dirección está puesta. Va sin remite.

El español la introdujo en su mochila y le prometió que cumpliría su encargo con el mayor celo.

—Cuenta en tu país cómo estamos. Cuéntaselo a todo el mundo. Cuéntales que han destruido Zetra, y la estación de tren, y los repetidores de televisión. Cuéntales que han bombardeado la maternidad y que han asesinado a recién nacidos todavía en las incubadoras. Diles que no tenemos agua ni fruta, ni leche para los niños. Que los ancianos se mueren de hambre. Cuéntales que hay decenas de miles de mujeres violadas y que muchas de ellas están embarazadas de demonios con forma de persona, y que han contraído enfermedades que no tenían. Cuéntales que nos tienen olvidados y que, si no hacen algo pronto, muy pronto, ya no habrá nada que hacer.

Se volvieron a abrazar, con mayor fuerza.

Antonio cargó con su mochila y Nikola le pidió que lo acompañara. El español le preguntó si hablaba inglés, o francés, pero le respondió en un lenguaje indescifrable para él. Entraron en el edificio y esperaron a que subieran varias personas desde el sótano. Todos iban cargados.

Unas bombillas alimentadas por un pequeño grupo electrógeno, más que emitir luz, generaban un ambiente tétrico. En las caras de la gente, sucias así como su ropa, se marcaban unas sombras que generaban más inquietudes que certezas. De tanto en tanto alguien pronunciaba alguna palabra, supuso que en bosnio.
Al terminar de subir el último, se escuchó una voz que procedía del fondo de las escaleras, parecía de ultratumba. Nikola le dio la mano y le indicó por señas que se quitara la mochila y que la llevara por delante, sujetándola con las manos. Le dijo algo, en bajo. Si supiera la lengua que utilizaba, habría entendido que le informaba de que el túnel tenía una extensión de casi ochocientos metros. Ochocientos metros que había de atravesar agachado pues la altura no llegaría en ningún caso al metro setenta. Si hubiera sido creyente, se habría santiguado.

Conforme bajaba los peldaños, el olor a humedad se hacía más y más intenso hasta llegar al punto de la repulsión. Un hombre lo animaba a empezar el recorrido. Al tercer paso se pegó un golpe con la cabeza en una de las vigas superiores de madera que sostenían la precaria estructura. Se tocó el pelo pero sus manos no estaban ensangrentadas. Había vuelto a tener suerte. Siguió andando gracias a la escasa iluminación que daba una bombilla puesta cada diez o quince metros, por lo que gran parte del camino permanecía en penumbra. Llevaría andados cincuenta metros cuando apareció el agua a sus pies, agua sucia procedente de filtraciones. Chapoteaba, despacio, y procuraba no salpicarse los pantalones. Al pasar por una de las bombillas apreció el cuerpo de una rata ahogada. Su vomitivo cuerpo gris y su rabo sonrosado flotaban inmóviles. A los pocos metros vio que una persona llegaba en dirección opuesta con un bolsón que parecía pesado y de incómodo transporte. Ambos tuvieron que pegarse a la pared para permitir el cruce. Andaba con la mente puesta en lo que le esperaba al final: el regreso a Madrid, la búsqueda de un apartamento para poder vivir ya que a La Florida no regresaría nada más que a recoger sus pertenencias básicas, las reuniones con concejales, banqueros y

urbanistas municipales, todos con corbata, como iría él. También aguardaba su amigo Enrique San Román y, por supuesto, Marta, su querida Martita. Y la ópera de Dublín, ese gran teatro que sería su mejor tarjeta de presentación ante el mundo. Después de lo de Dublín, la lista de grandes proyectos se agolparía en la mesa de su despacho. «Seguro».

El asfixiante calor y la pegajosa humedad comenzaban a transformar la atmósfera en irrespirable. Se quitó el sudor con la mano y siguió avanzando. Otra persona, otro cruce. Otra rata ahogada. Ahora el agua le llegaba al tobillo, de modo que los andares se volvieron más dificultosos. Ya no le importaba empaparse los bajos del pantalón con agua putrefacta. La mochila le pesaba cada vez más. Le habría gustado apoyarla en algún lugar para descansar unos instantes, pero ese túnel no contaba con estanterías. Una guerra no admite el cansancio de los contendientes.

Ganaba metros y volvía a pensar en lo que tenía delante y en lo que dejaba detrás. Se alegraba de la decisión tomada. «Total, ¿qué dejo atrás? —se preguntaba—. Un lugar que no es el mío, una guerra que no es la mía, como decía Emina. Emina. ¿Qué hará en este momento? ¿Habrá conseguido dormirse o permanecerá en vela? Ya sé que están bien, tanto ella como mi hijo, que es una de las cosas para las que viajé hasta Sarajevo». Siguió hasta que no tuvo más remedio que detenerse. Cada vez le costaba más trabajo respirar. «¿Llevaré la mitad?». Había perdido las nociones de la distancia y del tiempo. Él, que era un experto en calcular metros y segundos. Pero, dentro de ese túnel, no era él, era una persona que abandonaba una situación de riesgo extremo, nada más.

Otra rata ahogada, o eso le pareció, porque la bombilla por donde pasaba estaba fundida, por lo que intuía la presencia del animal muerto por la luminosidad de la siguiente luz, que se hallaba envuelta en telarañas. Otro golpe en el techo. Se palpó con la mano y confirmó esta vez que su piel sí se había teñido de alguna sustancia oscura. Supuso, con acierto, que sería sangre; pero no le dolía. La tensión anulaba el dolor. «Un raspón». Y pensó en la pequeñita Alma, y en las lágrimas que derramó al despedirse de él; y en Dino, cuando le

preguntaba por qué se tenía que marchar. Apretó el paso e intentó avanzar más rápido, con un chapoteo que causaba cada vez más estrépito. Y pensó en Damir y en su ¡Salud y República! que proclamaba con tanta vehemencia. Y recordó el estrellado y limpio firmamento de Sarajevo. Y la cintura de Emina. Y su voz, sus miradas y su sonrisa, más apagada que la de hacía diez años, pero era la de ella. Quiso correr pero no fue capaz. Algo lo ralentizó, algo que lo llevó a la detención total. Miró hacia adelante y vio a Antonio Escartín en un lujoso hotel de Dublín, con su traje a medida, su camisa recién planchada de seda blanca y puños con gemelos de oro y corbata de Loewe, catando el vino que le ofrecía el maître, junto al alcalde de la ciudad y algún ministro del gobierno irlandés. Y volvió la cabeza y vio a Antonio Escartín junto a cinco niños con los que era incapaz de hablar, pero con los que se comunicaba a la perfección gracias a la magia universal de las matemáticas. Y se vio de portero de fútbol intentando parar una pelota medio pinchada. Y se vio también a la carrera, con tres bidones grises vacíos, con el propósito de que no lo matara un desconocido que no tenía ni idea de quién era él, y también se vio delante de un plato de caldo claro con un trozo de pan aburrido y huérfano flotando por su superficie.

Se apoyó en la pared. Cerró los ojos e intentó que su respiración se pausara. Si en ese momento le hubiera visto su tío, lo habría mirado de arriba abajo y le habría preguntado, con esa sorna en la palabra y el lenguaje punzante en la mirada: «Quo vadis, sobrino».

Hipotenuza

Lo último que Antonio podía haber imaginado cuando estudiaba matemáticas en el bachiller, o en el Ramiro de Maeztu o en la Escuela de Arquitectura, era que iba a utilizar vocablos como *hipotenuza, brojilac, nazivnik* o *kvadratni korijen* para referirse a términos como *hipotenusa, numerador, denominador* o *raíz cuadrada*. En los más de dos meses que llevaba en Sarajevo se había consolidado como el profesor de matemáticas de múltiples niños que vivían en Baščaršija, entre ellos

su pequeño Dino, uno de los más espabilados, aunque no hubo una sola tarde en la que no se acordara de Marta, de cómo llevaría las clases y de quién la ayudaría en los deberes. Supuso que nadie.

Además de su faceta docente, el gobierno de Izetbegović también lo requirió como profesional, ya desentendido de la organización que lo llevó a Bosnia y de sus miembros. Con la protección de soldados de la Armija realizaba inspecciones de edificios afectados por los bombardeos para valorar su estabilidad, y ayudaba a otros dos arquitectos locales a dictaminar la habitabilidad de dichas fincas. Dado que los sitiadores carecían de bombarderos o de artillería de grueso calibre capaz de derruir un edificio y dejarlo en el esqueleto, su objetivo criminal se centraba en causar el mayor dolor posible a la población mediante el uso continuo de cañones más ligeros capaces de destruir el contenido de pisos. Por ello, la mayoría de los edificios que inspeccionaban no presentaban riesgo de hundimiento para sus ocupantes, por lo que tuvieron que desalojar pocas viviendas, alguna de una o dos plantas, aunque sí intervinieron en estructuras ubicadas en las fachadas, cornisas y los balcones, lo más vulnerable. Cuando no podían derribarlas, por el riesgo de exposición que esa maniobra representaba ante los francotiradores, se limitaban a acordonar la acera para evitar que los entramados se precipitaran y provocaran en los viandantes una mortal lluvia de cascotes. En el hospital hacían especial seguimiento de los testigos que colocaron junto a los arquitectos valencianos. Para su fortuna, las grietas no aumentaban de tamaño.

Cuatro días después del regreso de Antonio a casa de Emina, los ojos de Alma volvieron a llorar. Las gestiones de la Cruz Roja Internacional prosperaron y la organización humanitaria había conseguido dos autobuses y una tregua de unas horas para conducir a ochenta y tres niños al aeropuerto de la ciudad. Los organizadores habían colocado una tela blanca por cada lado de los dos autobuses empleados en donde se podía leer la misma palabra en tres idiomas: *Kids*, *Djece*, *КЛИНЦИ*[13]. Uno de los vehículos partió junto al Sebilj, justo en el que se montaron los que habían vivido con Damir, que por un tiempo fue el abuelo, más que de un niño, de una docena. Las despedidas a

través de las ventanillas se convirtieron en uno de los momentos más duros para todos los presentes. La inquietud de Eldar, que también asistió al momento, no era de tristeza por la despedida sino de desasosiego por el destino de los pequeños. Se había pactado que en los vehículos solo viajarían, además del conductor, dos soldados de UNPROFOR, y que los serbios podían inspeccionarlos en cualquier momento. «La mayor de todos es Alma —pensó el de la Armija—, y tiene doce años, aunque aparenta alguno más. Espero que ningún enfermo se fije en ella». No quiso hacer partícipe de sus temores a nadie más.

El mes de agosto había llegado con el teórico distanciamiento entre Milošević y Karadžić, que era lo mismo que decir entre Belgrado y Pale, ciudad esta última convertida en la capital de la autoproclamada *República Serbia en Bosnia*, una pequeña población situada a pocos kilómetros al sureste de Sarajevo. Pero la única realidad palpable era que los ataques se habían recrudecido, y que los morteros y los francotiradores continuaban con su demoledora y asesina labor dado que la débil tregua que imperó durante una buena parte del año era ya solo un vago y olvidado recuerdo. Las noches se habían convertido en los momentos más tormentosos del día, cuando el silencio de los habitantes daba todo el protagonismo a las continuas explosiones que solo buscaban desquiciar a los residentes en la metrópoli.

El aeropuerto llevaba cerrado varios días pues no ofrecía seguridad para ningún vuelo. Los *cascos azules* que lo protegían, franceses en su mayoría, no podían garantizar la integridad de los aparatos ni la de sus pasajeros. También se había suspendido el paso por carretera de convoyes con ayuda humanitaria. La inevitable consecuencia era la escasez de bienes para la población, que sufría desnutrición, hambre, escorbuto y también enfermedades mentales. El doctor Loga, director del hospital psiquiátrico de Koševo, y su equipo no podían atender a todos los sarajevitas que acudían a las consultas con síntomas compatibles con crisis de ansiedad, desesperación, insomnio provocado por las explosiones que se producían en cualquier

momento del día o de la noche, depresión y, lo más grave, las ideas suicidas que cristalizaban en numerosas ocasiones. Había gente que confesaba sin pudor tener envidia de los muertos, con distintos argumentos. El más extendido era para evitar el sufrimiento y la humillación. «Ellos solo tienen certezas; nosotros solo tenemos incertidumbres», le filosofó una tarde un quincuagenario musulmán al doctor Loga. El médico silenció el sentimiento de temor que lo embargaba: «No sé si temo más al cólera o a las enfermedades del intelecto; a lo tangible o a lo intangible», confesó un día a uno de sus colegas.

La marcha de los niños de Prijepoljševa no había sido cubierta por otra remesa de chavales, por lo que en el piso reinaba una paz incómoda al perder la alegría de la inocencia y la extrema juventud de su compañía. Damir consumía sus días escuchando Radio Sarajevo en un transistor a pilas. A veces intentaba leer una novela pero sus castigados ojos no le permitían pasar del cuarto o quinto párrafo, si acaso se atrevía con alguna sopa de letras, que tenían los caracteres más grandes. Dino se sentaba junto a él y le leía uno de los pocos libros que se habían salvado del invierno del año anterior. En otras ocasiones, abuelo y nieto se marchaban a buscar comida, al mercado de Markale. Otras veces iban a por agua para vecinos mayores impedidos y a quienes atendían dentro de sus escasas posibilidades. En cada viaje les daban algún litro de agua y algo de compañía, que era lo que más agradecían.

Cuando su hija le pedía cuidado, Damir siempre respondía lo mismo, que a él nadie le iba a confinar en su casa y que no habían nacido un Karadžić o un Mladić con valentía suficiente como para impedir que él hiciera vida normal.

La relación de Emina con Antonio era intermitente porque venía condicionada por el trabajo de la intérprete. Lo habitual era que se pasara una semana entera en el Holiday Inn, asistiendo al periodista que correspondiera en cada momento, y luego se quedaba en su hogar durante dos o tres jornadas que la pareja disfrutaba como si fueran las

últimas horas de su vida. Después de la marcha de los niños, la bosniaca había recuperado su habitación y había juntado las dos camas. Durante las noches que pasaban juntos, ambos se exprimían hasta agotar la última gota del zumo que cada uno podía aportar. La exfisioterapeuta había comprado en el mercado negro unas prendas íntimas que lucía en la privacidad de su habitación como el mayor logro de su independencia.

—¡Vamos a bailar!

Antonio se encontraba con Dino, con uno de los tebeos que conservaba de cuando él y su madre viajaban a España y que se sabía de memoria, pero que deseaba que su padre se lo volviera a leer.

—¿Cómo que a bailar?

—Sí, me han dicho en el hotel que hoy van a organizar un baile detrás de la universidad, en un local que tiene grupo. Aunque ahora tenemos luz, seguiremos bailando si nos la quitan. ¡Nadie lo impedirá!

La mujer entró en su habitación sin que el español comprendiera lo que ocurría. No entendía que el momento que vivía la ciudad fuera el más propicio para celebrar bailes. Las bombas se sucedían con mayor frecuencia y los disparos no descansaban. Hacía días que no entraba alimento alguno en Sarajevo y la Armija cuantificaba las reservas de UNPROFOR solo para dos semanas más. «¡Y Emina dice de ponerse a bailar!».

Al cabo de diez minutos se abrió la puerta de la alcoba y apareció la bosniaca, sonriente, con todo el pelo suelto, prendido tan solo por unas pequeñas horquillas a los lados. La minifalda roja se había confeccionado con algo de vuelo y la camiseta blanca de generoso escote se ajustaba a su cuerpo a tal punto que Antonio dedujo que se la tenía que haber arreglado, quizá metiendo los laterales y acortándola de talla. Calzaba unas sandalias doradas con algo de tacón y se había pintado los ojos con abundante rímel, que realzaba todavía más su mirada.

—Mamá, ¡qué guapa! —Dino no pudo reprimir el impacto que le produjo su madre vestida de una manera tan inusual.

—¿Qué, te gusto? No me la ponía desde la época de estudiante de fisioterapeuta, pero parece que no me queda mal. ¿Qué opinas? —ante el silencio de su pareja, que la observaba con una expresión nueva, la mujer insistió, ya en inglés, para que su hijo, que la seguía mirando embobado, no la entendiera—. Pues esto no es nada. Cuando termine la guerra voy a ir a una discoteca y me pasaré cuatro días seguidos bailando, con la minifalda más corta que jamás se haya puesto una mujer, y tú te morirás cuando me veas. Lo que no habrán conseguido los serbios, lo conseguirá tu Emina, que te caigas redondo al verme. Será mi uniforme libertario. Venga, ¡dime algo!

—Y, ¿qué quieres que te diga? —acertó a preguntar.

—Dime que estoy buenísima y que si fuera la novia de otro lo matarías para quedarte conmigo. ¿A que sí? Y me secuestrarías en una habitación para poseerme siempre que te diera la gana —la bosniaca saltó sobre él. El ardiente beso lo enmudeció. Se alegró de que Dino estuviera presente. Ni debía ni quería ocultarlo.

—¿Qué habláis?, que no os entiendo.

—Nada, hijo, que le estoy diciendo a tu padre que le quiero con locura. Hala, vámonos, que luego habrá más besos —el español solo pensó en cómo podía marcar tanto una mujer. En la vida le había pasado algo similar. Incluso, había creído que eso era algo imposible, que solo existía en las ficciones de novelistas baratos que venden patrañas en los kioscos.

Fueron tomados de la mano hasta el Sebilj, por donde torcieron a la derecha, bordeando los cascotes que alfombraban las aceras y la calzada. Las explosiones se sucedían sin interrupción y se escuchaba una deflagración cada tres o cuatro minutos, además de las continuas ráfagas de disparos. A partir de ese lugar, como siempre, descanso mientras se parapetaban en las viviendas que trazaban líneas paralelas al Miljacka y carrera despavorida para atravesar las perpendiculares al río hasta llegar al siguiente lugar seguro. En cada parada, besos; en cada carrera, risas.

La música se escuchaba desde la calle. Nada más llegar, Emina

comenzó a saludar a todas las personas que conocía, que eran muchas. Orgullosa, presentaba al padre de su hijo como su novio, su *zaručnik*. Después de pagar a dos tipos malencarados diez marcos, que al cambio suponían ochocientas pesetas, bajaron las escaleras que conducían al sótano y se encontraron con una pista donde la gente bailaba desenfrenada al son de Gloria Gaynor y su *I Will Survive*, una melodía ya antigua pero que se convertía en toda una declaración de intenciones por parte de los asediados.

Como si estuviera poseída por un saco de rabos de lagartija, Emina se situó en el centro de la pista y, ella sola, comenzó a moverse con pasión, con ritmo, con entusiasmo contagioso. Bamboleaba de un lado a otro la melena rubia que trazaba bandazos alocados, sin control, como la cola de un caballo salvaje desbocado. Antonio no sabía qué hacer y se dirigió a uno de los laterales, donde una persona vendía latas de Heineken y vasos de rakija, a cinco marcos cada uno. Compró dos y llevó uno a Emina. Esta, al verlo, se acercó a él y le estampó un ostentoso beso en la boca. Tomó el vaso y lo vació de un trago. Repitió el beso y regresó al mismo lugar donde se encontraba, para goce de todos los babosos que la miraban. La espectacularidad de la bosniaca era admirable, y la ropa le sentaba al igual que una modelo de Vogue. Desde su lugar, miró a su amante y, por señas, le ordenó que se bebiera el trago de golpe y que fuera con ella.

A pesar de poseer un dominio absoluto de su cuerpo desde que se colocó las primeras tablas cuando todavía andaba inseguro, Antonio y la música no conjugaban el mismo tiempo verbal. Se sentía ridículo y siempre se había escabullido de bailar. Su vida de estudiante sobresaliente hizo incompatible su presencia en las discotecas. Pero ahora, el momento exigía otra actitud, al margen de la aptitud. Durante el tiempo que llevaban en el abarrotado local, seguro que habrían caído sobre la ciudad una decena de granadas, mínimo, y varias docenas de ráfagas de disparos. Incluso, en ese tiempo, algún proyectil habría encontrado blanco y una o más personas habrían dejado de existir, lo que le llenaba de razones para salir a la pista y desbocarse con la música de *Dancing Queen*, de Abba. Emina lo miraba feliz y entre ambos se estableció una corriente de complicidad tan

nueva como lo era la situación.
Mientras sonaba una canción de Guns and Roses, la luz se fue y la música se apagó, ante el estupor general. Alguien chilló unas palabras que Emina tradujo.
—Dice que los serbios nos han cortado la luz y que en un momento entrará en funcionamiento el equipo auxiliar.

Se encendieron un par de velas y la sala recuperó algo de claridad. A los diez minutos, las notas de Fleetwood Mac resonaban con una calidad razonable. La melodía que habían pinchado era la de *Albatross*, su canción, la misma que habían bailado en el piso de Selma. Emina colocó sus antebrazos en los hombros del español y lo atrajo hacia sí. El grupo de emergencia no tenía suficiente potencia y solo se habían prendido unas pocas bombillas, y de baja potencia, por lo que el ambiente resultante no podía ser más íntimo. La pista se había vaciado y solo otras dos parejas acompañaban a los amantes. Se besaron como la primera vez, o como la mañana anterior, no sabían. El cuello de la bosniaca era el lugar elegido por Antonio para cobijar su cabeza. Sus manos se perdían por su espalda.
—Dime una cosa que no te he preguntado en estos dos meses —musitó —. ¿Tanto nos quieres a Dino y a mí como para haber renunciado a todo y haber vuelto a este infierno?
Antonio no respondió. La contestación ya la manifestó aquella noche, cuando inició el camino de regreso y volvió a salir del túnel por la misma boca por la que había entrado, para sorpresa de Nikola.
—¿Qué habré hecho yo para que me quieras tanto? —la nueva pregunta volvió a recibir el mismo silencio, un silencio más descriptivo que una alocución de cien palabras o la redacción de mil versos.

Después de dos besos más, Emina le pidió salir a la calle. Ambos estaban empapados en sudor y la camiseta de la mujer parecía una segunda piel sobre la que se marcaba con nitidez el sujetador.
El frescor de la noche los recibió junto a dos explosiones, lejanas. Caminaron más abrazados de lo habitual, con deseo de carne en su sentido literal y, al llegar al rellano de entrada de una tienda que llevaría cerrada desde el principio de la guerra, la mujer se detuvo y

comenzó a besarlo con furia.
—Espera a llegar a casa —consiguió susurrar Antonio.
Pero las intenciones de su pareja eran otras. Ella buscó un recoveco y comenzó a trabajar sus manos por debajo de la cintura de su amante. Se subió la falda, algo para lo que no tuvo que emplear mucho tiempo, y lo sentó no sin antes haberle bajado los pantalones.
—Fóllame. Vamos, fóllame —la bosniaca nunca antes había utilizado ese término, pero en aquel momento a Antonio le pareció que era la mayor y más hermosa declaración de amor que podía escuchar un hombre.

A lo lejos, quizá en el cercado Dobrinja, en Mojmilo o en Alipašino Polje, una andanada de varias explosiones simultáneas acompañó los momentos de amor de la pareja. Pero ellos no las oyeron. Allí solo se escuchó el fuerte bombeo de dos corazones enardecidos a punto de explotar.

La baklava

Emina y Antonio hicieron todo lo posible para que el 14 de noviembre se convirtiera en un día feliz. El pequeño de la familia cumplía años. Con dedicación, interés y sacrificio, su madre había conseguido reunir la mayor parte de los ingredientes para cocinar una *baklava*, que era el postre que más le gustaba, aunque no pudo hornearlo. También compró una vela de cuatro dedos de longitud, por la que pagó dos marcos en el mercado negro. La ocasión pedía que no fuera una sola la que se encendiera, sino diez, que eran los años que cumplía, pero no eran tiempos de dispendio. Para que la fiesta fuera lo más completa posible, invitaron a cuatro niños de su edad del vecindario. Intentaron que nadie echara en falta a uno de los mejores amigos de Dino, una criatura a la que la fatalidad puso cerca del lugar donde impactó una granada, y la metralla catapultó su pequeño cuerpo.

Después de las canciones, el chaval infló los pulmones y sopló todo lo fuerte que pudo, como si hubiera tenido que apagar cien luces.

Su carita y la de los otros niños fue el mayor premio para la pareja y para el abuelo, que no podía contener las lágrimas: «Es el tercer cumpleaños que celebramos así. Mi nieto no ha hecho ningún mal a nadie como para tener que pasar por esto», se lamentó, sin que fuera oído nada más que por los padres del cumpleañero. Damir llevaba razón. Era el tercer aniversario que padecía en guerra y no había indicios de ser el último.

La celebración del cumpleaños de Dino le condujo al recuerdo de unos días antes, concretamente al 8 de octubre. Ese día Marta había cumplido nueve años y era la primera vez que no estaba con ella en su gran fiesta. Hasta ese año, siempre había reservado en su agenda esa fecha para pasar juntos la jornada entera. En compañía de Azucena, y de los guardaespaldas, la recogía del colegio antes de comer y la llevaban a un buen restaurante. Después se dirigían a su casa, donde la esperaba una merienda y a la que siempre asistía algún payaso o animador infantil. Si no era por una razón o por otra, los recuerdos de Marta asomaban a sus días como una constante que le mantenía unido con España y con lo mejor de su vida anterior.

Poco después de la noche aquella en que fueron a bailar por primera vez, y que tantas veces recordaron después: «No sé qué me pasó, Antonio —le confesó, al día siguiente, a modo de justificación—. Anoche sufrí como un ataque, un ataque de no sé qué», un misil de mortero de 120 milímetros cayó en la pista de aterrizaje del aeropuerto, lo que obligó a la ONU a suspender el puente aéreo de ayuda humanitaria y, con ello, se ponía en peligro la visita del Papa Juan Pablo II, que tenía previsto viajar a Sarajevo a primeros del mes de septiembre, dos meses antes, para oficiar una misa en el estadio olímpico ante veinte mil fieles. Aunque la población católica era minoritaria en la ciudad, la visita del Sumo Pontífice se veía desde todas las confesiones como un decidido apoyo emocional y una embajada de buena voluntad y de anhelo de finalización de las hostilidades. No pudo ser así. El Vaticano tomó la temida decisión de suspender el viaje sin fijar nueva fecha.

El *Grupo de Contacto* seguía con las gestiones diplomáticas pero no conseguía que Karadžić aceptara sus propuestas de paz. Mientras,

la ciudad vivía su mayor escalada bélica desde la tragedia del mercado de Markale.

Las ocupaciones de Eldar habían aumentado. La Armija era ya un ejército organizado con más de ciento cincuenta mil hombres, armados y uniformados, financiada en parte por Arabia Saudita, Irán y Líbano y mandada por el general Rasim Delić. Esa cifra duplicaba a la del año anterior. Ello provocaba en la población una elevación de la moral que conllevaba un relajamiento de las medidas de protección personal, por lo que los francotiradores disponían de siluetas más tranquilas y confiadas a las que disparar, perfiles llenos de esperanza por la rápida finalización de una guerra que los tenía esqueléticos y enloquecidos.

A mayor participación de los francotiradores serbios, el equipo al que Jelena pertenecía más víctimas se cobraba. Ella solía operar en el número 6 de la calle Vrbanja, pegada al río, desde donde hacía blanco a los serbios que tiraban desde cualquiera de las cuatro torres de veinte pisos levantadas en el barrio de Grbavica, dominado por los chetniks. «Saber dónde está el peligro transmite una cierta sensación de alivio, porque otorga algo de certeza», afirmaba ante sus compañeros. A veces usaban el parlamento, un paralelepípedo también de veinte pisos que ofrecía unas óptimas posiciones de disparo.

Para evitar ser vista desde el exterior, su puesto se ubicaba a cuatro o cinco metros en el interior de la vivienda incautada por la Armija, sobre un entramado formado por una silla y una escalera en la que apoyar el arma. Para su trabajo se exigía exactitud en el disparo, decisión para apretar el gatillo en cuanto el oponente descubriera su posición de ataque y paciencia. Esa era la virtud más necesaria. El lamento de todo el grupo de contrafrancotiradores era que, en numerosas ocasiones, descubrían al francotirador serbio por el fogonazo que se producía cuando este disparaba, por lo que, más que un ataque, sus acciones se convertían en un contraataque, una suerte de venganza que llegaba con décimas de segundo de demora. «En Bosnia solo tenemos dos opciones —afirmaba la novia de Eldar, las pocas veces que hablaba—. Sufrir la violencia o causarla».

—Mi hermano no me lo ha contado, pero sé que cuando se ven, ella se vuelve loca con él. ¿Te acuerdas de aquella noche, la de la faldita roja? Pues creo que son así todas —chismeó Emina—. Jelena está convencida de que no va a ver finalizar esta guerra y que cualquier día será ella la alcanzada, pero lo tiene asumido. No habla sobre ello pero creo que perdió a su hermano pequeño con una granada, en Veliki, y a su madre en la cola del pan en Klas Velepekara, días antes de la matanza de Markale. Y ha jurado que no descansará mientras haya un compatriota suyo con un rifle que apunte a un sarajevita.

La pareja se hallaba en la cama, de noche, situación que cada vez se daba con mayor frecuencia. La extensión temporal de la guerra provocaba que los medios internacionales perdieran interés por el conflicto, por lo que los periodistas que viajaban a Sarajevo cada vez eran menos y con estancias más cortas. Ello, unido a las necesidades apremiantes de la población, provocaba que por el Holiday Inn aparecieran más compatriotas dispuestas a servir de guías y de todo lo que fuera necesario. Menor demanda y mayor oferta: la convergencia perfecta para la caída de precios y para la ampliación de los servicios a los foráneos.

—Nos queda solo una moneda de oro y unos cuantos marcos de los que trajiste, no llegan a doscientos, y no sé cuánto tiempo vamos a tener que aguantar, Antonio, no lo sé.

Con el paso de los meses, las reacciones de Emina se iban volviendo impredecibles. Así, en el momento en el que apagaba la vela, el español no sabía con qué iba a encontrarse, si con una mujer fogosa que iba a tomar su cuerpo con o sin su permiso, o bien con una criatura débil que se ponía a gemir sin encontrar momento para detener la llantina.

—Lo siento, Antonio, lo siento. Ya no traigo tanto dinero y de mi hermano poco puedo esperar. Ya ves que él casi no pisa Sarajevo, que está donde lo manden. Los serbobosnios se han encontrado, por fin, con un enemigo organizado y están retrocediendo en distintos lugares

de Bosnia, de ahí que su implicación militar sea cada vez mayor. Y si él no viene por aquí, no puedo contar con su ayuda, sus paquetes y sus relaciones. Y nuestro dinero local no sirve para nada.

La bosniaca no llegó a cuantificar el paupérrimo valor del dinar pero, en el mercado negro, único lugar donde se podían encontrar divisas ante la ausencia de entidades financieras o casas de cambio, se necesitaban cuarenta y siete millones de dinares para conseguir un dólar estadounidense, solo uno.

—En esta ciudad, si no eres un político o un gánster, estás hambriento.

—No te preocupes. Ya saldremos adelante. Esto no puede durar mucho más tiempo. Yo podría hablar con Quique o con mi tío, quizá desde algún teléfono vía satélite de un periodista, pero sabemos de sobra que es imposible que nos puedan enviar dinero con un mínimo de seguridad.

La actividad docente del español se incrementaba por días. Su reputación traspasó las casas y las calles y cada vez más padres querían que el arquitecto diera clases a sus hijos. Armado de valor, que era la única armadura que poseía, se desplazaba a sus viviendas e impartía enseñanzas que iban desde las sencillas multiplicaciones con decimales para los más pequeños a las derivadas, las integrales, los límites e, incluso, llegó a aclarar a dos muchachos que querían estudiar ingeniería la esencia de la trigonometría esférica, una de sus disciplinas favoritas. Aunque él no cobraba por sus servicios, a veces regresaba con dos o tres piezas de fruta, un cuarto de pollo o un paquete de cigarrillos Drina envueltos con hojas de libros de texto infantiles, dada la escasez de papel, muy útiles en Markale donde, como si fuera en una sesión de ilusionismo, el tabaco se convertía en hortalizas, en salazones o en preservativos.

En una ocasión le regalaron un dado, algo que le permitió, con ayuda de papel y unos lápices de colores, confeccionar un parchís que entretenía a la familia cuando los padres tenían tiempo y ganas.

Se encontraban en la cama pegados porque, al margen de la

relación sentimental, era la manera en la que podían intercambiarse el calor corporal. El otoño avanzaba a más velocidad de la que les gustaría a todos los sarajevitas y se enfrentaban a un tercer invierno que sería distinto a los anteriores, en los que las casas aún conservaban aparadores, sillas, mesas, novelas, enciclopedias, marcos de cuadros, y en los jardines y en las calles quedaban ramas y troncos. Dado que un kilo de leña, en pleno invierno, podía costar en el mercado negro doscientos marcos, la población se consolaba de pensar que las habitaciones de sus viviendas tenían puertas, y que todas ellas eran de madera; y que todavía cumplían su función primitiva aunque la necesidad iba a darles otro uso.

—Uno de la CNN me ha pedido que vengas mañana al Holiday, conmigo. Se me había olvidado decírtelo.

Le explicó que había quedado en que los recogerían por la zona del Sebilj sobre las diez de la mañana y que irían en vehículo blindado, propiedad de la cadena de televisión norteamericana, para que no se excusaran con la falta de seguridad para no asistir.

—Tienen mucho interés por ti, pero no me han querido decir más. Y si tienen interés, ya sabes…

—Dinero —completó la frase el español.

—Dinero —rubricó Emina, a la vez que le daba un beso de buenas noches.

La revista Time

El hotel Holiday Inn era uno de los edificios más representativos del moderno Sarajevo. Construido en 1984, era una mole cuadrada de diez pisos, pintada en tonalidades amarillentas y visible desde múltiples lugares de la ciudad, sobre todo desde las zonas más elevadas. Por ello, era uno de los objetivos de los atacantes, que lo hostigaban tanto con disparos de fusil como con fuego de morteros. Sus fachadas este y oeste y, sobre todo, sur, presentaban numerosos impactos de distintos calibres. Incluso, había habitaciones que habían quedado inservibles. Por su orientación hacia Grbavica, era uno de los

emplazamientos preferidos por los contrafrancotiradores bosnios, aunque también uno de los más peligrosos. En ocasiones Jelena trabajaba allí, aunque debía entrar por el aparcamiento subterráneo sin que la viera ningún empleado del hotel, pues sospechaba que alguno de ellos estaba vendido a los sitiadores como soplón que informa, por medio de intercomunicadores, de la salida de alguna persona de especial interés sobre la que los francotiradores podían actuar. «Como me entere de quién es el que nos traiciona, te juro que lo cuelgo de los cojones desde el último piso», aseguró la serbia a uno de sus compañeros.

Aunque la entrada principal se ubicaba al oeste, dirección al aeropuerto, el único acceso que se utilizaba eran los portones traseros que daban al norte. No eran seguros, pero sí los menos peligrosos. El Nissan blanco blindado de la CNN estacionó junto a una pequeña puerta por donde la pareja entró a la carrera. Alcanzaron el gran patio central al que se asomaban los pasillos distribuidores de las habitaciones. Ante sus ojos se levantaban cinco pisos que formaban un cuadrado. Un hombre con chaleco antibalas y casco se acercó a saludarlos. A pesar de que en el hotel solo se alojaban periodistas, él llevaba una tela sobre el metal con la palabra *PRESS*, para que no hubiera duda alguna.

—¡Me alegro de que hayan venido!

El hombre que los cumplimentaba tendría cuarenta o cuarenta y cinco años y por su aspecto, alto, rubio y de cara enjuta, así como por el acento, les pareció norteamericano.

—Mejor vamos al sótano, que estaremos allí más seguros. Voy a presentarles a alguien. Seguro que les invitará a un trago —propuso, con sonrisa de comercial advenedizo.

Descendieron por una ancha escalera en la que se cruzaron con un par de empleados que llevaban bandejas con restos de comida. La sala en la que se sentaron era uno de los comedores del hotel, amplio, solo utilizado a esa hora por cuatro o cinco hombres que leían, desde novelas a informes. Uno de ellos golpeaba con furia, y hasta era posible que también con precisión, las teclas de una vieja máquina de escribir. Para sorpresa de Antonio, la estancia contaba con luz

artificial. Al mirar hacia el techo, Emina se dio cuenta del detalle y le susurró:

—El hotel posee grupo propio.

Se sentaron junto a un hombre que no llegaría a los cincuenta años, bien parecido, con el pelo pegado al cuero cabelludo gracias a los rociones de gomina con que lo trataba. Fumaba un cigarrillo cuyo humo provocaba el cierre parcial de su ojo izquierdo. Leía un periódico pasado de fecha.

Se presentó como periodista del Time a la vez que despedía al del chaleco antibalas.

—No necesito hablarles de mi publicación —el desconocido entró de inmediato en materia, sin divagaciones. Era palpable que llevaba prisa—. Lleva en el mercado desde 1923 y es el referente mundial del sector. Aparecer en la portada de nuestra revista es algo codiciado por todos: por artistas, hombres de ciencia y, sobre todo, por políticos. Habría gente que daría uno de sus riñones para que su foto aparezca ahí, por la repercusión mundial que ello tiene.

La pareja escuchaba en silencio, tomados de la mano.

—Le voy a hablar sin rodeos. Hemos recibido órdenes desde Nueva York de desplazarnos a Sarajevo para elaborar un reportaje a alguien, a usted.

—¿A mí?

—Sí, a usted, señor Escartín. A usted. Hoy es su día de suerte.

Ante el rostro de estupefacción que mostró, el norteamericano pidió a chillidos a un camarero una botella de bourbon.

—Supongo que brindaremos esta colaboración con un trago. Usted, por supuesto, también está invitada. Me han dicho que es una de las mejores intérpretes y guías que hay en esta maldita ciudad.

—¿Maldita?

—Sí, maldita. Un lugar donde la vida no vale nada.

—Mi Sarajevo es la ciudad más maravillosa que existe sobre la tierra. No es maldita. Los serbios o, mejor dicho, los serbobosnios, la han convertido en un lugar de pesadilla, pero no es maldita, es el mejor símbolo mundial del entendimiento entre culturas y religiones desde hace cientos de años. No es maldita. Usted, como periodista,

debería saberlo.

—¿Mi Sarajevo? ¿Qué manera es esa de hablar de una ciudad? ¿Es acaso suya? ¿Es usted la dueña de estos edificios? —el norteamericano hizo ademán de mirar en derredor a la vez que mostraba una expresión de marcada imbecilidad y autosuficiencia.

—Sí, digo mi Sarajevo porque es mía, porque no es de nadie y es de todos, por eso también es mía. Vamos, Antonio, que tengo trabajo. Me están esperando.

La bosniaca se levantó y tiró del brazo de Antonio, que no sabía ni qué hacer ni qué decir. El norteamericano también agarró al español. Se excusó.

—Disculpe. Me tiene que disculpar. No tenía que haber hablado así de su ciudad —procuró mostrar un gesto compasivo—. Me habían dicho que las yugoslavas eran mujeres de carácter. Por favor, siéntense. Seré breve.

Emina miró a Antonio y, sin ganas, volvió a posarse sobre el asiento.

—Yo ya no soy yugoslava. Lo fui, pero ahora ya no lo soy. Yugoslavia no existe. La guerra me ha obligado a tomar partido. Yo soy bosniaca.

El camarero trajo una botella de Jack Daniels y tres vasos con hielo. Abonó en billetes de diez los sesenta marcos que le cobraba el hotel.

—¿No se dice bosnia? A los nacidos en Bosnia, ¿no se les dice bosnios?

—Bosnios son los nacidos en Bosnia o adoptados por el país. Los bosnios musulmanes nos llamamos bosniacos —aclaró.

—Comprendo —asintió, después del primer trago que se había servido. Sus interlocutores declinaron acompañarlo en la bebida—. Nuestra central ha recibido una petición, la cual, supongo, habrá ido acompañada de dinero. Un empresario desde España quiere que usted nos conceda un reportaje fotográfico en el cual se incluya una instantánea suya, un plano medio, con casco y chaleco antibalas, en

una de las calles de Sarajevo delante de algo relacionado con la guerra: un vehículo destrozado, un edificio con huellas de metralla, algo así. Eso lo han puesto como condición imprescindible. También tiene que responder a unas preguntas pero, no se preocupe, nosotros las podemos contestar por usted. ¿Qué me dice? Será la portada del mes de diciembre, que es la que registra la mayor tirada del año. A la dirección le ha parecido una propuesta correcta ya que entra en la línea editorial de la revista.

Tanto Antonio como Emina sabían quién estaba detrás de las intenciones del periodista y de la empresa editora. El oscense conocía la capacidad empresarial y los contactos de Conrado, pero jamás imaginó que su influencia llegara hasta Sarajevo. Antes de que el arquitecto respondiera, el periodista lanzó la argumentación que pensaba sería definitiva.

—Por supuesto, hay dinero para usted. Y bastante. Tengo entendido que en la ciudad funciona el mercado negro, como en todos los lugares en guerra. Y con marcos alemanes se compran muchas cosas. A ver, un kilo de harina cuesta cuarenta marcos —adoptó una expresión como si hiciera un repaso mental a una lista que hubiera elaborado el día anterior—, una cajetilla de Marlboro son doce, un paquete de galletas diez… ¿voy bien encaminado? Y también sé que un salario medio mensual está entre los tres y los cinco marcos, y que a veces se paga en cigarrillos marca *Drina*.

Hizo una pausa y bebió un trago que aprovechó para paladearlo y darse algo más de importancia.

—Y también sirve para marcharse de aquí.

A Emina le habría gustado levantarse y clavarle las uñas en su bronceada cara, pero lo último que le convenía era significarse ante los periodistas acreditados como una mujer agresiva. El final de la guerra era una fecha incierta, pero la escasez de dinero en su hogar sí era un dato seguro, y necesitaba que la siguieran contratando.

—Mil marcos, amigo. Mil marcos es la cantidad que estoy autorizado a entregarle. Sería en billetes pequeños por un reportaje que nos llevará dos horas, a lo sumo. Se moverá con mi fotógrafo, ya le conoce, en el blindado de la CNN, y no correrá ningún peligro. Ya

digo, mil marcos. ¿Hacemos las fotos esta mañana?

—¿Por qué yo?

El norteamericano no dudó en la respuesta. Apuró el vaso y se apoyó en la mesa, para acercarse al español en una postura más confidente, más íntima, más persuasiva.

—Porque usted es Premio Nacional de Arquitectura en su país y hace unos meses ganó el concurso internacional para edificar el teatro de la ópera de Dublín algo, por lo visto, muy ansiado por arquitectos prestigiosos y que usted se ha llevado. Porque usted es el arquitecto español con mayor proyección mundial y ha dejado todo para venir a ayudar a la población sitiada de Sarajevo, a colaborar con el gobierno de Alija Izetbegović para evaluar y paliar, en los casos que se pueda, los daños producidos por la artillería serbia. Porque usted es un ejemplo de solidaridad y abnegación para el mundo, y eso es algo que precisa la sociedad. Por eso, amigo Escartín, por eso tiene que ser usted y solo usted. Porque esto que le he contado vende, y los dueños de mi revista quieren ganar dinero. ¿Me he explicado? Y respecto a la relación con la señora —miró de soslayo a Emina—, yo no sé nada. Sabemos que usted está casado en España y que tiene una hija, pero en las guerras pasan muchas cosas, y los periodistas solo vemos lo que queremos ver. Si usted quiere que salga en el reportaje, por nosotros no hay problema. Lo dejo a su elección.

Se sirvió un culín de bourbon que se bebió de un trago. Prendió un nuevo cigarrillo.

—Puedo negociar con la empresa para que le paguen doscientos o trescientos marcos más. Igual llegaríamos a los mil quinientos. Es lo más que le puedo ofrecer. Usted me dirá, pero ocasiones así no se le van a presentar todos los días.

La llegada y estancia en Sarajevo supuso para Antonio el inicio de una existencia distinta, y en ese futuro no quería que figurara ni Azucena ni nadie que se asociara a sus días anteriores, excepto Marta, y lo que le proponía el norteamericano no estaba relacionado con ella. Por tanto, no interesaba.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero no quiero. ¿Su vehículo me puede regresar a nuestra casa? Mi mujer se quedará en el hotel ya que

tiene trabajo.

Se levantó ante la estupefacción del periodista. Emina lo siguió y lo detuvo. La pareja se encontraba a varios metros del norteamericano. Donde estaban, él no los podía oír. La bosniaca envió una señal con la mirada al hombre engominado, una petición de espera.

—Comprendo cómo te puedes encontrar, Antonio, pero necesitamos dinero. No sabemos cuánto va a durar esto.

—Emina, no quiero seguir el juego a mi suegro —rebatió, próximo a su oído—. Me utiliza para venderse él ante los demás. Lo conozco, los conozco demasiado bien, y yo por ahí no paso.

—Ya sé que te utiliza. Por esa misma razón, lo que tienes que hacer es utilizarlos tú a ellos. ¿Me dejas que hable yo con ese… *idiot*? Cállate y déjame a mí. Este seguro que se está quedando con parte del dinero, incluso con la mayoría. Por un momento, aparta tu dignidad y piensa en nuestro hijo y en mi padre, y también en nosotros y en toda la gente a la que podemos ayudar con ese dinero. Pueden quedarnos muchos inviernos, todavía. En este edificio he aprendido cosas, no sé si excesivas. Y una de ellas es desconfiar de los conocidos y confiar en los extranjeros, aunque vayan a su interés. Si ese interés es compatible con el mío, adelante.

Regresaron a la mesa. Para sorpresa del español, ella se sirvió un vaso de Jack Daniels. Bebió un poco.

—Diez mil marcos.

El hombre del Time resopló a la vez que esbozaba una sonrisa nerviosa.

—Señora, ¿se ha vuelto usted loca? Eso son siete mil dólares y más de ochocientas mil pesetas, si no me he equivocado en los cálculos. Mi revista no le ha pagado esa cantidad a nadie.

—No, no se ha equivocado en sus cálculos, trabajar con periodistas extranjeros me ha dado una cultura económica que antes no tenía. Mire, señor norteamericano, he visto cómo se gastaba usted con toda tranquilidad sesenta marcos en esta botella, y no me ha

parecido que le resultara un precio excesivo. Sé que una habitación en este hotel vale ciento diez marcos al día, desayuno y comidas incluidos. Por lo tanto, diez mil marcos es lo que cuesta a cualquier periódico o revista occidental la estancia de un profesional durante un trimestre, nada más que un trimestre. Y el blindado en el que nos han traído vale más de un cuarto de millón de marcos, casi trescientos mil. Como ve, yo también sé de precios. Señor periodista, si la revista Time tiene problemas para pagar ese importe, hablen con Conrado García, en España, que seguro que él sí encuentra ese dinero que a ustedes les falta. Levántese y busque un Hispasat. Usted no tendrá que esperar turno. Para lo que tiene que informar, no hay *deadline* que valga —zanjó.

Antonio se quedó estupefacto con las palabras de su pareja: «Esta mujer negocia como Andrea, mucho mejor que Enrique y yo juntos».

Eldar y Jelena

La Navidad había quedado atrás. Para no herir susceptibilidades, Antonio pidió permiso a Damir y a Emina para confeccionar un sencillo Belén, con un Misterio pintado en unos folios, coloreado y recortado entre Dino y él. «Tito no quería belenes, pero en Yugoslavia había viviendas en las que se celebraban las Navidades, y no nos importaba. Tampoco quería musulmanes y aquí somos muchos los que profesamos esa religión, aunque a nuestra manera, bebiendo el alcohol que queramos o que podamos. Si a usted le hace feliz montar un Belén, hágalo. Mi casa es la suya», aseguró el veterano partisano.

Días antes de Nochebuena, Emina le propuso algo que le extrañó: «¿Por qué no vamos a la misa del Gallo?». Él le respondió que jamás había acudido a ese evento religioso, que para él eran noches para pasarlas junto a la familia, en sus primeros años, o en cualquier estación de esquí, tiempo después, durante las épocas de competición, pero que él solo iba a misa con ocasión de algún acontecimiento social. «Sabes que en Bosnia, los musulmanes somos poco practicantes. De hecho, yo no voy a la mezquita ni rezo cinco veces al día, pero me

apetece vivir algo junto a personas que tienen fe, aunque sea una fe distinta a la mía, pero que creen en algo. Antonio, son tiempos de creer en algo más de lo que vemos».

Aunque no era una costumbre del pueblo bosnio, Antonio quiso poner algo a su hijo por Reyes.

—Tú cierra bien fuerte los ojos esta noche y, si has sido bueno, vamos a ver mañana qué te han dejado los Reyes Magos junto a tu zapato —Emina no sabía quién gozaba más con la situación, si el padre o el hijo.

Por lo que él mismo pudo comprobar, Dino se había portado bien y junto a su desgastado zapato se encontró con una baraja de póker nueva, todavía sin quitar el celofán. El muchacho saltó de alegría. Gracias a las influencias de Eldar, Antonio había conseguido esos naipes con los que podrían entretenerse.

Una noche de finales de enero que no era castigada con dureza por la climatología aunque sí por la artillería serbia, la pareja regresaba de un local donde habían estado bailando. Aunque estuvieran justos de fondos, y por insistencia de Emina, que prefería llenar antes el alma que el estómago, con frecuencia acudían a antros donde ponían canciones melódicas y bailaban sueltos o agarrados. Antonio no sabía que aquello de la música discotequera era algo tan divertido pues pocas veces en su vida había pisado una *boîte*, alguna vez al principio de salir con Azucena, pero acudir a un establecimiento así con Emina no era lo mismo. Nada más entrar en la sala, y en función de la melodía que sonara, se agarraban con la pasión de una pareja que se estrena en su relación o, si la música que se pinchaba era movida, los dos esqueletos se cimbreaban y contorsionaban como si tuvieran un acceso de frío, de calor o alguien les aplicara una corriente eléctrica de alto voltaje. Un entendido en coreografía no sabría si el exesquiador daba torpes pases de bulerías, patosos requiebros de pasodobles o desmañados lances de bachata. Eso sí, aseguraría que aquella persona era feliz.

Todas las sesiones se acompañaban de la ingesta de varios

vasitos de rakija que enturbiaban los sentidos y adormecían las voluntades.

La oscuridad en Sarajevo era absoluta ya que no había ni una sola luz encendida. Solo se dejaban ver los fogonazos de los disparos de la artillería que los cercaban por los tres sitios posibles: los flancos norte, este y sur. Como siempre sucedía, en el aire vagaba un permanente olor a pólvora que contrastaba con la pureza de la atmósfera que Antonio conoció cuando visitó la ciudad por primera vez.

Caminaban tomados de la mano. Como le ocurría a diario desde que había llegado el invierno, al ver el reflejo de la luna y de las estrellas en las laderas nevadas que rodeaban la ciudad, el oscense volaba de nuevo a su querido y nunca olvidado valle de Tena, y añoraba la reverberación nocturna de aquella nieve tan suya que jamás se marchaba ni de su recuerdo ni de su corazón.

Al llegar a las proximidades de la vivienda de la familia se sorprendieron al ver la silueta de dos personas que permanecían sentadas junto a las escaleras de bajada al portal. El frío parecía no importarles. En un momento reconocieron a Eldar y a Jelena, que compartían un cigarrillo. Emina les saludó pero comprendió, en instantes, que algo no iba bien.

—Nos han matado a tres compañeros en Velešići —sentenció Eldar. Después de una larga calada, aclaró las circunstancias de la muerte—. Iban en una furgoneta hacia la zona de reparto próxima a la estación y allí les cayó una bomba. Mala suerte. Todos los días hay mala suerte. Siempre hay mala suerte. Siempre tenemos mala suerte y ellos muy buena suerte, bueno, no siempre. Hace tres días murieron cuatro compañeros en Mojmilo, en la Villa Olímpica, en un enfrentamiento abierto. En esa ocasión matamos a cinco serbobosnios —Emina tradujo a Antonio. Después de un silencio que parecía estar dedicado a los soldados caídos de la Armija, reanudó la conversación —. A ver, esquiador, ¿cuántos cañones piensas que nos están apuntando ahora mismo, a nosotros, a la ciudad? —interrogó, ya en

inglés.

Al español le extrañó la pregunta, no se la esperaba.

—No lo sé. ¿Cien?

El hermano de Emina aspiró con fuerza el cigarrillo.

—Calculamos que más de quinientas piezas de artillería nos apuntan y disparan con regularidad. La mayoría son de 82 y de 120 milímetros de calibre.

Los recién llegados se acomodaron en la tierra, junto a los dos soldados.

—Ya sé que aciertan muchos días, demasiados, pero estos chetniks jamás imaginaron que íbamos a plantar una oposición tan frontal a su estrategia genocida —el hombre se arrellanó en el suelo—. Desde el primer momento les hicimos frente con todo lo que se nos ocurrió. Llegamos a rescatar armas de un museo de la Segunda Guerra Mundial y nos pusimos a fabricar lo que pudimos: catapultas para lanzar bombas, apañamos tuberías para que se convirtieran en lanzagranadas y, por supuesto, nos hicimos especialistas en preparar cócteles, ya sabes, los del señor Molotov. A su lado, Jelena continuaba en silencio con la vista puesta en las montañas cubiertas de nieve.

—Nunca entenderé esta guerra —reconoció el español.

—Ni tú ni nadie.

—Esta guerra y las dos anteriores, la de Eslovenia y la de Croacia, hay que contemplarlas en el marco de un determinado momento histórico —desde que empezaron las confrontaciones, Emina no paraba de recordar sus estudios universitarios y cada día repasaba lo aprendido en las aulas y en los libros—. Milošević ha demostrado ser un asesino muy listo, y ha aprovechado la crisis económica, la desmembración de la Unión Soviética y la unificación de Alemania para aprovechar el momento, su momento. Hace diez años, o dentro de diez años, todo esto sería imposible.

—Yo lo que sé es que esto parece una ruleta rusa —la voz de Jelena se levantaba por primera vez en la conversación. Su inglés era mejor que el de su novio—. Solo que en ese macabro juego, en el tambor hay una bala y los otro cinco huecos están libres. Aquí no pasa eso. Cada vez que nos exponemos, en el tambor hay cinco balas y solo un hueco

libre.

Después de unos instantes de silencio, sentenció:

—A un tío mío que vive cerca de Ostrožac le dije que vendiera la vaca y que se comprara un fusil.

Las palabras de la serbia salían teñidas de rencor agrio hacia la situación pero destilaban firmeza. Aquella mujer se complementaba con Eldar porque ambos habían nacido con unos ideales de libertad por los que lucharían hasta el final de sus días.

—En Sarajevo hemos dejado de creer en el Humanismo Europeo. Yo lo he palpado con los periodistas que se mueven por el Holiday Inn, que siguen anclados en el enfrentamiento histórico entre el cristianismo y el islam. Parece que por ellos, o por sus lectores, el tiempo no ha pasado. Esta ciudad fue el ejemplo para la civilización. Se parecía a vuestro Toledo —aunque casi no se veían por la oscuridad de la noche, Antonio supo que Emina se dirigía a él—, aquí vivíamos todos, ya lo hemos hablado.

—Por cierto, español, ¿sabías que a partir de junio tu país presidirá la Unión Europea? —el aludido negó, en silencio—. Vamos a ver si Felipe González nos trae suerte —deseó Eldar—. Vuestros soldados están haciendo una magnífica labor en Mostar, hasta aquí ha llegado su fama.

Jelena se levantó y cargó con su inseparable fusil.

—Me voy. Entro en mi turno en media hora, a ver qué pesco.

Dio un beso a Eldar y chocó el puño con Emina y Antonio. Los tres la vieron abandonar el lugar camino del río.

Despacio, entraron en el piso amortiguando el ruido para no despertar a Damir. Eldar se marchó al salón y la pareja entró en el cuarto de la mujer. Bajo el fuego de varias explosiones se desnudaron y se metieron en la misma cama. Los dos lo querían así, cuanto más cercanos, mejor.

—¿Sabes qué voy a hacer el día que termine todo esto?

El español acariciaba una y otra vez el pelo de su mujer, no se cansaba de expresarle su amor. Respondió lo primero que se le ocurrió:

—No sé. ¿Comprarte un vestido? —Emina le invitó a que planteara

otra opción—. ¿Tomarte una copa de champán bien frío?

—No. Las dos cosas se podrían conseguir ahora mismo. Sabes que, aunque estemos en guerra, en el mercado negro hay de todo. Me enteré el otro día de que hasta se vende tinte para el pelo, que hay señoras que pagan lo que no tienen por poder seguir tiñéndose su melena. Lo que yo quiero no se puede conseguir hoy en Sarajevo ni con todo el oro del mundo. Dormir, Antonio, dormir. Ansío poder acostarme en una cama, en esta misma, contigo, y saber que nada ni nadie me va a despertar en horas y horas.

Brothers in Arms

Al comenzar a sonar las notas, Emina inició un llanto que no encontraba fin. Se recostó sobre el hombro de Antonio y procuró que nadie la viera en esa situación.

These mist covered mountains
are a home now for me[14]…

Junto a *Prisoners in Paradise*[15], de Joey Tempest, la canción *Brothers in Arms*[16], de Dire Straits, se había convertido en un himno para la población asediada y, aunque Emina procuraba mantenerse fuerte ante todos, a veces caía en las profundidades de la desesperación porque no sabía cuándo terminaría el sitio, incluso si terminaría algún día, porque desconocía cuántos más tenían que morir, porque ignoraba por qué Occidente despreciaba la crítica situación que vivían los bosnios al contemplar que las guerras civiles ya no solo eran cuestión del mundo subdesarrollado, porque estaba segura de que no podrían vivir como antes, como cuando era pequeña y Yugoslavia era una hermosa y próspera tierra en la que todos los pueblos que la componían, aquellas seis repúblicas, convivían en paz y tolerancia. Ella luchaba por el Sarajevo en el que nadie tenía que odiarse por ser como era, o por cómo fueron sus ancestros. Pero ese Sarajevo había dejado de existir.

Era el 8 de febrero de 1995 y la guerra pronto cumpliría su tercer año ininterrumpido. Los muertos ya se contaban por miles, y los niños… temía recordar la cifra que le habían cuantificado. No deseaba retener ese dato.

La pareja se encontraba en un local donde unos músicos sarajevitas alimentaban sus instrumentos eléctricos gracias a un generador accionado con una bicicleta estática que alguien montaba detrás de una cortina negra. La iluminación general era con velas ya que los serbios habían cortado la electricidad a la ciudad. Y, si no es por una razón deseada, bajo la luz de una llama el miedo se incrementa. La claridad genera sosiego, certeza; las tinieblas desconfianzas, intranquilidades.

Milošević continuaba exigiendo que se reconociera el derecho a crear la Gran Serbia a costa de acabar con las otras etnias que la poblaban. En los planes de paz se contemplaba que los serbios de Bosnia se quedaran con el cuarenta y nueve por ciento del territorio, pero el gobierno ilegítimo ubicado en Pale no lo aceptaba.

…Now the sun´s gone to hell
and the moon´s riding high.
Let me bid you farewell.
Every man has to die[17]…

La canción se cerró con una entusiasta ovación por parte del público, unas cien personas que se habían congregado en el local y que, sentados en el suelo, escuchaban a los músicos.

Aunque ninguno lo comentó, no pasó inadvertido para ambos el proceso que estaba dándose en Sarajevo. La ciudad había recibido numerosos desplazados desde lugares rurales próximos, *papaks* los llamaban, con costumbres distintas a las capitalinas y sentimientos religiosos más acentuados. Así, cada vez se veían más mujeres que llevaban cubierto su pelo con el hiyab, en tonos oscuros, jamás de colores fuertes. Antonio también había reparado en que el Corán, uno de los pocos libros que se salvó de la biblioteca de la casa de Emina, estaba cada vez más visible en el piso, por lo que dedujo que su mujer

debía de leerlo cuando él no estaba en la vivienda. No la juzgó. Él no era quién para juzgar a nadie. «Primero soy bosniaca, después musulmana», le aseguró hacía tiempo.

El concierto seguía pero Emina pidió abandonar el local y regresar a su casa. Su trabajo de intérprete había descendido porque no pudo soportar la situación que vivía cada día. Era incapaz de seguir prestando su tiempo, sus energías y su integridad física para colaborar con periodistas de estados que no mostraban verdadero interés por finalizar un sitio que llevaba más de mil días. Era un asunto que no quería tratar con Antonio porque él carecía de culpa por la actitud de países como España, Italia, Francia o los Estados Unidos de América. Pero ella estaba convencida de que si la OTAN tuviera voluntad de ello, el cerco sobre Sarajevo y la liberación de Bosnia serían cuestión de media hora. «Esta guerra se acabará el día que Clinton quiera», le aseguró un día.

Salieron a la calle y transitaron por el camino que otros habían abierto después de la nevada de la semana anterior. Paralelas a esa senda se apreciaban las huellas de los trineos que utilizaban algunos afortunados que los poseían para poder transportar agua desde la destilería o los centros de reparto a sus domicilios. El tercer invierno en guerra se presentaba todavía más cruel que los anteriores, lo que añadía problemas de movilidad adicionales a los ya existentes. El sonido habitual de las explosiones era algo que ya ni comentaban, incluso, puede ser que fuera algo que ya ni oyeran.

—Cuando nos conocimos te dije que mi ciudad era la de los tres colores: el blanco de su nieve, el azul de su cielo y el verde de sus montes. ¿Recuerdas? Ahora Sarajevo también tiene tres colores, pero distintos, o con significados diferentes: El blanco de su nieve, ese sigue igual; el rojo de la sangre de sus habitantes, y el verde de la esperanza. Este último jamás nos lo arrebatarán.

En la casa la situación alimentaria había dado un giro copernicano. Gracias a los diez mil marcos que entregó la revista *Time*, o Conrado García, ¡ironías de la vida!, por el reportaje que le

realizaron a Antonio, él solo, en Zmaja od Bosne delante de varios edificios picados de metralla y junto a un tranvía incendiado, la familia podía comer a diario y la fruta había vuelto a entrar en la vivienda con regularidad. Abuelo y nieto se marchaban cada dos o tres días a Markale y volvían con un pollo, algunos tomates o unas manzanas. A veces se ponía un plato más en la mesa, o varios más, para dar de comer a algún niño del vecindario cuyos padres no habían tenido tanta suerte como ellos. Administrado con mesura, ese dinero daría para muchos meses.

Se metieron en la cama y la bosniaca comenzó a llorar. Esta vez había una razón concreta para el desconsuelo. En su cerebro se dibujaba una y otra vez la imagen de Jelena la semana anterior, sin soltar una lágrima sobre el cuerpo de su gran amor, sobre el cadáver de Eldar. Una mañana que se levantó con una niebla cerrada, su hermano y sus hombres realizaron una incursión sobre Trebević para apoderarse de armamento serbio, y fueron descubiertos. En el intercambio de disparos, una bala asesina segó la vida de uno de los hombres más valerosos con que contaba la Armija. El entierro en el cementerio del León fue de noche porque los sitiadores se valían de las concentraciones que provocaban los sepelios para disparar a los concurrentes y acabar con sus vidas.

—¡Que nadie ocupe esta fosa! —clamaba la contrafrancotiradora, rifle al hombro, vestida con su habitual ropa de camuflaje y tocada por una boina verde ladeada, subida sobre una lápida próxima—. ¡Que nadie ocupe esta fosa! —a pesar de la oscuridad, todos los asistentes la veían señalar el lugar contiguo a la sepultura en la que habían enterrado a Eldar—. ¡Esta será mi fosa! ¡Aquí quiero descansar yo cuando esos hijos de la gran puta me maten! ¡Que no me la quite nadie! ¡Esta tierra está abonada con la sangre de los valientes! ¡No podré tener más honor que reposar aquí!

Damir y su nieto se abrazaban. Por expreso deseo de su madre, y de común acuerdo con Antonio, Dino asistió al entierro porque quería que viviera la realidad, no deseaba sobreprotegerlo, y las inhumaciones formaban parte del Sarajevo que le había tocado vivir. Dada la escasez de maderas, el cuerpo de Eldar fue envuelto en una

tela fuerte de arpillera y trasladado en parihuelas por varios hombres de la Armija. El arquitecto pensó cuál sería su decisión si las circunstancias condujeran a que en su familia española hubiera también una defunción no prevista: «¿Llevaría a mi hija al entierro de su abuelo como hemos hecho con Dino en el de su tío?».

—¿Sabes, Antonio? Los cementerios tienen voz, hablan. Aunque pueda parecerlo, no son mudos. Y los de Sarajevo contarán a las generaciones futuras la locura que fue la ciudad durante el tiempo que dure el cerco. Seguro que algún día ganaremos esta guerra; lo que no sé es si también seremos capaces de ganar la paz.

Después de unos instantes, volvió a verbalizar sus pensamientos, que se agolpaban en su mente de forma atropellada y sin orden.

—Daría media vida por estar abrazando a mi madre cuando reciba la noticia.

Se acurrucó sobre el pecho del español y siguió hablando, después de aclararse la voz.

—Nos han dejado solos. Todos nos han dejado solos. La historia se repite, Antonio. No sé ni por qué la estudié. Ahora me… *mortifiant* más que otras personas, estoy segura. Pasa lo mismo que sucedió en la guerra de tu país, en los años treinta. Ya me has dicho que tú no la conoces en profundidad. Casi mejor. En aquella ocasión, vuestra República no recibió apoyos ni de Francia, ni de Inglaterra ni de los Estados Unidos de América. ¿Te suena la situación? Además, aquí no ha venido ninguna *Brigada Internacional* en nuestra ayuda. ¿Sabes algo? A veces me siento madrileña. ¿Sabes que Madrid también sufrió un asedio parecido al nuestro? Me deberías llamar como se llamen las madrileñas. ¿Cuál es el nombre más común en esa ciudad?

Antonio no siempre era capaz de acompasar los altibajos anímicos de Emina. La mujer podía formular preguntas como esta última, lúdica, que no venía a colación en el marco de una conversación profunda y trascendental. Pero sabía que estaba junto a alguien cargado de sensibilidad, una persona a la que todo la afectaba y lo último que podía hacer con ella era menospreciar sus juicios o banalizar sus análisis o sus reacciones. Como siempre sucedía, bailó la música que ella hacía sonar.

—No lo sé. Recuerdo que, aunque en la Escuela tuve pocas compañeras porque la mayoría de las chicas estudiaban Filosofía y Letras, alguna se llamaba Paloma.

—¿Paloma, como las aves esas que había junto al Sebilj y que ahora no hay ninguna? A ver, ¿cuántas *Palomas* tuviste como novias?

Después de darle dos besos, se abrigó de nuevo junto a su pecho e, instantes después, retomó el llanto.

—¿Me llevarás a Estambul? —preguntó, de súbito.

Antonio, que ya se había quedado dormido, pensó que esa nueva conversación se producía dentro de un sueño.

—Claro que te llevaré a Estambul. Así lo conoceremos los dos. También debe de ser una ciudad de contrastes.

—Me llevarás a un hotel caro y me meteré en la bañera y me lavaré el pelo durante tres horas. Y, al salir, me dibujarás otra vez desnuda. Ese dibujo lo conservo pero no lo ha visto nadie. Es mi secreto.

—Claro, lo que tú quieras.

Le dio un beso en la sien y le volvió a desear las buenas noches.

Godot

Emina insistió.

—Vamos, seguro que te va a gustar.

—Es que no voy a entender nada. La música es la música, pero una obra de teatro, en bosnio… tienes que entenderlo.

Después de una pequeña discusión, en la que se sabía desde el inicio quién iba a triunfar, la pareja salió a la calle, camino del teatro.

Ese 22 de mayo el sitio de Sarajevo había sobrepasado ya los tres años y, nadie se quería engañar, la situación no solo permanecía estacionaria, sino que se había agravado con claridad, en especial desde que comenzó el mes y finalizó la nueva tregua entre serbios y musulmanes que nadie respetó, como las anteriores. Y, además, también había empeorado en otras ciudades bosnias, incluso en las que UNPROFOR había calificado como *seguras*: Gorazde, Tuzla y

Bihac. La limpieza étnica no era una consecuencia de la guerra, era el verdadero objetivo de la misma. En Srebrenica, ciudad controlada por los *cascos azules* holandeses, se respiraba cierta tranquilidad, quizá artificial. Desde que empezó la guerra, Emina no había vuelto a tener noticias de su amiga Selma. La profesora de latín no había vuelto a la capital.

La población se esperanzaba cuando disfrutaba de energía eléctrica durante varios días seguidos o de tres o cuatro horas de agua cada mañana, pero no se quería engañar; se vivía una situación asimilable a permanecer en un inmenso campo de concentración al aire libre donde los guardias disfrutan de un coto privado de caza porque, fatalidades del destino, Sarajevo parecía que había sido construida para ser sitiada: edificada en la hondonada de un valle rodeado de montañas. En todos los foros en los que se le ponía un micrófono, el jefe del gobierno bosnio, Haris Silajdžić, clamaba contra la falta de claros apoyos occidentales: «Los serbobosnios luchan por un territorio. Nosotros luchamos por nuestra supervivencia», aseguraba el político. La puesta en marcha del Tribunal Penal Internacional de La Haya, que inició sus actividades hacía dos años para juzgar los crímenes de guerra que se estuvieran produciendo en la antigua Yugoslavia, no amilanaba a los sitiadores, que actuaban, según ellos, cargados de la razón que otorga la historia. Su historia.

Al fragor de las andanadas de cañones de todos los calibres y de las bajas que se producían a diario, la sociedad bosnia se iba transformando. Se censuraban los matrimonios entre etnias diferentes, algo alimentado por Tito, y los vaqueros, el rock duro y el alcohol cedían ante el creciente impulso de la ortodoxia musulmana: más visitas a las mezquitas e indumentaria adecuada. Sin haberlo hablado, Antonio estaba convencido de que Emina no se volvería a poner la famosa minifalda roja que lució el año anterior y que tantas veces recordaron en la intimidad de la relación.

La pareja caminaba tomada de la mano, en un silencio deseado por ambos. El aeropuerto llevaba cerrado desde primeros de abril y el dinero que conservaban era incapaz de conseguir ni siquiera los bienes básicos. Y eso afectaba al humor de la familia, hasta del pequeño

Dino, que se pasaba las mañanas tirado sobre su cama, leyendo cuentos leídos o con los ojos abiertos fijos en el techo del que ya conocía la dimensión de cada desconchón. A pesar de la llegada de la primavera, la apatía se había apoderado de todos los chavales del barrio, por lo que aquellos partidos de fútbol, esos en los que Antonio demostró una agilidad desconocida en el puesto de portero, formaban parte de la historia personal. Ya nadie tenía ganas de disparar penaltis al *español*, como llamaban al padre de Dino.

Su abuelo había perdido la apetencia de leer, de cocinar, porque ya no había nada que meter en la cazuela, y hasta de hablar. Se pasaba las jornadas enteras con su pequeño transistor junto al oído. Antonio vio que, alguna vez, el aparato estaba apagado. Algunas revistas de crucigramas permanecían sin abrir. No había ganas para ello.

Por unas calles a las que se asomaban edificios cuajados de grandes ojos negros, que era lo que parecían las ventanas sin cristales, llegaron al teatro Kamerini 55 donde un grupo de actores, dirigidos por una dramaturga norteamericana, iban a representar la obra *Esperando a Godot*, del premio Nobel irlandés Samuel Beckett. Abonaron los diez marcos que les costó la entrada y ocuparon unas buenas butacas.

Tal y como Antonio aventuró cuando Emina se lo propuso, el español no fue capaz de entender ni un solo vocablo de los que se dijeron en la obra, pero no le importó. Ese día contaban con electricidad y apreció las expresiones de los artistas y los sentimientos que transmitía su profesionalidad, al margen de algún apunte que le hacía su mujer. Godot, ese que en la obra nunca llegaba por más que lo esperaran los dos hombres protagonistas, era asimilable a la salvación de la ciudad, una salvación que tampoco se convertía en una realidad, le explicó Emina al salir, después de despedir a los cinco actores con una ovación en la que el público estuvo en pie a lo largo de varios minutos.

—Esta obra, escrita hace varias décadas, es simbólica, ¿entiendes? Y sobre el texto exacto, ya sabes, Antonio, que los sentimientos no siempre se expresan con palabras —le aseguró, antes

de correr en una intersección entre dos calles.

El 23 de mayo Godot no llegó a Sarajevo, ni el 24. Ni el 25. Ni en lo que quedaba de mayo. Ni en todo el mes de junio. Ni en julio…

Markale

El 28 de agosto de 1995 se desarrolló con la misma rutina acostumbrada. Desde hacía varios meses el toque de queda se había recrudecido al prohibirse la circulación por la calle, tanto de vehículos como de personas, desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana. Para impedir la visión de los francotiradores, además de la colocación de contenedores y de torres de coches inservibles que se apilaron desde el principio del sitio a modo de parapeto, el gobierno había instalado grandes paneles de tela fuerte y oscura que dificultaban la identificación de viandantes por parte de los serbios y otorgaban a la población una ligera sensación de seguridad que facilitaba algo más la vida.

Sarajevo vivía momentos críticos. Igual suerte corrían otros enclaves bosnios, como Zepa, Gorazde y Srebrenica. En el mes de julio, las tropas del general serbio Radko Mladić se habían llevado de esta última población, y a un lugar desconocido, una cifra que oscilaba entre los siete u ocho mil varones en edad de empuñar un arma, ante la manifiesta pasividad de los *cascos azules* holandeses al mando del coronel Karremans. Mes y medio después, la Cruz Roja Internacional no conseguía averiguar el paradero de una cifra tan abultada, y se empezó a temer lo peor.

Incluso Mostar, que vivía en paz con los croatas, se vio hostigada por los serbios, que habían estrechado el cerco hasta situarse a tan solo tres kilómetros de la capital de Herzegovina, población que seguía defendida por soldados españoles.

Para paliar el tedio y la desesperación, la pareja decidió pegar un giro a la situación anímica en la que se había instalado y pasó a incrementar su actividad con el fin de ocupar su mente y cansar su cuerpo. Al contrario de lo que le había pasado a muchos

conciudadanos, ninguno de la familia había caído en las garras de la disentería o de la enterocolitis, epidemias que azotaban a gran parte de la población sitiada por los nocivos efectos de la falta de agua y el agobiante calor del verano.

Antonio había retomado las clases particulares de matemáticas y de dibujo artístico. Se juntaba donde podía con niños de distintas edades y les enseñaba las técnicas pictóricas más elementales, como las primeras nociones de perspectiva, de sombras y de puntos de fuga. En otros casos, con los mayores, les hablaba de la paleta cromática y de cómo unos colores compatibilizaban con otros y qué combinaciones se desaconsejaban. Y, para finalizar, sesión de retrato. El español ya había perdido la cuenta de la de caras que había dibujado desde que llegó a Sarajevo. A veces le regalaban una pera o una manzana, en otras ocasiones, unos sobres de azúcar o cincuenta gramos de harina. Y, siempre, una sonrisa y una palabra de gratitud.

No le fue difícil hacerse con folios en blanco y lápices ya que seguía colaborando con el gobierno en la detección de edificios afectados y en la evaluación de su habitabilidad. También consiguió que ACNUR le facilitara unos lotes de material escolar inmaculados que provocaron las delicias de sus pequeños alumnos. Para ellos, estrenar una goma de borrar o un lápiz se convirtió en un lujo que pudieron satisfacer.

Tanto se aferraba a su nuevo trabajo que, para el español, Dublín se convirtió nada más que en una ciudad europea, una cualquiera, sin otra connotación. Su historia personal quedaba cada vez más sumergida por su nueva realidad.

Emina había regresado a su actividad de traductora, también con un periodista español. Fue la nacionalidad del profesional la que terminó por convencerla. Oía de forma habitual el abnegado papel que desempeñaban las tropas españolas en Mostar en defensa de la ciudad y sus habitantes y también sabía el número de soldados que habían fenecido. Le pareció que ayudar a España era rendirles un homenaje, tanto a ellos como a Antonio, que se había apartado de su vida de comodidades para ayudarlos, con su presencia, su trabajo y su dinero.

Al día siguiente, y después de haber tardado tres horas en ir y regresar de la destilería para traer veinte litros de agua, abuelo y nieto se marcharon al mercado de Markale para intentar conseguir algunas hortalizas y, si había suerte, algo de carne. Despacio, y con treinta marcos como dotación, la pareja llegó a Ferhadija Sarači, calle en la que se ubicaba el mercado más famoso de Sarajevo. Eran las diez y media de la mañana.

A las once de la mañana Emina se encontraba en una sala del Holiday Inn preparando la jornada de trabajo con un periodista de Televisa México y un corresponsal de El País. Alguien entró, despavorido, con la peor noticia que podían escuchar sus oídos:

—¡Acaba de estallar una granada en Markale! —chilló.

Como si el asiento tuviera un muelle recién ajustado, el cuerpo de Emina saltó por los aires:

—¡¡¡Dino!!!

A esa misma hora Antonio se hallaba en Presidencia, junto a un arquitecto bosnio y otros funcionarios, examinando planos de varios edificios que tenían que inspeccionar en el barrio de Bistrik. A él no se lo contó nadie. La proximidad del inmueble con el mercado provocó que el suelo retumbara. Se miraron y alguien sentenció:

—Eso ha tenido que ser cerca —supuso un hombre, en inglés.

—¿Markale? —preguntó de forma mecánica. Uno de los presentes asintió, a la vez que se encogía de hombros. Admitía su ignorancia pero a la vez reconocía que el arquitecto extranjero podía tener razón. El español ató cabos en una fracción de segundo— ¡¡¡Dino!!!

Salió de la sala y, sin colocarse el casco ni el chaleco antibalas, voló en dirección al mercado. Las carreras de la gente iban en todas las direcciones, unos para alejarse del lugar por temor a nuevos proyectiles y otros, como él, para llegar lo antes posible y ayudar en lo que pudieran. La columna de humo se elevaba a las alturas y servía de

guía para todos aquellos que, sin preocuparse de poder recibir un tiro de los francotiradores serbios, querían alcanzar el lugar de la explosión.
Los pies de Antonio se frenaron en seco al contemplar un panorama envuelto en polvo blanco y percibir un olor a quemado que se pegó a su estómago. Al instante distinguió diferentes cuerpos esparcidos por el suelo y gente que corría con personas en brazos, buscando un coche. Avanzó y comenzó a chillar, entre la multitud:
—¡Dino! ¡Dino!
Un hombre yacía junto a una bicicleta que todavía tenía entre las piernas y sobre un charco de sangre que crecía por instantes. Continuó y vio a una mujer y un niño inertes en el suelo, con una bolsa con tomates abandonados por el asfalto. Un coche se abría paso a pitidos camino del parque Veliki. Antonio dedujo que había puesto rumbo al hospital de Koševo.
—¡Dino! ¡Damir!
Miraba por doquier pero era incapaz de encontrar algo que le resultara familiar. Comenzó a toser pues el polvo convertía la atmósfera en irrespirable. Entre tres hombres metían a una mujer en el asiento trasero de una furgoneta que reculaba para facilitar la maniobra. Él ayudó introduciendo el brazo que había sido desgajado del cuerpo. El vehículo arrancó despavorido.
Los ojos lo traicionaron y le llevaron donde no debía: en la acera opuesta al mercado había un joven, quizá un adolescente, que había quedado empotrado contra la pared, con la cabeza hundida en el muro y los brazos y las piernas extendidas. La tensión le borró las náuseas. Otro chaval se hallaba sobre uno de los puestos, tumbado hacia adelante e inmóvil.
Se empezaron a escuchar sirenas; unas se montaban sobre otras.
—¡Dino! ¡Damir! «¿Cómo iba vestido?» Fue la pregunta que se formuló para intentar reconocer el cuerpo en cuanto lo viera.
Una mujer, de rodillas y con los brazos extendidos, clamaba al cielo ante un cuerpo teñido de rojo. Sus chillidos sobrecogían por encima del griterío general.

Dos blindados de las Naciones Unidas frenaron en la intersección

próxima y de ellos se bajaron varios soldados.
—¡Dino! ¡Dino!
Casi lo atropella otro coche que acababa de arrancar camino del hospital con varias personas en su interior. Vio a un niño quieto junto a uno de los puestos, tirado en el suelo. Se arrodilló y lo movió, con temor: no, no era él. Esa pobre e infeliz criatura ya había iniciado el último viaje sin haber sabido nada de la vida.
Otra voz chillaba el nombre de su hijo. Levantó la cabeza y vio a Emina, que se había puesto las manos a modo de altavoz y gritaba como nunca antes había hecho:
—¡Dino! *Drago dijete, gdje si?*
Se vieron y ella corrió hacia él. Al llegar a su lado, lo agarró por las solapas y le chilló, en francés:
—¿Dónde está mi hijo, dónde está?
Un hombre cargaba a toda velocidad con un pequeño cuerpo. La pareja, a la vez, reconoció una camisa de manga corta de cuadros que le resultó familiar. Le ordenaron que se detuviera. La mirada del desconocido estaba perdida y no sabía ni lo que hacía, ni el rumbo que tomaba ni lo que portaba. ¡Sí, era Dino! Emina se lo arrebató. La cara estaba ensangrentada así como uno de sus brazos. Había perdido un zapato y se quejaba con pequeños chillidos, no muy potentes.
—¡Vamos, ven!
Sin que nadie les diera permiso, entraron en uno de los vehículos de UNPROFOR que acababa de llegar e instaron al soldado a que arrancara hacia el hospital. El conductor se excusó y aseguró que él no podía mover el vehículo sin la autorización de un superior.
—¡Mueve esto, hijo de puta! —bramó Emina, también en francés, nacionalidad del *casco azul*—. ¡Muévelo o te juro que te mato!
Al momento, un oficial se asomó al interior y cursó una orden al soldado conductor. Cerró la puerta y pegó un par de golpes en la carrocería, desde el exterior. El blindado inició la marcha y Emina exigió mayor velocidad. En cuanto el vehículo de la ONU abandonó la salvaguarda de unas viviendas y se puso a tiro, notaron el repiqueteo de las balas de ametralladora que les disparaban los serbios, que no respetaban ni el traslado de heridos.

Dino se quejaba del brazo y del pie, pero sus padres comprendieron que la gravedad venía por la metralla que se había clavado en distintas partes de su cara y que se hacía visible sin necesidad de una inspección pormenorizada. Los ojos los tenía cerrados y por una herida en la mejilla derecha manaba una pequeña corriente de sangre.

En menos de diez minutos arribaron al Koševo, cuya entrada se hallaba llena de coches que acababan de llegar y otros que estacionaban en ese momento. Una enfermera, con el pelo recogido en un hiyab, salió a su encuentro con una camilla.

—¡Aquí, aquí!

Entre la sanitaria y Antonio introdujeron al niño en el interior del hospital. Los pacientes se agolpaban y los claxon de los vehículos que llegaban atolondraban a los profesionales que, con las batas blancas llenas de manchas rojas, se mostraban incapaces para atender tanta urgencia. Un médico iba reconociendo a los malheridos y emitía un diagnóstico rápido.

—Este puede esperar.

—¿¡Cómo que puede esperar!? —preguntó Emina, a voces, sin ser capaz de controlar ni sus emociones ni sus modales—. ¡Está lleno de sangre!

—Señora, soy yo quien tiene que tomar las decisiones. Este niño no parece que tenga afectadas partes vitales. Las heridas son superficiales y ahora lo examinaremos, pero tengo ya a una docena de personas que necesitan una intervención urgente —el médico se acercó a su cara a la vez que bajaba el volumen de voz—. O los operamos o se mueren. ¿Entiende? Tu hijo no se va a morir. Ahora taponamos la herida.

El facultativo vio la marca que Emina llevaba en el brazo.

—¿Eres 0 negativo? —ella asintió, desorientada—. Vamos, dentro, necesitamos urgente esa sangre. ¿Y usted? —Antonio confirmó que también tenía ese mismo grupo sanguíneo—. Perfecto. Los dos dentro.

Dio una orden a una de las enfermeras, en bosnio, mientras señalaba la zona de la cara por donde Dino sangraba.

El Hércules

La tranquilidad no había llegado al hospital Koševo ni a las dos de la madrugada. La pareja se hallaba sentada en una sala de espera donde solo se escuchaban los llantos ahogados de quienes esperaban noticias de sus familiares y amigos ingresados. Junto a ellos, en silencio, se encontraba Ángel Santa Cruz, el corresponsal en Sarajevo de El País, el periodista para el que Emina trabajaba desde hacía unos días.

A esa hora ya se sabía que la masacre se había cobrado la vida de, por lo menos, treinta personas, y que había más de setenta heridos graves. Entre los que el destino salvó se encontraba Damir, que se había separado un momento de su nieto para saludar a un amigo. Aquel desplazamiento de pocos metros significó la salvación del hombre, que solo tenía unos rasguños al ser empujado al suelo por la onda expansiva. En la caída el expartisano no se fracturó ningún hueso.

Dino se encontraba en el quirófano. La metralla le había alcanzado de lleno en la cara, aunque por fortuna no en el cuello, por lo que no se había visto afectada ninguna arteria principal. Tampoco se habían incrustado trozos metálicos en su pecho. El problema estaba en los ojos. Antes de entrar en el quirófano el médico quiso preparar a la pareja para lo peor:

—Vamos a hacer todo lo humanamente posible. Es una labor muy delicada. Hay que ir poco a poco con las pinzas extrayendo los pequeños trozos de metal. A veces son microscópicos y tenemos que valernos de lupas, ya que aquí no disponemos de equipos adecuados. Hasta que no levantemos los párpados de Dino no sabremos con qué nos vamos a encontrar —razonó el facultativo.

La pareja había donado una unidad de sangre cada uno y no habían tomado nada, por lo que se encontraban transidos por el cansancio aunque la tensión los mantenía espabilados y con los sentidos activados. Los miedos que envolvían a Emina cuando de pequeña le extraían sangre para un análisis habían desaparecido. La necesidad de ayudar a los demás superaba su aprensión.

No fue hasta las tres y media de la madrugada cuando dos

médicos se acercaron a ellos. Al llegar a su lado se quitaron la mascarilla. Tanto Antonio como Emina entendieron la gravedad de la situación dibujada en el rostro de los sanitarios.

—El ojo derecho de Dino está fuera de peligro. Hemos podido extraer todas las partículas de metralla que se habían incrustado en la córnea y la conjuntiva. Ninguna ha logrado atravesar el ojo. Las lesiones han sido superficiales. El problema lo tenemos con el izquierdo. Y es serio —Antonio notó que la mano de Emina lo apretaba con mayor fuerza—. Un trozo metálico ha perforado el globo ocular y es urgente que se le realice una cirugía de emergencia, y aquí no tenemos medios. Ni en Sarajevo ni en toda Bosnia.

—¿Entonces? —quiso saber Antonio.

—O lo evacúan en horas y lo mandan a Italia o a Alemania o el niño perderá el ojo. De por vida.

Emina estalló. Se volvió y agarró a Antonio como si le fuera la vida en ello. Comenzó a llorar hasta el punto que perdió el control de sí misma. El médico que había hablado se entendió con su colega con la mirada. La sentaron y, en instantes, le administraron una inyección que la dejó sedada. La colocaron en una camilla con manchas de sangre. A nadie le importó.

—Tienen que hablar con UNPROFOR —planteó el doctor, algo más sereno, con la mirada puesta entre Antonio y el periodista de El País—. Aquí tenemos varios heridos de gravedad y ya se ha puesto en contacto con nosotros un comandante francés que está al mando de uno de los destacamentos de los *cascos azules* galos. Me ha dicho que están haciendo gestiones urgentes para conseguir que un Hércules canadiense despegue en las próximas horas rumbo a Ancona, o a Mannheim o a Viena. En cualquiera de esas ciudades su hijo podrá ser intervenido. Y, si hay suerte, se podrá salvar la visión de ese ojo.

—¿Con quién tengo que hablar?

Media hora después se encontraban al lado de un vehículo blindado de UNPROFOR, con dos militares.

—Esto que sucedió ayer ha sido determinante. Los serbios no saben lo que han hecho —aseguraba el comandante francés.

—A mí eso me da igual. Yo quiero que tengamos plaza en ese

avión que dice que va a salir en seis u ocho horas.

—¿Que tengamos plaza? ¿Qué quiere decir usted?

—Sí, que mi hijo y su madre o yo, o mejor los dos, podamos llevarlo a un hospital y conseguir que lo operen.

—Señor, eso es imposible. Si conseguimos autorización, sería solo para él. Y está por ver que la consigamos. Las instrucciones son de evacuar solo a aquellas personas por cuya vida se teme, y su hijo no tiene afectado ningún órgano vital.

—¡Pero es un niño! ¡Un niño no puede quedarse tuerto, o ciego!

—Cálmese. No le consiento que me chille. Si quiere viajar con él, tendrá que esperar unos días. Si hay suerte, la semana próxima podrá haber sitio para acompañantes en otro avión de los que se fletan de forma habitual para transportar heridos. Pero en el que saldrá en un rato, no.

El periodista español lo trajo para sí y lo apartó de los militares.

—Ya ha oído a este hombre. Lo importante no es que el niño vaya acompañado, lo crucial es que el niño vaya en ese avión. ¿Tiene usted algún contacto con alguien para que se pueda ocupar de su hijo allá donde lo lleven?

Una fila de camillas cruzaba veloz la pista del aeropuerto camino del Hércules 130-H que, rampa abierta, se disponía a acoger a un grupo de veinticuatro heridos de la salvaje masacre perpetrada el día anterior en el mercado de Markale. Los *cascos azules* franceses habían dispuesto una columna de blindados para proteger la circulación de las víctimas y de los facultativos que viajarían en el avión. Todos los que se exponían lo hacían esperanzados de que nadie abriera fuego contra ellos y que la artillería serbia no disparara. Pero no fue así. Aterrados, los miembros de la expedición contemplaron varios artefactos volar por encima de sus cabezas con el objetivo puesto en la zona oeste de la ciudad. Los soldados que transportaban a los heridos pasaron de caminar deprisa a trotar con las camillas en una escena dantesca. Excepto uno, que explosionó próximo a la torre de control y levantó una gruesa columna de humo, no se registró ningún otro

impacto en el aeropuerto.

En la terminal, y tras unos cristales, los padres observaban la escena. Las horas previas habían sido las más intensas en la vida de Antonio Escartín. Ángel Santa Cruz lo llevó de nuevo al Holiday Inn y allí le presentó a un colega inglés que poseía un Capsat vía satélite: «Con este chisme puedes hablar con cualquier parte del mundo. Pero, amigo, esto no es gratis», le recordó el periodista británico de tez sonrosada, con un vaso de bourbon en la mano.

Junto a los heridos, entraron en la bodega dos médicos y tres enfermeras para atender a los pacientes durante las dos horas y media que restaban hasta que tomaran tierra en el aeropuerto de Mannheim, ciudad próxima a Heidelberg. Las hélices del Hércules, fuertes y altivas, comenzaron a girar hasta situar al aparato al inicio de la pista de aterrizaje. Antonio sintió que la mano de Emina lo apretaba más fuerte. Habían conseguido lo más difícil: que Dino estuviera a bordo.

A la vez que en el aeropuerto de Sarajevo el avión militar tomaba velocidad para iniciar el despegue, otro aparato, esta vez civil y en otras coordenadas, también emprendía la carrera a las nubes. Era en Madrid. En él viajaba Enrique San Román, dispuesto a encargarse de Dino en Alemania.

La OTAN

Las palabras del comandante de UNPROFOR fueron premonitorias: «Esto que sucedió ayer ha sido determinante. Los serbios no saben lo que han hecho». Al día siguiente de la segunda matanza en Markale, cien aviones de la OTAN atacaban posiciones militares serbobosnias. Entre ellos figuraban varios aparatos de las Fuerzas Aéreas Españolas con base en la localidad italiana de Aviano. Ello provocó que, de una vez, las tropas de Mladić retiraran el armamento pesado que rodeaba Sarajevo, aunque continuaba el asedio con armas ligeras y fuego de francotiradores, que no cesaban ni un solo día en su asesina labor.

—¡Hijo! —fue la única palabra que, teléfono en mano, pronunció

en español. A partir de ese momento, Emina y Dino retornaron a su idioma común. Aunque Antonio sabía cada vez más vocablos de bosnio, fue incapaz de entender el sentido general de la conversación, pero la expresión de su mujer era elocuente y resultaba innecesario conocer cada palabra. Su llanto nervioso contrastaba con el gesto de felicidad que mostraba su cara, cada día más magra.

El mes de noviembre de 1995 comenzaba con esperanzas nuevas y no porque hubieran finalizado las hostilidades, sino porque el cerco internacional sobre Serbia había calado en la propia población serbia, hastiada ya de una aventura imperialista que solo les había acarreado penurias, aislamiento internacional y muerte. La labor diplomática de Clinton se concretó en una conferencia de paz novedosa. Los tres líderes implicados: Milošević por Serbia, Tudjman por Croacia e Izetbegović por Bosnia y Herzegovina habían accedido a reunirse en una base norteamericana en el estado de Ohio, a más de siete mil kilómetros del conflicto, con un espíritu similar al de los Acuerdos de Oslo de hacía dos años: alejar el lugar de negociación del teatro de operaciones. Aquellos fueron referentes a los conflictos entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina, pero la esencia de la maniobra era la misma.

—¡Papá! Madrid es muy bonito. Tú me lo tienes que enseñar —ahora era el padre quien hablaba con Dino.

La operación en el Hospital Universitario de Heidelberg tuvo un éxito moderado, y el equipo de tres oftalmólogos dirigidos por el doctor Aumann consiguió recuperar el noventa y cinco por ciento de la visión en un ojo y el sesenta por ciento en el más dañado. «El niño no podrá ser piloto de aviación, pero llevará una vida normal: estudiar, conducir, ver la televisión… y ser feliz», le aseguró el facultativo al amigo de Antonio que, fuera del quirófano, no se separó del pequeño ni un momento.

Enrique San Román corrió con todos los gastos y, desde la propia Alemania, gestionó, por medio de las dos embajadas, el estatuto de refugiado para Dino. Dos semanas después, los dos nuevos amigos aterrizaban en Barajas, donde los esperaban Andrea, las dos niñas y el tío Gerardo.

—¡Pórtate bien! Ya verás lo pronto que nos vemos.

Después de colgar y de devolver el teléfono vía satélite al periodista de la Rai, la pareja se abrazó y se quedó en silencio. Antonio pensó en las ironías de la vida. En ese momento, sus dos hijos se encontraban en la misma ciudad, aunque tan distanciados como si se hallaran en las antípodas.

Salieron del Holiday Inn por la puerta trasera y se abrigaron del frío matinal que hacía ese domingo, que se había levantado con una niebla cerrada que dificultaba la visibilidad a más de doscientos metros.

Emina se había quedado otra vez sin trabajo porque el corresponsal de El País había regresado a España, pero ya había apalabrado la contratación de sus servicios con uno de Canal Plus Francia que llegaría a Sarajevo la semana siguiente.

La población bosnia todavía no se había recuperado de las noticias que llegaban sobre el descubrimiento de fosas comunes en lugares ocupados con anterioridad por el ejército serbio. Todo Sarajevo sabía del terror vivido en los campos de concentración de Omarska, Trnopolje y en otros muchos. Ya no era un secreto para nadie, ni para los mismos serbios corrientes, horrorizados por lo sucedido. La matanza de Srebrenica había sido calificada por la opinión pública como la mayor ocurrida en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

Agarrados de la mano, como hacían todas las parejas cuando se exponían en lugares abiertos, corrieron hasta alcanzar un edificio de salvaguarda.

—Me han dicho que cada vez más gente se quiere marchar de Sarajevo, que ya no aguantan más, pero que la Armija lo está impidiendo —comentó Emina, con la vista puesta al frente—. No entienden lo que significa defender una ciudad, a pesar de que hemos estado solos. Cuando empezaron a llegar los soldados de UNPROFOR, antes de que tú vinieras, no te puedes imaginar la decepción que sufrimos al verlos cargados de aspirinas y mantas. Nosotros pensábamos que unos soldados tienen que llegar con cañones, y cuanto más gordos, mejor. Pero no, no fue así. La mayoría se ha

mostrado demasiado indiferente ante nuestro padecimiento.

La voz de Emina se cansaba mes a mes y los bríos físicos se lentificaban, aunque no así sus principios, su motivo vital.

—Sé que este va a ser el primer cumpleaños que pasas sin Dino. Él ahora, en España, se encuentra bien. Quique y Andrea lo tienen en su casa como si fuera su hijo. En cuanto pueda, vendrá con nosotros. Seguro que noviembre de 1996 será muy distinto a los noviembres anteriores. Estaremos juntos, los tres, con tu padre, y lo celebraremos por todo lo alto. Haremos un viaje. ¿Quieres que vayamos a Roma?

La mujer asintió con una sonrisa amortiguada. Como hacía muchas veces, le acarició la mejilla. Era su muda manera de expresarle su amor. La pareja, a pesar de las penurias en las que se desarrollaba su relación, seguía manteniendo intacto su vínculo afectivo. Los dos se necesitaban y nunca daban pie para iniciar cualquier desavenencia. La concesión mutua era la forma de evitar una discusión porque los motivos de preocupación eran tan palpables que soterraban cualquier posible enfrentamiento.

Llegaron al edificio de la Presidencia del país, lugar donde se quedaría Antonio a continuar trabajando con los arquitectos locales en un nuevo plan. Por fin habían conseguido que les enviaran una remesa de dos mil puntales para sujetar cornisas y vigas en edificaciones de especial relevancia, y eso iba a provocar un giro definitivo a su trabajo. Se iban a poder manchar las manos de polvo, que era el mejor síntoma de que se pasaba a la acción y que la reconstrucción de Sarajevo se empezaba a dibujar en un calendario ya cercano.

Antes de subir las escaleras que daban acceso al edificio, se entretuvo en ver marchar a Emina hacia su casa, hacia Baščaršija. «¿Te importa si en la calle me pongo un pañuelo sobre el pelo? Me siento más cómoda». Ese complemento nuevo no había afectado a sus costumbres en nada más, y bebían un vaso de rakija cuando la ocasión les era propicia, y seguía luciendo faldas, aunque ya por debajo de la rodilla; y pantalones, que le quedaban más holgados que antes. El verano anterior ya no exhibió sus habituales escotes. Pero aquello del

pañuelo fue algo que sorprendió a Antonio aunque, como siempre, mantuvo silencio.

Le gustaba verla caminar, con sus andares seguros, que no habían perdido su determinación en todos los años de sitio, más de tres. En todo este tiempo había padecido la dolorosa separación de su madre, el palpable deterioro cognitivo de su padre y, lo peor, la muerte de su hermano, un referente imprescindible en su vida. Pero los serbios no la habían doblegado y su orgullo patrio se mantenía igual de fuerte que cuando lo despertó aquella noche en un momento sublime e inolvidable: dos años sin saber de ella y se le apareció en un sueño, en un sueño que tomó cuerpo. «Cuando me informaron de que habías llegado a Sarajevo, y opté por despertarte como lo hice, para que no alborotaras a tanto niño que había en la casa, pensé que lo primero que querrías sería hablar conmigo, ver cómo estaba… no que me quisieras echar un polvo, ¿se dice así? Me encantó. Me encantó tu reacción. En ese momento, sobre aquella hierba helada de la madrugada, me sentí la mujer más feliz del mundo. Hasta ese momento no sabía que te necesitaba tanto».

La contempló marchar hacia el barrio turco y pensó en lo que había cambiado él con aquella decisión de dar la vuelta en el túnel. Sabía que antes de llegar de nuevo a Sarajevo sus únicas conversaciones versaban sobre dos temas: el esquí y la arquitectura, que desconocía de qué otros asuntos se podía hablar, qué más facetas ofrecía la vida. En la ciudad había desarrollado otros aspectos de su personalidad, como la pedagogía en su sentido más amplio, el aprendizaje de la Historia y el amor al prójimo, algo que hasta el momento no formaba parte de sus inquietudes. Ahora era portero de fútbol, donante de sangre, el mes próximo donaría otra vez porque le habían asegurado que su sangre era más valiosa que el oro, animador infantil, aguador, bailarín, espectador de teatro, retratista… Bosnia lo había transformado. En año y medio había crecido como persona hasta unos límites que jamás imaginó, quizá porque él pensaba que ya se había desarrollado al máximo. «Antonio, antes eras un ignorante. Ahora también, pero por lo menos ahora tienes conciencia real de que no sabes nada».

Por fin, la silueta de Emina acabó perdiéndose por Maršala Tita.

En Presidencia todos se mostraban optimistas con las nuevas conversaciones de paz por dos motivos cruciales: Era la primera vez que se negociaba sin la presión militar serbia, señal indiscutible de su debilidad. Y en segunda instancia porque también era la primera ocasión en que se reunían los tres líderes de los países implicados en un lugar tan alejado y sin poner fecha de finalización a ese encuentro. «De allí, o se levantan con un acuerdo, o no se levantan —aseguró a Antonio uno de los funcionarios—. A partir del momento de la firma de los acuerdos de paz, que todo el mundo ya da por hechos, será cuando empiece su trabajo de verdad, míster Escartín. Espero entonces que no nos deje. Será el momento en el que más lo necesitaremos, no se olvide de nosotros. Dicen que el odio es adictivo. En Bosnia pensamos que hay otro sentimiento que también es adictivo y mucho más edificante para todos nosotros, incluso para usted: la solidaridad. Supongo que usted habrá estudiado arquitectura para diseñar edificios singulares y hacerse famoso, y rico, con ellos; y eso aquí, de momento, no lo encontrará. Pero con su labor ayudará a que la gente se instale en viviendas dignas y desarrolle vidas normales».

Antonio recordó el texto de la carta de Emina que le entregó el legionario en Atocha: «*Construye casas, casas bonitas donde gente puede ser feliz, educar a hijos y vivir en paz*».

Un amanecer despejado

El 23 amaneció tan claro que ningún sarajevita recordaba haber respirado un aire tan puro.

El jueves 23 la visibilidad en la ciudad era perfecta y el viento estaba en calma.

El jueves 23 de noviembre, Miroslav se despertó temprano, sobrio y espabilado. Jamás antes se había levantado tan lúcido ni con un pulso más firme. Miró su *walkie* y comprobó que la luz se encendía, intermitente: Alguien quería hablar con él. Esa voz lo avisó de la salida de un coche desde el Holiday Inn con un periodista al volante y

con la traductora que buscaba en el asiento del copiloto. Le concretaron el modelo y color y que el vehículo se dirigía rumbo este, por lo que su objetivo se presentaría ante él en perfecta disposición para acertar.

El jueves 23 de noviembre de 1995 Miroslav sabía que las conversaciones en Ohio discurrían en favor de la paz, que no se habían roto como en tantas ocasiones anteriores, incluso, que se acababa de firmar un preacuerdo que sería ratificado el mes próximo en una capital europea. Al cerco de Sarajevo le quedaba poco tiempo, nada más que unos días. «Pero esto todavía no ha terminado», sentenció. Se apoyó en el bastidor y esperó. En instantes su blanco apareció en la mira telescópica de su Dragunov. Cuadró, apuntó y disparó.

El pequeño fogonazo producido por el explosivo delató su posición. Tres segundos después, una bala con vocación mortal se incrustaba en su cuello. El proyectil había sido disparado por Jelena desde la margen contraria del río. La paciencia de la serbia había tenido su recompensa: «¡Te di, hijo de puta, te di!», afirmó en silencio, a la vez que se tiraba al suelo para evitar que el serbio al que acababa de matar tuviera a su lado a otro chetnik que pudiera alcanzarla.

El jueves 23 de noviembre de 1995 Antonio se disponía a entrar en el edificio de presidencia cuando alguien salió a su encuentro:

—¡Míster Escartín, míster Escartín! —al llegar a su lado, el hombre se quedó mudo aunque mantenía intacta la fuerza en su mirada. El español sintió un escalofrío. El funcionario le ofreció un juego de llaves y con la mirada le señaló un coche—. Acaban de llamar del hospital Koševo.

Atolondrado, entró en el vehículo y lo arrancó. Dio media vuelta, tomó Maršala Tita y subió por el parque Veliki hacia el norte. Pisó el acelerador. La rabia le acababa de arrebatar todos los sentidos excepto el de la vista. Esquina, esquina. Siguió. Aceleró. Dribló a un coche. Siguió. Aceleró. Sorteó a dos viandantes. Otra esquina, y otra. Atravesaba todas las vías sin reparar en que pudiera cruzarse con otro vehículo. «¡Corre, corre!», lo apremiaba una voz interior. Corrió. Esquina, esquina. «¡Corre, Toñín, corre! ¡Impulsa! ¡Vamos!».

Aparcó en urgencias y voló hacia no sabía dónde. Alguien lo vio y comprendió. Lo llamó agitando su brazo:

—¡Aquí!

Entró en el edificio por la puerta de urgencias y se detuvo ante la situación. Lo miraban dos sanitarios delante de una camilla con una sábana que cubría un cuerpo por entero.

—¡¡¡No!!!

Se arrodilló en el suelo y golpeó con furia las losetas, a dos puños. Alguien lo detuvo y le ayudó a incorporarse.

Tembloroso, a pasos cortos y con la mirada perdida en la blancura de la tela, se acercó con la absoluta y evidente certeza de saber lo que iba a encontrarse, de saber quién reposaba debajo de la sábana.

Emina tenía los ojos cerrados y la paz que emanaba su rostro solo se alteraba por los brillos de las esquirlas de la ventanilla que se clavaron en el lado derecho de su cara. Se había quedado dormida. Soñando. Algún sanitario le había limpiado la mejilla de restos de sangre. Se acercó a su boca: *Beso a beso, dulcemente… …me espera mi destino, me espera soledad.*

Una mano se apoyó en su hombro.

—Ha sido instantáneo. No ha debido de enterarse.

Epílogo

El 4 de noviembre de 2003 dos hombres esperaban junto a la puerta de llegadas del aeropuerto de Sarajevo. El más joven, que lucía unas gafas de fina montura metálica, más alto que el de más edad, lo tenía cogido por el hombro. Ambos llevaban muchos años esperando el momento.

Azucena García había bloqueado todos los intentos de Antonio de acercarse a su hija, pero lo que la heredera del constructor no pudo evitar fue que corriera el tiempo y que Marta alcanzara la mayoría de edad y, con ella, la libertad de movimientos. El tío Gerardo, que conservaba intactas sus dosis de mordacidad, intercedió ante su

sobrina nieta: «Todo el mundo merece ser escuchado, y más si es un padre. Ve a Sarajevo y habla con él. Si no lo haces, quizá mañana o quizá cuando seas una anciana y él se haya muerto, y todos nos hayamos muerto, te arrepentirás. De eso que no te quepa ninguna duda. Haz caso a este viejo, que cada vez sabe menos de matemáticas y más de la vida». Ese consejo fue el punto necesario para desoír las amenazas de su madre.

Entre la multitud del pasaje que llegaba desde Frankfurt, donde había tenido que hacer escala, apareció la figura de una señorita que el mes anterior acababa de cumplir dieciocho años. Alta, con el pelo moreno muy largo sujeto con una cinta, con un abrigo de paño corto azul marino, pantalones vaqueros y unos zapatos cerrados con un poco de tacón. Arrastraba una maleta de cabina. Sonreía con una expresión en la que se mezclaba la alegría, la timidez y el reparo.

—Ahí está —se oyó a alguien decir.

—¿Esa? Jo, ¡qué guapa! Si no fuera mi hermana, bien querría que fuera mi novia.

En los 1.425 días que duró el cerco de Sarajevo murieron 13.952 personas de todos los sexos, edades, nacionalidades y religiones. Emina Hasanović fue la última víctima de aquella guerra. Su cuerpo reposa en el cementerio del León junto a su bravo hermano, bajo la plácida sombra de unos árboles.

Nunca han faltado flores frescas junto a su tumba porque hay alguien que, siguiendo el ruego que le hicieron, jamás se ha olvidado de Sarajevo.

Para todas aquellas personas que han leído *No te olvides de Sarajevo*, querría decirles varias cosas.

La primera es agradecerles la atención que han tenido leyendo mi novela. Es para este autor un inmenso motivo de satisfacción que la hayan elegido para cubrir sus ratos de ocio.

Estaría encantado si dejan una opinión/valoración del libro en Amazon. No voy a decir cuántas estrellas me gustaría que tuviera dicha valoración, aunque nos lo podemos imaginar…

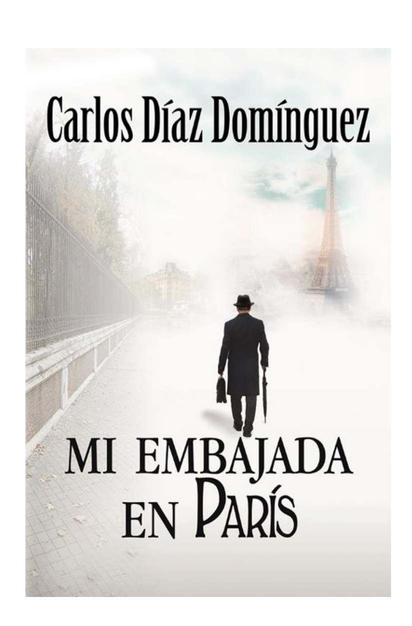
Si alguno desea ponerse en contacto conmigo para trasladarme cualquier comentario, pregunta o cuestión, estaré a su disposición en la dirección: carlos81diaz@gmail.com Siempre respondo, aunque en ocasiones tarde algunos días en hacerlo.

Por último, y en las páginas siguientes, les relaciono otros títulos de mi Obra Literaria, todos ellos editados y distribuidos por Amazon.

Muchas gracias y hasta una nueva ocasión.

Carlos Díaz Domínguez

Mi embajada en París



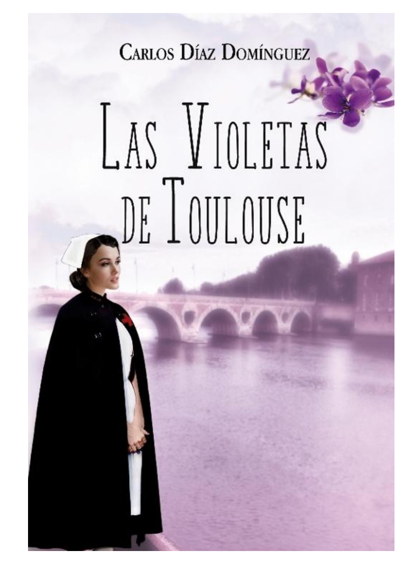
Sinopsis:

Damián Lozano, joven técnico del Banco de España que está esperando el nacimiento de su primer hijo, recibe la visita de Juan Negrín, ministro de Hacienda de la República. Estamos en el otoño de 1936. El político le pide que se desplace a París para supervisar las adquisiciones de armamento que están realizando los compradores nombrados por la Embajada.

Dejando a Amadora en un Madrid asediado, Damián cruzará sus días con personajes honrados cargados de ideales pero también con otros dispuestos a lucrarse con dinero ajeno. En su nuevo círculo de relación aparecerá la francesa Élise Diacre, una recién divorciada de pasado reservado e incierto presente.

La novela, publicada en 2022, se puede encontrar en Amazon, tanto en digital como en papel, tapa blanda y tapa dura.

Las violetas de Toulouse



Sinopsis:

En otoño de 1944 Toulouse vive tiempos de esperanza. La II Guerra Mundial está decantándose a favor de los Aliados, que ya ocupan una parte importante de Europa habiendo llegado a liberar Francia con éxito.

En la ciudad del Garona se darán cita dos mujeres españolas, cada una con una procedencia vital distinta. Catalina trabaja de enfermera y vive con un republicano exiliado. María Eulalia, hermana de dos sacerdotes asesinados en el Madrid de 1936, viajará a Francia con un objetivo concreto: averiguar los planes del Partido Comunista de España para invadir el país y derrocar a Franco.

Las violetas de Toulouse nos conducirá a la cadena de sucesivos dilemas que vivirán ambas mujeres, que les llevarán a enfrentarse con el entorno y con ellas mismas, cuestionándose sus principios, sus actuaciones, sus relaciones personales y sentimentales, y hasta su propio futuro.

La novela, publicada en 2021, se puede encontrar en Amazon, tanto en papel como en digital.

Diamantes de luz helada



Sinopsis:

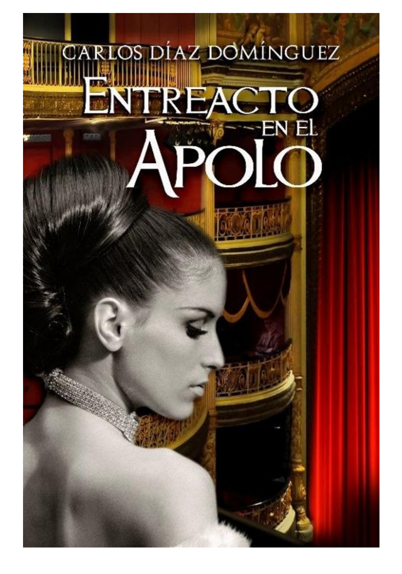
¿Quién es Alfredo? Esa será la pregunta que se convertirá en una obsesión para Sagrario Ortiz, una joven periodista a la que un cruce de casualidades llevará a conocer a alguien que se encuentra en la última etapa de su vida: Elvira Pineda. La intensa complicidad surgida entre ambas mujeres provocará que Elvira confíe a Sagrario un asunto familiar de la máxima trascendencia acontecido hace más de treinta años.

El encargo propuesto llevará a la profesional a iniciar un viaje donde ninguna certeza será fiable, y que la conducirá desde Almería a Canarias y al Sáhara, ya que tendrá que adentrarse no solo en el pasado de Elvira, sino también en el de su corta y calculadora familia.

Diamantes de luz helada es una historia de búsqueda, de tesón, de fe en lo que jamás se ha dejado de creer, de compromiso personal, de lealtad, donde se darán cita los sentimientos más enraizados y enfrentados del ser humano, y que nos llevará a formularnos una doble pregunta: ¿Quién es y dónde está en realidad Alfredo?

La novela, publicada en 2019, se puede encontrar en Amazon, tanto en papel como en digital.

Entreacto en el Apolo



Sinopsis:

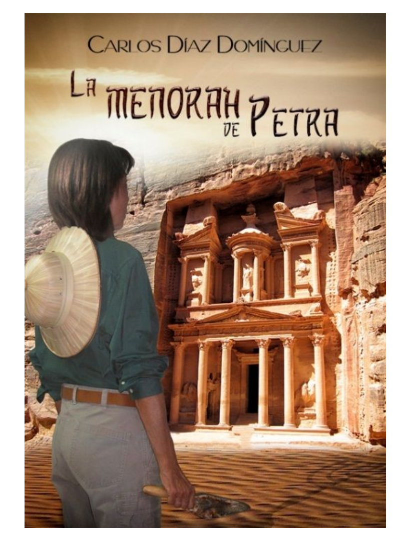
Octubre de 1914. Una guerra estancada. Un mundo que ha perdido la razón. España es el mayor país europeo que todavía se mantiene neutral. Alain Santini, diplomático francés, y Fritz Springer, oficial de la inteligencia alemana, viajarán a Madrid con el mismo fin: conseguir que España rompa una neutralidad que a sus países les está costando miles de vidas diarias.

En la trasnochadora ciudad ambos súbditos tendrán que poner a prueba su capacidad para manejar situaciones novedosas que se escaparán continuamente de su control, y tendrán que aprender a negociar, a engañar, a intrigar y a amar con un único objetivo: conseguir que Alfonso XIII abandone su indolente imparcialidad.

Entreacto en el Apolo nos llevará por los intrincados vericuetos de la alta política, de los bajos manejos palaciegos, de los intereses cruzados, de las engañosas pasiones, de los amores hipócritas y también de la lealtad y del patriotismo, donde no sabremos ni cuál será el siguiente acto de una función que está a punto de levantar el telón ni cuál será el papel que, como lectores, tendremos que interpretar.

La novela, publicada en 2018, se puede encontrar en Amazon, tanto en papel como en digital.

La menorah de Petra



Sinopsis:

En 1967 Araceli Artigas es seleccionada para formar parte de un grupo de arqueólogos que, financiados por la UNESCO, van a realizar la excavación más importante efectuada hasta la fecha en la ciudad jordana de Petra.

A medida que transcurren los días la convivencia en el grupo de los investigadores elegidos se irá tensando a la vez que iremos conociendo su pasado, sus auténticas personalidades y las verdaderas razones que los han llevado a viajar a Oriente Próximo.

Pero ni Araceli ni el resto de sus compañeros saben que sus vidas están a punto de sufrir un trascendental giro: la Guerra de los Seis Días, la contienda que más ha marcado el conflicto árabe-israelí, está a punto de estallar.

Buscaremos las respuestas en las arenas del desierto y en los intrincados callejones de Jerusalén, y las hallaremos en *La menorah de Petra*.

La novela, publicada en 2016, se puede encontrar en Amazon, tanto en papel como en digital.

Lágrimas sobre Gibraltar



Sinopsis:

Comienza el año 1969. En la sede de la ONU, en Nueva York, se acaba de fijar la fecha límite para que el Reino Unido abandone Gibraltar. En previsión de un eventual incumplimiento de la Resolución 2.429, Franco dicta a Carrero Blanco, su vicepresidente, la orden más delicada que tiene que cursar en las últimas tres décadas: preparar la invasión armada de la colonia británica. Para ello, el almirante encarga la coordinación del operativo al ambicioso general José Caballero.

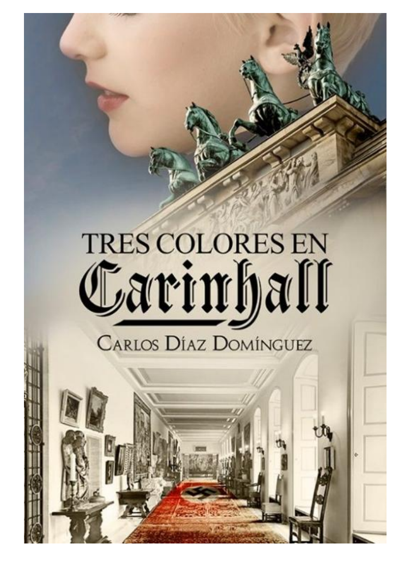
Una de las primeras medidas que toma el Seced (los servicios secretos creados por Carrero) es infiltrar en Gibraltar a la cordobesa Isabel Vioque, la primera mujer espía española.

Thomas Best, el responsable de la inteligencia británica en el Sur de la Península, descubre una serie de movimientos inusuales que le llevan a sospechar que se está preparando una acción militar contra el Peñón, y tendrá que convencer a su escéptico jefe con algo más que suposiciones.

Pero el 9 de junio el gobierno español ha decretado el cierre unilateral de la frontera. Gibraltar ha quedado aislada.

La novela, publicada en 2012, se puede encontrar en Amazon, tanto en papel como en digital.

Tres colores en Carinhall



Sinopsis:

Segunda Guerra Mundial. Goering, lugarteniente de Hitler, ha construido al norte de Berlín la mansión más fastuosa del Tercer Reich, Carinhall, donde exhibe los cuadros que ha robado a lo largo y ancho de Europa. Para gestionar el movimiento de pinturas reclama un restaurador del Museo del Prado. Pronto señalan a Luis Molero como la persona más indicada. Si acepta la oferta, él y Teresa, su bella mujer, conseguirán la libertad del padre de Luis, preso político.

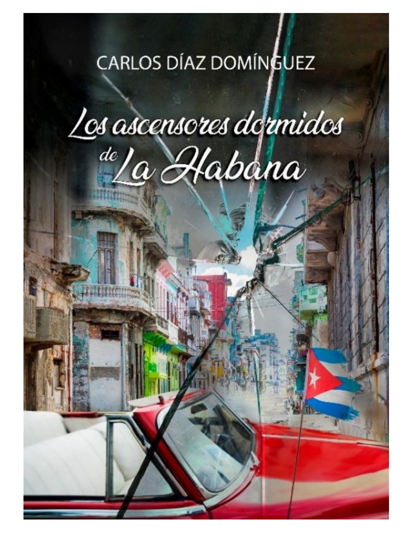
Nicolette es una joven francesa, miembro de la Resistencia, que lucha en París contra la ocupación nazi. Sus jefes le encomiendan la misión más difícil: desplazarse a Alemania y hacerse con unos documentos que están en el interior de Carinhall.

Erika es una ambiciosa mujer alemana casada con un alto oficial nazi. Viven con su hijo en Carinhall y, desde allí, son testigos del desmoronamiento del Reich y el avance de las tropas aliadas. Cree que la única opción de salvación es huir, y deberá convencer a su marido de ello.

En esta apasionante novela el lector se sentirá atrapado por la historia, su desarrollo y, sobre todo, por los vínculos que se establecerán entre las tres protagonistas femeninas y las circunstancias que las llevarán al límite.

La novela, publicada en 2011, se puede encontrar en Amazon en formato digital.

Los ascensores dormidos de La Habana



Sinopsis:

«Queremos que escribas una novela que suceda en Cuba». Esa fue la singular sugerencia que le planteó el presidente de la editorial al exitoso escritor Alberto Rodríguez-Conde. La aceptación del nuevo proyecto le va a arrastrar a una aventura que cambiará su destino.

Siguiendo sus pasos, nos adentraremos en una serie de acontecimientos, concatenados entre sí, de la mano de unos personajes que nos mostrarán una Cuba actual con intereses ocultos bien distintos. Todo ello hará que bajo los inocentes tópicos de la isla nos veamos envueltos en una sucesión de pasiones, traiciones y trampas, que nos conducirán a los sótanos de la clandestinidad...

La novela, publicada en 2007, se puede encontrar en Amazon en formato digital.

[1] Francotiradores.
[2] Federación Internacional de Esquí.
[3] Consejo Croata de Defensa.
[4] Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (en inglés: UNHCR)
[5] Instalaciones en todo el mundo.
[6] Observadores militares de las Naciones Unidas.
[7] Policía Civil de las Naciones Unidas.
[8] Vehículo de Exploración de Caballería.
[9] Blindado Medio sobre Ruedas.
[10] Para los reporteros, la hora límite que tienen marcada para enviar una crónica.
[11] Francotirador. Peligro
[12] Corre o muere.
[13] Niños.
[14] Estas montañas cubiertas de niebla / son ahora mi hogar…
[15] Prisioneros en el paraíso.
[16] Hermanos de armas.
[17] Ahora el sol se ha ido al infierno / y la luna está en lo alto / Déjame decirte adiós / Todo hombre tiene que morir.